

***LIBRO DE LAS
RECREACIONES***

(Publicado en *Ediciones Dauro*, Granada 2017)

Carlos Blanco

ÍNDICE

1) SUEÑOS PASADOS

El Buda y el Crucificado

El reino perdido de Aclum

Adi Sankara y la inteligencia infinita

El sufí y las gacelas de Alá

El éxtasis de Santa Hildegarda

Hemshaf, hijo de Rahotep, y la sagrada proporción

Historia de los imperios de Sofos y Logos

Lo que San Agustín dijo al ángel

Yao Guangxiao y el Gran Canon de Yongle

El sueño de Sinán

El anhelo del emperador mogol

El último suspiro de Alejandría

Relato de un joven sabio

El Iluminado y el Intocable

Los dioses de Barnajab

En los senderos alpinos

Eróstrato, o la búsqueda de la inmortalidad

Galileo y el judío de Venecia

2) HISTORIAS DESCOMEDIDAS

Psicoestructuras

***Espiritismo (teoría paraconsciente de la unidad
psicosomática del sujeto)***

Galímatos de Calcedonia

Andrómeda

3) REFLEXIONES URDIDAS EN LA SOLEDAD

La rosa y el porqué

Los paisajes abrumadores

El nuevo templo

En la noche de los misterios puros

Cruz y gloria de los superdotados

El genio y la simplicidad

Angustia

Alma frente espejo

Libertad

Senda nueva

El conocimiento como vocación humana

Luz, divina luz

Determinismo y omnisciencia

4) TEXTOS PASADOS

Teoría de la cohesión cósmica (2001-2002)

***La doble aproximación egipcia al tiempo y la dialéctica
circularidad-linealidad (2004)***

Diálogos en torno al argumento ontológico (2001)

5) EL ANUNCIO DE LO NUEVO

PREFACIO

Resulta inevitable idealizar determinadas épocas pasadas que, en el imaginario colectivo de la humanidad, yacen imbuidas de una especial significación religiosa, filosófica o estética.

En la breve andadura de nuestra estirpe sobre la faz de la tierra, lo que conocemos como historia ocupa una parte ínfima, que se remonta a hace aproximadamente cinco mil años, cuando luminarias desconocidas inventaron la escritura en los fértiles valles de Egipto y Sumeria. Sin embargo, ha sido tiempo suficiente para que el genio de nuestra raza resplandeciera con pujanza, protagonizase logros excepcionales y se alzara con el trofeo de la más hermosa y desbordante creatividad. Han florecido fastuosas civilizaciones, originales estilos artísticos, brillantes innovaciones matemáticas, influyentes descubrimientos científicos, hondos pensamientos filosóficos...

¿Quién no ha soñado con poder retrotraerse a esos momentos dorados y nostálgicos de la historia para, transportado por una crisálida invisible que franquease las imbatibles fronteras del tiempo, conversar con espíritus sublimes de todas las edades, con hombres y mujeres que contribuyeron a expandir la mente y la sensibilidad del género humano?

Los textos reunidos en este libro tienen como eje la recreación literaria y filosófica de algunos de esos escenarios que no pueden dejar de infundir una profunda fascinación y una melancolía inspiradora.

En la primera parte, titulada “Sueños pasados”, bucearemos en períodos embelesadores de la historia de la humanidad para sondear cuestiones filosóficas y admirar los logros estéticos y culturales que coronaron. Asistiremos a un diálogo ficticio entre Buda y Jesús, nos sumergiremos en el subyugante mundo de las civilizaciones precolombinas y leeremos sobre la búsqueda de una ciudad perdida de los mayas llamada Aclum, depositaria de una sabiduría perenne y asombrosa; evocaremos la mística hindú del *Advaita Vedanta* y el inagotable fenómeno del sufismo; recrearemos las famosas visiones de la sabia medieval Hildegarda de Bingen y regresaremos al Egipto del Imperio Nuevo; rememoraremos el “Gran Canon de Yongle”, la enciclopedia comisionada por el tercer emperador de la dinastía Ming, y nos trasladaremos a la embrujadora ciudad de Estambul bajo Solimán el Magnífico, precisamente cuando Sinán, el mejor de sus arquitectos, concibe el plano de la Mezquita de Sülemaniye; lloraremos ante la destrucción de la Biblioteca de Alejandría, que supuso la pérdida de algunas de las obras intelectuales más importantes del mundo antiguo, y meditaremos sobre las virtudes y peligros de un amor exacerbado a la soledad; narraremos el

encuentro entre Buda y un intocable hindú, para así degustar la grandeza de las enseñanzas morales del Sublime sobre la compasión y la renuncia, y en el incomparable paisaje de los Alpes Dolomitas, escucharemos un diálogo filosófico entre un maestro y un discípulo sobre la fragilidad del hombre y su esquivo papel en la naturaleza.

Los dos últimos relatos son los más extensos. El primero recrea la historia de Eróstrato, el pastor jonio que, ansioso de alcanzar la fama, quemó el Templo de Artemisa en Éfeso, una de las siete maravillas del mundo. El segundo está ambientado en la Venecia de principios del siglo XVII y contiene la historia de un apasionado joven del gueto judío que quiere conocer a Galileo. El recelo hacia los judíos que abrigan los cristianos cede el testigo a una historia de amistad, fervor y sed insaciable del conocimiento en una de las ciudades más bellas de Europa.

La segunda parte, llamada “Historias descomedidas”, recoge historias, repletas de ironía, en las que el autor recrea escenarios intelectuales verosímiles.

La tercera, titulada “Reflexiones urdidas en la soledad”, explora cuestiones filosóficas sin el barniz de la ficción y de la historia, para desembocar finalmente en unos ensayos que escribí hace años: “Teoría de la cohesión cósmica”, “La doble aproximación egipcia al tiempo y la dialéctica circularidad-linealidad” y “Diálogos en torno al argumento ontológico”. El primero propugna una utópica integración metafísica de saberes desde la idea de “superforma”; el segundo trata de unir egiptología y filosofía en el análisis de las concepciones del tiempo; el tercero es una tentativa de conjugar filosofía e historia mediante la elaboración de diálogos imaginarios entre un personaje ficticio y los filósofos que de manera más profunda han examinado el argumento ontológico de San Anselmo de Canterbury. Aunque hoy, transcurridos tantos años, no me identifique con todo lo enunciado en estos escritos, he preferido incluirlos porque en ellos aparecen, germinalmente, muchos de los intereses filosóficos, históricos y estéticos que definen los textos más recientes. La quinta y última parte se centra, precisamente, en el futuro, en la novedad y en la fuerza creadora del hombre.

1) SUEÑOS PASADOS

EL BUDA Y EL CRUCIFICADO

En cielos inalcanzables y misteriosos, mistificados por sonidos angelicales y aureolados por el resplandor de una sabiduría infinita, allí donde se reúnen los espíritus más nobles de todas las edades y donde el pasado se funde cálidamente con el futuro, el Buda encontró a su alma gemela. Aunque no se habían conocido en vida, en ese paraíso que supera las fronteras de la muerte y de la existencia no tardó Siddharta Gautama en percibir el aura de quien como él había despertado a un mundo saciado de luz, de inspiradora luz. Al igual que la corriente de los ríos más caudalosos no puede resistir la llamada de mares y océanos, un espíritu luminoso y sabio como el de Buda se sintió atraído por la estela de quien, nacido no príncipe, sino pobre entre los pobres del mundo, también había llegado a la más honda y reveladora de las verdades.

Al percibir en la magia de un instante efímero el curso de toda una vida, suaves lágrimas brotaron de los ojos del Buda, pues vio cuánto había sufrido este hombre, a quien la injusticia y la desidia habían condenado a morir en la ignominia de una cruz romana. Pero gozó al palpar el hálito inefable de un amor que bendecía el rostro del Crucificado, y supo cuánta bondad habían derramado sus manos y sus labios sobre la tierra. La más hermosa de las sonrisas consagró entonces su faz.

-Paz a ti, bienaventurado. Puras sean tus palabras como profunda es tu mirada. Sublime es el hilo de la fortuna que propicia este encuentro.

-La paz sea contigo, hijo del hombre. Dichoso sea el Padre celestial que guía a la humanidad por sus inescrutables senderos, pues incontables fueron las generaciones que aguardaron este día sin aurora ni ocaso. Mas las largas noches de desvelo dan hoy su mejor fruto. Gozosa habrá sido entonces la espera de los profetas.

-Como yo has llamado a leales discípulos para que lo dejen todo, te sigan y propaguen la luz de tu mensaje.

-Yo no he venido a traer luz, sino fuego al mundo. Sólo así irrumpirá el reino de mi Padre.

-Sabiamente hablas, ¡oh bienaventurado!, porque el fuego purifica el corazón y permite que renazca a un mundo nuevo. Muchas generaciones han vivido sin un Iluminado, pero felices son cuantos han compartido el existir terrenal con quienes han desentrañado la más noble de las verdades, la más perfecta de las doctrinas, la luz que rescata el corazón.

-¿Y cuál es esa noble verdad que tan ansiosamente has buscado, hijo del hombre?

-Es la noble verdad de un dolor que no nos aflige desde sombras exteriores. Es la noble verdad que nos enseña cómo el dolor hunde sus raíces en lo profundo del corazón humano.

-Has hablado con rectitud, hijo del hombre. Porque la verdadera impureza reside en el corazón, del que surgen las peores palabras y las mayores abominaciones.

-No es la esclavitud a la que nos someten los poderosos la fuente última del dolor, sino nuestro propio egoísmo, nuestra avidez de ser, nuestras ansias de perduración, nuestro apego al deseo y a la existencia. No hay nada permanente en la esfera del existir, transida de caducidad inexorable, abocada a disolverse en sigilosos vacíos. Incluso en el amor habita un dolor profundo, aunque sea el amor la luz más eximia que concita el hombre.

-Sólo en el reino que ha de llegar, allí donde gozan los benditos de mi Padre, alcanzará el corazón la vida verdadera y se extinguirá la llama del sufrimiento. Sólo allí, en el seno de Abraham, que es la eterna morada de los justos, el paraíso de la misericordia, será real la comunión con mi Padre, que ha prometido la dicha plena a quienes cumplan sus mandamientos.

-Bien dices, pues buscamos en el mundo de las apariencias lo que habita en nuestro ser más íntimo. Ésta es la más noble de las verdades que he acariciado a la sombra de una higuera, inmerso en los impenetrables abismos de mi alma para descubrirme solo, desasido, ensimismado. Sólo entonces he visto el fulgor de la verdad, el vehículo que conduce a los albores de lo eterno y permanente. Sólo entonces ha inhalado mi corazón la fragancia más auténtica. Sólo entonces he contemplado todos los reinos de las criaturas en una armonía celestial, reminiscente de la verdadera esencia del todo, que es su carencia de esencia, su nihilidad y su silencio. Sólo cuando el hombre logra ese nirvana bienaventurado siente por fin la ausencia del anhelo y el amanecer del paraíso. Sólo entonces despierta a un sol cuya luz eclipsa todos los soles nacientes y ponientes que han divisado los ojos de la humanidad. Sólo entonces es pura la mirada y es honesto el lenguaje. Sólo entonces triunfa el bien sobre el mal y se apaga la llama del sufrimiento, que antes ardía, pujante, en los espacios visibles e invisibles de la creación. Sólo entonces se funden dioses y hombres, hermanados en su inesencialidad.

-Hijo del hombre, yo aprecio la agudeza de tu doctrina, pero te has despojado de todo temor de Dios.

-Es en el vacío donde el hombre discierne la salvación por la que suspira. Y es en la pureza de su unidad, de ecos sublimes, donde se desvanece la vastedad de mundos que hoy nos sobrecoge. La paz insondable que desprende es el aroma más puro que cabe concebir. Maravillaría incluso al Dios supremo, preso de su vacuidad, astro que no refleja la más perfecta de las luces, pues en el reino de la verdad han de fenecer todo

amor y todo pensamiento para que surja la claridad de lo inexplorado, del gozo no sentido, del nuevo mundo donde todo permanece y nada expira. Los dioses deben apiadarse de sí mismos, pues han engendrado un mundo fugitivo, una ilusión ofusadora del espíritu. El refugio del hombre no es otro hombre o el regazo de un dios, sino la excelencia de la verdad y de la doctrina que predicán mis labios. No hay consuelo fuera de la verdad. Sólo quien corona el nirvana y se libera de apegos, temores e imágenes terrenales saboreará un mundo nuevo y una vida nueva en la sede de lo inmutable, en el silencio de lo eterno.

-Tú proclamas que podemos acceder a un mundo inundado de luz donde no hay divisiones, ni enfrentamientos, ni aspiraciones agónicas. Mas yo anuncio la venida de un reino que el hombre no conoce aún, un reino donde desaparecerán las tinieblas del pecado. Este reino pertenece al Padre, al Dios bueno que vela por todas las criaturas y que cuida con solicitud al último de los seres de este mundo. Porque mi Padre es el buen pastor, y el verdadero pastor sacrificaría la vida por cada una de sus ovejas. Así es la predilección de mi padre por Israel y su pueblo santo, así es el amor que presidirá su reino, donde ya no se oirán llantos ni rechinar de dientes. La eterna ley de Dios alcanzará entonces su auténtico cumplimiento, y todo será consumado. Los pecados serán perdonados en ese reino de salvación, donde la oscuridad dejará paso a la claridad deslumbrante de quienes contemplan a Dios cara a cara.

-El pecado es el apego al ser, el amor a uno mismo. Es preciso descorrer el velo de las ilusiones para percibir lo eterno, lo que fluye y no fluye, lo que es y no es, pues no conoce resistencias, sino ímpetu infinito imbuido de silencio. Es el brillo puro de un amor inconmensurable que quiebra las fronteras del ser y del no-ser, allende la distinción entre luz y oscuridad, entre lo pensado y lo no pensado, entre lo posible y lo imposible. Allí, pasados y futuros se reúnen en la morada de la verdad pura, que es el eterno mediodía del asceta, el hogar de la pureza y de la santidad.

-Pero ¿cómo amar sin amarse? Yo exhorto a amar al prójimo como a uno mismo.

-Yo busco el amor fuera de mi ser caduco y de mi conciencia oscurecida. Yo proclamo la salvación fuera del ser, del mundo y de las olas tempestuosas del deseo, que nos hunden en la oscuridad de lo mutable y evanescente. Yo anuncio el nirvana que detiene la cadena de la vida y libera a todas las criaturas de su sujeción a la rueda angustiosa del existir, al tormentoso y abrumador *samsara*. Tú prometes vida, yo aniquilación de la vida que aman los hombres, pues lo que ha de nacer ha de perecer. Sólo así expirará el ciclo de las reencarnaciones y se evaporará la sucesión que hilvanan las causas y los efectos. Yo busco la vida más allá del ser. El aniquilamiento de lo creado es necesario para que florezca lo inescrutable. Sólo si fenece la música antigua escuchará el hombre las melodías que no presagia. Ya no tejerá su manto el confuso

mundo de los sentidos, sino el recio universo de lo imperecedero. Es la verdad que no puede marchitarse, la suspensión del ciclo del existir, para auxilio y regocijo de todas las criaturas.

-Lo que el Espíritu de Dios me ha revelado no es el cese del existir, sino el anuncio de un amor infinito e inescrutable, el nacimiento de una vida nueva y de un hombre nuevo. Es la buena noticia que yo otorgo a la humanidad, para liberar a los pobres y a los oprimidos. Es el manantial que nunca se seca. Es el agua viva que puede saciar la sed del hombre, porque es el agua de la vida, es el don de Dios, es el camino al Padre que nos permitirá derrotar a la muerte e instaurar un reino sin fin, un reino que humillará todas las potestades terrenas, un reino reservado a los humildes y limpios de corazón, predilectos de mi Padre, orgullo de lo creado.

-¡Oh bienaventurado!, sabias son tus palabras, pero ese reino no descenderá desde cielos recónditos henchidos de clemencia. Sólo crecerá en el espíritu de quien renuncia al mundo para alcanzar el nirvana increado, el fundamento sólido sobre cuya paz descansen por fin el corazón. Será la más sublime de las cúspides en la escala de la felicidad.

-No necesita el hombre sumergirse en su soledad, sino abandonar sus abismos más oscuros y mitigar el dolor de sus hermanos mediante la fe, la palabra y la obra. He aquí el auténtico despertar a la verdad y al espíritu que dan vida, vida que es amor, porque mi reino nunca será de este mundo mientras el amor no domine el mundo. Las palabras de los hombres pasan, pero no un reino que es la morada de Dios, el hogar de la paz, la casa edificada sobre la roca, la resurrección y la vida.

-¡Dichoso seas tú, alma luminosa, porque también has encontrado el sendero de la verdad en tu peregrinaje terreno! Y en verdad es la compasión por todas las criaturas el más bello de los sentimientos que alberga el hombre. En verdad es el amor la más alta de las conquistas humanas. En verdad es la bondad la expresión suprema de la sabiduría, el mensaje que dioses y universos anhelan brindarnos. Pero en verdad es el dolor el mayor obstáculo en nuestra búsqueda de amor y sabiduría.

-Todo dolor cesará cuando triunfe el reino de mi Padre. Es Él quien hace que amanezcan los días y se extingan las noches. Es Él quien sustenta a las aves del cielo y quien siembra los campos de fervorosos lirios y amapolas. Es Él quien desata las fuerzas ocultas de ríos y océanos y llena de sal la tierra. Es Él quien vela por el hombre desde los inicios. Es Él quien nos da el pan nuestro de cada día. Es Él quien eligió a Israel como faro para todo hombre. Es Él quien orientó a los profetas en tiempos oscuros. Y es a Él a quien yo he entonado las súplicas más piadosas, pues santificado sea Él, que ve en lo escondido y escuchará a quien tenga fe. Y Mi Padre juzgará el mundo con misericordia y justicia.

-Sea también mío tu Padre, ¡oh dichoso!, pues tus palabras son sabias, y mi alma aprecia todo destello en el que brille la luz de la sabiduría verdadera. Si tu Padre ama la misericordia, entonces yo soy hijo suyo, porque sólo la misericordia nos aleja de nosotros mismos. Pero liberemos a ese dios que proclamas de todo rostro personal, de toda dependencia de la angosta conciencia humana, porque su espíritu ha de desbordar inconmensurablemente las fronteras que escinden los reinos del ser e infligen un dolor profundo en nuestro propio corazón.

-Mi Padre es el Dios de la misericordia, que ungió a Israel y envió a los profetas para que anunciaran su venida en espíritu y verdad. Yo doy gloria al Dios que creó el mundo, hechura de sus manos. Ese Dios es mi Padre, es el Señor de la gracia. Y mi Padre perdona los pecados de Israel y de la humanidad entera, porque es lento a la ira y rico en piedad. Él derramará su clemencia infinita sobre el mundo, para reconciliarlo todo. El que crea en el testimonio que doy de mi Padre se salvará. El que tenga oídos para oír esta buena nueva no albergará temor hacia la muerte.

-Grande es mi alegría al escuchar que tú también profesas fe en la fuerza imponderable del perdón, ¡oh bienaventurado! Yo exhorto a perdonar y a aprender a desterrar el odio, que deshoja el corazón, porque rechazamos en los demás lo que en realidad agujonea y ruboriza nuestro propio espíritu. Sólo nos encontraremos a nosotros mismos si expulsamos del alma los sentimientos que destruyen el amor y reprimen la serenidad, como los vientos huracanados de la cólera, el egoísmo y la codicia, o las voces temblorosas de la mentira y el engaño. Sólo el perdón y la compasión pueden conducirnos al verdadero nirvana, a un reino de equilibrio, medida y paz insondable.

-Mi Padre bendice a los mansos, a los pobres, a los atribulados, a los que lloran, a los perseguidos e injuriados, a los hambrientos de justicia en medio de los atroces silencios de un mundo sordo a sus deprecaciones, a quienes luchan por el bien y el amor, a quienes no responden con otra ofensa a una ofensa, a quienes buscan la verdad y el bien, a quienes no sienten odio, sino amor, hacia sus enemigos, a quienes ofrecen bebida y alimento a los desterrados de este mundo...

-Sean también mías esas bendiciones, oh tú también despierto, oh tú también Buda, oh tú también profundo y perfecto en tus doctrinas, oh tú que nos incitas a amar incluso a nuestros enemigos. Sea también mío el único de los anhelos que apruebo y admiro: el deseo de extirpar el sufrimiento de la faz de la tierra. Sea también mía tu búsqueda de ese reino infinito donde se disipen todos los afanes perecederos y sólo resplandezca la más pura y exuberante de las luces, la aurora que jamás ceda el testigo a la noche, la sede del eterno sosiego y de la limpidez suprema. Bien comprendo el inefable sentido de tu lucha, bien sé cuánto enalteces a la humanidad, bien sé cuánta alegría se concita en el corazón del universo al escuchar la belleza de tus enseñanzas,

pero sean también tuyas mis exhortaciones a huir del deseo como quien escapa de su enemigo mortal. Porque el deseo trae muerte; no aniquila la fuente del mal, sino que desencadena un nuevo torrente de pugnaces inquietudes. Esta angustia enceguece nuestros ojos ante el fulgor de la verdad. Sólo el desasimiento nos perfecciona. Sólo el silencio inescrutable del nirvana nos eleva al cielo verdadero, al hogar incorpóreo de la paz pura.

-Has hablado sabiamente, hijo del hombre, pero el corazón no puede anular la fuerza del deseo. Sin deseo no asciende el espíritu. Sin deseo no puede instaurarse el reino de mi Padre en la tierra, heredad de quienes aman a Dios. Su simiente sólo crecerá si cae en corazones anhelosos, luz y salvación del mundo. Sólo así un humilde grano de mostaza se convertirá en el árbol que cobije a quienes ansían el reino de mi Padre.

-Quizás llegue un día de bienaventuranza donde el deseo desemboque en la ausencia de deseo. Todos los ríos de la tierra convergerán en un mar de pureza infinita, libre ya de anhelos, aspiraciones y afanes, receptáculo de la verdad inagotable e irrevocable, fusión de todos los mundos que subsisten en el universo, unidad suprema de todos los seres en el crisol que desborda la copa del ser y de la nada. Será el reino de la vida más gozosa. Sólo entonces brotará la más hermosa de las flores, la rosa del desapego, enigmática como los rayos del arco iris, amena como el cántico de un ruiseñor, ligera como las melodías siderales. Allí abrazará tu Padre a todos los dichosos que saboreen las delicias de ese cielo auténtico. Allí se desvanecerá la sombra del deseo y sólo brillará la luz de una verdad fundida con el amor. Será el nirvana universal, que acoja a todas las criaturas.

Con el Sermón de Benarés y con el Sermón de la Montaña, con las cuatro nobles verdades y con las ocho bienaventuranzas, el hombre ha sondeado la morada de los dioses. ¿Cuándo llegará a la tierra el nuevo espíritu que, despierto al mundo de la infinita luz, proclame una verdad aún más profunda y vigorizadora que las esclarecidas por el Buda y el Crucificado? ¿Cuándo despuntará esa chispa divina que halle la encrucijada entre los caminos del Buda y los senderos del Crucificado? ¿Cuándo amanecerá la aurora de la verdad plena?

EL REINO PERDIDO DE ACLUM

I.

Un secreto vibra en las inmediaciones de Palenque. Se halla inmerso en las vastedades de una jungla cuya densidad impenetrable prohíbe al viajero aventurarse en su interior, al menos si ama la vida y espera salir indemne de una odisea condenada al fracaso. Es allí donde se yergue un macizo que, oculto tras la procelosa espesura del follaje tropical, esconde la clave para descifrar uno de los misterios más profundos legados por las civilizaciones mesoamericanas: la enigmática ciudad perdida de Aclum.

Nos han llegado escasas pero sustanciosas noticias de la naturaleza de este enclave primogénito, desvanecido en las intimidades más recónditas de la selva de Chiapas. Palenque fue una de las joyas de la civilización maya clásica, sede de templos, pirámides e inscripciones que revelan la majestad y la belleza coronadas por esta cultura milenaria. En las acrisoladas narraciones de algunos cronistas españoles leemos que los descendientes de sus antiguos moradores les habían relatado la existencia de un arcano lugar llamado Aclum. Los europeos recelaban de estas historias, teñidas de detalles mitológicos que comprometían su veracidad, y durante siglos no les prestaron la debida importancia.

Sin embargo, sabemos también que un fraile franciscano, Jerónimo de Horcujo, educado en Salamanca y entregado en cuerpo y alma a la evangelización de los indígenas en una misión encomendada por el mismísimo rey de España, Carlos III, empezó a sospechar que las aparentes fabulaciones de los nativos quizás aludieran a datos verosímiles, aunque en la información se hubiesen amalgamado exageraciones palmarias e inconfundibles tergiversaciones. Para sustentar sus afirmaciones, algunos indígenas apelaban a unos jeroglíficos grabados en las escalinatas del Templo de las Inscripciones de Palenque. Pero el significado de tan vistosos símbolos había sido olvidado hacía décadas. Los eruditos españoles residentes en el virreinato pensaban que constituían meros trazos desprovistos de valor fonético, dotados de finalidades mágicas, invocaciones mortuorias o expresiones rituales. Por ello, el sacerdote había rehusado hasta entonces emprender las ulteriores investigaciones que despejaran la incógnita. Los nativos porfiaban que uno de los jeroglíficos estampados en los relieves cuyas finas y armoniosas figuras ornamentaban el edificio hacía referencia a "Aclum", ciudad perdida en el corazón de la selva, vestigio de un pueblo desaparecido misteriosamente mucho antes de que los mayas se establecieran en esa región y fundaran una de las civilizaciones más asombrosas del continente americano.

Fray Jerónimo era consciente de que muchas de las narraciones transmitidas oralmente de generación en generación remitían en ocasiones a acontecimientos fidedignos, por lo que decidió entrevistarse con algunos ancianos para descubrir más sobre Aclum. Todas las voces nativas consultadas coincidían en una aseveración: la llave para escrutar el misterio de la ciudad perdida de Aclum yacía en la cima de un macizo hendido en las entrañas de la jungla de Palenque. Como nadie osaba desplazarse hasta ese lugar oscurecido por leyendas aterradoras, una nube transida de preguntas sin respuesta eclipsaba el relato de los indígenas. Lo que sí pudo colegir Fray Jerónimo es una idea que aleteaba en todas las afirmaciones reseñadas: Aclum había existido mucho antes de que los mayas colonizaran las selvas de Chiapas, y había alcanzado una grandeza que empequeñecía las glorias más insignes de sus herederos. Pero ¿quiénes eran realmente los crípticos habitantes de Aclum? ¿Cuál era su relación exacta con los mayas? ¿Por qué había sucumbido su civilización si, a tenor de las tradiciones preservadas con desvelo por los propios mayas, su poder no había conocido rival en Mesoamérica, y las esplendorosas culturas que prosperaron muchos siglos después sólo representaban un lívido reflejo de su magnificencia?

Además, parecía no ser estrictamente cierto que nadie se hubiera atrevido a surcar las temibles frondosidades de la jungla circundante a Palenque, una feroz maraña de verdores inextinguibles que, con el decurso de los siglos, habría engullido la otrora brillante ciudad como un depredador impasible fagocita a sus minúsculas y desamparadas víctimas.

En la época de Kinich Janaab Pacal, llamado “Pacal el Grande” porque bajo su reinado la urbe gozó de un desarrollo y una luminosidad sin precedentes, un emisario del gobernante se adentró en la selva. Durante días vagó sin poder vislumbrar ningún macizo, acosado por una humedad espantosa que cercenaba lentamente sus energías y bañaba su cuerpo con sudores asfixiantes, sometido a las voraces picaduras de los insectos y a la sombra omnipresente de jaguares acechantes en busca de tapires, mientras sorteaba viscosas e inmisericordes serpientes cuyas mordeduras envenenarían para siempre su alma de guerrero. Al cabo de unas pocas y angustiosas jornadas suplicadas por la inclemencia, se percató de que se había limitado a andar en alocados círculos, sin avanzar significativamente con respecto a la posición de partida. Esporádicamente, tímidos hilillos de luz bendecían las escasas oquedades que vetaban el follaje.

Fatigado por la desmesura de adversidades y amenazas que la desbordante naturaleza selvática desplegaba ante sus ojos, sus sentidos, su lacerado espíritu, su perseverancia y su abatida reciedumbre, acuciado por la sangre de las muchas heridas que le agujoneaban pertinazmente, penitencia infligida por las innumerables y espinosas plantas que arañaban constantemente su piel cobriza como flagelos punzantes e intempestivos, Kawil Wakan, orgulloso y leal soldado del rey de Palenque, hombre que siempre se había alzado victorioso sobre todos los desafíos, optó finalmente por regresar a la ciudad, perlado de lágrimas inconcebibles en alguien como él. Lo más

probable era que su soberano le castigara por semejante deserción, imperdonable acto de cobardía que mancillaría su futuro como guerrero y deshonoraría a sus familiares.

Sin embargo, algo muy extraño sucedió cuando su corazón lastimado se disponía a rendirse, entre sollozos indomeñables y silentes suspiros. Oyó un grito lejano pero discernible entre los pintorescos aullidos que pueblan una jungla de esas dimensiones. Como un rayo diáfano que brota de un foco providente, Kawil Wakan percibió los ecos presurosos de susurros proferidos por labios humanos. De cuantas criaturas inquietantes pululaban por las crujientes ramas de los árboles y se deslizaban sigilosamente por la empapada superficie del suelo, sobre la fresca de hojas caídas que prodigaban tenues y raudas crepitaciones en forma de secos chasquidos, el altivo luchador advirtió una voz lánguida que pugnaba por asomarse entre la vorágine selvática. Su cadencia sólo podía pertenecer a un ser humano. Aunque se encontraba al límite de sus fuerzas, se irguió y corrió velozmente por los nebulosos senderos en busca de quien había emitido esa misteriosa y tibia exclamación. Pero el desaliento volvió a cubrirlo con su manto marchito, porque no lograba hallar la fuente de ese sonido en el que había podido reconocer una palabra en lengua maya. Estaba convencido de que había captado algo así como “Aclum”, mas prefería no confiar demasiado en su intuición ya exhausta y afligida. Sin embargo, y súbitamente, un indefenso resplandor irisó su rostro. Apreció una borrosa silueta humana en el horizonte de una intrincada hilera de árboles revestidos de frondosidad sobrecogedora. La longitud de sus cabellos le hizo presagiar que se trataba de una mujer. Kawil Wakan se afanó en aproximarse todo cuanto pudo, pero la figura de ese enigmático ser emanado de las profundidades de la jungla se diluía en el violento follaje como un espejismo se disuelve en el mutismo del desierto. Cuanto más se acercaba, más se distanciaban esos perfiles bellos pero inasibles que habían emergido ante sus ojos, insistentes en desafiarle. Transcurrieron unos pocos minutos. Se le antojaron aún más intensos que cuando había disputado el letal juego de la pelota, y el sacrificio de su cuerpo en el altar propiciatorio de los dioses le parecía el único destino reservado a su espíritu.

De repente, entre la exuberancia de la selva floreció una solemne pared de rocas. Su abrupta verticalidad escindía el flujo de la jungla como una presa detiene el ritmo natural de un río. ¿Cómo era posible que no hubiese reparado antes en la presencia de esas piedras formidables, lisas y refulgentes, que simulaban haber sido talladas con el cuidado y el esmero de los templos construidos por su alabado rey Kinich Janaab Pacal? ¿Y quién era esa sombra humana que le había revelado el camino hacia un prodigio cuya luz espoleaba su fantasía, premio inimaginable para su sufrida y solitaria aventura por la selva? Pero eso no importaba ahora. Lo urgente era hallar un modo de escalar esa muralla pétreo que había de custodiar un tesoro a la altura de su imponencia. Vanamente intentó ascender con sus trémulas manos. Las piedras, demasiado díscolas y untuosas, eternamente mojadas por el inacabable impacto de gotas de lluvia y rociadas por las continuas exhalaciones de los árboles, le impedían aferrarse a puntos sólidos. Tampoco fue capaz de hilvanar lianas trepadoras extraídas del ramaje de los árboles para vencer ese obstáculo de casi infinita complejidad. Una tristeza indecible crispó su faz, como si

un rayo insólito hubiera hendido su alma. Esquilmado su furor, consternado, poroso, como todo espíritu, para el desánimo, humillado por el poder de una selva que, incomprendiblemente, había condescendido a descubrirle su secreto a través de una silueta esfumada tan rápido como había comparecido ante sus ojos estragados, se convenció de que no tenía más remedio que volver a Palenque e informar a su rey de tan infructuosa y atribulada búsqueda.

II.

El relato que los indígenas brindaron a Fray Jerónimo concluía con este episodio. Nada elucidaba sobre el destino del valeroso Kawil Wakan tras retornar junto a un monarca con fama de despiadado. En cualquier caso, y a la luz de estos testimonios, parecía claro que la jungla de Palenque escondía un misterio aún mayor que el significado de los jeroglíficos inscritos en los templos mayas. Por ello, el fraile español habló con sus superiores y les pidió permiso para organizar una expedición al corazón de la selva en busca de esa ciudad insondable llamada Aclum. Nadie le creyó. Sólo oídos escépticos escucharon su relato y ponderaron las evidencias esgrimidas. Temerosos de repetir empresas fallidas como la de El Dorado en la Amazonia, que había frustrado tantas vidas de valientes soldados castellanos desde los tiempos del adelantado Francisco de Orellana, ninguna autoridad política o religiosa del virreinato quería apoyar una epopeya eclipsada por tan incierto desenlace. El obispo de Chiapas era el dominico vallisoletano Antonio de Argodeza. En otras ocasiones había mostrado un interés sumo en ampliar su conocimiento sobre las culturas ancestrales de Nueva España, y por ello había financiado meticulosas ediciones de libros que versaban sobre la vida, las costumbres y la religiosidad de este pueblo. Sin embargo, prefirió abstenerse de participar en el proyecto. Pensaba que la leyenda de Aclum era llanamente falsa y que obedecía a la inagotable capacidad de fabulación de los nativos, inventores de caudalosos mitos y de ilusos cuentos sagrados que ofuscaban su imaginación.

Fray Jerónimo se dio cuenta de que sólo él podría satisfacer su deseo de esclarecer el misterio de Aclum. Como nadie patrocinaría su empresa, tenía que ser él mismo quien se adentrara en la selva y siguiera la estela del audaz guerrero maya que, según los relatos en boca de los indígenas de Chiapas, había iniciado la búsqueda de esa arcana ciudad en escrupulosa obediencia al mandato de su rey. Por fortuna, estaba convencido de que su fiel amigo Chitaam aceptaría acompañarlo en una epopeya tan singular y rebosante de peligros. Se trataba de un joven entusiasta e impetuoso oriundo de Zinacantán, de pequeños ojos saltones que simulaban afanarse en abandonar sus redondeadas aperturas. Poseía un alma bella y un corazón desprendido; optimista por naturaleza, no cejaba en el empeño de transmutar cualquier desventura en dicha. Su mirada era intensa y sus gestos transmitían tanto o más vigor que la colorida magia de sus palabras, trasuntos del legado sapiencial y artístico de la milenaria civilización a la

que pertenecía. Le había ayudado como intérprete en sus misiones apostólicas, y en él había depositado siempre la máxima confianza.

Chitaam no titubeó cuando Fray Jerónimo le propuso que lo secundara en la intrépida odisea por las junglas mexicanas. Los relatos que había escuchado desde niño con veneración y asombro le aconsejaban renunciar a internarse en la voraginosa espesura de la selva, rodeada de oscuros vaticinios, inmensidad cuya virulencia había derrotado incluso a sus ancestros de mayor coraje en la edad de oro de los mayas. Pero él estaba imbuido de una fe en Fray Jerónimo no menos profunda que la briosa seducción que sobre su alma ejercían las leyendas del pasado, historias que parecían clamar a voces por un espíritu atrevido, capaz de descorrer el tupido velo de misterio que las envolvía y adornaba desde siglos remotos.

Fray Jerónimo y Chitaam se aprovisionaron de víveres para semanas. Pertrechados con sendos machetes capaces de rasgar la desafiante espesura de la selva, acometieron el tortuoso camino. Fray Jerónimo había visitado la ciudad de Palenque años antes, y decidió que ambos pernoctarían allí antes de aventurarse en la jungla en cuyo seno se ubicaba el hipotético macizo de Aclum. Fueron necesarias varias jornadas de expedición para arribar a Palenque, pero la tarea auténticamente dificultosa comenzaba al dejar atrás la regia urbe de los mayas. Al igual que al audaz guerrero Kawil Wakan, la furibunda uniformidad de la selva los traicionaba, pues, aun plagada de anfractuosidades, los obligaba a dar vueltas en torno a un mismo y turbio centro, de cuyas garras fantasmales no podían escapar. Los círculos descritos insistían en regresar al punto de partida, gobernados por la fabulosa simetría que manifestaban todas las direcciones. Los itinerarios se les antojaban esencialmente idénticos, anegados por los mismos árboles, las mismas ramas, los mismos troncos, los mismos y abigarrados colores, el mismo y cálido vaho que humedecía sus rostros con sus emanaciones vaporosas. Ningún indicio del esquivo macizo rocoso narrado por los mayas. Reinaba una fatigosa y duradera isotropía que sólo les infligía desaliento. Fustigados por la sensación de derrota, pronto contemplaron la posibilidad de desistir y convencerse de que Aclum únicamente constituía una prófuga leyenda, uno más de entre los múltiples relatos mitológicos cincelados por la incesante imaginación de los nativos de Mesoamérica, acostumbrados a inventarse serpientes aladas y dioses de la lluvia que fecundaban la selva con la savia de su llanto.

Sin embargo, un acontecimiento no menos providencial que el relatado en la historia de Kawil Wakan rescató a Fray Jerónimo y a Chitaam del laberinto al que habían sucumbido. En esta ocasión no resonaron los ecos del hombre en la silente vastedad de la selva yucateca. No fue una voz misteriosa, sino un gozoso quetzal de verdes y azuladas plumas la criatura que liberó a estas almas errantes por una jungla en la que a veces se tornaba imposible distinguir la noche del día, pues la densidad del follaje lo abocaba todo al inquebrantable dominio de un crepúsculo perpetuo. Fue Chitaam quien advirtió la presencia de esa ave majestuosa que reposaba sobre la frágil rama de un árbol, pero que súbitamente alzó el vuelo y, dispada primero en lo

recóndito, reapareció después, hierática y conmovedora, junto a un claro desapercibido. La esperanza renació en el espíritu de Chitaam, quien corrió hacia ese lugar y enseguida entonó una exclamación que irradiaba desbordante alegría: “¡Las rocas, las rocas!” Fray Jerónimo se apresuró a seguir el rastro de su compañero. Se precipitó por una ligera inclinación que desembocaba en un espacio abierto y hialino frente al que emergía, en efecto, una muralla rocosa y perpendicular cercada por avariciosas espesuras. Fray Jerónimo era un avezado escalador. Había demostrado su destreza en su España natal, así como en una expedición por el norte de California en la que se había embarcado con otros miembros de su orden religiosa. Como el relato anunciaba la apremiante existencia de un macizo, se había provisto de las oportunas cuerdas y de los impostergables anclajes que facilitarían la tarea en caso de que finalmente hubiera de franquear la resistencia de una montaña. No le costó mucho asirse hábilmente a las rocas, mullidas por el musgo indómito, y superar los aproximadamente quince metros de altura que separaban la base de la vidriosa cumbre.

Al llegar a la cúspide de esa alta pared de rocas cuya erección no podía responder a los designios de la naturaleza, sino al artificio de los hombres, los ojos de Fray Jerónimo se extasiaron. Se sentían avasallados por la bienaventuranza que prodigaba la hermosura circundante, premonición de una gloria jamás presagiada. Un cielo cerúleo e impoluto saciaba y rejuvenecía la vista con la paz y el esplendor de una belleza pura, epifanía que dulcificaba toda angustia. Su azul descomunal y ardoroso iluminaba una vastedad de ruinas bien preservadas que se extendían difusamente hacia un horizonte inescrutable, embelesador e inusitadamente immaculado. La sorpresa de Fray Jerónimo no podía contar el número de maravillas que se izaban ante él como sueños vivificados: vastos templos elegantemente aderezados con escalinatas policromadas, serenos lagos y cascadas violáceas, estatuas subyugantes, altivas efigies finamente orladas, fastuosas avenidas, flanqueadas por columnas de bláncor mármóreo sobre cuyos capiteles se posaban ceremoniosamente quetzales aureolados con exuberantes y armoniosas plumas, augustos palacios que parecían adheridos al vacío, pues, deslumbrados por la claridad de fuentes de las que sólo dimanaba la más cristalina de las aguas, no era fácil identificar los pilares, cadenas de árboles gigantescos cuyas tersas ramas sostenían pirámides aún mayores que las de Palenque, Tikal o Teotihuacán...

Todo era tan grandioso que sólo una inefable fantasía podía haber gestado construcciones de semejante imponencia. Ningún viajero había relatado nada similar en sus andanzas por la India, China, Egipto o el Nuevo Mundo. La contemplación de ese espectáculo intacto y desafortunado lo mantuvo silente varios minutos; un lapso efímero, pero tan intenso que inquietó con viveza a Chitaam, quien vociferó desde la base de la muralla. Fray Jerónimo lo tranquilizó desde lo alto. Se limitó a decirle que una visión beatífica, émula de la felicidad prometida por Dios a sus retoños fieles, bendecía ahora sus ojos.

¿Cómo era posible que un espacio tan colosal, sin duda vestigio de una civilización perdida que había alcanzado cimas superiores a las coronadas por Egipto, Grecia, Roma o el propio imperio cristiano, hubiese permanecido oculto tanto tiempo, tutelado sólo por los relatos inverosímiles de los nativos; una ciudad que había desafiado incluso a los mayas en su período más resplandeciente? ¿Quién y cómo había podido levantar esos edificios titánicos camuflados tras la espesura de la jungla, ante los que palidecían las mismísimas pirámides de Egipto y las demás maravillas del mundo antiguo? ¿Qué ser omnipotente había conseguido profundizar con tanto ingenio en los secretos de la naturaleza como para plantar árboles que soportaban el peso incalculable de una pirámide, monumento ante cuya magnificencia lividecían los tesoros más sublimes del orbe clásico?

Sólo Hércules podría haber remolcado esos bloques de piedra y ubicarlos sobre árboles que triplicaban el tamaño de los troncos más robustos de las Indias y de Europa. Estaba claro que un pueblo, poseedor de una tecnología desconocida y de una sofisticación desconcertante, era el autor de un paraíso que rebosaba de portentos insospechados. Sí, una civilización semidivina que recordaba a las leyendas recogidas por Platón sobre la Atlántida y la edad de oro, aunque curiosamente este metal tan codiciado por los europeos, que había fertilizado las febriles ambiciones de incontables conquistadores, ávidos de riqueza, poder y fama, allí brillaba por su ausencia. Todo era blanco, verde o grisáceo, embellecido por una alegre luz perenne que descendía de un sol entronizado en el incólume azul del cielo. La claridad no procedía de los destellos iridiscentes del oro, sino de la refulgencia que generaba la luz imperturbable del Sol sobre la perfección de unas piedras talladas por manos angelicales. La selva, oscura, trabada y rumorosa, repleta de seres estremecedores, fervorosamente hostil al hombre, había dejado paso, tras ese enhiesto y opaco muro de rocas escarpadas, a un paraíso inundado de luz.

Chitaam, enardecido por la esperanza de divisar con sus propios ojos lo que auguraba un prodigio embriagador, pidió encarecidamente a Fray Jerónimo que le deslizara alguna cuerda y le ayudara a subir. Ascender le resultó aún menos arduo que al español, y en cuanto la vista ansiosa de Chitaam se dirigió a ese escenario místico, emergió una apoteosis que se difuminaba ágilmente en un valle abrazado por colinas de leve prominencia. La inmensidad era grave, era conminatoria. En su filo se detenía milagrosamente la desenfundada frondosidad de una jungla deseosa de devorarlo todo, como paralizada por el fuego de unos serafines magnánimos cuyas llamaradas expulsaban a todo intruso arborescente que amagara con penetrar en su jardín edénico. Porque más allá de las tenues elevaciones, de las faldas que se deslizaban con efusiva delicadeza, sólo imperaba llanura, una llanura esplendorosa y homogénea ribeteada por construcciones que Chitaam no había contemplado nunca.

Tanto él como Fray Jerónimo enmudecieron ante lo indescriptible. La magnificencia de la pirámide enclavada en el centro de la ciudad arrebató la espaciosa esfera de sus almas. ¿De qué manera podía alzarse, sobre ramas y troncos arbóreos

frágiles como el alabastro, semejante construcción, un templo flotante suspendido sobre la mansa suavidad del aire balsámico que ahora respiraban con deleite? Imponente y pintoresca, la arrobadora estatua de un jaguar veteado protegía el monumento que descansaba sobre las ramas de unos árboles ciclópeos, pero árboles al fin y al cabo. Su implacable belleza no cesaba de maravillarlos. Sus fauces abiertas, sus mandíbulas afiladas como sables, las manchas negruzcas que moteaban la piel amarillenta de esa fiera aterradora... ¿qué tamaño tendrían? Jamás habían vislumbrado una estatua tan sublime. Aficionado desde la infancia al arte griego, Fray Jerónimo evocó el célebre Coloso de Rodas, desasosegante figura humana de dimensiones prometeicas que tutelaba la entrada al principal puerto de esta isla del Dodecaneso, pero que había sido destruida por un violento terremoto y de la que sólo se conservaban detalles presumiblemente legendarios. El jaguar que ahora veía no era el producto de un mito, sino una realidad vívida e inexplicable. Y el volumen del jaguar lividecía ante una pirámide aupada por infinidad de árboles desmedidos. Era evidente que un pueblo inescrutablemente sabio y poderoso había habitado en ese lugar recóndito, resguardado por una selva inabordable, subyugante y aguerrida. Su misterio ahora los enaltecía con una experiencia insólita, fragancia emanada del mismísimo cielo.

“¡Bajemos, bajemos sin dilación y exploremos este paraíso!” —exclamó Chitaam, exultante con la idea de poder acariciar piedras fabulosas que no desistían de irradiar los más admirables fulgores deparados a los ojos de un mortal. A diferencia de la tajante verticalidad de la pared de rocas, una muralla evidentemente destinada a salvaguardar las gemas arquitectónicas que yacían tras ese mundo inhóspito, el descenso hacia la planicie inaugural era sencillo y placentero. Todo un cosmos se abría ante estas dos almas bienaventuradas, premiadas con el don prístino de venerar un paraíso que llevaba escondido milenios.

Una avenida majestuosa dividía la ciudad en dos. La simetría que imperaba ubicuamente acrisolaba una perfección de tintes celestiales. Una acompasada multitud de espejos octogonales finamente bruñidos anegaba este sendero regio, dispuestos de tal forma que los oblicuos haces de luz en ellos reflejados generaban una sensación de desafío, profundidad y abundancia. Sus efectos emocionaban aún más a quienes recorrían esa vía solemne, mientras atisbaban la culminante estatua del jaguar y la enorme pirámide ulterior. Decenas de templos de un tamaño homologable al de cualquiera de las mayores pirámides de la Nueva España, como las de Tikal, Chichen Itzá y Palenque, colmaban la fastuosa avenida que conducía al enigmático y desgarrador jaguar entronizado en el horizonte. ¿Cuánto mediría la calzada? ¿Cinco, diez, quince kilómetros? Ni la execrada Roma en toda su gloria había levantado una avenida tan vasta y luminosa, cuya grandeza sobrecogía al visitante.

Copiosas calles perpendiculares, igualmente pulcras y ceremoniosas, surgían cada cien o doscientos metros y se prolongaban varios kilómetros en la lejanía. El plano de la ciudad describía una cuadrícula perfecta. Cada imposible detalle de los edificios, cada esquina, cada intersección entre la avenida principal y las calles adyacentes...:

todo parecía cuidadosamente diseñado por el más consumado arquitecto; todo exhalaba primor, exuberancia y hermosura. Extraños signos, algunos similares a los jeroglíficos mayas aún indescifrados, aquilataban los pináculos de los templos piramidales que flanqueaban la avenida. La blancura del suelo despedía reverberaciones cristalinas, como si caminasen sobre un mármol más puro que el de Carrara. Pero su sorpresa fue en aumento cuando divisaron dos inmensos lagos, uno a cada lado de la avenida. El agua gorgoteaba briosamente en las exquisitas fuentes que los embellecían. Sus orificios no dejaban de lanzar chorros melodiosamente sincronizados que rememoraron en Fray Jerónimo la elegancia de los mejores jardines europeos.

Degustaron cada tramo, cada hálito de delicadeza que permeaba todas esas construcciones ennoblecidas por una luz perenne. Habían penetrado en un mundo aún más suntuoso y primigenio que el descubierto por Colón, Cortés y Pizarro siglos atrás.

III.

Una civilización magna y precursora había habitado esta ciudad, pero se había desvanecido arcanamente de la historia, pues no figuraba en ninguna crónica. Sólo una leyenda oral y poco verosímil conservada por los mayas aludía a la existencia de un lugar bautizado como “Aclum”. Este enclave debía de coincidir con la urbe fabulosa que ahora contemplaban reverencialmente.

Sin embargo, tanto o más enigmático que el prodigio de ingeniería plasmado en cada una de las edificaciones de la ciudad —sobre todo en la gran pirámide que pendía de unos árboles al final de la avenida— era el hecho de que las paredes, las escalinatas y la resplandeciente policromía que decoraba los templos parecían no haber sufrido las embestidas del tiempo y del abandono. Las pirámides mayas, enterradas por la voracidad de una vegetación que no sentía conmiseración hacia las glorias pretéritas, eran ruinas decadentes, reliquias degradadas en comparación con el brillo que engrandecía los perdurables templos de Aclum, despojados de cualquier síntoma de deterioro u obsolescencia. ¿Dónde yacía el secreto? ¿Qué mano ignota se encargaba de preservar celosamente el estado de esta creación formidable, que remitía vívidamente a una civilización sabia, sofisticada y misteriosa?

Tras deambular por esa avenida tan gozosa para su vista y su imaginación, se detuvieron frente a la estatua del jaguar. Sus exorbitadas proporciones evocaban la figura de un dios hecho carne. Inspiraba una aguda mezcla de pavor y fascinación, de oscuridad y luz, pues al unísono concitaba admiración y terror, como toda gran obra del espíritu. Era colosal, seguramente mayor que la legendaria estatua de Zeus Olímpico sobre la que Fray Jerónimo había leído ávidamente en su época de estudiante en Salamanca. El monstruo parecía querer abalanzarse despiadadamente sobre sus víctimas. La sola mirada, la solemne crueldad que latía en los ojos proverbiales de la

bestia, devoraba ya intangiblemente a quienes comparecían ante su egregia silueta, tiznada de manchas lóbregas.

Pero lo que más cautivaba a quienes acaban de descubrir un mundo perdido era la pirámide que, gloriosa y seductora, se alzaba sobre decenas de árboles magistralmente ordenados de acuerdo con los más decorosos cánones de simetría. ¿Cuánto podría medir ese portento atroz que desafiaba las leyes de la naturaleza? El jaguar, como una insospechada esfinge, daba la bienvenida al gigantesco complejo de una pirámide sostenida sobre innumerables ramas y troncos. Confuso, Fray Jerónimo caviló sobre su altura. Concluyó que frisaba en los trescientos metros de altura, y esgrimió que cada lado del cuadrilátero cuya estructura servía de base probablemente rebasaba los quinientos metros de longitud. Un rápido cálculo mental indicaba que no sólo era el edificio más alto construido por el hombre, sino también el más voluminoso, pues debía de rondar los treinta y siete millones de metros cúbicos, una cifra mayor que en el caso de la Gran Pirámide de Giza y de la Gran Pirámide de Cholula en Puebla.

La pirámide refulgía con pulcritud embelesadora. ¿De qué material estaría fabricado el recubrimiento que le confería ese brillo insólito? ¿Piedra caliza, mármol...? ¿Y los destellos azulados que jaspeaban las esquinas serían acaso de lapislázuli? ¿Qué producía el resplandor purpúreo, diáfano perceptible en las afiladas puntas del piramidión, en el logrado vértice de esta obra de arte? ¿Pero cuántos bloques de piedra habían sido necesarios para armar un milagro tan estremecedor? Y, sobre todo, ¿qué fuerza misteriosa aguantaba el desmesurado peso de la pirámide sobre ramas y troncos arbóreos? ¿Sería todo un hechizo, de manera que tras la apariencia de árboles se escondían enormes piedras? ¿Era concebible que existiera algo así como un árbol pétreo, mezcla de vida e inercia?

Era indubitable que se trataba de árboles de una especie ignorada, como tantas otras con las que los europeos habían tropezado al descubrir el nuevo universo de las Indias. Los troncos parecían tres o cuatro veces mayores que los tallos de los árboles más robustos y enhiestos del viejo continente. Para Fray Jerónimo imitaban vastas columnas de madera firmemente clavadas en la delicadeza del enlosado, del que brotaban tersa y grácilmente. Ni siquiera Chitaam era capaz de reconocer esa clase de árboles descomunales. Nunca, pese a haber recorrido a conciencia numerosas regiones de Chiapas habitadas por su pueblo desde tiempos inmemoriales, pese a haberse sumergido en las honduras abisales de la selva y haber topado con extrañas criaturas en cuyas configuraciones inasibles resonaban los ecos de leyendas obliteradas, había visto algo igual, algo comparable en tamaño, ingenio y perfección estética.

Fray Jerónimo se aproximó lentamente a la base de la pirámide, que se elevaba en torno a cinco metros sobre el suelo. No se detuvo a contar cuántos troncos o de qué envergadura sujetaban la pirámide y la auspiciaban a semejante altura, como si colgara de etéreas nubes imaginarias bajo el amparo de un dios benévolo, o como un castillo celeste flotado sobre el aire. Los constructores de la pirámide habían burlado la ley de la

gravedad con mayor astucia la exhibida por los arquitectos del Panteón de Roma o de la majestuosa cúpula de San Pedro. Lo que habían conseguido levantar no tenía parangón sobre la faz de la tierra, y ninguno de los prodigios de la Antigüedad emulaba este cielo descendido al corazón de la selva yucateca. ¿Quizás hubieran esclarecido un secreto inveterado, al percatarse de que la gravedad no era la fuerza definitiva, la más profunda y enérgica de la naturaleza, sino que podía ser apaciguada con resortes inusitados, capaces de domesticar principios del universo hipotéticamente irrevocables?

Sin embargo, allí donde había imperado un silencio místico cuya serenidad propiciaba la contemplación pura y desasida de un espectáculo que había permanecido oculto tanto tiempo, de repente se oyó un tenue susurro, unos pasos mansos y tímidos que se acercaban cautelosamente a Fray Jerónimo y Chitaam, presos de estupor. Los exploradores, visiblemente asustados, retrocedieron. Como un hechizo súbito, decenas de figuras humanas aparecieron pausadamente ante sus atónitos y azorados ojos, cual hieráticos actores encumbrados a tan inverosímil teatro.

¿Quiénes eran? De tez parduzca, cabellos oscuros y baja estatura, los rasgos fisonómicos que podían distinguirse los emparentaban inequívocamente con los indígenas de Chiapas. Conforme avanzaban hacia los azarosos intrusos que habían osado irrumpir en el pudor de ese reino paradisíaco arrebuñado en la jungla, y como perturbados por voces sacrílegas que habían interrumpido su trance, su furor y su éxtasis en las tempestuosas soledades de un reino olvidado, se avivó el inesperado y febril fuego de su magia: la riqueza de sus vestimentas, la finura de los brocados, el intenso verdor de sus máscaras de jade, los destellos áureos de las coronas que orlaban sus cabezas con colores enardecidos, los armoniosos collares y pendientes consagrados a embellecer siluetas de por sí imponentes... Eran decenas de varones, mujeres y niños en rítmica procesión hacia dos extranjeros que habían franqueado los pórticos de Aclum.

Tembloroso, Fray Jerónimo cogió la mano de Chitaam. Ante un final que vaticinaban inminente, empezaron a musitar una oración cristiana. Al unísono evocaron dichas pasadas, hogares preteridos, nombres, semblantes, fervores, el irrecuperable gozo de la infancia, la intacta juventud soñada, aspiraciones ya fenecidas... Pero la comitiva de figuras humanas que se dirigía hacia ellos se abrió y comenzó a describir un semicírculo que los envolvió sutilmente. En el centro dejaron un espacio libre, flanqueado por dos ancianos de túnicas blancas y resplandecientes, aderezadas con cadenas argénteas que semejaban serpientes chispeantes y cegadoras. Una mujer se alzó en esa posición mayestática.

Su alta dignidad no sólo se entreveía en la hermosura de sus ropajes, sino en el cetro que empuñaba y en la vistosa diadema que llevaba ceñida a una corona bordada con pétalos de rosa, tiara que la nimbaba como a una diosa ungida con un rostro humano. Pese a la distancia, el aroma de las olorosas flores que la perfumaban se apreciaba nítidamente. Ella elevó los brazos, en actitud piadosa, y con un gesto que

transmitía cordialidad invitó a sus inopinados huéspedes a adelantarse. ¿Acaso celebraba la presencia de dos forasteros que se habían atrevido a violar la paz angélica de Aclum?

Poco después comenzó a declamar unas palabras en cuya fonética Chitaam percibió sonidos característicos de la lengua maya yucateca, del náhuatl y de otros idiomas amerindios hablados en el virreinato de la Nueva España; una conjunción, por tanto, de motivos lingüísticos esparcidos por la práctica totalidad de Mesoamérica, reminiscencia de una lengua olvidada, antecesora incontrovertible de las que habían utilizado las civilizaciones tolteca, maya y azteca. La mujer prosiguió con la recitación de un discurso ininteligible para Fray Jerónimo, pero en el que Chitaam, hábil en el manejo de las lenguas nativas de esa región, reconoció conceptos reveladores como “sagrada Aclum”, “templo”, “dioses”, “Kukulkán”, “Ek Balam” (onomástica del dios jaguar de los mayas), “estrellas”, “prisioneros”, “secreto”. Cabizbajo, Chitaam dirigió a su amigo una mirada transida de temor y desesperanza, como si la furia del peor de los presagios hubiese helado su alma.

IV.

Fray Jerónimo comprendió que descubrir el reino perdido de Aclum comportaba el pago de un único precio: la prohibición de abandonarlo. Acompañado por Chitaam y acogido por un pueblo enigmático que erigía pirámides fabulosas, colgantes como los legendarios jardines de Babilonia, debería pasar el resto de sus días encerrado en ese enclave que parecía pulcramente esculpido por las omnipotentes manos de los dioses.

Aherrojado en una prisión de oro escondida en el corazón del Nuevo Mundo, eternamente protegido frente a tiempos, espacios e insaciables ansias de conquista, no volvería a ver a los suyos. No regresaría a su amada España, ni difundiría el evangelio por las vastedades innominadas de las Indias, pero consagraría su existencia a gozar infinitamente de una maravilla hecha realidad gracias al talento de una civilización que había desafiado la sombra de los milenios. Desde ahora sólo podría dedicarse al conocimiento, a descifrar los tesoros sapienciales reunidos por las gentes de Aclum a lo largo de tantas centurias, a explicar cómo habían erigido esos monumentos que retaban toda noción sobre lo posible y lo imposible, a despejar el sinnúmero de incógnitas seminales que envolvía cada resquicio de una cultura asombrosa e inquietante. Una dulce cárcel recluiría su cuerpo y su alma desde ese momento. Tendría la oportunidad de familiarizarse con los detalles más íntimos de la vida de Aclum, así como de agotar los manantiales de su ciencia, de su geometría y de su medicina, excelente antídoto contra el envejecimiento.

Cada noche, ante la irrevocable mirada de un firmamento mudo, contemplaría la magnífica bóveda preñada de estrellas en la que rutilaban jovialmente figuras

inmarchitables, de suave fulgor. Se fascinaría con el mismo cielo que veneraban todas las gentes de esas latitudes, quienes, aun embrujadas por idénticos astros que resucitan milagrosamente al desfallecer cada crepúsculo, ignoraban que en algún recodo de la tierra imperase la magia prístina de Aclum. Devanaría saberes ocultos, limaría las asperezas de su entendimiento y aprendería los secretos del complejo calendario elaborado por los sacerdotes, capaz de computar la posición de un cometa o la órbita de un satélite con una precisión inasequible a los mejores matemáticos de Europa. Pero todas las luces que arrojase sobre el misterio insondable de Aclum se encenderían y apagarían nostálgicamente en su alma como relámpagos efímeros, porque nadie fuera de esa pared de rocas que circundaba la ciudad y la guarecía frente a la agresividad de la jungla tenía derecho a transgredir su arcano.

Sólo en una ocasión vulneró Fray Jerónimo el imperativo de permanecer confinado tras las fronteras de Aclum. Una tarde, poco antes de caer la noche, después de un día alegre y provechoso en el que había discutido con los sacerdotes de la Gran Pirámide del Jaguar sobre las implicaciones de los datos astronómicos recogidos en los meses anteriores, el franciscano caminó hasta los límites de la ciudad. Regresó a la colina desde cuya cúspide había atisbado por primera vez Aclum años atrás, cuando la existencia de ese reino luminoso representaba sólo una leyenda o un delirio de pueblos salvajes. Desde lo alto observó de nuevo la contundente y arriscada pared pétreo que se había visto obligado a escalar para vislumbrar los arbolados perfiles de Aclum. Demasiado onerosos eran los recuerdos. El espectáculo le infligió tristeza, invadido por un sentimiento de profunda soledad entreverada de melancolía, de una añoranza innegable por todo lo que había dejado en su vida pasada.

Era consciente de que no podía arriesgarse a huir de Aclum. Chitaam, tomado como rehén, sería asesinado. Él sería perseguido por los guerreros hasta darle muerte en los intrincados senderos de una jungla de la que difícilmente lograría escabullirse. Por otra parte, la vida en Aclum era placentera. Consagraba sus horas al estudio, y los habitantes le habían hecho partícipe de su ciencia, de su arte y de las proezas de su ingeniería, cuyos detalles le eran ahora conocidos como a cualquier otro hijo de esta antiquísima civilización. ¿No era acaso un privilegiado por disfrutar de acceso a conocimientos que la humanidad tardaría afanosos siglos en desentrañar? ¿No se bañaba en las aguas de un paraíso virginal, de un edén ensimismado donde sólo se cultivaban los anhelos más nobles del espíritu? ¿Qué derecho le legitimaba a desvelar el más longevo de los misterios, un enigma custodiado con esmero insuperable, una joya que había resistido los embistes de incalculables enemigos potenciales, hordas hostiles que no tendrían el menor reparo en asaltar Aclum y en sepultar el sueño que simbolizaba?

Sin embargo, ese acervo incomparable estaba reservado a los retoños de Aclum, celosos de salvaguardar su herencia milenaria, y Fray Jerónimo padecía la dolorosa tortura de quien otea las mayores glorias sin poder compartirlas. Una mañana, al despuntar una aurora rociada de luces particularmente límpidas, al amparo de las irisaciones tornasoladas de un astro rey naciente cuyos rayos ubérrimos desprendían

destellos multicolores, a medio camino entre la serena oscuridad de la noche y la desbordante claridad que inundaba los días de Aclum, entronizados en una perpetua primavera anegada de fulgor, el corazón atenazado de Fray Jerónimo sintió el fuego de una llamada, el amanecer de un destino, la presencia de una nueva vocación. La señal era tan sincera y vigorosa como la que le había impulsado a ingresar en la Orden fundada por San Francisco de Asís, por ese santo dulce y humilde que entonaba cánticos a la belleza del mundo y a la fraternidad universal entre todas las criaturas. Dios le había bendecido con el hallazgo de Aclum, y era allí donde había de pasar el resto de su vida, al abrigo irreversible de ese parnaso sapiencial y remoto que no debía sucumbir a la voracidad de los hombres.

La incertidumbre oprimía su alma, pero finalmente decidió que, aun sin fugarse de Aclum, ofrecería a la posteridad algún indicio de ese enclave preterido en las inmensidades de la selva. El mismo Señor de la naturaleza y de la historia le encomendaba una misión aún más ardua que la conversión de las Indias a una fe, la católica, que él había profesado con empeño heroico en ese continente descomunal, inagotable y solitario, ante cuyo tamaño la rica y antigua Europa encogía ruborosamente: él tenía que dejar constancia de la existencia de Aclum. No quebrantaría lo inexorablemente pactado, no infringiría la ley más sagrada de Aclum, el precepto de custodiar esta maravilla que había posado sus alas celestiales sobre un suelo recóndito, engastado en las profundidades de la jungla maya. Pero sí rubricaría con su firma, con la estampa de su verdad, la descripción exhaustiva de esa ciudad enhebrada con prodigios que extasiarían el alma de cualquier imaginación futura.

Se demoró semanas, pero concluyó un escrito en el que daba testimonio de todo lo vivido, de la naturaleza de Aclum, de su ciencia, de su arte, de su tecnología, del carácter de sus moradores, de las leyendas que circulaban sobre los orígenes de esta urbe surgida en los albores de la historia, de los milagros que tutelaba en su seno con el ardor de quienes creían obedecer a un mandato promulgado por los dioses. Al igual que los códices más valiosos, manuscritos considerados santos y estimados más que cualquier otro tesoro del reino, vigilados día y noche por los sacerdotes de la Gran Pirámide del Jaguar y del Templo de las Solemnidades Eternas (donde se rendía pleitesía a “Ojel Antal Xaman”, deidad protectora de la ciencia, el Thot y el Hermes de Aclum, cuyo espíritu, con forma de serpiente emplumada, velaba por la preservación de la escritura, la matemática y los saberes puros), Fray Jerónimo había redactado un entusiasta compendio en lengua latina donde cristalizaba el caudal de experiencias y conocimientos que había acumulado hasta ese instante. Atravesó la magna avenida que perforaba la urbe como una lanza clavada en el corazón de la Gran Pirámide del Jaguar, subió a la colina primordial que sellaba las fronteras de Aclum, divisó de nuevo la pared de rocas, evocó sueños desvanecidos, respiró lentamente y arrojó el manuscrito a las entrañas de la jungla.

Quizás alguien descubriera en el futuro ese texto, y anhelase contemplar con sus propios ojos la gloria de todo un mundo oculto, de toda una realidad desaforada; él

debía quedarse en Aclum, reino imperecedero que le vedaba retornar al ominoso pasado, forzado a sumergirse en un universo inescrutable que trascendía el flujo de los tiempos para converger en la morada de lo que no tiene nombre.

ADI SANKARA Y LA INTELIGENCIA INFINITA

Bajo el altivo Sol del estío, el calor abrasa Kerala. Disipadas todas las brisas, son incesantes las gotas de sudor que humedecen el cuerpo del venerable Adi Sankara, quien, sentado en la postura de la flor de loto, trata de concentrarse en un ambiente tan poco propicio para la meditación. Congregados en torno a él, sus discípulos se afanan en sumergirse en las profundidades de la reflexión filosófica, pero las altas temperaturas y el aire saturado empapan su piel, como si el monzón hubiese llegado inesperadamente a las vastas regiones del sur de la India.

Sankara es admirado como uno de los grandes maestros espirituales de la época. Oídos ansiosos de escuchar la sabiduría que mana de sus labios acuden desde los lugares más recónditos, y las noticias sobre la hondura de un mensaje que pugna por rasgar el velo de *maya* se han propagado con rapidez inusitada a través de los reinos circundantes.

Sin embargo, la inquietud aflige el alma de Adi Sankara. Han pasado ya varios días desde que un presagio desasosegante se aposentó en su espíritu, entreverado de luz y oscuridad. Los más doctos de la India habían profesado visiones distintas sobre la naturaleza de la realidad última, del absoluto. Sankara, apóstol de la unidad, predica que el corazón del universo trasciende cualquier clase de división. En su doctrina *advaita*, las dualidades ceden el testigo a la más radiante de las concordias. Todo lo que parece escindido ante los frágiles ojos del hombre desemboca en una armonía de reminiscencias deíficas, en cuyo crisol se funden todos los opuestos, hermanados en el más noble y hermoso de los vínculos esponsales. Pero ¿cómo concebir ese fondo abisal del ser, del que los trémulos pensamientos de Sankara sólo alcanzan a vislumbrar detalles nimios y propiedades confusas?

Pese al sofocante calor, Sankara desafía a sus discípulos. Quiere que se aventuren a imaginar esa mente cósmica que supera las pujantes contradicciones de la vida. ¿Cómo contemplaría el mundo ese infinito en cuyas aguas convergen todos los ríos de la tierra? Más aún, ¿cómo sería una inteligencia infinita, capaz de entenderlo todo, de elucidar todos los misterios, de percibir la unidad ubicuamente?

Arjuna es el más aventajado de los alumnos de Sankara, pues le ha ayudado en la redacción de un elaborado comentario al *Bhagavad Gita*. En su persona se cumple escrupulosamente una sentencia que declama esta épica sagrada: “Aquél que trabaja con devoción, que es alma pura y que controla la mente y los sentidos, es querido por todos, y todos son queridos por él” (V, 7). Arjuna responde de la siguiente manera al reto lanzado por su maestro:

-Honorable Adi Sankara, si en el absoluto se reconcilian todos los opuestos, y si en su seno se desvanece bellamente la dualidad entre el *atman* y el *brahman*, porque sucumbe a la realidad más prístina y vigorosa, ¿no creéis que la mente de Dios, en vez de observar el mundo, lo crea continuamente, e incansablemente traza la divisoria con el no-mundo?

Un silencio inspirador alza sus ecos y Sankara, sin mostrar atisbo alguno de vacilación, esgrime:

-Amado discípulo, habéis hablado sabiamente, porque la inteligencia infinita de Dios tiene que ver tanto el mundo como su negación. Pero ¿cómo lo logra? ¿Cómo puede su mente penetrar también en los insondables espacios del no-ser?

Otro discípulo, Dashama, de mirada siempre apacible y cabellos lacios, replica:

-En lo infinito caben todas las posibilidades. La mente de la unidad suprema sólo puede captar integraciones, no divisiones. Para ella, ni el mundo ni el no-mundo existen, tan sólo el infinito universo de lo que puede ser.

Sankara cierra los ojos, como si el asceta anhelara comprender la plenitud de lo expresado por su discípulo. Con gesto lánguido, junta las manos en actitud piadosa. Sin inmutarse ante una repentina ráfaga de viento que acaricia su rostro y dulcifica la tórrida atmósfera, aduce:

-Si la inefable realidad de Dios es alma y es mundo, es entonces pensamiento y materia, es entonces voluntad y obediencia, es entonces alegría y tristeza, es entonces yo y es entonces todo y todos. Si Dios lo es todo, es el amor y es la inteligencia, es la libertad y es la necesidad, y en su infinito aletea todo cuanto puede ser. Por tanto, una inteligencia infinita como la suya debe sobreponerse a las contradicciones que detienen el pensamiento del hombre. No discernirá círculos o cuadrados, sino que en el círculo aprehenderá ya la esencia del cuadrado, y su mirada perforará cada esquina de un cuadrado para detectar cómo asoman los indicios de una curva, que suavemente se transforma en círculo. En cada punto de la circunferencia columbrará también una minúscula línea recta, delicado germen de un cuadrado. Tampoco se arredrará ante la barrera que separa el ser y el no-ser, sino que en cada manifestación del ser descubrirá los vestigios de su negación, las inextricables huellas de su carencia. En cada ser apreciará entonces la superación de ese ser, su futuro, el nacimiento de lo que aún no ha surgido. Para esta inteligencia infinita, en cada signo del no-ser resonará la santa melodía de lo que ha de ser, del presente que vence todo pasado y no sucumbe a ningún futuro.

El elegante Narendra, que ha recalado en Kerala después de haber vagado por toda la India en busca de un maestro, posee una voz grave y encarna un espíritu retraído, pero sus palabras siempre transmiten ternura. Suele enmudecer durante las discusiones

investidas de mayor envergadura metafísica, temeroso de los errores y parcialidades en que pueda incurrir, pero en este caso se muestra más confiado en sí mismo. Una intuición tersa, indescriptiblemente pura, ha asaeteado su alma, por lo que contesta:

-Maestro, ¿quién desearía entonces poseer una inteligencia infinita? Llegué a pensar que el don de un entendimiento ilimitado se traduciría en la capacidad de comprenderlo todo con una velocidad insólita, evaporados tiempos y espacios ante la magia de una inteligencia inagotable e instantánea. Reconocemos el talento y el ingenio en quien capta con mayor rapidez la esencia de una cuestión, o en quien ofrece antes que otros la respuesta adecuada a una pregunta, o en quien integra parcelas que se nos antojaban diferentes, o en quien hilvana su discurso con coherencia, sagacidad y hermosura. Pero el fino trazo de la inteligencia lleva también a ofuscar el alma en percepciones vertiginosas, fuente de turbación perpetua. No existe el descanso para la inteligencia infinita. Inmisericordemente, de ella se evade el aroma de la paz. Esa inteligencia no contempla el esplendor del mundo, la grandeza de la vida, el perenne movimiento hacia lo ignoto. No vive, no siente, no ama, no llora; sólo entiende. La dichosa luz de las matemáticas envuelve siempre su espíritu, pero le es ajena la fragancia de lo mutable.

El venerable dirige una mirada límpida a su discípulo. Su semblante exhala una alegría serena. La claridad de sus ojos se conjuga armoniosamente con la delicadeza de su sonrisa. Luminoso, Adi Sankara habla despaciosamente. Parece saborear cada palabra con la mayor de las fruiciones:

-Tú, amado discípulo, has descubierto el secreto del absoluto. Encuentra ahora su huella en el mundo y ayúdale a ser feliz.

Sería la bendición y la condena de una inteligencia infinita, capaz de conocerlo todo, de entenderlo todo, de sondear los pormenores de cualquier ámbito del universo. Todo resplandecería ante ella como una fina armonía engastada en principios irrevocables. Cualquier ápice de la realidad mundana se integraría en la infinitud del todo y de sus sinuosas yuxtaposiciones, y cada individuo contribuiría a bordar el gigantesco tapiz del cosmos. Como proposiciones deducidas de un conjunto de axiomas irrefutables, para esa inteligencia infinita no cabrían fragmentaciones entre almas y cuerpos, o entre cielos y tierras, o entre apariencias y realidades. Nada sería extraño a un espíritu que otearía, desde su trono de conocimiento absoluto, cualquier rastro de dolor y de fortuna que despuntase sobre la faz de la historia.

Sin embargo, Sankara comprendió la inexorable tortura a la que se vería sometida esa inteligencia infinita, para la que todo evocaría necesidad, la inapelable subsunción de lo particular en lo universal, la íntima imbricación de mentes y materias, la ausencia de resquicios de libertad auténtica.

La fusión última entre el *atman* y el *brahman* insuflaría sobre esa inteligencia infinita un poder inagotable para desentrañarlo todo. Despejaría toda prófuga incógnita, escudriñaría los pétalos de todas las flores y siempre palparía la conexión inamovible entre cualquier resorte de un universo eterno y cíclico como las sagradas aguas del Ganges. Escrutaría los lugares más profundos del espíritu, pero no interiorizaría la entrega. Esa inteligencia de tintes matemáticos no podría esperar nada de la vida, pues todo ya habría sido revelado a su alma inextinguible, que languidecería en las soledades de su desasimiento. Por ello, Sankara se compadeció de la deidad, y advirtió que no es más feliz el hombre por querer convertirse en dios, sino por bañar el universo con la fuerza lustral de la misericordia, concepto que esa inteligencia infinita sin duda comprendería, pero un sentimiento que jamás podría asumir como vivencia propia.

EL SUFÍ Y LAS GACELAS DE ALÁ

Desde el enhiesto minarete de la Gran Mezquita de Kairuán, el muecín llama a la oración. Un azul inmaculado bautiza el cielo con el crisma y el fulgor de lo inescrutable. Mahmud al-Din ibn Suneim, el más avezado alumno de la madraza anexa al templo, se dispone piadosamente a invocar el nombre del Compasivo, del Misericordioso, para llenar su corazón con el gozo de un nuevo día.

Rico en virtudes y en sabiduría, Mahmud al-Din había despertado la admiración de sus maestros en el estudio del Sagrado Libro. Su ciencia no se agotaba con la memorización de las suras y de las aleyas del santo Corán: sus labios educían palabras sapienciales que penetraban en el sentido más profundo de los verbos dictados por el arcángel Gabriel al Profeta. De cada versículo extraía Mahmud un significado novedoso, hondo y límpido; en todo había aprendido a captar los propósitos más íntimos del Todopoderoso en su amor infinito hacia el hombre. Los mejores imanes de Kairuán acudían a escuchar sus disertaciones sobre la filosofía coránica, pues en ellas era capaz de confraternizar armoniosamente las enseñanzas del Profeta con las disquisiciones metafísicas de Alfarabi, Avicena y Averroes.

Con veinticinco años, Mahmud al-Din atesoraba un caudal de conocimientos y de perspicacia teológica que le auguraba un futuro muy prometedor en el cultivo del espíritu. Emularía a sus alabados filósofos, a quienes había estudiado con entusiasmo, laboriosidad y dedicación desde los albores de la juventud. Si cuentan que Avicena había leído cuarenta veces la *Metafísica* de Aristóteles, él había navegado en tantas o más ocasiones por los escritos de otras glorias de la Antigüedad, como Platón, Euclides y Plotino. En su descomunal ansia de entendimiento convergían la filosofía y las matemáticas, la letra y el número, el significado y el signo. Uno de sus profesores le había instruido en el arte de la combinación y de la simplificación, expuesta magistralmente por el erudito persa Al-Juarismi en su obra *Hisab al-yabr wa'l muqabala*. ¿No resplandecía el divino hálito de Alá en todo destello de perfección que ennoblece el mundo? ¿No habitaba Dios en la armonía matemática, trazo primogénito de su verdadero rostro, que ningún hombre osa profanar con la fugacidad de las imágenes, chispas efímeras que traicionan la esencia inquebrantable del Todopoderoso?

El alma de Mahmud al-Din respiraba la fragancia de Alá en cada manifestación de su sabiduría, de su bondad y de su providencia. ¡En cada rincón del universo reverberaba la docta simplicidad de Aquél que trasciende todo nombre y exalta todo deseo! ¡Todo refulgía, bruñido por la sosegada luz que dimana de su mente eterna e inconmensurable, soplo de su amor! Ya fuera en la hermosura de una rosa de sedosos y mesurados pétalos, en la exuberancia de un amanecer rociado de oro frente al Mediterráneo o en la plenitud de una verdad geométrica como las elucidadas por

Eudoxo, Eratóstenes y Arquímedes, él comprendía que la grandeza de Dios cubría todo lo creado, cristalización de su omnisciencia. ¿No proclama el sagrado Corán que Dios es todopoderoso y que su sabiduría es infinita como para dirigir propiciamente lo creado? El entero cosmos, cada impetuosa gota de lluvia que suaviza la faz de la tierra, cada ola mecida por el viento, cada pájaro que revolotea con arrojo por La Meca, Kairuán y Córdoba, cada semilla que fecunda los campos, cada rayo espiritual que bendice Damasco, cada voluntad y cada fuerza, ¿no sirve a Dios, señor de todo cuanto ha sido, es y será?

Un viernes, a la salida de la mezquita, Mahmud al-Din conoció a un devoto peregrino que viajaba hacia la ciudad más santa del islam para cumplir con el *Haj*. Era un alto funcionario en la corte del rey de Granada. Su afición por la poesía le había impulsado a redactar un libro titulado *El Perfume de Alá*. De nombre Muhammad ibn Tulaiti, y a petición de Mahmud al Din, declamó algunos de sus versos. Su belleza extasió a cuantos le escuchaban. Rezumaban una melodiosa sencillez que deleitaba el espíritu con los ecos de una súplica al creador del universo. Las composiciones imploraban recibir un nuevo anuncio de Alá que vivificara a sus mortales súbditos. No negaban que en el sagrado Corán anidase el sello de toda profecía, pero confesaban que su amor hacia el Todopoderoso era tan puro, fervoroso y acuciante que ni siquiera las divinas palabras del Libro podían calmar la sed de Dios, una agonía que laceraba su alma y la sumía en punzantes soledades.

Mahmud al Din elogió vigorosamente la profundidad y la hermosura de esos versos, que le ayudaban a caminar hacia Alá y su púlpito de indulgencia, cuya santidad se perfilaba en la secreta lejanía. Preguntó en qué fuente se había inspirado para tallar una lírica tan hialina y radiante, a lo que Ibn Tulaiti respondió con un nombre hasta entonces inaudito para él: Abu Bakr Muhammad ibn ‘Ali ibn ‘Arabi. Le explicó que Ibn al Arabi era el hombre más sabio de su tiempo y el más conmovedor de los sufíes. Había nacido en la taifa de Murcia, pero diseminaba su conocimiento, su fe y su santidad por todo Al Andalus como un ave esparce su silueta sin reparar en las barreras que construyen los hombres. Mahmud al Din impetró leer algún poema de Ibn al Arabi. Él también había sufrido la sequía en su alma. Él también deseaba encarecidamente descubrir más sobre los arcanos de Dios y el auténtico semblante de su bondad. Él también adoraba el sagrado Corán y vislumbraba, en los exquisitos reflejos de su sabiduría, el fulgor del eterno Sol forjado por el Todopoderoso, movido, en un empeño inextinguible, a acariciar los fatigados corazones de sus fieles. Si Alá es infinito, si ninguna voz humana puede pronunciar su más oculto y santo nombre, si ningún concepto cincelado por la inteligencia de los hombres logra presagiar la grandeza y la gloria de los atributos del Altísimo, cada alma debe embarcarse en una marcha siempre inconclusa hacia las entrañas amorosas de la divinidad, y ningún libro, ninguna idea, ningún versículo, ninguna eximia muestra artística, ningún acto de bondad y gentileza, alcanzará nunca la recóndita morada del Omnisciente.

Recordó el *miraj*, el ascenso del Profeta a un cielo que frisa con las fronteras del entendimiento humano. Ni siquiera su más leal valedor, el arcángel Gabriel, pudo acompañarle en la última etapa de esta travesía nocturna hacia la sede del Misericordioso. Únicamente la soledad, la hiriente y expresiva soledad, flanqueó su alma cuando se aproximaba al séptimo de los cielos, mar sin orillas, crisol del absoluto, para ser aniquilado y después renacer, enaltecida su conciencia tras contemplar las aleyas del Señor entronizado en su eterna esfera de vida. ¡Oh luminosa oscuridad de esa noche mística que consagró la visión de lo invisible! ¿Cómo no pugnar por reproducirla en la fragilidad del existir terreno?

Ibn Tulaiti aconsejó a Mahmud al Din hallar una copia del *Taryuman al-Ashwaq*, “*El Intérprete de los Deseos*”, donde Ibn al Arabi había condensado su sabiduría más embriagadora. En vano solicitó a los imanes de Kairuán que le proporcionasen esa obra, porque ninguno la poseía. Algunos habían oído hablar de Ibn al Arabi, pero ninguno había posado los ojos en sus versos. Por fortuna, Mahmud al Din topó milagrosamente con otro peregrino que aspiraba a coronar La Meca. Procedente de Almería, descansaba con su séquito en Kairuán a la espera de partir hacia El Cairo. Uno de sus acólitos, hombre de apariencia humilde, tez demacrada y copiosos cabellos derramados sobre sus arqueadas espaldas, permanecía perennemente enmudecido. Sin embargo, su mirada traslucía una felicidad desbordante, pese a los inequívocos vestigios de aflicción que poblaban su cuerpo. Mahmud al Din, ávido de entablar una conversación con él para averiguar qué sabía sobre Ibn al Arabi, le desveló que buscaba a alguien versado en el sufismo, la dimensión mística del islam. El hombre contestó con una sonrisa esclarecedora. Sus pupilas se encendieron de súbito, y quien antes yacía sentado sobre una abigarrada alfombra en actitud ascética, se irguió y abrazó a su interlocutor de manera efusiva.

¡Era un sufí! Había optado por una vida de pobreza y privaciones para sentir más cercana la presencia espiritual de Alá, que libera de toda sujeción a los bienes terrenales. Su aspecto descuidado escondía una verdadera joya sapiencial y ética. El diálogo se prolongó horas. Cuando asomaban los arreboles del crepúsculo sobre Kairuán y ambos se preparaban para incoar la oración del ocaso, *magrib*, el sufí recitó unos versos que embelesaron a Mahmud al Din con su cadencia, entereza y diafanidad:

*“¡Qué maravilla un jardín
en medio de tanto fuego!*

*Capaz de acoger cualquiera
de entre las diversas formas
mi corazón se ha tornado:
es prado para las gacelas
y convento para el monje;
para los ídolos, templo,*

*Kaaba de quien le da vueltas;
es las tablas de la Torá
y es el Libro del Corán.*

*La religión del amor
sigo adonde se encaminen
sus monturas, que el amor
es mi práctica y mi fe”.*

¿Acaso eran suyas estas palabras suaves y armoniosas, rebosantes de bondad y saciadas de sabiduría, acordes celestiales tañidos por ángeles que purificaban su espíritu? Mahmud al Din le interrogó pasionalmente, pero el sufí, hundido en las honduras de su plegaria a Alá, no profirió ningún vocablo. Transcurrieron minutos de silencio tenso y evocador, y finalmente sus labios deletrearon el nombre de Ibn al Arabi, para luego abismarse en su recogimiento.

“Mi corazón es prado para las gacelas”; la pujanza de este verso no cesaba de resonar en el alma de Mahmud al Din. El Todopoderoso le deparaba una revelación, un mensaje que horadaba su voluntad y rubricaba su vocación más profunda de hombre sometido a las metas invencibles del Altísimo, a sus senderos insondables. Como una gacela, criatura elegante, ágil y rápida, espejo prístino de dones virginales, Alá tenía que corretear por su espíritu ligero y bañarlo con las delicadas y pletóricas aguas de su amor. Él debía asumirlo todo y metamorfosearse en una sola alma, en un receptáculo único de las glorias y tragedias de todo hombre. Ansiaría sentirlo todo, pensarlo todo, serlo todo. Su alma se fundiría con el espíritu de Alá, que aletea libremente por cielos visibles y espacios invisibles. Toda alegría y todo atisbo de tristeza, toda sonrisa y toda lágrima, asaetearían su corazón como flechas lanzadas por la mano del Omnipotente para propagar la nueva de la hermandad entre todos los hombres. Sólo así magnificaría a Dios y pregonaría su grandeza.

Al cabo de los años, Mahmud al Din se convirtió en el sufí más prestigioso del norte de África. Aunque no había conocido en persona a Ibn al Arabi, sus coetáneos ya le habían investido como su más digno sucesor en el paraíso de la mística, y le profesaban una veneración sin límites. Fueron muchos los que le comprendieron, porque su alma, bordada de anhelos, era ya pura, y habían desoído las amargas profecías que anunciaban el triunfo de la iniquidad y de la desidia en el mundo.

Recorrió Al Andalus, perforó Egipto con su celo poético, predicó en Damasco e incluso en Bagdad prodigó sus sabias palabras. Rehusó congregar a sus discípulos en una orden religiosa. El perfume del islam no podía encapsularse en un solo vaso, pues debía rebasar toda frontera y difuminarse por el mundo como un aroma libre, cuyos efluvios tonificadores sólo exhalaban bondad y clarividencia. El mundo necesitaba amor, y el amor era la encarnación de Alá, el pináculo de su espíritu, la cumbre de su

inteligencia. El sufí concebiría una sola mente, una psicología universal encarnada en cada rostro y en cada esperanza. En el futuro, toda ilusión, toda idea y todo sentimiento se fusionarían en un único espíritu. Todo hombre sería un nuevo Buda, un nuevo Sócrates, un nuevo Jesús, un alma nueva y santa que portara el infinito dolor del mundo y sólo desprendiera los destellos flamígeros de una bondad divina, la llama de un corazón desasido de sí mismo, el fuego de un amor ubicuo que jamás se apaga. Todo hombre se demudaría en hermano de sus semejantes y de la creación entera: árboles, rumiantes, aves, peces, luces, oscuridades, astros y cometas. En el humilde cirio de toda alma brillaría la generosidad como sello de Dios y de su designio providente. Las palabras del Profeta estaban destinadas a expandir el espíritu con el inmutable hálito de sus bendiciones, pero la potencia del hombre debía franquear todo pórtico e internarse en hogares inexplorados. Alá conminaba a todo hombre a convertirse en profeta del amor eterno.

EL ÉXTASIS DE SANTA HILDEGARDA

La vista es inescrutablemente bella desde la colina sobre cuyas suaves ondulaciones se alza el monasterio de Rupertsberg. Yo la contemplo cada día con infinito gozo, a veces con lágrimas indómitas, pues tanta pureza expiatoria embriaga mis sentidos, ansiosos de ver a Dios en cada obra de sus manos. La lluvia, constante regalo de estos cielos de Renania, propicia que un verdor inextinguible presida los campos circundantes a mi monasterio, acariciado por las tranquilas aguas del río Nahe. Yo lo fundé con la inestimable ayuda de otras monjas benedictinas. Decidimos emplazarlo sobre las ruinas de la tumba de San Ruperto, en las proximidades de Bingen, pero este deseo no se habría cumplido sin la generosidad del conde Bernardo de Hildesheim, propietario de las tierras sobre las que ahora se asienta nuestro querido hogar.

En el sosiego de mi monasterio alabo a Dios desde el amanecer hasta que la claridad se marchita con la estremecida luz del crepúsculo. Leo vorazmente, porque quiero aprender a amar más a Dios. Escribo, canto y compongo febrilmente. El tiempo que no me usurpan las obligaciones del monasterio, los viajes puntuales y las habituales epístolas que he de responder lo dedico siempre al estudio. Desde que era niña, una curiosidad irrefrenable me ha invitado a interesarme por las plantas, los animales, los números, las lenguas, la medicina y la música. Profeso una devoción inquebrantable hacia el arte, y en especial hacia las más armoniosas y excelsas melodías, tesoros que desposan mi alma con el espíritu de Dios. Al meditar a la luz del Salterio, trato de imaginarme sublimes acordes musicales que reflejen la hermosura y la profundidad de las enseñanzas contenidas en sus versículos. En el santo sacrificio de la Misa, cuando el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo penetra en mí y me reviste de su gracia inmerecida, escuchar determinadas obras me hace sentir la presencia del Creador, como si un súbito beso de sus labios tonificara mi rostro y me revelase sus más secretos designios en el transcurso de la sagrada liturgia.

Mis hermanas, siempre amables y risueñas, me asisten en las labores del monasterio. Con frecuencia demandan mi consejo para que las oriente en sus vidas espirituales, pero por desgracia yo también sufro el implacable látigo de las dudas, y ni siquiera soy capaz de guiarme a mí misma por las sendas de la piedad y del amor de Dios. Pese a todo, me entrego a Él y en Él deposito mis esperanzas, porque aunque sea débil, aunque todo mi ser se reduzca a polvo, olvido y cenizas, la misericordia del Señor no me abandona nunca.

Desde hace meses percibo unas voces intempestivas que no dejan de musitarme mensajes misteriosos. Me transportan a abismos desconocidos. Surgen arbitrariamente, y me impiden dormir en las largas y umbrosas horas de la noche, como haces temblorosos cuyas convulsas evocaciones se ciernen sobre mí para envolverme y

trasladarme a un remoto paraíso inundado de claridad. No las temo. Ya no me infligen dolor, sino que me infunden una calma profunda, pues veo escenas prodigiosas que me desvelan la verdad más íntima de Dios y de la Santísima Virgen. Todo mi ser exulta al admirar las inefables manifestaciones del Altísimo, luces finas, serenas y reparadoras que me fecundan con su simiente inaprehensible.

Con una nitidez que sólo ángeles benévolos podrían haber desatado ante la avidez de mis sentidos, he visto al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo en su íntegra unidad, insertados en un círculo perfecto cuya figura conciliaba toda oposición. He visto la divina majestad rutilar más allá de las esferas celestes y sostener los pilares del universo. He visto la omnisciencia. He visto a Dios crear el cosmos y enterrar las tinieblas. He visto el soplo de Dios vivificar el barro. He visto despuntar maravillas inmarcesibles y desvanecerse soles caducos. He visto cómo Adán franqueaba las fronteras del paraíso. He visto la majestad de Dios triunfante sobre el mal. He visto el fuego del Espíritu abrasar el mundo. He visto a Lucifer derrotado por los ejércitos del Todopoderoso. He visto ojos flamígeros perforar las ruborosas entrañas de la tierra. He visto llaves luminosas abrir todas las ergástulas, y a infinidad de esclavos y prisioneros entonar cánticos de júbilo. He visto construir el tabernáculo de Dios en la cima del corazón humano. He visto a Cristo entronizado sobre tiempos y espacios. He visto a la nueva Eva resplandecer sobre la antigua. He visto una mano tierna enjugar todos los llantos. He visto el encumbramiento de los humildes. He visto manar la sangre del costado de Nuestro Señor y curar las heridas del mundo. He visto a la Iglesia victoriosa sobre sus enemigos. He visto miríadas de alados querubines de rizados cabellos sonreír ante la dicha de los bienaventurados y los limpios de corazón. He visto destellar flamantes profecías. He visto los efluvios de la gracia divina exhalados desde los santos sacramentos. He visto la historia de la salvación. He visto a los patriarcas y a las doce tribus de Israel abrazar a los apóstoles. He visto las mañanas venideras. He visto germinar incalculables flores y cubrir la vastedad de los desiertos. He visto piedras pulidas por gotas eternas. He visto montañas y cordilleras disiparse en brumas remotas y emerger, en su lugar, prados fastuosos, donde lobos y corderos jugaban candorosamente. He visto la corona de las virtudes brillar sobre el cetro de los vicios capitales del hombre. He visto rayos de pujante luz sanar a ciegos y a lisiados. He visto caer estrellas y nacer nuevas galaxias. He visto imperios destruidos y nuevas naciones exaltadas. He visto dos amores erigir dos ciudades. He visto toda la gloria de Roma palidecer ante la grandeza del reino de Dios. He visto resucitar a todas las criaturas. He visto mi alma reflejada en el espejo de lo eterno. He visto doradas cúpulas y blancas torres presidir los templos de la nueva Jerusalén. He visto a una doncella sobrevolar los cielos de Sion. He visto la clemencia del Altísimo en el juicio universal. He visto a los hijos de Dios caminar ceremoniosamente hacia un enclave ignoto. He visto la urbe imperecedera que se sobrepondrá al flujo de los elementos. He visto la aurora de la verdad tras marchitarse el ocaso de los siglos en tímidas franjas carmesíes.

Un sinnúmero de imágenes me asedia, pero el brío que se enseñorea de mi alma me arrebató siempre con un placer inconmensurable. Aun asaeteado por flechas

mortificantes que no comprende, mi corazón bendice al Padre por haber confiado en mí como receptáculo de sus misivas, saciadas de dulzura.

Quizás la más insondable de las visiones fue la que experimenté hace unos días. Era una fría noche de diciembre. Me encontraba sola en mi celda y acababa de recitar mis oraciones, pero cuando me disponía a recostarme sobre mi lecho, discerní un tenue y cadencioso murmullo que pugnaba por llamar con delicadeza a las puertas de mi alma. Al principio reaccioné con miedo. Estaba inquieta. No paré de vagar por la estrechez de la estancia, hasta que finalmente descubrí que sólo los ojos y los oídos de mi alma entenderían el significado de este anuncio al unísono fugaz y duradero, llamarada vigorosa y viviente que ha transfigurado mi ser con su fuego celestial.

¿Qué vi? Sólo guardo borrosas memorias de las formas que se abalanzaron cálidamente sobre mi abismo más profundo, por lo que es vano afanarse en expresar, con lábiles palabras, la fuerza que entonces me poseyó. En el lejano e inabarcable horizonte, llegué a advertir cómo mi ser se fundía con el indescriptible espíritu divino. Aun sepultado en la difusa morada de mis reminiscencias, puedo recordar cómo oteé un cirio pascual que se derretía con lentitud ascética, pero cuya llama no sólo persistía, incólume y embelesadora, pese a perder el soporte que la había auspiciado, sino que se dilataba fabulosamente ante mis ojos embargados, para después yacer suspendida en el vacío, en la levedad del impoluto e inspirador vacío, mutada en una energía libre y límpida que ya no necesitaba sustentarse sobre la fragilidad del mundo. De las chispas de luz que despedía brotaban arcanas letras indescifrables, rúbricas de un enigma que aún hoy me encadena gratamente. Todo lo que ahora añoro es la sensación de paz infinita que me enardecía y catapultaba a inexploradas cúspides, como si mi alma se hubiera encaramado a un fulgor que la rescataba de las servidumbres terrenas, y un aliento insuflado por bocas escondidas le hubiese permitido aletear en cielos sobrenaturales, a la espera de que la ilimitada bondad de Dios posase sus pies sobre mi pecho ansioso. ¡Oh deleite, oh sublime e inagotable deleite! Sólo tú sabes cuándo volverá a arroparme tu manto beatífico. Sólo tú sondeas el trazo de lo eterno en el espíritu del hombre. Sólo tú conmueves el corazón con la vehemencia del amor verdadero.

Mi alma no cesa de dar gracias a Dios por otorgarle sus dones prístinos, pero ignoro si lograré transmitir la hondura de sus presagios. Cada día invoco el nombre del Señor e imploro su misericordia, pues no soy digna de escalar hasta esos cúlmenes incomparablemente puros. Sin embargo, lo que mis ojos han visto, lo que ha escuchado mi espíritu y lo que ha venerado mi corazón me eleva a un universo donde se colman todos mis anhelos. Su magnificencia me sobrecoge, pues todo rebosa de amor, y el amor es lo que yo busco, el amor es lo que me fascina, el amor es mi destino, y en el cáliz de un amor auténtico derramaría todo el saber del mundo.

HEMSHEF, HIJO DE RAHOTEP, Y LA SAGRADA PROPORCIÓN

Tras su arduo viaje por el profundo infierno, después de haber batallado con la temible serpiente que cada noche, en sus oscuras horas, amenaza con interrumpir la regeneración cíclica del cosmos, el Sol amanece de nuevo sobre el cielo de Tebas y saluda a Egipto con sus brazos henchidos de vida. Tonificado por la suave brisa de una mañana alentadora, Hemshef, hijo de Rahotep, fiel servidor de Djehuty en las sagradas artes de la escritura, se dispone a redactar un texto médico en caracteres hieráticos sobre la superficie de un áspero rollo de papiro.

Hemshef había sido un conspicuo alumno de la "*Per-Anj*" de Abidos, la Casa de la Vida donde los escribas recibían instrucción en un arte transmitido a los hombres por los dioses. Desde muy joven había aprendido a admirar a Amenhotep, el sabio hijo de Hapu que había descollado como consejero y hombre de ciencia en tiempos del gran faraón Amenhotep III, y cuya proverbial estela se proyectaba solemnemente sobre todos los escribas y cultivadores de los saberes ancestrales de Egipto. El talento, la honradez y la compostura de Hemshef le habían permitido ascender a lo más alto de la sociedad tebana, donde rápidamente había trabado una amistosa relación con los todopoderosos sacerdotes del Templo de Amón en Karnak. Incluso Nebwenenef, el "*Hem Necher Tepi En Imen*", el Sumo Sacerdote de Amón y una de las personalidades más influyentes del país, no cesaba de encomendarle tareas que acrecentaban su fama como diestro escriba. Hábil geómetra, notable arquitecto, buen conocedor de la medicina, diligente administrador y recaudador de impuestos, versado en las venerables tradiciones de la Tierra Negra, fertilizada anualmente por el divino Nilo, muchos equiparaban su mezcla de ingenio y agudeza a la imperecedera luz que aún desprendía la figura de Imhotep, el mayor escriba que había dado Egipto en su milenaria historia.

Lejos quedaban los años de caos provocados por el rey Amenhotep, de infausta memoria, hereje que se había sublevado contra los dioses y las nobles tradiciones de Egipto. Pues ¿no era el disco solar el propio Amón-Ra, que desplegaba su poder creador y esparcía sus dones ubérrimos sobre el mundo? ¿No diseminaba su luz inextinguible para fecundar la faz de la tierra con la savia de la vida? Ahora, Egipto rebosaba de gloria bajo el reinado del Elegido de Ra, monarca que había expandido las fronteras del imperio hasta alcanzar límites antes nunca vistos. Ramsés había derrotado a los hititas en Qadesh, había enorgullecido a su pueblo con campañas victoriosas en Libia y en Nubia, había culminado la colosal sala hipóstila de Karnak y había erigido un templo no menos fastuoso, el de Abu Simbel, que consagraría su magnificencia por los siglos de los siglos. Su ubicua majestad, junto a la de su favorita, Nefertari, la gran esposa real, mujer por la que brillaba el Sol y en cuyo rostro posaba sus alas el más alto ideal de

belleza, colmaba cada nomo, cada monumento, cada templo, cada epifanía de la predilección que los dioses profesaban hacia su adorado Egipto.

La felicidad bendecía a Hemshef y a su estirpe. Con cuatro hijos le habían agraciado los dioses, y la presencia de su fiel Merire, personificación de dulzura y epítome de encanto, con quien llevaba casado casi diez años, incrementaba día a día su dicha. Uno de sus retoños se hallaba destinado a emular a su padre. También él se convertiría en un escriba aclamado en Tebas, y traería prosperidad a su familia. Cada tarde, cuando Hemshef regresaba a su hogar, situado en las cercanías del templo de Luxor, gozaba junto a sus vástagos con la contemplación de un crepúsculo que cedía paso, lenta y caballerosamente, a la calmada noche sobre el Nilo. Él les narraba la ardorosa epopeya de Ra, el dios Sol, embarcado en una nave que surcaba abismos recónditos y combatía con las feroces fuerzas del mal, espíritus fieros que codiciaban sepultar el imperio de la luz e imponer un reino teñido de tinieblas. Los más pequeños solían asustarse, pero él sosegaba su inquietud con la fe firme en el poder de la luz sobre la oscuridad, en la resurrección de la existencia con cada trémula aurora que purificaba Egipto mediante su chorro de aquilatada claridad. Noche tras noche les relataba la misma aventura protagonizada por Ra. Noche tras noche les infundía un amor intenso hacia el Sol como fuente de todo bien, como agua luminosa que los dioses vertían sobre la copa de la tierra para auspiciar el florecimiento de la vida, en una eterna y recurrente unión entre lo invisible y lo visible.

El piadoso Hemshef alababa en su corazón a los dioses y se dedicaba con esmero a estudiar el acervo de costumbres, rituales y leyendas deparado por los sabios más antiguos. Tal era su pasión por la vida de los dioses y sus designios sobre la humanidad que, con la esperanza de profundizar en los misterios que vinculaban el cielo con la hermosa tierra de Egipto, había escrutado decenas de inscripciones de Karnak y Luxor.

Preso de un feraz entusiasmo, había descubierto un papiro obliterado por los sacerdotes de Karnak. El escrito ampliaba la leyenda del sabio faraón Tutmosis, engendrado por Djehuty. Cuando era príncipe, y tras una agotadora cacería, se sentó junto a la otrora imponente Esfinge de Giza, que ahora permanecía cubierta por la ávida indolencia de la arena del desierto, cuyas dunas no se compadecían de una grandeza ya difuminada. Fatigado, cayó en un profundo sueño. Entonces percibió cómo ese ser críptico de perfiles leoninos le confesaba su auténtico destino: el de ceñirse las dos coronas, blanca y roja, insignias del Alto y del Bajo Egipto, para así convertirse en rey de las Dos Tierras. Pero la consumación de esa profecía exigía primero rescatar a la Esfinge de su tormento y restituirle su majestad pretérita. Tutmosis IV, faraón que propició tiempos de paz y esplendor, restauró así los vestigios de un pasado distante y dorado.

Según esta fuente, ignota hasta que Hemshef la recuperó, la leyenda de Tutmosis continuaba con una revelación insólita. La Esfinge habría comunicado al monarca el

verdadero y perfecto nombre del dios Sol, soberano eterno de Egipto, pero cifró la sagrada onomástica en un único número, y no en letras susceptibles de que las pronunciaran labios humanos. El imperecedero nombre del Sol, el docto secreto de Egipto, no se consumiría así en efímeros vocablos o en vanos sonidos, sino que perduraría, incólume, en la manifestación más excelsa de su alma, en la inteligencia victoriosa sobre el caos. El texto relataba que el monarca fue incapaz de recordar el número dictado por la arcana voz de la Esfinge, hasta que, en su lecho mortuario, poco antes de exhalar su último suspiro, mandó grabar en un amuleto tallado en lapislázuli ese divino símbolo que desbordaba todo nombre y excedía toda idea.

El objeto santo acompañaría eternamente a Tutmosis en el reposo de su tumba, por lo que si Hemshef quería desentrañar este misterio, era imperioso que penetrase en la regia sepultura. No podía desvelar su objetivo a ningún sacerdote, porque desconfiarían de él como si se tratara de un mezquino ladrón ansioso de robar las joyas enterradas junto al monarca. Él solo, con la ayuda absolutoria de los dioses, quienes escucharían los designios más profundos de su corazón y vindicarían su rectitud, debía desplazarse al Valle de los Reyes y emprender tan denodada búsqueda.

Así lo hizo, armado con una frágil antorcha. En el alevoso silencio de la noche, obró de manera análoga a los saqueadores de tumbas, aunque su intención fuese noble y justa. Con sigilo recorrió las desoladas sendas que se internaban en la necrópolis del Valle de los Reyes. Altos y tajantes farallones separaban la morada de los muertos de las estribaciones del mundo de los vivos, y más allá de las imponentes colinas sólo prevalecía una densa oscuridad. Esos parajes yacían custodiados por Osiris, dios de la muerte y de la fertilidad. Hemshef evocó su sombra e imploró su clemencia, pues su fin era íntegro, era fruto de la probidad, y de ningún modo pretendía profanar el descanso de los soberanos de Egipto. En esas gélidas horas, en esa soledad inequívoca que concitaba ecos dormidos y vagos presagios, sólo cabía discernir remotos murmullos que dimanaban de focos incognoscibles.

¿Cómo identificaría la sepultura de Tutmosis IV? Por fortuna, y gracias a la intuición de que muchas tumbas serían robadas desalmadamente y sus momias violentadas, los sacerdotes de Amón habían redactado un inventario en el que prodigaban prolijas indicaciones sobre la ubicación de los hipogeos de los soberanos de la pasada dinastía. El documento estaba férreamente custodiado en Karnak, y sólo los más duchos en la lectura de los textos hieráticos podían entender el sentido de unos trazos tan anárquicos como estilizados. El acceso a un escrito tan importante se restringía a unos cuantos hombres de la máxima confianza del Sumo Sacerdote de Amón, entre quienes figuraba Hemshef.

El escriba había copiado meticulosamente las directrices ofrecidas por el papiro de Karnak, mas ¡qué difícil era para Hemshef elucidar sus garabatosos signos en la espesa y pacífica negrura de la noche! ¿Hacia dónde caminar en ese laberinto de intrincadas callejuelas de arena y piedra flanqueadas por montañas que parecían vigilar

al intruso con ojos implacables? Pero en la falda de un montículo atisbó una oquedad que se asemejaba a la apertura descrita en el texto. Se internó en ella sin dilación. Percibió minúsculas escaleras que se hundían en las entrañas de la cavidad, y en uno de los cartuchos inscritos en los bajorrelieves derechos leyó el nombre de *Nesut-Bity* de Tutmosis IV, “Estables son las manifestaciones de Ra”. Era la tumba del faraón, serena y humilde, sumergida en las profundidades del Valle de los Reyes, reflejo mermado de quien había regido Egipto desde sitios de gloria y poder. El sello había sido quebrantado; los insaciables bandidos habían derruido el muro que protegía la tumba, por lo que Hemshef pudo irrumpir fácilmente en ese enclave sagrado. Hermosas pinturas, recordatorios de las divinas verdades de la religión egipcia, enardecidas con las inspiradoras efigies de Osiris, Anubis y Hathor, ornamentaban techos y paredes de una galería que desembocaba en una cripta honda e irrespirable. Y fue allí, junto al sepulcro que tutelaba el sarcófago del rey fenecido, contiguo a uno de los cuatro vasos canopos, el *Amset*, donde Hemshef reconoció un amuleto de vívido lapislázuli y bordes áureos.

Inicialmente conmovido mientras sostenía en sus propias manos la rúbrica de un mensaje celeste, claudicó a la frustración al percatarse de que el amuleto no contenía ningún signo, ni en jeroglífico ni en hierático, sino tan sólo la potente imagen de un disco solar y de un círculo dividido por la marca de su diámetro. ¿Acaso eran el Sol y el círculo los secretos insondables que la Esfinge había mostrado al faraón Tutmosis? ¿Un círculo acrisolaba el eterno soplo de la verdad más profunda y genuina, la heredad de los dioses? No podía ser. Vanamente rebuscó entre los demás amuletos que los desvalijadores habían arrojado al suelo, pero no encontró nada de valor. Triste y exhausto, decidió marcharse, aherrojado por una letal sensación de fracaso.

Fue al cabo de unas semanas, al admirar la despedida exultante de un Sol que rociaba Egipto con los tímidos destellos de su ocaso, cuando Hemshef comprendió el significado del amuleto de Tutmosis. Se hallaba tan extasiado como el primer día que veneró conscientemente la opulenta belleza del astro rey de Egipto en su viaje cotidiano por tierras, cielos e infiernos. Un sol declinante, pureza sepulcral que con las místicas reverberaciones de su recogimiento fecundaba la orilla occidental del Nilo, señorío de Osiris *Jentimentiu*, monarca de los occidentales y gobernador de los reinos de ultratumba; un círculo que se desvanecía melodiosamente, la silueta de un río Nilo cuyo cauce perforaba el horizonte, como un obelisco hendido en el sagrado corazón del mundo, gestado para escindir el país de los vivos de la provincia de los muertos... ¡El verdadero nombre del Sol era una proporción matemática, sello de la sabiduría eterna! Un copioso número que recogía la relación entre la longitud de la circunferencia y el diámetro de cualquier círculo, constancia que había sido plasmado por los mejores arquitectos de Egipto en las pirámides levantadas por los viejos monarcas. Olvidado durante siglos, era el tesoro mejor guardado de los sacerdotes de Ra en Iunu, la ciudad del Sol. Por esta razón, el amuleto de Tutmosis incluía un disco solar acoplado al círculo, como señal de que la esmerada teogonía de Heliópolis, cuya elaboración tanto esfuerzo había recabado de sus doctos sacerdotes, sólo se completaba mediante la

conjunción del disco solar, la perfección geométrica del círculo y la inapeable proporción entre su longitud y su diámetro.

Afanosamente, los sacerdotes de Heliópolis habían recogido los mitos cosmogónicos que narraban el origen del universo y la victoria divina sobre el caos primordial. La fuerza creadora del dios Atum se había alzado sobre la lúgubre voracidad del desorden. En virtud de su poder y de su voluntad había emergido, sobre la Tierra Alta, el *benben*, receptáculo de su simiente benéfica, de su cópula autoinducida, germen de prístina luz que había desencadenado una nueva aurora cuyos rayos pródigos dispararían para siempre el dominio de las tinieblas. De Atum había surgido todo, de su potencia autosuficiente y eterna, de su triunfo sobre las huestes de la oscuridad. De su propio e incontenible ímpetu transformador había nacido la historia, la efervescencia de nuevos seres conminados a poblar el mundo. La unidad primigenia de Atum, esclava de su amor irremisible por la vida, se había dividido en pares opuestos, en deidades geminadas capaces de asumir la totalidad de principios que lo rigen todo: Shu, dios del aire, y Tefnut, diosa de la humedad. Ambos eran los progenitores de Geb, dios de la Tierra, y de Nut, diosa del cielo que se arquea en forma de bóveda celeste, rúbricas del orden que colma de armonía el cosmos, padres a su vez de Isis, Osiris, Neftis y Seth, colofones inmarcesibles de la Enéada primitiva, síntesis de todas las permutaciones de la naturaleza.

Sin embargo, los antiguos sacerdotes de Heliópolis habían postergado un detalle que sin duda conocían; el más santo y profundo de los detalles, el excelso signo de la pureza de Atum y de su devoción por el mundo que había creado en los herméticos albores de la historia. Hemshef podía sentirse ahora satisfecho. Las enseñanzas que habían nutrido su espíritu en la Casa de la Vida alcanzaban por fin cumplimiento. El anhelo de sabiduría que le habían inculcado sus maestros coronaba ahora una respuesta a la más acuciante de las preguntas. Había descubierto el infinito secreto de Egipto, el íntimo deseo de unos dioses capitaneados por el Sol, fuente de vida, renovador de la Tierra, ardiente ventana a la verdad.

En la sagrada proporción cristalizada en un número que desafiaba toda tentativa de cálculo, pero que misteriosamente latía entre el tres y el cuatro, refulgía una antorcha inextinguible. Esa divina proporción imperaría siempre. Aunque sucumbiese Egipto, aunque el mismísimo Ramsés se viera despojado de toda su gloria, aunque los dioses castigaran a su pueblo y privasen a sus súbditos de la inmortalidad, aunque el juicio ante Osiris y las cuarenta y dos deidades al que estaba abocado todo hombre fuese tan severo que ningún corazón pesase menos que la pluma de la Justicia en la aterradora balanza tutelada por Anubis, nada ni nadie revocaría nunca esta proporción perpetua, entronizada más allá de tiempos y espacios. Más ligera que Maat, hija de Ra, diosa que vela por la rectitud, la verdad y la armonía cósmica; más grácil que las alas de Horus, halcón que sobrevuela Egipto como Sol en la mañana para salvaguardar todo horizonte; más hermosa que el brotar de cada primavera sobre el Nilo; más fina y cadenciosa que las letras estampadas por Thot, calígrafo de los dioses, sobre las paredes del gran templo

del mundo; más seductora que el hechizo de Heka; más prolífica que la semilla de Min; más excelsa que la Luna, cuyo corazón derramaba su luz argéntea cuando el Sol languidecía en inescrutables vacíos; más límpida y fragante que el oloroso azul del loto egipcio; más enigmática que Ptah, sublime edificador de ciudades, era esta proporción. Su magia jamás se marchitaría. Ella preconizaba el designio imperturbable de los dioses de Egipto, su recia voluntad de que el orden derrocaria el caos y desatase el fervor de la vida, la eclosión de energías ocultas que pugnan por asomarse, como flores recién abiertas, al vasto espacio de la creación.

HISTORIA DE LOS IMPERIOS DE SOFOS Y LOGOS

Hace mucho tiempo, amable lector, que acaecieron los hechos que pretendo consignar en estas líneas. Son vicisitudes sobre las que ni el mismísimo Solón redactó relato alguno, pues cuanto aquí expongo ha permanecido celosamente custodiado entre los más sibilinos enigmas de los sacerdotes egipcios del Templo de Filae y de los fieles adoradores de Hermes Trismegisto, temerosos de que la malicia inexpugnable de sus ídolos se cebase sobre ellos y devorara sus almas si desvelaban misterios prohibidos, cuya comprensión requiere el más elevado grado de iniciación hermenéutica.

Tras la caída de la sagrada Atlántida, la ira de los dioses sobre los hombres alcanzó a los más remotos pueblos de la tierra. A uno y otro lado de la mar sobre cuyas bellas y espumosas aguas se situaba la fastuosa ciudad de Atlas, hijo de Poseidón, con sus magníficos tesoros y destellantes bóvedas de oro, suntuosas bibliotecas y hermosos museos, vestigios de conocimientos hoy perdidos, la cólera de la naturaleza afligía la existencia de los hombres. Ignoraban los sacerdotes si los divinos seres del Olimpo propugnaban una destrucción radical de las criaturas racionales o un castigo transitorio. Movidos por esta punzante oscuridad, deprecaban encarecidamente el advenimiento de los vívidos rayos de la clemencia. Para ello, realizaban inútiles y desaforados sacrificios que no aplacaban el desdén de los dioses. El fin de la Atlántida era considerado por algunos exegetas del espíritu como el cese de la humanidad, como la abrupta suspensión de toda inteligencia ajena a las mentes numinosas del Olimpo.

El imperio de Lemuria, cuyos integrantes codiciaban suceder a la Atlántida en gloria y majestad, había sido destruido por un terrible terremoto. Esta catástrofe había obligado a sus habitantes a dispersarse profusamente por los continentes y a extenderse a lo largo y ancho de la antigua masa del Pangea. La diáspora propició que muchos sabios, matemáticos y astrónomos fundasen una nueva y briosa ciudad sobre las planicies que rodean el río Indo, en el Oriente.

Los supervivientes de la tragedia de la Atlántida eran justos ante los ojos de los dioses. Algunos optaron por crear un nuevo reino en las cálidas orillas del Mediterráneo. Fue así como se originó la próspera cultura del Sahara, artífice de iconografías cuyo valor estético aún hoy nos embelesa con el colorido frescor de las pinturas que sazonan las cuevas del macizo de Tassili, escondidas en el hostil territorio de los tuaregs. Cuando los cambios climáticos se intensificaron e imposibilitaban morar en lo que se había transformado en un colosal océano de dunas, plugo a los valerosos héroes de la Atlántida abandonar tal enclave. Venturosa fue la providencia, pues les

permitió hallar un oasis, un paraíso primaveral, un regalo de los dioses: el valle del Nilo. Definió con lucidez Heródoto de Halicarnaso a Egipto como “un don del Nilo”, porque sus aguas, esas venas y arterias por cuyos cauces fluyen la energía y la hermosura que nos brindan los torrentes maternales de África, han vivificado la cuna de una de las civilizaciones más longevas y seductoras. Entre los primeros forjadores de la civilización egipcia destacaba un sacerdote, célebre por su erudición, su bondad y su inimitable talento. Se llamaba Imhotep, “aquél que vino en paz”, según pregona la egregia lengua de los egipcios.

Otros supérstites de la Atlántida establecieron “Sofos”, cuyo emplazamiento continúa hoy ignoto en el interior de un agreste y recóndito desierto. Se cuenta que los ciudadanos de Sofos habían logrado rebasar a su antigua y otrora grandiosa metrópoli en monumentalidad y primor de espíritu. Con sumo y delicado esmero, ocultaban prodigios que las mentes de sus genios habían concebido para exaltar la inteligencia y preconizar la fantasía. Algunos hijos de Lemuria construyeron “Logos”, urbe que, a diferencia de Sofos, había sido predestinada a dominar no sólo la tierra, el centro del universo, sino el entero y vasto cosmos. Ávidos de conocimiento pero carentes de humildad, un veneno letal se había inoculado en su alma en forma de ambición desmedida de poder. Un único deseo sojuzgaba sus corazones: aventajar a los “sóficos” en todas las dimensiones de la vida. Los sóficos no ansiaban sobrepasar a los lógicos, pero motivados no por un alarde de virtud, sino por una fe firme en su superioridad.

El género humano se había dividido en dos bloques belicosos e irreconciliables, anhelosos de ocupar el mismísimo Olimpo para erigirse en señores de la realidad y del sueño, en monarcas del ser. Los dioses, desvanecida ya su omnisciencia a favor de los hombres, desdeñaban este horizonte desalentador. En lugar de reprender a Sofos y a Logos por su sacrílega soberbia, para así emular la cruel expiación antaño decretada contra la altiva Atlántida y la ególatra Lemuria, asumieron una irresponsable indiferencia ante el peligro que se avecinaba.

Las legendarias rivalidades entre sóficos y lógicos amenazaban ahora con desembocar en una guerra horrenda, en una conflagración entre dos potencias colmadas de intelectos celestiales. Los dioses rehusaban intervenir de nuevo en los asuntos humanos, porque ya les había resultado demasiado costoso desprenderse de la joya de los mares, de la perla sideral, de la flor seráfica de la Atlántida, así como de la descollante Lemuria, emperatriz de los piélagos orientales. Ante semejante desidia, vaticinaban las restantes naciones del orbe que la lucha entre estas dos gigantescas potestades abocaría a una guerra sin cuartel. En ella, el vencedor no se apiadaría de los vencidos.

Estimadlo como un acontecimiento salvífico, ilustre lector, o glosadlo como un simple e inasible avatar del destino, pero en el momento más álgido de las tensiones entre las ciudades imperiales de Sofos y Logos, cuando la contienda total se creía ya inevitable, amaneció una luz benéfica para la raza humana. No procedía de ninguna

urbe insigne, ni de las nobles familias de la lejana China (como los Tsien-Ti, estirpe de emperadores), que tan áulico esplendor exhibían en sus cortes. Muy al contrario, se trataba de un verdadero sabio, de un príncipe de misericordia, de una luminaria seminal despojada de esa arrogancia impía que a otros cegaba con el ansia de transfigurarse en dioses.

Este siervo de la bondad, intérprete del fulgor ignoto y guardián del excelso conocimiento, había sido enviado por los dioses, ahora dueños de conmisericordia hacia los hombres. Preludiaba la llegada del Dios eterno en alma, generosidad y poder. Su nombre era Nimud-Lagal, hijo de Gilgamesh, y de él brotaría el tronco de Gudea. Había nacido en una pequeña ciudad del sur de Sumeria que más tarde adoptaría la denominación de Lagash. Tanto los sóficos como los lógicos habían respetado a este modesto pueblo, pues no obstaculizaba sus sendos y desbocadas objetivos. Los vástagos de Lagash tan sólo aspiraban a aprender, a cultivar sus tierras y, versados en el venerable arte de la geometría, a computar con detalle, devoción y rigor las armoniosas trayectorias de los astros, en cuyo seno aseguraban que residía su misteriosa deidad, a la que adoraban bajo la invocación de “Enlil, el Compasivo”. Nadie entendía a ciencia cierta en qué provincia habían surgido. Aún hoy se especula con que su origen remite a una región ubicada allende las fronteras del mundo conocido. Era indisputable que se hallaban vinculados espiritualmente a los grandes sabios, a los doctos terapeutas y a los sumos arquitectos de la antigua Pangea, descendientes del linaje iniciado por Imhotep en albores olvidados.

Un sueño despertó a Nimud-Lagal de su apacible vida en Susa. Arrullado por el canto de una grulla, observó a un elegante y luminoso pelícano que se afanaba sin éxito en abrazarlo con la blancura de sus alas. Enseguida comprendió que los dioses, ahora indulgentes con el hombre, habían tallado esta metáfora para desadormecer su inteligencia y exhortarlo a portar la llama de la paz y de la concordia. Consciente de que en sus manos vibraba el futuro de la humanidad, decidió caminar hasta la Corte Suprema de Justicia, hogar de los cuarenta y nueve sabios. Sita en Catal-Hüyük, era una institución desacreditada por los escasos réditos políticos que había cosechado en su dilatada historia. La incandescencia del intelecto y la hermosura de la palabra eran las únicas espadas que blandía Nimud-Lagal. Impávido, imbuido de una confianza profunda en el auxilio protector de los dioses, entró con paso firme en la sede de la justicia ecuménica. Era el día crucial: los embajadores personales de los emperadores de Sofos y de Logos se habían reunido en sesión extraordinaria para declararse oficialmente la guerra. Nimud-Lagal irrumpió en la discusión que precedía a la ya inminente proclama bélica. Atravesó una larga y argétea galería en cuyo artesonado figuraban efigies de todos los dioses del mundo y se posicionó en el centro de una estancia, ante la belleza de una cúpula que siglos antes había simbolizado el brillo inmovible de una justicia ya marchita.

Con el pudor de la mirada fijo en la magnificencia de una estrella flamígera de cinco puntas, resplandeciente emblema de la corte, y prosternada la nobleza de su alma

ante la gravedad del escenario, decorado con madera de acacia, Nimud-Lagal declamó el himno primordial de los sabios sumerios, “Eterno es el triunfo de la justicia”, y comenzó a hablar de la siguiente manera:

“Eximios doctores de la ley, poderosos del mundo, embajadores de sus excelencias sónica y lógica, príncipes de la luz, siervos de la concordia y centinelas de la doctrina sagrada, así como todos aquéllos que velan por el cumplimiento del nunca obsolecente lema que inspira esta Corte: a vosotros me dirijo. Subsisten gloriosos misterios que nuestra inteligencia jamás escrutará. Desconocemos si nuestros antepasados atlantes penetraron en la puerta del tiempo, en el paraíso insondable de los dioses, o si los antiguos lemures descubrieron la piedra filosofal. Sin embargo, el mayor de los arcanos, la más oculta de las piedras, centellea en la intimidad de nuestro ser. La augusta providencia de los dioses propició que llegáramos a esta tierra para alabar su nombre y contemplar las maravillas ubicuas de la naturaleza. Nosotros, por el contrario, hemos sucumbido ante nuestra aciaga soberbia, y pereceremos por obra de nuestras funestas manos, pues sólo nos mueve un afán insepulto de poder y victoria. Ni siquiera los llantos desgarradores que se oyeron en la fatídica destrucción de la Atlántida nos han aleccionado sobre esta gran verdad que yo ahora enuncio: no hemos de desafiar a los dioses; debemos vivir arropados por el espíritu de la paz. ¿No nos perturban la pujanza y la inmensidad que sostienen nuestro ser? Anhelamos sabiduría y felicidad; queremos ser dueños de nuestro destino, pero nos aprisiona la ignorancia. Su oscuridad eclipsa la auténtica meta que ha de guiar nuestra vida. Por ello, solícitos y reverenciados doctores del fuego sagrado, os ruego que detengáis esta injusta guerra, este crepúsculo sin aurora que abatirá a los hijos de la estirpe humana, porque será derrotado el honor ante los dioses y ante el demiurgo, y desaparecerá nuestro linaje sin haber surcado las doradas e irrestrictas sendas de la sabiduría. Los dioses nos alientan a que cultivemos la rosa de la vida, de la paz y del entendimiento. El cirio de nuestras almas sólo ha de fundirse ante valores eternos y esfuerzos enaltecedores. Debemos avivar la llama del entusiasmo, la magia de la curiosidad y del ansia de belleza que palpita en todo corazón puro. Sólo así apagaremos esa pira exterminadora donde arden el odio, el egoísmo y la incomprensión. Sólo así desterraremos la iniquidad, para que la luz del bien y de la virtud deslumbre nuestras almas”.

Concluida su intervención, el gran doctor de la ley y guardián de la justicia, Timur-Meret, patriarca de esa ciudad mística donde se realizan los trabajos más sublimes del espíritu, se levantó y dijo, con voz solemne: “en verdad es eterno el triunfo del justo, e infinita la providencia del Altísimo”. Acto seguido, la sesión se disolvió, y los embajadores firmaron el acuerdo de paz que tantos imploraban.

Así, amable lector, se salvó el mundo hace ya milenios. Nada es inmortal; sólo la justicia suprema de Dios y su inagotable sabiduría. Roma ha caído, pero la urbe que se alza en el reino de los cielos aún perdura, y así lo hará por siempre.

LO QUE SAN AGUSTÍN DIJO AL ÁNGEL

Nada mejor que contemplar la cerúlea hermosura del Mediterráneo para despejar la mente. Es lo que debió de pensar Agustín, obispo de Hipona, antigua residencia de los reyes de Numidia, cuando decidió pasear a orillas del más místico de los mares para desasirse de las hondas cavilaciones que fustigaban su alma. Cabizbajo, su mirada alternaba la suave arena de la playa con las espumosas ondulaciones que plácidamente acariciaban las orillas.

Ni siquiera su inteligencia, brillante como pocas, había sido capaz de progresar en el conocimiento de las profundidades del misterio de Dios. Mientras escribía el tratado *De Trinitate*, atroces dudas atormentaron su espíritu. Todo el caudal de sabiduría deparado por griegos y latinos sucumbía, impotente, ante la insondable magnitud del ser divino. Ningún concepto, ninguna categoría metafísica, ningún abstruso término de la filosofía primera lograba escrutar la esencia del Dios crucificado. Tres personas, tres naturalezas; una persona, una naturaleza; tres naturalezas, una persona; tres personas, una naturaleza...¹ Como un acertijo matemático inasequible para el mismísimo Euclides, la verdad sobre Dios eludía toda tentativa de racionalización y humillaba toda teología.

Inmenso como el ser divino, un mar de resonancias celestes se erguía ante sus ojos. Escenario de batallas memorables, en torno a él habían florecido fastuosos imperios. Audaces exploradores y pioneros inolvidables habían surcado sus aguas. Sublimes poetas y egregios filósofos habían elevado el alma a los dominios de la hermosura y la verdad mientras oteaban la inasible vastedad del Mediterráneo. Y Agustín, sumido en la angustia, acudió a este refugio sagrado en busca de inspiración.

A lo lejos, el eminente obispo divisó una silueta pálida y esquiva. Se acercó. Vio a un niño que excavaba un hoyo y, afanoso, no cesaba de verter en él agua del mar. Su recipiente no era otro que una concha marina, sencilla pero enigmática, vetada por finas y delicadas rayas que evocaban magníficas armonías geométricas.

-¿Qué haces? –preguntó Agustín.

-Pretendo volcar toda el agua del Mediterráneo en este hoyo.

-Pretendes lo imposible.

-Tan imposible como tu anhelo de comprender el infinito misterio de Dios desde la finitud de la mente humana.

En ese instante, el rostro aniñado se iluminó con viveza. Un fulgor radiante envolvió la figura de ese extraño personaje de áureos y rizados cabellos, y un resplandor de blancura abrumadora cegó a Agustín.

-¿Quién eres? ¿Por qué vienes a mí, que soy indigno de Dios?

-Soy un mensajero del Altísimo. En su bondad, se ha compadecido de tu búsqueda denodada y de tu inagotable fervor.

-“Grande eres Señor, y laudable sobremanera; grande es tu poder, y tu sabiduría no tiene número”. Pero ¿por qué comparece ante mí un ángel del Altísimo?

-Bien conoce Dios tu deseo de penetrar en el misterio de su eterno ser.

-Entonces, ¿por qué no me concede entender quién es Él, Creador del universo, meta hacia la que todo se encamina, arroyo por el que suspiran mis lágrimas, la única fuente que calmaría la sed de mi corazón?

-El Altísimo ha revelado todo su poder y toda su gloria en la Palabra hecha carne, en su Hijo Unigénito. Nada más necesita decirle al hombre.

-Pero esa palabra desafía la inteligencia. ¿Pertenece o no a la entraña de Dios el verbo que murió crucificado? ¿Es el Espíritu el fruto del amor eterno entre el Padre y el Hijo, o es sólo la manifestación del Padre ante el Hijo? ¿Es sustancia o persona el Padre? ¿Es un accidente la relación entre el Padre y el Hijo, o es un vínculo imperecedero, forjado antes de la aurora de todo tiempo?

-Ninguna noción bastaría para explicar quién es el Logos. Límate a alabarlo y recorre los senderos que Él ha allanado.

-Bien sabe el Altísimo que el amor es mi fin y mi filosofía, el amor que Él mismo profesó, un amor que llevó a su hijo hasta la más terrible de las muertes, pero apiádense de mí el Señor, y otórgueme esa verdad que infatigablemente busco, esa verdad para la que he nacido, esa verdad que me flagela con látigos invisibles.

-Dios no puede comunicar al hombre toda la verdad sobre su ser y sobre el ser del mundo. Ningún espíritu humano la soportaría. Ni siquiera un ángel podría convivir con tanta verdad, tanta santidad, tanta belleza y tanta luz.

-¿No puede Dios? ¿Por qué no puede? ¿No puede o no quiere? ¿Ni siquiera su gloria y su grandeza consiguen aplacar el profundo dolor que me aflige, este debate interminable entre lo que comprendo y lo que no comprendo, entre el mundo y la fe, entre la naturaleza y la gracia?

-¿Ansías acaso que Dios conculque tu libertad, y revoque el privilegio de buscar por ti mismo la infinita majestad de Dios?

-Gustoso renunciaría a toda libertad y a toda alegría si pudiese beber del cáliz de la verdad plena. Todo se habría consumado, y el sentido de mi existir habría coronado esa claridad que implora el alma.

-El Señor eterno, el Dios que gobierna mundos visibles y espacios invisibles, el Alfa y la Omega, quiere derramar su misericordia sobre tu espíritu. No te confesará cuál es su ser más íntimo, la más profunda de las verdades, pues te ha fraguado como hombre, no como dios, pero te abrazará con un amor infinito que te exhortará a buscar, para que tu descubrimiento sea tu búsqueda.

-¡Oh Señor! Por sendas oscuras me he aventurado, por desiertos intelectuales ha transitado mi espíritu, por soledades e incertidumbres ha vagado mi corazón, y sé que ni el mismísimo Dios, soberano del universo y destino de la mente humana, puede anular mi libertad. Mas yo aspiro a lo que trasciende todo nombre, todo intelecto y toda voluntad. Intenso pero dulce es el dolor que brota de este anhelo. Es el mismo Dios quien ha clavado en nosotros la punzante espina de la insatisfacción; es Él quien nos reta a ser dioses y hombres al unísono. Yo buscaré, buscaré por siempre la verdad, y más allá de toda filosofía, de toda ciencia, de todo lenguaje, de todo signo, de todo mar y de toda tierra, de todo abismo y de todo cielo, me sumergiré en mí mismo, pues allí te encontraré, Señor mío, espejo de mi ser, imagen incandescente que todo lo recapitula.

-Más allá de unidades y trinidadas, de revelaciones y encarnaciones, florece el infinito misterio del ser, que es el misterio de Dios. Dios es en ti; Dios es lo que tú has de ser; eres ya Dios en su peregrinar eterno. Pues tú lo has dicho: conviértete en pregunta, y alzarás el alma a Dios.

YAO GUANGXIAO Y EL GRAN CANON DE YONGLE

Amanece en la Ciudad Prohibida. La aurora estría el horizonte con sus cristalinas irisaciones. Despierta el Hijo del Cielo, aquél ante cuya sublime silueta todos se postran. Es él quien, desde el centro del universo, gobierna el más vasto y populoso de cuantos imperios conoce la tierra. Yongle, cuarto hijo de Hongwu, aspira a regir los destinos de China con la misma brillantez que han exhibido sus dos antepasados de la dinastía Ming.

Hoy le aguarda una jornada especial. Con paso hierático y decidido abandona el Palacio de la Pureza Celestial y se dirige hacia el Salón de la Suprema Armonía. Todos los séquitos que le atienden devotamente en ese lugar legendario y recóndito, en ese mundo enigmático al que sólo unos pocos elegidos pueden acceder, se prosternan para rendir pleitesía a su señor y soberano. Nadie osaría posar sus ojos sobre el rostro del Emperador, en cuya faz inviolada no puede fijarse ninguna mirada mortal.

El vástago de los dioses había congregado a los mayores sabios de China para redactar una colosal recopilación de todos los conocimientos atesorados por sus ancestros a lo largo de copiosos y audaces siglos. Más de dos mil eruditos han contribuido a su fatigosa elaboración: astrónomos, matemáticos, artistas, geólogos, arquitectos, literatos, médicos... Incalculable es el número de sagrados caracteres que arman esta eximia obra del espíritu, proeza que glorificará a la dinastía Ming y grabará una huella imperecedera en la historia del conocimiento. Incalculable es el número de sus rollos manuscritos. Incalculable es el número de sus volúmenes. Incalculable es el número de empeños concitados. Incalculable es el número de esperanzas vertidas.

Al frente del proyecto se alza Yao Guangxiao, el docto hijo de Wang Tsu, nacido en Nanjing, quien en este día imborrable acude ante el Hijo del Cielo para la solemne presentación del Gran Canon, la enciclopedia comisionada cinco años atrás.

Yao Guangxiao es el sabio más intrépido de China. Ha acariciado los confines de la tierra y, en la estela de Zhang Qian, ha recorrido inmensas e insólitas regiones que se dilatan sin término. Ha servido en la Flota del Tesoro del almirante Zheng He, ha atravesado el antiguo Camino Real Persa, ha agotado la Ruta de la Seda y ha conversado con infinidad de hombres para suplir las lagunas de su conocimiento y despejar dolorosas incógnitas. Jamás se desvanecerá de su memoria el encuentro que mantuvo con un peregrino indostano en el Paso de Junjerab, allí donde la nieve se funde inofensivamente con la tierra. En la Encrucijada de la Pureza Perenne, el asceta Tashgir, sediento de lo incognoscible, quien vivía en una humilde y oscura cabaña con un ruiseñor enjaulado al que periódicamente liberaba de su agónica prisión, le instruyó en la lectura de los sinuosos textos avestanos y le enseñó todo cuanto podía aprenderse

sobre los saberes ocultos de Irán. Tampoco olvidará nunca sus viajes a una Bagdad devastada y a una Damasco menguante, pálidos reflejos de su pasada grandeza, ni los peligros a los que se enfrentó en Emamschar, donde, bajo cielos enmudecidos dorados de luz, vislumbró la montaña en cuyas vívidas laderas se erguía la Morada del Fulgor Inextinguible, ni la experiencia inefable que embelesó su espíritu allí donde antes se había elevado el Ciprés de Keshmar, cuando, junto a la Torre de Aliabad, degustó el alba mística del Jorasán, ni la noche mágica y voluptuosa en Jotán, junto al Río del Jade Blanco y en compañía de la bella Yutarim, adivina de los astros perdidos y protectora de las aves del Poniente, ni la cálida acogida que le dispensaron en Samarkanda, donde llegó a conocer a Tamerlán, conquistador de mundos que le ofreció una antología de todos los conocimientos tutelados por el imperio timúrida.

Pero en el transcurso de sus pugnaces elucidaciones, un misterio inveterado se le resiste de manera contumaz, abismo que inunda su alma de soledad y aflicción. En las proximidades de Kaschgar había recibido confusas pero creíbles noticias sobre un arcano enclave en cuyas profundidades se escondería la Flor Inmarcesible. Plantada por un rey obliterado hacía siglos, en ella, y con los dioses como únicos testigos, el monarca había alumbrado un sueño sobrecogedor: mientras imperaran la justicia y la sabiduría en las extensiones de su reino y en los corazones de sus súbditos, la flor jamás expiraría. Según el mito, ni siquiera el feroz y cruel invierno de las estepas de Asia central habría sido capaz de abatir la vitalidad de esa flor insondable y nunca lánguida.

Apasionado por los relatos asombrosos que tantas voces le habían proferido en el inhóspito territorio de los uigures, Yao Guangxiao se había esmerado durante años en encontrar tan remoto y envidiado don. Sin embargo, las usurpaciones de su desvelo habían sido inútiles, pues en la sombría desolación de esos paisajes inacabados todo evocaba sequedad, muerte y silencio. Ningún atisbo de esa secreta flor de pétalos angelicales por la que suspiraba tenazmente.

Habría anhelado deleitar a su Emperador con el tributo de la Flor Inmarcesible, rúbrica resplandeciente de rectitud y conocimiento, colofón del Gran Canon, mas ya era tarde. Impacientados, el Emperador y sus consejeros habían exigido que la gigantesca Enciclopedia se completase cuanto antes, porque así fungiría de inusitado obsequio para el inminente jubileo de la dinastía Ming.

¡Oh día imbatible! Bajo el sereno Sol que despunta en los arreboles carmesíes de la aurora, cientos de disciplinados oficiales transportan los miles de compactos volúmenes que componen el Gran Canon. La radiante procesión franquea los gruesos muros de la Ciudad Prohibida por el pórtico meridional y atraviesa la Puerta de la Suprema Armonía, de paredes rojizas como las tinciones más desafortunadas que cubren el crepúsculo con el cáliz de sus rubores promisorios. Finalmente, se detiene con pudor ante la egregia figura del Emperador Yongle. Todos los hombres se inclinan y arrodillan fervorosamente sobre el suelo límpido de la Ciudad Imperial. Luminoso es el regocijo del Emperador en cuanto observa la maravilla que ante él comparece y para cuya culminación tanto trabajo, tanto orgullo y tanta solicitud han sido necesarios, pues esos

volúmenes manuscritos que desafían su vista y enardecen su imaginación condensan el más excelso pináculo de sabiduría que ha tallado su pueblo, orfebre pródigo en invenciones y magnificencias. Aunque la magnitud de los costes impida imprimir la Enciclopedia, el Emperador custodiará piadosamente los manuscritos que contienen el *leishu* en las estancias de la Ciudad Prohibida. Amable será una posteridad agradecida por semejante legado, benévolo será el recuerdo que amparen las generaciones venideras, quienes honrarán a Yongle por haber consagrado afanes ingentes a reunir la herencia más valiosa de sus antepasados, la estrella más brillante de China, el faro más fúlgido de la humanidad: el conocimiento.

El fiel Yao Guangxiao, sin levantar la mirada, se acerca a su venerado Emperador y le entrega el primero de los volúmenes. Disipada su tristeza, enseguida se desprende de la hiriente desazón por no haber coronado la Enciclopedia con el descubrimiento de la Flor Inmarcesible, pues es entonces cuando entiende que, vigorosa o desfallecida, ella resucitará siempre que el corazón del hombre busque la sabiduría y obre con justicia, siempre que persiga fines nobles, siempre que ame el conocimiento y alabe la virtud. Y quien se ha esforzado en llevar a término la hermosa voluntad de Yongle, su celo indomable por congregar todos los saberes ancestrales de China en el milagro del Gran Canon, ha consumado el sueño de ese rey preterido que convocó todas sus esperanzas en la pureza diáfana y absolutoria de la Flor Inmarcesible...

EL SUEÑO DE SINÁN

Desde los suntuosos balcones del Topkapi, los ojos de Solimán, anegados en lágrimas, contemplan los reflejos turquesados del mar de Mármara, espejo de belleza en el corazón de un imperio cuya vastedad deslumbra a todas las naciones. ¡Oh Constantinopla, oh Bizancio, oh Estambul, encrucijada del mundo y reina de las ciudades! ¡Qué rostros ilustres no han contemplado las evocaciones de tu crepúsculo, que arropa suavemente el Bósforo con su manto de púrpura y misterio! ¡Qué poemas de amor y dulzura no habrán sido declamados en tus atardeceres, cuando dos continentes parecen fundirse en el amoroso abrazo de la noche!

Huestes de eminentes emperadores como Constantino, Teodosio y Justiniano, pléyades de santos y profetas como Juan Crisóstomo, Cirilo y Metodio, han cedido el testigo de la gloria a los herederos de Osmán, a los audaces guerreros que han extendido el dominio otomano sobre inmensas regiones de Asia, Europa y África. Son ellos quienes han convertido Estambul en la flor del islam, en la urbe de incontables minaretes enhiestos como cedros del Líbano, en el templo que alaba incansablemente al Misericordioso y al Compasivo.

¿Cómo no rendir pleitesía a la proeza imperecedera lograda por Mehmet II, *Fatih*? Él fue el conquistador de una ciudad que se creía inexpugnable, pues era la sede de un imperio fastuoso que había regido los destinos del Mediterráneo oriental durante siglos y había coronado las cimas más excelsas en el olimpo de las artes. Y es hoy Solimán quien, desde las plácidas colinas sobre las que se asienta su palacio, gobierna un imperio memorable e imponente, que al unísono despierta fascinación y temor en el alma de sus rivales. Este hijo de Selim I y de Ayse Hafsa es ahora el décimo sultán de la dinastía otomana, magnífico en sus victorias y bienaventurado en las creaciones de su espíritu, insigne *Kanuni*, codificador y reformador, nuevo Salomón que disemina el haz de su sabiduría más allá de las fronteras de su gigantesco imperio turco, defensor de la fe suní, califa que protege los sagrados lugares de La Meca y Medina, faro que vela por derramar el oloroso perfume de la sabiduría islámica sobre todos los rincones de la tierra. Pero Solimán prefiere proclamar las virtudes de Dios antes que sentirse apegado a los innumerables tronos postrados ante sus pies. Como un derviche inexhausto, místicamente arrebatado por la bondad de Alá, pureza inefable que atrae hacia su corazón sempiterno a todos los átomos del cosmos, el alma giróvaga del sultán danza tornasoladamente en torno a la belleza de las obras del Hacedor del universo.

¿Acaso puede existir una ciudad más hermosa que Estambul, donde el hombre ha disputado a Dios el cetro de la belleza suprema, y un paisaje más soberbio que la obra de arte admirada desde los delicados pabellones y los engalanados jardines que se alzan más allá de la Sublime Puerta? Ni siquiera la serena y altiva Venecia emula la

orlada policromía de Estambul; tampoco la rica y luminosa ciudad de El Cairo, pórtico hacia los tesoros ocultos de Egipto, ni la docta Bagdad, que había sondeado la morada de la sabiduría bajo el esplendor de los califas Abásidas, ni el fulgor de la Córdoba de los Omeyas, ni la prístina quietud de los arroyos que habían enfervorizado la Alhambra de los Nazaríes, ni la eterna Roma, capital de imperios que se han sucedido como las noches y las auroras relevan a los fatigados ocasos... Ni montañas esculpidas con flores de Jorasán y rosas de Damasco bajo el sol de una perenne primavera se parangonarían a la magnificencia de Estambul, la única que une mundos y hermana continentes. Sólo su sensualidad fusiona armoniosamente mar, aire y tierra para acariciar la grandeza de los cielos, trono inmortal de Alá, creador del universo.

Feliz la hora en que el poderoso y augusto Constantino I decidió trasladar la capital del imperio a este enclave, estratégicamente situado entre Europa y Asia, resguardado del Mediterráneo por el mar de Mármara y el estrecho de los Dardanelos. Mehmet había traído la fe verdadera del islam, pero había tolerado la convivencia pacífica de judíos y cristianos. ¿Cómo prohibir franquear las murallas de Bizancio a quienes habían erigido monumentos tan sobrecogedores como la iglesia de la Divina Sabiduría, portento suspendido del elíseo con finos y áureos lazos, delineado por Antemio de Trales e Isidoro de Mileto y ahora transformado en mezquita para dar gloria a Alá, pero un edificio que retiene la misma belleza, la misma majestad y la misma exuberancia que hace casi mil años? Desde su promontorio se abre el mundo, se despliegan los indescriptibles prodigios de Asia, brota la seda invisible del misterio y fluyen mares cuya agua infunde vida, como pechos turgentes que salpican la tierra con el lácteo rocío de su amor.

En el intangible mihrab de su alma, el Magnífico entona melodías a Alá. No puede reprimir el impulso que le lleva a vislumbrar el semblante inaprehensible del Todopoderoso en la belleza terrena de Estambul, receptáculo de una sabiduría profunda y ancestral, tutelada por Oriente y Occidente a lo largo de milenios. En el impetrante sigilo de sus sueños, santa Kaaba de terciopelo a la que cada noche peregrina su voluntad, no cesa de exaltar la aquilatada hermosura de la perla de este mundo, del puente entre Europa y Asia, de ese azul eterno sobre nubes de siglos, voluptuosidades y deseos, e incluso cuando las campañas militares alejan su cuerpo y su espíritu del Cuerno de Oro, el corazón del sultán sólo suspira por cruzar de nuevo esa sublime puerta que muestra las infinitas maravillas de la fe, el amor y el anhelo.

Sin embargo, la angustia invade a Solimán. Países, reyes y ejércitos se someten al yugo de sus soldados; leales y bravíos jenízaros custodian su persona, y bajo la perspicua luna que tantas veces han venerado sus ojos, reminiscencia de la claridad y la nobleza que han de presidir el paraíso deparado por Alá a sus fieles, son millones los que obedecen sus órdenes y se guían por sus designios, rebosantes de sabiduría. Pero el poder y la gloria del Imperio otomano no permanecerán por siempre. Como toda producción del hombre, se desvanecerán en noches irrecuperables, y cuando llegue el temible día del juicio, Alá sólo preguntará por la magnanimidad de sus acciones y el

legado de su espíritu. Ni todos los reinos de la tierra que han caído bajo la dulce férula del sultán justificarán su alma ante el Altísimo. Mas Aquél que sólo irradia compasión y misericordia hacia el hombre, Aquél que ha condescendido a revelar sus atributos más hondos y benéficos a través del sagrado Libro, el Corán, dictado por el mismísimo arcángel Gabriel al Profeta como sello de perpetua sabiduría y cénit de hermosura, ¿no escrutará las profundidades del corazón del sultán y no descubrirá que, por encima de toda la riqueza y de toda la honra que le tributan sus súbditos, ha brillado la luz de una criatura cuya alma buscaba la gloria de su Creador? Sólo Él entenderá que en la belleza de la poesía, en la mansedumbre del amor y en la prodigalidad del arte, Solimán creyó discernir la huella más pulcra de Alá sobre la faz de la tierra, hechura de sus manos.

¿Con qué obra alabará ahora al Todopoderoso? El sultán dirige el fervor de la mirada al Cuerno de Oro, aureolado con tinciones relampagueantes, reverberaciones de los fulgores beatíficos que ungen el vergel cultivado por el mismísimo Alá en el indiscifrable espacio de las alturas. Cerúleas y sosegadas aguas bañan las orillas; las rotundas voces de los almuédanos llaman a la oración desde alminares espigados como alfiles; una inmensidad se yergue ante Solimán, y a lo lejos despunta con prominencia la tercera colina de Estambul. Es allí donde brindará gloria eterna al Omnipotente. Sí, allí levantará un templo cuya belleza y ecuanimidad embelesan a las generaciones venideras. Será el más alto de los homenajes a la magnificencia y a la perfección del Creador, quien ha impreso en las enormidades del universo los refinados trazos de su amor por el hombre. El sultán mandará erigir una mezquita tan formidable que cuantos viajeros acudan a Estambul desde el Norte, el Sur, el Este y el Oeste habrán de conmoverse al perfilarse, en el misticismo de la distancia, la silueta de un templo que humillará a todas las construcciones del mundo, a partir de ahora pálidas imágenes de esta nueva maravilla.

Sólo un alma en la vastedad del Imperio otomano sería capaz de culminar un proyecto semejante, digno de Prometeo, pero posible para quien entrega su corazón a Alá y todo lo espera del Misericordioso, cuya generosidad premia cualquier afán honesto del hombre. Es Sinán, el más ilustre *Mimar* de la tierra, el sabio, el ingenioso matemático, el tenaz explorador de la belleza. Su talento arquitectónico se había manifestado con nitidez en notables edificaciones civiles, como fortalezas, puentes, acueductos y murallas. Al fragor de las batallas libradas por el ejército turco, se había desplazado por media Europa y había conocido la elegancia de estilos cristianos como el románico y el gótico, sin soslayar la insuperable grandeza del arte de Grecia y Roma. Ahora, depositario de la confianza inquebrantable del sultán, le corresponderá asumir la mayor de las responsabilidades: la de diseñar una mezquita que satisfaga los anhelos más profundos de Solimán, ávido por enaltecer a Dios desde un púlpito terreno que evoque también la gloria de quien ha difundido la fe islámica hasta las regiones más remotas.

Franca y amistosa fue la conversación entre el sultán y su arquitecto más amado. Le comunicó la entraña de sus aspiraciones, deseos tan intensos y perturbadores que

atormentaban su alma, angustiada por ignorar si lograría llevar a término una ilusión que percutía su espíritu. Sinán le prometió consagrarse por entero a esta empresa tan ardua como fértil y colmada de entusiasmo.

Decenas de noches vagó en vano su mente por las encrucijadas más recónditas de la imaginación de un arquitecto. Abrumado por la posibilidad de infligir una imperdonable decepción en el alma de sultán, inquieto por no conseguir esbozar el plano de una mezquita que en verdad rebasara en perfección, pureza y hermosura a todos los templos que pueblan Estambul, el sacrificado corazón de Sinán sólo pudo orar al Altísimo, objeto primordial de toda alabanza auténtica, refugio para el desesperanzado. Su gloria se pincela en cada tímido atisbo de bondad, sabiduría y belleza que talla con esmero el hombre. ¿No lo narra Ibn Ishaq? El Profeta, agobiado, exclamó desde lo más hondo de su espíritu: “¡Oh Alá, ante Ti me quejo de mi debilidad, de mi desamparo y de mi mansedumbre ante los hombres! ¡Oh Misericordioso entre los misericordiosos, Tú eres el Señor de los débiles y Tú eres mi Señor”! Sólo en Alá florecen el poder y la fuerza, y sólo la inocente luz de su semblante ilumina los resortes de lo oscuro.

Una noche, y desde una de las estancias del Topkapi, la mirada lánguida de Sinán observó la tercera colina de Estambul, sobre cuya tersura ansiaba el sultán plantar la semilla de ese templo alumbrado en las más íntimas y solitarias visiones de su alma. En sus inescrutables senderos, el Misericordioso y Compasivo siempre se apiada de quien eleva sus imploraciones a la morada celestial, y fue entonces cuando el laborioso Sinán sintió la llama vívida de un fulgor premonitorio, incandescente e inmaculado que pugnaba por abrasar su corazón herido. ¡Qué dulces y cálidas eran esas sinuosas llamaradas, gozosos destellos de pasión irredenta que rápidamente adquirirían nuevas formas, errantes de izquierda a derecha, evanescentes como los armoniosos colores del arco iris, pero chispas devotas que se demudaban súbitamente en un fresco primoroso, nimbado con minaretes, cúpulas y naves!

En la viveza de su sueño, percibió los detalles de una imponente mezquita blanca, geométrica y estremecedora, lechosa como los ríos celestes, nívea como las cumbres de Davraz, coronas ensartadas en los montes Tauros. Todo exhalaría pureza, claridad y apertura, a imagen y semejanza del inconcebible espíritu del Creador. Todo sería luz, perseverante y enorgullecida luz, diáfana como los dorados chorros de sabiduría que esparce Alá sobre las provincias de la tierra.

Durante siete largos años, los mejores artistas del Imperio otomano trabajaron en la construcción de la mezquita que inmortalizaría a Solimán frente a su amado Cuerno de Oro y a su inolvidable Bósforo. Mármoles, pórfidos y granitos extraídos de medio mundo, azulejos de Iznik (la antigua Nicea), ventanales fabricados con los cristales más límpidos, sólidos contrafuertes para sostener la fabulosa estructura... Las lámparas más exquisitas del orbe islámico ornamentarían el interior de la mezquita. En el centro, bajo la grandiosidad de una cúpula blanca y sublime, magna semiesfera invocadora de la

sagrada plenitud de Alá, cáliz que acogiera la fragilidad del hombre, resplandecería la vastedad de un vacío cuya transparencia simbolizase la entrega incondicional del espíritu a su Creador.

Allí, bajo la solemnidad de esa cúpula que encadena suavemente su alma al paraíso, asilo de perfección abovedada en la que resuenan los sobrecogedores ecos de la plenitud divina, Solimán soñó con descansar eternamente junto a su adorada Haseki Hürrem, su esposa predilecta, su más genuino imperio, su hogar verdadero, más colosal que Constantinopla, más arcano que la Persia safávida y más robusto que las cuevas de la Capadocia, mimbar marmóreo desde el que sus labios han proferido las palabras más puras y han declamado los versos más aleccionadores que puede pronunciar un hombre poseído de amor; la roca inamovible de sus deseos, su Sínope, su Alejandría y su Esmirna, el ave de insondable belleza que había embriagado su corazón con el aroma de la dicha más noble, tierna y efusiva, y cuyas alas habían elevado su espíritu a los cielos de la gratitud en un carro aún más vigoroso que el del Profeta.

EL ANHELO DEL EMPERADOR MOGOL

El emperador mogol soñaba con reproducir el paraíso en la tierra. Quería inundar su país con las fragancias más dulces y perfumar los corazones con el aroma más puro de la fe islámica. Mármol, luz, blancura y perfección geométrica reinarían sobre las ciudades de su alteza sublime, y flores inmaculadas resplandecerían en cada monumento erigido por sus sabios decretos. Lo que Alá, el misericordioso y compasivo creador del universo, había forjado con su todopoderoso soplo de viveza brillaría ilimitadamente en cuantos rincones cercan el imperio. La hermosura más límpida eclipsaría cualquier atisbo de dolor, y toda lágrima derramada por ojos sinceros cristalizaría en monumentos majestuosos, espejos del cielo.

Shah Jahan lloró inenarrablemente al perder a su esposa, la emperatriz Mumtaz Mahal, tras dar a luz a su decimocuarta hija. Sólo una belleza de ecos divinos podría mitigar su desconsuelo. Sólo la evocación de la armonía eterna infundida por Alá en los pilares del cosmos enjugaría su llanto desahogado. Ordenó así construir una tumba tan radiante que condensara la vida, el cielo y el paraíso en Agra, capital de su imperio. Rebosaría de mármol, y toda clase de piedras preciosas, ágatas y zafiros, aquilatarían una obra destinada a trascender todas las maravillas del mundo. Húmedos y olorosos jardines, livianos como la intuición de lo eterno, envolverían esta construcción funeraria diseñada con la simetría más abrumadora. Nada sucumbiría al azar. La misma medida que el omnisciente Alá había grabado en su creación, y en el espíritu del hombre como pináculo del universo, presidiría el Taj Mahal. Primaría la amplitud, espaciosa belleza diseminada por una vastedad lisa e imperecedera, y al llegar los heraldos del ocaso, las franjas azafranadas que flanquean el crepúsculo exaltarían ese amor sepultado bajo cimas de hermosura eterna.

Todos los misterios de la India remitirían desde entonces a este soberbio monumento funerario, y toda llama mística ardería al son de sus vibraciones.

EL ÚLTIMO SUSPIRO DE ALEJANDRÍA

Voraces llamaradas relampagueaban en el horizonte. Ambrísones, devoto de la Gran Biblioteca de Alejandría, maravilla bajo cuyos auspicios había devanado saberes ancestrales y sondeado ciencias futuras, corrió de inmediato hacia el barrio de Bruquión. Ubicado junto al puerto, allí se almacenaban miles de rollos manuscritos que armaban el ciclópeo tesoro bibliográfico de la ciudad fundada por Alejandro Magno hacía tres siglos. Al parecer, un enfurecido Julio César había ordenado a sus incendiarias atacar a una flota egipcia que, comandada por el insensato visir Potino, verdugo de Pompeyo, había desafiado al mayor de cuantos generales había dado Roma. Ignominiosa decisión que sellaba la condena de la perla más valiosa de Alejandría.

Al acercarse a la sala principal de la Gran Biblioteca, un sentimiento de impotencia invadió a Ambrísones. Abatido entre piadosas lágrimas y gritos fragorosos, hubo de contemplar cómo el fuego consumía anaqueles enteros colmados de manuscritos, receptáculos de siglos de estudio, aprendizaje e insaciable curiosidad custodiados en esta metrópolis del espíritu.

El milagro de una biblioteca que había convertido a Alejandría en la indiscutible capital del saber difícilmente habría brotado sin el empeño de Demetrio de Falero, discípulo de Aristóteles. Enamorado, como el gran docto de Estagira, del conocimiento universal, fue él quien convenció al poderoso Ptolomeo I para financiar una institución que acogiera a los mayores eruditos del orbe. Todas las ramas del saber desfilaron por ese don de los dioses. Geógrafos, geómetras, botánicos, historiadores, filólogos... Al amparo de la Casa de las Musas, médicos como Herófilo de Calcedonia y Erasítrato de Ceos practicaron osadas disecciones de cadáveres y contribuyeron a establecer, contra Aristóteles, que la sede de la inteligencia residía en el cerebro y no en el corazón. Toda la literatura de Grecia y de cuantas civilizaciones habían prodigado su genio a lo largo de la historia comparecía en la Gran Biblioteca, deleite de los dioses y premio al esfuerzo de los hombres.

¿Acaso se había alumbrado nunca un sueño más hermoso que el de congregar todos los saberes del mundo para plantar la semilla de los conocimientos venideros? Todo el universo del hombre peregrinaba a Alejandría, en cuyo templo se entronizaba místicamente la ciencia. Obras de lidios, persas y egipcios, tratados políticos procedentes de los pueblos más diversos, ingentes recopilaciones que catalogaban los mejores frutos de la inagotable búsqueda humana de entendimiento... Por esas estancias deambuló Manetón, sacerdote de Sebennitos que redactó una famosa historia de Egipto y de su luz inveterada. Fue allí donde, bajo el patrocinio de Ptolomeo II Filadelfo, la Biblia de los hebreos se tradujo a la lengua de Platón. Para ello, y según la leyenda que

relata Aristeas, fueron convocados setenta y dos sabios judíos que, portentosamente, concordaron sin fisuras en la fijación del texto griego.

Noble era el afán del rey de Egipto por nutrir su biblioteca con todas las obras de la humanidad, con todos los escritos sagrados, con todos los poemas, con todas las épicas, con todas las filosofías y con todas las ciencias. El poeta Calímaco habla de cuatrocientos mil rollos de papiro. Otros elevan la cifra a setecientos mil.

Vagos recuerdos de los días más felices allí vividos se arremolinaron en las profundidades de la memoria de Ambrísones. Pero poco o nada podía hacer para evitar la catástrofe. Inexorable era la fuerza de unas llamas que se cebaban sobre la exquisita fragilidad de los rollos de papiro tutelados en las otrora límpidas estanterías de la Gran Biblioteca, edificio imponente que había inspirado a las mentes más privilegiadas del orbe.

¿Cómo no llorar mientras espiraba todo un mundo? ¿Cómo no sumergirse en los abismos de la tristeza infinita mientras los anhelos más bellos se desvanecían y caían presos de las atroces redes de la obliteración? ¿Cómo no sucumbir al furor de la nostalgia ante los caudales de conocimiento que ahora se disipaban en innominadas tinieblas? Pujantes reminiscencias de días gozosos infligían el mayor de los sufrimientos en el adolorido corazón de Ambrísones. Él, que tantas veces había escuchado hablar sobre las proezas coronadas por los más eminentes bibliotecarios de Alejandría, como Zenódoto de Éfeso, Andrónico de Rodas y el más destacado de todos ellos, Eratóstenes de Cirene, geómetra que calculó el diámetro de la Tierra, era testigo, en esa fecha aciaga para la humanidad, de cómo un templo consagrado a la más alta sabiduría se encontraba abocado a perecer.

Sin embargo, y desasido de toda preocupación por sí mismo, Ambrísones se apresuró a internarse en la biblioteca antes de que el irremisible incendio terminase por destruir los escasos manuscritos que aún pugnaban contra la desolación. Ágil e irredento, sorteó con audacia las feroces llamas que avanzaban, como impertérritas preconizadoras del olvido, hacia el más preciado de los anaqueles, hacia ese estante en el que tantas ilusiones había depositado y que el hado propicio del destino había preservado incólume. Se trataba de una pequeña ménsula adosada a una de las esquinas de la nave central de la Biblioteca, y escondía el tesoro más noble, radiante y delicado de Alejandría: la única copia de un libro perdido de Aristarco de Samos, obra en la que sostenía, frente a Eudoxo y Aristóteles, que el Sol permanecía inmóvil mientras la Tierra orbitaba en torno a él en una circunferencia.

Pero en cuanto se dispuso a abandonar el anaquel, abrazado fervorosamente al manuscrito de Aristarco, Ambrísones se percató de que los tres gruesos volúmenes de la *Babiloniaka* de Beroso el Caldeo yacían a pocos metros. ¿Habría acaso de elegir entre rescatar la historia de toda una civilización, la babilónica, dominadora del mundo milenios antes que los egregios reyes ptolomeos, y salvaguardar la incierta exposición

de una borrosa y extravagante hipótesis astronómica rechazada por casi todos los sabios? Estremecedoras e inefables fueron sus vacilaciones. Mas en el tiempo arrebatado por la duda, las llamaradas se intensifican y, propagadas con inusitada y fustigadora rapidez, de súbito atraparon a un incauto Ambrísones. Horrorizado por la proximidad y la viveza de la muerte, no tuvo más remedio que desprenderse del rollo y huir despavorido, al son de una terrible elegía: la que entonaba el más sombrío de los adioses a un universo sapiencial inmolado en el altar sacrificial de la desidia humana, abrasado por la ceguera de unos pocos.

Ni Aristarco ni Beroso se libraron de verse preteridos. Tampoco los versos más sublimes declamados por Safo. A la naturaleza bastaron unas pocas horas para aniquilar aquello que los hombres habían tardado siglos en reunir. ¡Quién retornara a ti, excelsa Alejandría! Yo sólo puedo suspirar por una biblioteca eterna que albergue todos los nombres y esperanzas de la humanidad.

RELATO DE UN JOVEN SABIO

Un joven sabio decidió alejarse del mundo y vivir en soledad. Abandonó todas sus posesiones y las donó a la beneficencia. Con mirada crispada, reflejo de su exilio interior, se despidió de sus seres queridos, mantuvo una última conversación con sus amigos predilectos y se dispuso, impávido, a dejar su hogar. Hasta entonces había habitado en una humilde aldea perdida en un valle recóndito, pero ahora precisaba inhalar las brisas de esa autonomía con la que sueñan quienes aún no han padecido las flaquezas inexorables de toda vorágine social.

Largos días y noches silenciosas anduvo por caminos serpenteantes que nadie más traspasaba. Vagó por montañas, ríos, bosques frondosos e inmensas praderas. Pudorosamente evitó dirigir la palabra a otros viajeros, y en los lugares donde se aposentaba minimizó cuanto pudo la interacción con los demás mortales. Su determinación de huir a una morada impredecible se revelaba robusta, inexpugnable, y progresivamente disipó todo atisbo de nostalgia tentadora hacia los placeres cálidos y marchitos que antes lo habían arropado.

Ningún impulso conquistaba ya su íngrimo sosiego. Su denodado ejercicio ascético terminó por grabar una huella indeleble en su carácter. Sólo resplandecían los haces de su ensimismamiento, y al cabo de unas semanas parecía haber borrado por completo la reminiscencia de esas comodidades que tanto bienestar le habían reportado antaño. Ahora sólo suspiraba por encontrar su verdadera meta, y ansiaba apagar todas esas voces inquietantes que desviaban su atención de los fines más hondos, nobles y puros.

Después de meses de peregrinaje inagotable, había aprendido a vencer toda fatiga y a multiplicar la envergadura de sus fuerzas. Ni siquiera necesitaba pernoctar en albergues y demorarse a comer o cenar en posadas. Había logrado dominar todo instinto, todo anhelo furtivo que desviase su espíritu de una senda sinuosa que él aún no vislumbraba, pero cuyo salvaje magnetismo avasallaba todas las parcelas de su voluntad. Imbuido de esos aires tiernos y húmedos, se familiarizó con la gozosa amplitud de una naturaleza que aborrece lo superfluo, y en unos meses ya sólo se alimentaba de frutos silvestres y se bañaba en las corrientes cristalinas de gélidos riachuelos cautelosos. Vestía siempre el mismo atuendo, que lavaba periódicamente en arcanas lagunas y en cascadas diminutas, cuyo flujo rumoroso proyectaba un pálido arco iris de espejos diáfanos en mágicos atardeceres. Acicalaba su rostro en arroyos transparentes que sanaban su extenuación con las salpicaduras de sus crestas difusas y prístinas. Erraba por enclaves inhóspitos bajo cielos llorosos y bordeaba prominentes laderas escarpadas. Se refugiaba al abrigo de cuevas abisales dispersas por intransitables

rutas, encendía hogueras con rastros enmohecidos y rehusaba implorar que otros lo acogieran en sus casas o suplicar que dedos solícitos le concedieran limosnas.

Ideas inescrutables surcaron su mente durante esos meses y años contemplativos. Meditó sobre todo cuanto yace al alcance de un hombre. Entre lívidos destellos y evocaciones promisorias, valerosamente apuró todo cáliz invisible y sintió cómo sus manos acariciaban las más altas cúspides de la trascendencia. Imaginó que todo el poder de fabulación del espíritu humano se concentraba ahora en él, se deslizaba por sus venas y nutría todas sus facultades, como si miríadas de ideas y una infinitud de experiencias permearan su mente y auspiciasen los pensamientos más perspicuos y universales.

Transcurridos los años, no había hallado aún esa patria auténtica que consumía sus vigorosos deseos de descubrimiento. Su inconsolable amor por la soledad, su ayuno espiritual autoinfligido, había absorbido todas sus aspiraciones. Había coronado una cima mística e inabarcable, y por fin palpaba esa proximidad inefable que une a los hombres con lo eterno. No importaba que otros semblantes se cruzaran con él, pues no les prestaba atención. Nada lo extraviaba de esa dirección ignota que rastreaba incansablemente, hostigado por acuciantes aullidos inaudibles que fundían el cirio de su espíritu. Todos sus ímpetus se volcaban ahora hacia su intimidad, y el eco descalzo de todo diálogo incoado sólo resonaba en su alma misteriosa. Únicamente los cánticos fugaces de los pajarillos y los crujidos esporádicos de las ramas de los árboles perturbaban la rigidez de su calma y capturaban su aquiescencia. Ni siquiera las feroces inclemencias de la naturaleza distraían su tersa quietud purificada. Había olvidado incluso el encanto que disemina la frescura de hojas mojadas en la gracilidad del alba con suaves gotas de rocío, o los aromas virginales que olorosas flores granadas esparcen por senderos inmaculados. Juzgaba toda adversidad como una ráfaga caduca abocada a disolverse en la vastedad de la armonía. Paisajes henchidos de una belleza insondable se erguían ante el primor de su faz y enardecían espacios luminosos, mas él no reparaba en sus tenaces hálitos de dulzura.

La aguerrida voz de su interior serenaba todo vestigio de inquietud, y una música de delicada inspiración celeste no cesaba de entonarse en el fondo de su corazón. Desasido de cualquier ambición, se había convertido en un caminante perpetuo por agrestes horizontes desperdigados, despojado de toda pretensión de identificar un destino que justificase su marcha. Vivía en él mismo y para él mismo.

Sin embargo, pronto advirtió que su empeño había sido vano. Él había buscado la verdad fuera del mundo. Había profesado una fe incólume en la vaciedad de la vida y en la perfección de imperecederos soliloquios con dioses insospechados. Había desdeñado hermosuras, sonrisas y miradas, y había optado por una renuncia demasiado intensa.

Decepcionado con los verbos efímeros de los hombres, se había afanado en sondear vocablos ocultos que ningún labio musita, pero ahora se percataba de que sus oídos sólo eran capaces de discernir los sonos desagradecidos del desierto. Todo exhalaba oscuridad, y ni la luz más radiante que derraman los mediodías en la

primavera le restituía su prófuga pasión por la existencia. Ahora presagiaba el significado de esos versos que había escuchado hacía años:

*¿Dónde brillas,
faz de la primavera?*

Hasta mí llegan los ecos de tu voz.

Tu luz pura anhela bendecirme.

La enseñanza más aleccionadora que había adquirido en las heroicas dilataciones de su aventura desembocaba en mares de soledad, angustia y mutismo.

Atribulado por ilimitadas carencias que extirpaban atrozmente su alegría, consciente de que aún no había aprendido a bucear en sus propias aguas cifradas, decidió regresar a su hogar. Habían pasado demasiados años, y muchos de sus familiares habían fallecido. Pocos recordaban ya a ese joven de expresión desolada que había partido a tierras exóticas hacía mucho tiempo. Su piel se había agrietado, sus cabellos se habían ensombrecido y sus ojos penetrantes impacientaban ahora a sus interlocutores. Crudos inviernos habían endurecido sus facciones. Densas barbas descuidadas escondían sus mejillas lánguidas, mientras ásperos grises amenazaban con cubrir sus cejas alicaídas y sus pestañas ocres. Todo lo que decía era insondablemente profundo, pero incomprensible para muchos. Todo desprendía una paz entronizada, y todos podían observar en él la encarnación de una sabiduría vedada para innumerables hombres. Firmes años de soledad habían transfigurado su lenguaje. No pronunciaba ninguna palabra nimia, pasajera o reprochable, y se había difuminado de su corazón todo pensamiento lóbrego e injusto.

Los meses se desvanecían y encumbraban el futuro, pero él no conseguía incorporarse plenamente a la vida comunitaria. Todavía reinaba en su seno una introspección perforadora. No brotaban amores o amistades. Desde el amanecer hasta el ocaso, seguía encerrado en su propia soledad, y veneraba más los agudos crepúsculos y las noches frías de lechuzas ululantes que el dúctil fulgor de auroras inexploradas, pues aún continuaba fascinado por el embrujo de la reclusión.

Navegó por subyugantes océanos de libros y se recogió en veladas sigilosas al amparo de lunas melancólicas. Devoró ideas y se sumergió en la belleza de incontables ciencias y artes. Se instruyó en ideas, idiomas y vicisitudes históricas, pero comprobó que no evocaban nada nuevo en su espíritu, ningún sol sobre cuyos rayos expansivos él ya no hubiera reflexionado. Esta evidencia irrevocable incrementó su agonía y lentamente minó su entusiasmo. Había acumulado un maravilloso acervo de conocimientos y, pertrechado de semejantes armas indoloras blandidas por anhelos

límpidos, había creído que le resultaría más sencillo intercambiar palabras con los demás hombres. Custodiaba un gran tesoro de sabiduría y erudición, pero esas gemas intangibles sólo contribuían a aumentar su distancia con respecto a un mundo desterrado. Nadie entendía sus preocupaciones, y en su corazón arreciaban vientos que lo agitaban intempestivamente. Él lo había vivido todo y ponderado todo. Los tenues astros de la sorpresa se habían extinguido irremisiblemente en las frágiles noches de su alma. Nada le deparaba asombro o cándida expectación. Su existencia había franqueado los peligrosos y sólidos muros de la apatía. Todo era intachable en él: su discurso, sus actuaciones, sus esperanzas. Pero nada sobrecogía su ánimo con rosas de colores vívidos.

Fustigado por un indescriptible sufrimiento interior cuya tristeza excedía la amargura de sus aflicciones pretéritas, resolvió partir para siempre, no sin antes escribir, en un diario que depositó junto a una pequeña biblioteca: “¿Adónde llegaremos si sólo dialogamos con nosotros mismos?”

EL ILUMINADO Y EL INTOCABLE

En las onduladas colinas de Pataliputra, cercanas a la rivera del Ganges, el Buda meditaba bajo un crepúsculo de púrpura que lo ensimismaba aún más en los abismos insondables de su reflexión. Inmensa e indescriptible era la belleza que bendecía ese lugar, sembrado de verdes campos y suaves elevaciones, poblado de imponentes pagodas y torres refulgentes que doraban el paisaje con los reflejos arrebolados del Sol poniente sobre sus altos y sonrosados pináculos. El paraje yacía salpicado de formidables construcciones. Lo tonificaba el manso fluir del río más sagrado de la India, cuyas tenues olas centelleaban, blancas y diáfanas, al aproximarse el imperio de la noche.

Impávido, despojado ya de todo temor hacia el hombre y la naturaleza, desvanecidos los dolorosos estertores de lo terreno, libre de aspiraciones truncadas y de celos soslayados, el equilibrio perfumaba el alma del Buda con el aroma de una serenidad jamás enflaquecida, pues había coronado el luminoso nirvana al que aspiran los auténticos sabios. Se trata de un enclave recóndito, sin límites, espacios y tiempos, donde toda vaga imagen se transforma en percepción vívida; meta ingrátida ubicada más allá de ideas, mundos y dioses, indivisa como todo corazón sincero, espiritual como la fuerza incapturable del amor, ajena a felicidades y sufrimientos, allende ofuscaciones e inquietudes, superadora de génesis y fines, enterradora del ser y del no-ser. Es en ella donde los azarosos ríos de la vida desembocan en la perfecta unidad de una quietud cuya paz desborda todo lenguaje. En ese manantial nutricio sin principio ni término que surca las eternas esferas del destino, en el fulgor incandescente de su círculo imperturbable, resplandecen verdades que los hombres no pueden encender o apagar. En el nirvana, el Buda, despierto al mundo de las certezas que no expiran, había rasgado la espesura de un velo transido de apegos y engaños. Allí había aprendido a discernir luz en cada parcela del ser.

Convertido desde entonces en emisario de un reino invisible que sólo exhala paz, paz inviolable, paz suprema, paz que clama por penetrar en todos los corazones, ninguna ley humana le asusta. Ningún decreto caprichoso de dioses encolerizados atribula su espíritu, remanso de un sosiego inescrutable que ni siquiera las deidades acarician en sus palacios celestes. Ya no le asaetean atroces y abigarradas dudas, liberado de la profunda oscuridad que había envuelto su corazón, y las vacilaciones del pasado vierten ahora sus aguas silenciosas sobre estanques consagrados con armoniosas flores de loto.

En Uruvela ha degustado el saber perfecto. Ha descubierto el genuino Brahma, que es la fusión del ser y de la nada en un mutismo resucitador, en el continuo renacer del mundo con cada criatura, en la vigorosa paz del destino. Ha explorado el territorio

inasible de Visnú, que es la preservación del alma frente a los embistes del deseo, la purificación incesante de ese reino interior fustigado por las sombras de la codicia, el orgullo y el egoísmo. Ha desentrañado el secreto mejor guardado de Shiva, el destructor del mundo de las apariencias para propiciar el brote de la flor más olorosa y preciada, que es el mundo de las verdades redentoras, el despuntar del rayo salvífico que difunde la más recta y noble de las doctrinas.

En el liviano espacio de la honestidad, donde todo fluye sin esfuerzo, ha encontrado el Buda su verdadera patria. Es ahora sublime como los astros más hermosos, es ahora perfecto como las verdades de la ciencia, es ahora profundo como el corazón del universo. Ahora habla con la lengua invisible de su mirada pura y con la pujanza de su faz ardiente. Ahora esparce su luz amansadora sobre todo lo creado.

A lo lejos, el Buda divisó la silueta desgarrada de un mendigo. Al atisbar los pliegues rotos de su túnica deshilachada, sintió una lástima inefable y abandonó su recogimiento para saludar a aquella criatura desdichada, abandonada de hombres, dioses y mundos. Su rostro pálido y atribulado presagiaba el mayor de los sufrimientos. Era un dalit, un intocable, desechado por todas las leyes del universo, olvidado por la misericordia, condenado a padecer en vida lo que otros habían perpetrado en pasados ignotos.

El dalit parecía temeroso, y ni siquiera osó alzar la mirada ante la sonrisa inmaculada del Buda. Tan acostumbrado se hallaba a la humillación. El Buda no vaciló en asirle del brazo, ayudándole a que irguiera su espalda encorvada. Besó su frente, rugosa y árida, y distendió suavemente las manos sobre sus cabellos, secos e hirsutos. El mendigo respiró el penetrante aroma de una bondad de ecos celestiales, y sintió las emanaciones de una paz que jamás había presenciado. Rayos de luz pura se posaron sobre su semblante. Por vez primera se dignaron los dioses descender a los oscuros abismos de su dolor. Por vez primera palpó luz y fortuna en un mundo inhóspito. Por vez primera despertó del sufrimiento y veneró un arco iris que embrujaba su alma con las imágenes más reveladoras.

El Buda le confesó:

-Yo te saludo y bendigo, hijo de la tierra, porque también se dirige a ti la noble verdad del dolor, y también ha sido encontrada para ti la noble verdad de la causa del dolor, y también ha sido descifrada para ti la noble verdad del cese del dolor, y también existe para ti la noble verdad del sendero óctuple que nos conduce a la ausencia del dolor. También es tuyo el nirvana, también llama a las puertas de tu corazón el mensaje de la salvación universal, pues nadie ha de sentirse encadenado al deseo, apegado a un yo caduco, a un sujeto fugaz, a un corazón insaciable. Goza ahora, exulta de alegría, porque hoy te arroja la luz del nuevo y verdadero amanecer.

El dalit, que había sido desterrado al inframundo del dolor, renació gracias a las palabras proferidas por el Buda, que irradiaba la serenidad prístina de un dios

entronizado. El intocable permaneció callado, pero el Buda comprendió cuán honda era su gratitud y cuán amarga había sido su existencia. Volvió a abrazarlo, y mientras lo estrechaba entre unos brazos cristalinos como lunas llenas en noches despejadas, el dalit lloró. Las lágrimas rociaron amablemente el hombro hundido del Buda, quien percibió todo el dolor del mundo deslizándose desde esos ojos castigados y esas mejillas horadadas. También él lloró, porque quería extirpar cualquier signo del mal en el mundo con la luz de su compasión creadora, y entonó una alabanza sigilosa al dios que carece de nombre, al dios que converge con el universo, al dios que encarna la verdad de la salvación y del nirvana: al poder sin rostro que insufla paz, bondad y armonía en el espíritu del hombre y en el alma del cosmos.

¿No resuena en las palabras del Sublime la voz de todo dios auténtico? ¿Acaso hay algo más sublime que añadir amor, belleza y verdad al universo? Tu aliento es soplo salvífico, exhalado al mundo para que reverdezca toda bondad marchita en el desfiladero del rencor. Sólo es luz lo que desprende tu faz, la claridad estremecedora de quien ha alcanzado la sabiduría imperecedera por la que siempre ha suspirado el hombre. En ti se regocijan soles y lunas, y a ti te canta la lluvia de primavera que devuelve la savia de la vida a la creación. Toda suave colina que embellezca este mundo, toda manifestación de claridad y tesura, todo océano profundo que irradie el azul más puro y misterioso, todo sendero orlado por las más hermosas flores, todo aroma virginal que penetre en la intimidad del alma, toda palabra grata y bondadosa, toda dulce melodía, toda serenidad y toda quietud, toda paz que contagie de armonía las estancias invisibles del universo, toda sonrisa abocada a enaltecer el espíritu, todo cielo luminoso y toda mirada límpida... Todo es tuyo, ¡oh Sublime!, porque en tu andar meditado por los holgados valles de la India, en tus piadosos y hondos sermones, en tu silueta ceremoniosa, que renueva las aguas místicas del Ganges con el manantial de una dicha inmarcesible, sólo contemplamos la huella que trasciende a los dioses, el hábito de una verdad perenne que ninguna inquina humana sepultará jamás. Contigo renacen firmamentos lejanos y vidas terrenas. Junto a ti brilla el sol que nunca muere y asciende la más recia de las esperanzas. En el fulgor de tu rostro se aposenta el destino de una humanidad que implora el faro de lo bello, sabio y amoroso.

Tú, Buda, nos has enseñado las cuatro nobles verdades y el óctuple sendero; tú has suspirado por evaporar todo vestigio del sufrimiento, todo hábito de ese dolor que hiere el corazón humano con mayor intensidad que el cuerpo; tus palabras han dispersado el aroma de la sabiduría, de la rectitud y de la profundidad; con ese verbo luminoso que adquiriste a la sombra de una higuera santa, con ese resultado tan bello de tu escape de la vanidad que puebla, corroe y cubre el mundo, nos has abierto la puerta de la salvación; con tu ansia de palpar la aflicción que perfora la tierra, franqueaste las gruesas murallas de tu magnífico palacio en Kapilavastu; tú, príncipe de los mortales, señor, poderoso, bendecido con las riquezas que prodiga este mundo, te atreviste a respirar el mismo aire que inhalaban los afligidos pulmones de tus súbditos, para acariciar el dolor, el mal, el sufrimiento; tú, príncipe Gautama, noble entre los nobles, evocas, desde el pedestal de tu vida, la más alta cima que puede coronar el ser humano

cuando se desprende de su *ego* y se entrega a la meditación, consagrado a bucear en esas profundidades infinitas que hilvanan el tejido del alma; tú, Buda, mente iluminada, sol que despuntó en la lejana Asia para rejuvenecer, con sus rayos sapienciales, la árida superficie de la tierra; tú, Buda, espíritu en el que converge la más elevada sabiduría conquistada por el género humano; tú, Buda, rostro de ese conocimiento perenne que el viento de la historia jamás borra, porque remite a la verdad última y al poder que todo lo permea; tú, hoja que esparce el rocío de la rectitud sobre todas las almas; tú, maestro que nos instruyes en lo eterno y conmovedor, en esa doctrina que todos los corazones imploran recibir desde las grises nubes que tapian el inagotable azul del cielo, pero que tú nos concedes desde el fondo refulgente de tu alma; tú, Buda, nos aleccionas sobre la necesidad de buscar la visión recta, la intención recta, el discurso recto, la acción recta, el medio de vida recto, el esfuerzo recto, la conciencia recta, la concentración recta...ç

¡Qué gran belleza fluye de tus palabras, inundadas de dulzura, anegadas de bondad, colmadas de una pureza que sólo los dioses alcanzan! ¡Qué cálidos, qué tiernos, qué inocentes pero, al mismo tiempo, sabios y maduros se revelan los vocablos que pronuncias ante nuestros oídos fatigados y oscurecidos!

Tú nos exhortas a limpiar nuestros labios para que sólo la honradez, el amor y la luz abandonen nuestro mundo interno, y así llenar, desde los enhiestos balcones del más casto de los soplos, este cosmos transido de apariencias; tú, Buda, tú, señor iluminado que dilató al máximo las fronteras del espíritu y extendió, como hijo predilecto de la bondad, su noble y hermoso descubrimiento a la humanidad entera, nos conminas a desasirnos de nosotros mismos, a transitar por dorados cielos de pureza, cual finas y delicadas gaviotas que aletean junto a mares de azul profundo y sosegado, para que se adueñe de nosotros la fragancia más límpida, más virginal, más revitalizadora; tú anhelas, Buda de los hombres y de los dioses, redimir nuestro dolor y expandir nuestra luz, porque confías en el poder que atesora el hombre para alzarse sobre la negatividad y sondear con sus propias manos el don de lo incondicionado; la armonía que baña tus palabras excede los compases más sublimes de los mejores músicos; sólo destila paz tu boca; sólo captamos pureza, hermosura y luminosidad cuando contemplamos tu semblante sereno, ensimismado, sumido en la más honda meditación, flanqueado por la concordia de la vida, absorto como quien en instantes místicos e imperecederos roza una verdad eterna; en tus ojos ocluidos y en tu sonrisa perpetua, ¿no destella el Sol de la humanidad?

Observaremos siempre la luz más preciada y benéfica que irradia el corazón al admirar tu críptica sonrisa y tus ojos extasiados. Comprender tus enseñanzas nos reviste del manto de lo eterno, porque tus palabras diseminan paz, bondad, belleza, elegancia, sabiduría, amor, sacrificio, pureza, hondura... Nos apremias a renunciar a nosotros mismos para escalar hasta las cúspides de la salvación, despojados de nuestro *yo*, de esa prisión húmeda y tenebrosa que forjamos al olvidar el sufrimiento del mundo, lanza cuyo filo cruza el espíritu humano con una furia injusta y denodada. Pero ¿cómo apagar la luz del *yo*?

Nos exiges demasiado, tú, Buda, tú, príncipe del Sol y de la Luna, tú, manantial de luminosidad, hijo de la pureza y padre del amor, maestro de lo inmortal y aprendiz de lo eterno. Quieres que todos tus hermanos se conviertan en místicos e, imbuidos de esa paz sagrada que tú mismo has absorbido en tus largas e inconclusas horas de meditación, aspiras a que todos los corazones se fusionen con el único *yo*, con esa conciencia eterna que percola a través de los vastos y porosos intersticios del universo, pero no podemos. Si la inescrutable naturaleza nos ha dotado de un *yo*, de un mundo frente al mundo, de una instancia potencialmente infinita desde cuyas fuentes alumbramos obras eternas que enorgullecen el arte, la imaginación y la fantasía, ¿por qué renegar de la subjetividad, cuna de las más más bellas creaciones del altruismo humano?

No, Buda; no, maestro de infinita sabiduría, cáliz de profundidad surtido por pechos divinos, encarnación de la bondad; no, príncipe Gautama: ni siquiera el desprendimiento más radical del *yo* extirparía por completo toda aciaga sombra de dolor. Hemos nacido para sufrir, porque sólo así fraguarán nuestros brazos lo puro, sublime y eterno. Sólo la creación, sólo el pensamiento y sólo el amor mitigarán nuestras tribulaciones. Debemos crear. Hemos de ampliar las fronteras de lo dado. Tenemos que crecer, y ¡beatífico sufrimiento!, si nos impulsa a descorrer el pudoroso velo que se asoma al nuevo amanecer y sepulta el amargo crepúsculo que tiñe el hoy. La profundidad de tu doctrina nunca cesará de derramar luz sobre nuestra alma oscura, y en las aguas de tu sonrisa beberemos un bálsamo saciado de fraternidad. Sin embargo, nosotros debemos continuar hacia el porvenir para crear lo que aún no ha brotado sobre la faz de la tierra, ni se ha nutrido de las raíces del espíritu. Hemos de erigirnos en *yo*es que caminen hacia lo desconocido...

LOS DIOS DE BARNAJAB

En el lejano país de Barnajab, ónfalo del cosmos, se alzaban tres grandes ciudades: Antíclama, perla situada a orillas del mar de la Esperanza, Restrifar, joya que tutelaba las suaves laderas del monte Zárnalo, y Ferisán, protectora del Gran Río de la Vida. Sus habitantes rendían culto a tres deidades diferentes. Los moradores de Antíclama adoraban a Meritem, dios del amor, los de Restrifar profesaban fe en la solicitud y la magnanimidad de Adarte, diosa de la sabiduría, y los residentes de Ferisán veneraban a Sorlabén, el dios andrógino de la belleza.

La bondad de los dioses había propiciado que una eterna primavera imperase sobre Barnajab. Los días se prolongaban siempre más que las noches, y la exuberancia de una naturaleza ubérrima suministraba a los súbditos de la gran reina de la Armonía (legendaria regente de estas tierras) todo aquello que necesitaban para recorrer la senda de la felicidad.

Espléndidos templos aderezaban cada una de las tres ciudades de Barnajab. El de Antíclama, llamado “el Hogar de lo Inagotable”, presidía la plaza central de la urbe, rodeado por incomparables jardines, querenciosos para las especies más inusitadas. Primorosamente engalanado con majestuosos capiteles e inimitables frisos esculpidos en mármol, había despertado una admiración unánime. Incluso se decía que el mismísimo dios Meritem se había visto desbordado al contemplar la gloria de la edificación que le habían tributado. En Restrifar, Adarte gozaba de un templo fastuoso de suelo ajedrezado, manifestación pura de equilibrio, regularidad y simetría, que dominaba toda la región desde la cima del monte Zárnalo. Cubierta con oro extraído de las minas de Terinasse y revestida de fino lino y místico carmesí, una imponente estatua de la diosa de la sabiduría descansaba sobre una cúpula. Hermosa y mágica, ornada de dalias rosáceas, la construcción había tardado casi sesenta años en completarse y en su ejecución habían participado los mejores arquitectos y albañiles de Barnajab. En Ferisán, el templo consagrado a Sorlabén reposaba sobre un suntuoso barco anclado en la desembocadura del Gran Río de la Vida, allí donde sus aguas tersas y destellantes se fundían con las del mar de la Esperanza, en las estribaciones del Delta de la Alegría Inmarcesible.

Salvo ocasionales antagonismos, décadas de concordia habían hermanado las tres ciudades. Cada urbe se entregaba devotamente a alabar a su deidad respectiva y se esmeraba en superar a las otras en la excelencia de sus obras. Sin embargo, este clima benéfico llegó a un final abrupto con el nacimiento de Zositón. Hijo de un dilatado y escondido amor entre Adarte y Sorlabén, una arrogancia tan profunda como intempestiva entumecía su espíritu. Intrigó incansablemente para predisponer a los habitantes de Restrifar y Ferisán contra los de Antíclama, con el peregrino argumento de que el dios del amor les había ayudado a concluir la construcción del magnífico templo que avivaba la envidia de los demás hombres, rúbrica de la injusticia de Meritem y

signo de la debilidad de los hombres y mujeres de Antíclama. Zositón consiguió aunar fuerzas hasta entonces disgregadas, y convenció a los senadores máximos de Restrifar y Ferisán para que desencadenaran una campaña bélica contra Antíclama. Les prometió una victoria contundente, cuyo desenlace les permitiría repartirse las vastas riquezas de Bisedoye, la recóndita mina que proveía a Antíclama de zafiros, diamantes y rubíes.

En cuanto tuvo noticia de las oscuras maquinaciones urdidas por Zositón, que abocaban el mundo a la devastación y la ruina, Hatafrenes, suma sacerdotisa de Meritem, deprecó a su deidad intercesora que interviniese ante Adarte y Sorlabén, pero su esfuerzo fue vano. Arrebatados por el amor a su vástago, ninguno de estos dioses quiso involucrarse en la contienda. La otrora sabia Adarte, encandilada por Sorlabén, había perdido el sentido de la virtud, y Sorlabén había olvidado que la verdadera belleza debe fundirse piadosamente con la bondad.

Zositón, cegado por su altivez y ensoberbecido por sus triunfos, llegó a exigir a los habitantes de Restrifar y Ferisán que derruyeran los templos consagrados a la Sabiduría y a la Belleza para levantar uno nuevo, cuyo altar custodiaría el Tabernáculo de las Vanidades Supremas, destinado a robustecer el anhelo de victoria, fuerza y voluntad que late en el espíritu de los hombres y de los dioses. Explicable sólo por su sacrificio paternal, tanto Adarte como Sorlabén transigieron, y mutaron el alma de los sumos sacerdotes de Restrifar y Ferisán para que accedieran a dar cumplimiento a las perturbadoras peticiones de Zositón.

Los habitantes de Antíclama asistieron atónitos al desarrollo de unos acontecimientos que se precipitaban hacia el más hondo y atroz de los abismos. Zositón reclutó legiones de hombres, muchos brutalmente esclavizados, para culminar cuanto antes las tareas de destrucción del antiguo templo y de erección del nuevo, que ambicionaba convertir en la eterna sede de su corazón, tizado de irredenta jactancia. Al mismo tiempo, reunió poderosos ejércitos en las llanuras de Alóntrafa, ubicadas en las áreas limítrofes con los dominios de Antíclama, donde el Sol brillaba con la mayor pureza y la Luna revelaba el orden supremo y los ocultos designios del universo. Los súbditos del rey Pufrenar, cuyos antepasados habían declarado lealtad a Antíclama desde hacía siglos, huyeron despavoridos al comprobar cómo un ingente número de soldados se abalanzaba sobre las ricas tierras de Afraz, que les pertenecían en virtud de un tratado suscrito hacía casi ocho décadas.

Un mensajero de Pufrenar irrumpió en el Sitial de la Bienaventuranza Innominada, representación de la autoridad máxima de Antíclama. Lo ocupaba ahora el senador Sadapir, hombre estimado por su honradez y su perseverancia, pero excesivamente pusilánime a la hora de afrontar retos de semejante envergadura. Buscó a toda costa valerse de la diplomacia para obtener la paz con Restrifar y Ferisán, pues aún confiaba en la inveterada y tácita armonía que había bendecido Barnajab con el beneplácito de los dioses. Algunos de sus consejeros le recomendaron propalar infundios que emponzoñasen las relaciones entre Restrifar y Ferisán, para así sembrar divisiones y discordias en el seno de un bando que parecía cohesionado e

inquebrantable. Sin embargo, Sadapir se negó, y sólo cuando sus emisarios le informaron de que incontables cohortes de soldados marchaban contra Antíclama por los ásperos caminos de Moraфра, en la antigua ruta de las especias y los bálsamos, mandó cerrar los pórticos de la ciudad y preparar a sus habitantes para resistir un sitio que se preveía duradero e incluso trágico. Los adoradores del amor, que siempre habían rehusado empuñar espadas y protegerse con escudos, no podían aceptar que aquéllos con quienes habían convivido en paz y concordia, aquéllos a quienes habían enseñado artes ancestrales, herencia encomendada por la gran reina de la Armonía cuando sus alas pudorosas se posaban aún sobre la faz de Barnajab, en la era de los ángeles y las beatitudes, se lanzaran ahora a la guerra, espectro que creían haber exorcizado para toda la eternidad.

Hatafrenes creía en la indestructibilidad del amor, mas advirtió que su sueño sólo se tornaría realidad si el amor lograba fundirse con la sabiduría y la belleza. Únicamente así sucumbiría Zositón, derrotado no por las armas, sino debelado por la irrevocable pujanza de la virtud. Pero Meritem, celoso de la pureza de su amor, desdeñaba la posibilidad de dar a luz un hijo con las otras deidades. Largas fueron las noches en que Hatafrenes suplicó a Meritem sellar la más profunda de las alianzas con Adarte y Sorlabén. Doloroso fue el silencio del dios, y punzante el desasosiego de su suma adoradora. ¿Cómo una simple mortal persuadiría a las sublimes deidades de que debían fertilizarla con sus inescrutables simientes?

Imbatible en su esperanza, Hatafrenes acudió a la hechicera Saraprur. Acusada de brujería y condenada a un exilio forzoso, esta súbdita de Restrifar, antaño veladora de las rosas tornasoladas del monte Zárnalo y guardiana del cetro inextinguible de Adarte, había vagado por los parajes más remotos de Barnajab, desterrada y repudiada por todos los hombres. Sólo Hatafrenes había osado dirigirla la palabra cuando sus destinos se cruzaron, diez años atrás, en los frondosos y serenos bosques de Trenisande, junto a las rumorosas cascadas de Jefró, donde Saraprur pasaba las noches y los días guarecida en una humilde choza.

Hatafrenes conocía las destrezas de Saraprur en la elaboración de las fragancias más embriagadoras, por lo que se desprendió de todo atisbo de temor y visitó a la execrada maga de Restrifar. Luminosa fue la mirada de Saraprur, quien tantos años había sufrido los agravios del abandono, en el más amargo alejamiento del resto de los hombres, castigo que había endurecido su corazón y había infligido una herida indeleble en las profundidades de su alma. Hatafrenes le comunicó las aterradoras sombras que se cernían sobre el entero país de Barnajab a causa de la fatal arrogancia de Zositón. Saraprur, estremecida por el tenebroso horizonte y compadecida milagrosamente de quienes habían abominado de su espíritu, congregó las flores más puras, olorosas y enigmáticas de Tenisande. Cuidadosamente destiladas, de ellas extrajo el sagrado efluvio de la pasión incontenible, llamado “Amsabe”, cuyo más leve hálito era capaz de disipar toda templanza y de exaltar todo corazón adormecido para que sondeara los cielos del amor auténtico.

Hatafrenes espoleó su corcel y no se demoró mucho en arribar al “Hogar de lo Inagotable”, morada de Meritem. En cuanto las emanaciones de Amsabe conquistaron el corazón de Meritem, el dios se despojó de su sagrada omnipotencia. Se enamoró fervorosamente de Hatafrenes y fecundó su alma con la impetuosa semilla de su anhelo. Hatafrenes volvió a apresurarse, y a lomos de su brioso caballo enjaezado surcó, en la angustia de una sola noche, la distancia que separaba Antíclama del monte Zárnalo. Fustigada por las primicias de que Zositón había intensificado el cerco de Antíclama, había cercenado enterezas y había amenazado a sus habitantes con una cruel muerte por inanición, ascendió hasta el templo de Adarte. Allí derramó de nuevo el divino perfume, y la diosa de la sabiduría, magnánima y desvestida de toda suspicacia, penetró arrobadoramente en el espíritu de Hatafrenes, con una exhalación tan dulce como el más melodioso de los cánticos.

Amparada por el sigilo de la noche, ligera e infatigable como la más noble de las aves que mistifican los cielos con sus clamorosas premoniciones, Hatafrenes zarpó en una pequeña embarcación que la condujo hasta el magnífico templo de Sorlabén, receptáculo de todo culto a la belleza, faro preeminente del mar de la Esperanza. Sin que los centinelas discerniesen la presencia de su sombra y su presagio bajo miríadas de estrellas lechosas y de chispas níveas que preconizaban la victoria del deseo, le bastó esparcir tenues gotas de Amsabe para que el dios de la belleza claudicara ante el embrujo del amor.

El vigoroso hechizo despuntó como un súbito y vertiginoso astro. Su claridad envolvió el semblante rejuvenecido de Hatafrenes, aureolándola con coronas de la luz más resplandeciente y sobrecogedora que puedan venerar los mortales ojos del hombre. Hiderón, el flamante semidiós, fruto consumado de la seducción de Hatafrenes, engendrado por el más intenso, íntegro y voluptuoso de los entusiasmos, síntesis de amor, sabiduría y belleza en la hermosa finitud de un espíritu humano, brotó como una corriente atronadora germinada en manantiales invisibles. Toda la belleza, toda la sabiduría y todo el amor que alcanzan a concebir los hombres se habían encarnado en Hiderón.

Con la celeridad de un destello se propagó la noticia del alumbramiento del vástago de Meritem, Adarte, Sorlabén y la mortal virgen Hatafrenes. Zositón, intimidado por una potencia inexorablemente superior a la que ungía su alma, suspendió el ataque sobre Antíclama y movilizó a sus tropas contra Ferisán, cuna de quien ahora atesoraba las más hondas virtudes divinas, humanizadas por la bondad de Hatafrenes. Pero la silueta de Hiderón emergió de improviso ante su hermanastro, quien, desvanecido, casi no tuvo tiempo de desenvainar la espada. Como hielo recién derretido por la aurora, el corazón de Zositón, fascinado ante el poder que percibía en Hiderón, una fuerza mucho más vívida y subyugante que la suya, se postró sumisamente e imploró indulgencia. Hiderón no vaciló, y absolvió misericordiosamente a su hermanastro, quien, enternecido, rasgó el velo de su alma. Desasido ya de su letal arrogancia, se metamorfoseó en el cometa de la Reconciliación, que cada cinco años

vierte su luz sobre el sosiego de las noches más apacibles de Barnajab, rutilante desde la constelación del Nuevo Amanecer, en el firmamento de la Fraternidad.

Hiderón se sabía mortal y al unísono poderoso. Renunció a ejercer imperio alguno sobre los hombres y pronto se demudó en la más deslumbrante de las estrellas aposentadas sobre la tierra. En honor suyo, para gloria del triángulo formado por el amor, la sabiduría y la belleza, de cuyo fulgor había nacido el más puro de los corazones, el genuino rostro de la verdad, los moradores de Barnajab erigieron la Gran Pirámide de la Luz, tersa, sobria y límpida, bruñida por estrellas inasibles, templo del misterio supremo y efigie de la perenne energía. En su cámara más críptica yacería para siempre el íntimo secreto del universo, la divina proporción entre todas las fuerzas del cielo y de la tierra, la llave al conocimiento infinito, cáliz que saciaría la sed de hombres, ángeles y dioses.

EN LOS SENDEROS ALPINOS

Un maestro y un discípulo recorrían los Alpes Dolomitas en busca de sosiego, libertad y meditación. Mientras dialogaban sobre el conocimiento como cauce para la divinización del hombre, la belleza regia de la Cortina d'Ampezzo embrujaba sus sentidos y espoleaba sus sueños indómitos. El verdor salvaje de la naturaleza, el azul inescrutable de los lagos, las caricias amenas de una brisa balsámica...

Sumidos en la dulzura de tan inspiradora soledad, los días se fugaban, veloces y jubilosos como gacelas, y la viveza de las ideas más profundas acompañaba su peregrinaje. En el misticismo de una noche que pincelaba los rayos de astros preñados de deseos puros, la Luna parecía musitarles versos pintorescos cuyas evocaciones embriagaban su pasión desde cálices celestiales. Todos los remordimientos, recelos e inquietudes que pesaban en sus corazones se evaporaban milagrosamente. Era la magia de los Alpes, disipadora de las sombras del alma.

Una mañana indescriptiblemente clara llegaron a un desfiladero. Ante ellos refulgía uno de los parajes alpinos más deslumbrantes. Todo era imponente. Pinos y abetos colmaban hercúleas laderas. El estrecho y sinuoso cauce de un río horadaba las montañas y esculpía un largo valle. Las copas de los árboles lamían suavemente el cielo, y un aroma tenue e indiscernible impregnaba el sendero, circundado de tallos susurrantes y perennes gotas de rocío. Fragantes flores animaban el camino con atisbos de una hermosura angélica, mientras profecías inescrutables llovían sobre el receptáculo de su imaginación. Ante semejante epifanía de felicidad no presagiada, el maestro no pudo contener una emoción que desbordaba las palabras. Con la mirada alzada hacia un cielo inusitadamente límpido, sólo interrumpido por una nube díscola, exclamó:

-¡Respira, amigo, inhala todo este aire puro y comprobarás cómo se desvanecen tus angustias, tus preocupaciones y tus afanes!

Ambos enmudecieron. Cerraron los ojos y respiraron profundamente. Embelesado, el maestro prosiguió:

-¿Qué más necesitamos? ¿No se abre ante nosotros toda la fuerza de la vida cuando divisamos esta belleza sublime que no ha sido creada por el hombre? ¿Y de qué no será capaz una naturaleza que forja paisajes tan espectaculares, galaxias de incalculable tamaño, planetas obligados a girar en torno a soles?

El maestro extendió el brazo sobre la espalda del discípulo y lo exhortó a contemplar en silencio la majestad de la montaña que se erguía ante ellos. Simulaba un triángulo equilátero coronado por una diadema de nieve, de blancura inmaculada. De las

chispas reflejadas en las escarpadas laderas emanaban destellos alabastrinos cuya diafanidad preconizaba un paraíso ultraterreno. Parecían mullir las alturas con manifestaciones de una luz infinita y expiatoria. Un águila planeaba ceremoniosamente entre la montaña y el mirador. Un viento sutil aullaba y acunaba con delicadeza las hojas de los árboles. Sólo se oía el rumor de sus ráfagas.

Las mejillas del discípulo ardían de gozo honesto y, extasiado por la experiencia, no pudo contener la emoción:

-Captar la unidad más íntima que vincula todas las esferas de la naturaleza, ¿no nos introduce ya en el ser mismo del universo? ¡Y quién rehusaría sumirse en esta dulzura que nos permite olvidar todas las penas y frustraciones de la existencia! Ahora siento cómo las hondas fuerzas del destino vienen a mí. Ahora soy eterno entre lo eterno y sublime. Ahora acaricio el dedo de Dios. Desde intuiciones incorpóreas alcanzo el corazón de una materia inagotable. Esta melodía tan profunda me devuelve al regazo de la vida, como eco que resuena en un alma desolada.

-Ojalá todo fuera tan sencillo, pero hay que regresar a lo cotidiano, hay que trabajar, hay que luchar contra las adversidades, hay que enfrentarse al mal y a la desidia de los hombres, hay que sufrir la falta de sensibilidad que ofusca a tantas almas ciegas.

-Yo preferiría huir del mundo, dedicado exclusivamente a pensar, a concebir, a estudiar..., sólo rodeado por espíritus puros y bondadosos, sólo arropado por luz.

-Lo que tú deseas es imposible, porque incluso en ese escenario idílico que buscaron los monjes medievales te asediarían las sombras de la frustración. Los espíritus bondadosos por los que clamamos sólo existen en los sueños. En la vida real, la bondad es frágil y pasajera, mientras que el egoísmo y la aspereza de los hombres perduran.

-Al menos la sabiduría me infundiría ese consuelo por el que yo suspiro.

-No te engañes. Tampoco el saber te colmaría. Sólo retrasaría tu sufrimiento.

-¡Ah, si pudiera extirpar de las profundidades de mi alma todo atisbo de temor hacia el futuro y flotase gozosamente en cielos puros, saciados de intenciones nobles y afanes sinceros! En ese estado de quietud y perfección, el ímpetu de la vida se sobrepondría a todas las fatalidades que nos depara la naturaleza. Ni siquiera la muerte tendría la última palabra, y los fragmentos de un universo inabordable se unirían armoniosamente en un nuevo cuerpo, en una nueva figura, en una nueva realidad añorada por el alma y preconizada por el arte.

-Es bello desear, pero es necesario conocer la verdad, pues el deseo es engañoso. Busca vivir, mas no olvides que estás llamado a abandonar este mundo.

-Si descubriéramos una verdad tan profunda que resistiera tiempos y espacios, o si grabásemos en la tierra la huella de un amor divino, te aseguro que nuestra alma no dejaría nunca este mundo. Si conociéramos el íntimo funcionamiento de la naturaleza y descifráramos las claves de la vida, nada nos impediría derrotar a nuestro peor enemigo, y perfeccionar esta magnífica obra de la naturaleza y del espíritu que es el hombre hasta aproximarla a la morada de Dios. Y yo busco ser Dios.

-Esta llamada desgarrar tu corazón. Desiste. Hombre eres y hombre has de ser.

-¿Cómo lo sabes? ¿Acaso el más humilde de nuestros ancestros animales debiera haberse sentido condenado a permanecer en la posición que entonces ocupaba en la escala de la vida? ¿No debería haber soñado con encumbrarse a cimas nuevas e insospechadas? ¿Por qué niegas al hombre lo que sin duda atribuirías al animal?

-Tú crees que existe un fin en la obra de la naturaleza. Estás convencido de que inconcebibles inmensidades siderales e inimaginables sucesiones de tiempos aguardaban tu llegada. Pero te equivocas. Ese antepasado animal que mencionas jamás pudo presagiar el desenlace de la absurda carrera de la vida, un voraz encadenamiento de placeres y dolores, de nacimientos y exterminios, de dichas y adversidades, abocado a la nada, a la oscuridad, al vacío y al sinsentido. No hay paz en el universo, y poco habría importado al cosmos que no hubiese surgido la especie humana. Es la fortuna o la desventura lo que ha propiciado nuestra venida a este mundo incomprensible, donde la racionalidad y la irracionalidad parecen sumidas en una eterna lucha sin tregua. No esperes nada del universo; confórmate con lo que te ha sido dado. Rechaza esos pálpitos confusos que suspiran por un mundo distinto al que ahora observas.

-Ante la luz dorada que hoy baña estos parajes, ante la Luna que de noche contendrá la oscuridad con su fulgor místico, yo proclamo que el hombre no es el fruto del azar, sino la perla de una sabiduría imperecedera y finísima que conduce la trama de la vida por las sendas del espacio y del tiempo. Y se ruborizarían las vastedades del firmamento al escuchar la sinceridad de estas palabras, cantos auténticos que flagelan las entrañas de todo cosmos y de todo espíritu, porque sólo cuando el hombre se crea destinado al más alto de los fines, a convertirse en Dios para amar como sólo Dios puede amar, cumplirá su verdadera vocación. ¡Qué torrente de bendiciones no manaría de esos labios, tan enamorados de la vida como deseosos de difundir su dulce aroma!

-Qué bella es tu fe, pero qué ilusas son tus palabras. No podremos borrar todo el dolor que ha ofuscado el mundo; no podremos recuperar la juventud perdida; no podremos eternizar ese instante que nos acerca al reino de los cielos, pero podremos legar a las generaciones venideras un mundo más digno, más libre, más sabio y bondadoso. Habrá valido la pena luchar, e incluso si Dios no existiera, siempre podríamos crearlo. Mientras tanto, no temamos derramar lágrimas ante todo el sufrimiento que ha oscurecido la historia, y que aún hoy atenaza el devenir de

innumerables hombres. Es bello, y puro, y santo el llorar, porque al hacerlo nos confraternizamos con nuestros semejantes, y abrimos en nuestro propio espíritu un espacio donde el llanto de las otras almas riegue y fecunde el vacío de un corazón ensimismado. Así forjaremos nuestro propio reino de los cielos, lleno de lirios, pájaros y libertad, donde toda búsqueda sea una llamada al amor, y donde se fundan la paz y el deseo: la gloria de un arte nuevo que sane a la humanidad.

-¿Acaso no percibes un orden que nos desborda, los trazos de una inteligencia tan excelsa que no puede haber dejado a su suerte a nuestra especie, dotada de conciencia y libertad, reflejo de lo eterno en la fugacidad de la materia?

-¿Dónde has visto escrita esa ley que dices conocer? ¿En qué tablas has encontrado la rúbrica de ese plan divino que tanto te seduce? Yo sólo contemplo un entrelazamiento inescrutable de necesidades y contingencias que superan nuestro entendimiento. Yo sólo atisbo calladas enormidades de soles y planetas que no se apiadan de nuestra estirpe. Yo sólo admiro los esfuerzos del hombre por desentrañar la verdad del universo, pero nuestros logros son tan tímidos que jamás sabremos cuál es nuestro destino. Estamos condenados a pertenecer al inabarcable ciclo de la naturaleza.

-Mentiría si dijese que he encontrado a Dios, pero yo no ceso de buscarlo incansablemente, y esta duda me absorbe, me devora, me posee; me traslada de un dominio a otro del espíritu y me hunde en la más profunda y vertiginosa de las inquietudes. Lo busco en las leyes del universo y en el amor del hombre, y aún no sé si he impuesto demasiadas condiciones a ese Dios, si quiero descubrir un Dios hecho a mi medida y no el Dios verdadero, que trasciende y humilla lo que de él han dicho tantos libros, credos y profetas.

-Quizás no debas buscar más, sólo vivir y contemplar; quizás en ese instante resplandezca tu propio dios, en la paz que halles en ti mismo, en la sabiduría de tu silencio, en la gratitud de quien elogia el milagro del existir. Observa ese pajarillo. ¿Qué mira, por qué fin suspira? Simplemente vive. Y tú estás atormentado porque anhelas un sentido. La razón sólo te mostrará un Dios capaz de suplir las carencias de nuestro entendimiento; la sensibilidad, un Dios que colma la emotividad humana. Pero el Dios que imploras no puede ser ni razón ni sentimiento; ha de ser universal, no parcial: una inteligencia y un corazón fundidos en lo incognoscible. Estás condenado a encontrar lo que persigas, pues el hombre construye aquello que desea, pero entonces no escaparás de ti mismo y no te abrirás a la sorpresa. Sólo habrás recorrido la senda que tú mismo hayas trazado. Yo vislumbro una cima más alta que todos los cielos del universo, porque quien busca la belleza y la eterna comunión con el todo no conoce distancias, anchuras o profundidades, sino que todo brilla ante su espíritu como un infinito verdadero, condensado en vivaces finitudes.

Continuaron su marcha. Finos resplandores plateados aureolaban los límites del sendero. Un arroyo límpido murmuraba perezosamente en el corazón del valle, ameno como el mediodía en primavera. Suaves rumores brotaban de su cauce y enardecían su sosiego. Todo se hallaba penetrado de un susurro infinito, reminiscente de prados celestiales. Parecían integrarse los reinos de la naturaleza y del espíritu. Maravillados por la exuberancia de la vista, maestro y discípulo juzgaron más puro el blanco destellante de las cúspides, más reparadora la brisa húmeda de los valles, más propicia la hermosura del paisaje, más íntimo el soplo de lo eterno. El camino se angostaba y discurría junto a hojas lanceoladas y flores embrujadoras, recamado por cintas de oro que evocaban lazos imperecederos, entre profundas hondonadas y desfiladeros temibles. El difuso verdor del musgo aterciopelaba rocas grisáceas y las maceraba con su blandura esponjosa. Insólitos colores de ricos matices mecían sosegadamente su fantasía.

Al borde de un precipicio, el discípulo dirigió la mirada deseosa a unas aves que centelleaban con gracilidad en el horizonte.

-Me compadezco de las aves, pues es una lástima poder surcar las alturas y contemplar el mundo como estrado de sus pies pero carecer de conciencia... ¿De qué sirve semejante don de la vida si no se puede aprovechar?

-Déjame responderte –le espetó el maestro-. Tú entronizas la conciencia en el sitio del universo, pero ignoras si existe una fuerza aún mayor, encumbrada a cielos que ni siquiera intuyes. Para el ser que la posea, tu don será risible, un desperdicio de energía, un tesoro en manos de alguien que no sabe emplearlo. No traces divisorias artificiales entre las distintas esferas de la naturaleza. Todo brota de la unidad; todo obedece a las mismas leyes; todo dignifica esta sublime catedral de la materia y del espíritu que es el cosmos, filosofía en piedra, sabiduría en forma visible, exhortación a buscar, comprender y crear.

ERÓSTRATO, O LA BÚSQUEDA DE LA INMORTALIDAD

Fiodor Dostoyevski dejó escrita una frase sumamente enigmática: “Hay una sola idea superior en la tierra: la de la inmortalidad del alma humana. Todas las demás ideas de las que puede vivir el hombre surgen de ella”.

El 21 de julio del 356 antes de Cristo, un pastor llamado Eróstrato se hallaba tan profundamente poseído por la idea de inmortalidad que decidió incendiar el Templo de Artemisa en Éfeso, una de las siete maravillas del mundo antiguo, con la esperanza de que la posteridad recordase su nombre. Según Plutarco, esa misma noche nació Alejandro Magno.

El texto que aparece a continuación constituye un relato inverosímil, inspirado en un suceso que, a pesar de haber acontecido en el tiempo y el espacio, desafía toda idea preconcebida sobre lo que hemos de admitir como histórico.

I.

Cuando la vida sucumbe a las ásperas redes del sinsentido, para muchos sólo queda el horizonte que brinda la locura, una vasta sinrazón que nos ayude a existir.

Nacemos, crecemos, alumbramos ilusiones y sueños, topamos con la cruda realidad, envejecemos y finalmente nos apresan las copiosas tinieblas que exhala la muerte. No son pocas las almas que disfrutan intensamente de la vida, en todo instante y en todo lugar, sin temor a enfrentarse a nuevos retos, pero resulta inexorable que la aflicción contagiada por la falta de significado se cierna sobre su espíritu, sobre todo al acechar la muerte, y percibir una sombra transida de intensa e incipiente agonía. Por bella y apasionada que haya sido nuestra existencia, por altas cúspides que hayamos coronado y por hermosos destellos que hayan irradiado nuestras creaciones, siempre nos aguardará un mismo y oscuro umbral: el de la sepultura, el de dormir bajo el barro como las demás criaturas que pueblan el universo.

Puede que nuestro corazón albergue la inquietud, honda donde las haya, de que su nombre no quede relegado al olvido. Su onomástica quizás la recuerden sus familiares y allegados, pero también ellos morirán, por lo que, al cabo de unas cuantas

generaciones, es probable que nadie evoque su memoria, al menos si no ha franqueado los pórticos de ese templo que acoge y bendice a los grandes científicos, estadistas, artistas y escritores, así como a las figuras más ilustres de la espiritualidad y de la filantropía. Pasará como uno de tantos... Claro está que no por difuminarse en los inhóspitos valles del silencio debe ser desdeñado. Todo lo contrario: el Nuevo Testamento relata que uno de los hombres más famosos de la historia, Jesús de Nazaret, pasó “como uno de tantos”, aunque su nombre es pronunciado y alabado a diario en todo el mundo. No se trata, en definitiva, de despreciar injustamente la monotonía que caracteriza lo ordinario para exaltar el exotismo que baña lo extraordinario, pues lo cotidiano, ese pan nuestro de cada día sin cuyo tesón nada colosal se esculpiría sobre la faz de la tierra, esconde una riqueza aleccionadora, y la fracción principal de nuestras vidas discurre por sus amplias y reiterativas sendas.

Los escritores, científicos, estadistas y artistas más insignes, las figuras más distinguidas de la espiritualidad y de la filantropía, protagonizaron gestas excepcionales. Por ello, no cesamos de admirar sus logros, pero con frecuencia perdemos de vista que gran parte de sus vidas se consumió en ansias percederas y en vanos quehaceres; en afanes, miedos y empresas que, juzgados en retrospectiva, se nos antojan un derroche de su genio y un desperdicio de su talento. No comprendemos que personas dotadas de una inteligencia descomunal no consagrasen todas sus horas y todos sus ímpetus a la búsqueda de conocimiento, belleza y sabiduría, sin rendir cuentas por ninguna otra tarea, sedientos sólo de desentrañar el séquito de misterios que ennoblece este universo y de impulsar las inescrutables alas del hombre hacia un futuro más digno y prometedor. Pero su mente, ese milagro derramado por una naturaleza que nos desborda y maravilla con sorpresas cuya trascendencia excede, inconmensurablemente, el acotado alcance de la imaginación humana, hubo de dedicarse también a lo teóricamente nimio, y emplear notables energías en labores fugaces y en empeños pasajeros. Y precisamente por prestar atención a lo pequeño, a la minucia que nos vemos tentados de subestimar, se percataron del valor acrisolado por toda luz auténticamente perdurable.

Aprisionar el pensamiento en la contemplación de lo excepcional, obsesionarse con lo inaudito, pretender que lo insólito se convierta en lo común, no sólo impide captar adecuadamente su primor, sino que lo deforma de modo casi irreversible y grotesco. Lo extraordinario se metamorfosea entonces en lo ordinario, despojado de su belleza, de esa fragancia efímera pero embriagadora en cuya grácil brevedad estribaba su mayor fuente de encanto, placer y veneración. He aquí el lado oscuro de toda costumbre, de la connaturalización atrabiliaria con el júbilo que preside los fastos más gloriosos. Ya casi no reparamos en su auténtico sentido, pues si respetásemos la más escrupulosa acepción de los vocablos, ¿no deberíamos plantearnos cuánta tristeza podría dimanar de la celebración de un cumpleaños, de un año menos en la vida de una persona, cuyo cuerpo y cuyo espíritu se acercan irrevocablemente hacia el final, sin posibilidad de retorno? Nos limitamos a seguir el dictado que profieren las demás almas, dócilmente sometidos al “se hace”, “se dice”, “se desea”...: al anonimato de la acción, que disuelve la fuerza de la subjetividad. Su sello rubrica nuestra condición

humana, reducida en tantas ocasiones a reproducir palabras que lejanas voces sentencian.

El fantasma del vacío es capaz de aherrar la frescura de la vida. Tanto lo extraordinario como lo ordinario se someten siempre a la negrura que destila un sinsentido en continua vigilancia. La densa penumbra de la ausencia de significado, la constatación de que toda vida se aproxima ineluctablemente a un término abrupto cuya severidad disipará toda la belleza atesorada en los vedados días de la juventud, envuelve lo inusitado y lo habitual. Nada ni nadie esquivo sus letales crepúsculos, ni siquiera aquéllos que han gozado de doradas experiencias, de pródigos viajes a los enclaves más exóticos y a las más recónditas profundidades del genio humano. Los viajes, por místicos y llamativos, constituyen un regalo envenenado, pues nos inducen a suponer que el simple hecho de transitar por este colorido universo nos confiere sabiduría y nos imbuye de hondura. El atractivo de un viaje no reside en sí mismo, en sondear los caminos de la tierra y en surcar los siete mares, sino en la reflexión que ha de suscitar en el seno de nuestra alma ávida. Lo más relevante no es viajar, sino meditar sobre lo viajado, propiciar que la mente se renueve e instruya mediante el contacto con una realidad tan variada e inspiradora como la que inunda el mundo de policromía y lo rocía de perfiles impactantes.

No escasean los ejemplos de grandes hombres y mujeres que, pese a haber abandonado el restringido ámbito de su ciudad en contadas ocasiones, exploraron emplazamientos remotos, también los más inverosímiles del espíritu humano. Lo hicieron ungidos con el poder del pensamiento y con la pujanza de la sensibilidad, y transmitieron un acervo sapiencial cuya hermosa luz aún hoy nos ilumina. Otros personajes de la historia jalonaron múltiples éxitos y alcanzaron reconocimiento en vida. No cesaron de exhibir sus habilidades, su generosidad o su incalculable contribución al bien de la estirpe humana. Sedujeron a sus contemporáneos y creyeron haber conquistado la fascinación futura. Sin embargo, hoy sólo evocan polvo, vacío, delicuescente silencio... Yacen sumidos en el amargo abismo de la indiferencia. Al recapacitar sobre el gigantesco mosaico de líderes, militares y jerarcas que anega la historia con sus tibias aguas, pero cuyos corazones se han precipitado a las denegridas y estigmatizadoras cuevas de la oscuridad conmemorativa, es difícil no sentir una cierta dosis de alegría, pues comprobamos que el tiempo otorga, tarde o temprano, el sagrado premio de la justicia. Si realmente hubieran estampado una huella señera y edificante en la historia gracias a sus obras, a sus discursos o a la estela indeleble diseminada por su bondad y el astro de su brillantez pura, la perennidad de su halo se apreciaría también hoy a través de la magia de la reminiscencia. No obstante, lo que efectuaron no reportó nada digno de mención para el hombre, más allá de ese nutriente inexhausto que alimentó su vanidad personal (a la larga, caduca), por lo que ahora moran en lo baldío de la historia.

¡Qué democrática es la temida muerte a la que todos estamos abocados! Exalta a los pequeños y humilla a los poderosos. Pero entristece también percatarse de que muchas almas de bien, muchos rostros de ternura que irradiaron alegría, honradez y compasión, muchos pedazos de corazones rotos, muchos semblantes que se esforzaron en buscar, en conocer y en amar, en trabajar a veces en circunstancias penosas, en sobrellevar los colosales sufrimientos que la vida impone, en encarar el aparente absurdo cósmico de una existencia aciaga..., no son hoy objeto de recuerdo alguno. Se evaporó su rastro y se secó el manantial de su bondad, quizás porque no forjaron nada de renombre, nada que inscribiese su apellido con esas letras doradas y cautivadoras que ornamentan las más eruditas enciclopedias de la ciencia y de la cultura.

Es la fugacidad de la vida. La historia abunda en vagas pasiones, en afanes individuales, en intereses personales, en egoísmos exagerados..., aunque también la embellezcan los más altos valores que ha cultivado el alma humana, el hálito de ese aroma que las religiones llaman santidad. Las biografías de los seres particulares se desvanecen en la vorágine propagadora del paso de los tiempos. No es tan verde ni tan dorado el árbol de la vida. Una virtualidad superior a nosotros mismos, de esencia desconocida pero cuya espesa sombra no desiste de envolvernos, encaramada en la rutilante cima de un firmamento mudo, nos controla, nos orienta con diligencia hacia un término enigmático, hacia un jeroglífico que no logramos descifrar. La verdad última de la vida, la única certeza que nos saciaría por su profundidad, alcance y autenticidad, nos rehúye. Entendemos muy poco; una y otra vez nos planteamos las mismas y dolorosas preguntas.

La vida se asemeja a un ciclo, a una rueda que nunca abdica de girar. Su circunferencia describe paulatinamente círculos concéntricos de mayor radio. Intuimos que despunta el casto rayo de la novedad, pues suceden eventos cualitativamente distintos a los que acontecieron en añejos pretéritos, pero advertimos también que no se hallan provistos de un grado tan elevado de originalidad como quizás habíamos conjeturado inicialmente. Lo flamante es también antiguo; lo que rejuvenece es lo ya marchito, y lo que ahora languidece otrora resplandeció con un fulgor más bello y lozano que el encanto cuya luz hoy nos embruja. Por ello, la vida se conmensura a una rueda que dibuja ininterrumpidamente círculos concéntricos dotados de un radio superior. Quizás hoy vivamos más, quizás nos sumerjamos en aventuras que desbordarían la imaginación de nuestros antepasados, y quizás dispongamos, por qué no, de un discernimiento más aquilatado sobre nuestra libertad y sobre la amplitud de nuestras posibilidades. Sin embargo, continuamos encarcelados por el ciclo implacable que vertebra la naturaleza, consistente en nacer, en crecer, en desvelarnos por multitud de empresas de vacilante significado y en fenecer, sepultados bajo tierras silentes y cielos inasibles.

Nacer, crecer, soñar y morir plasman actividades cuyo soplo jamás se ha extinguido. Sus trazas han marcado a todos los hombres y mujeres desde que el hombre es hombre y la mujer, mujer, aunque la manera en que han definido las sendas por las que serpentea la existencia humana haya variado ostensiblemente. Ya no vivimos como

hace siglos, si bien todavía hoy subsiste nuestra especie; ya no morimos como antes, aunque no cesamos de fallecer y de disiparnos en las nadas siderales. Quizás la losa de la vida se haya dulcificado con el denuedo genuino de muchos, gracias a la técnica y a la expansión del horizonte de nuestra inteligencia y de nuestras emociones, pero si la escena se contempla desde otra perspectiva, desde una óptica distinta, más fría y objetiva, la existencia ha adquirido también tintes más arduos, más ingratos, más esotéricos e intrincados. ¿Representa esta dinámica de creación, conservación y destrucción una ley fundamental de la vida, del universo y de la historia? ¿Nos obliga una promulgación arcana a cumplirla inconscientemente?

Nacemos, vivimos y morimos, pero al nacer, vivir y morir sentamos las bases para la presencia de otros individuos y para el surgimiento de nuevas obras, de flamantes sociedades, de culturas rejuvenecedoras. Late aquí un círculo virtuoso. Ignoramos su esencia más profunda, pues ¿se quebrantará abruptamente esta magna rueda, esta dinámica orbicular y aparentemente invencible que todo lo subsume en reiteraciones perennes, en un ciclo ineluctable que gemina muerte y nacimiento? ¡Oh desdicha!, porque la respuesta a este interrogante rebasa el enflaquecido poder de nuestra inteligencia...

Nos está vedado pensar más allá del tiempo. Hemos sido condenados a cribar la práctica totalidad de nuestros conceptos desde su angosto y áspero filtro. Un antiguo veredicto nos ha desahuciado del añorado paraíso de lo eterno, límpido e inmutable. Debemos aceptar que en el nacimiento, en la conservación y en el nuevo florecimiento de las fuerzas de la vida, ansiosas de reproducir su hermoso y fecundo vigor, cristalizan eslabones de un movimiento universal que meticulosamente hilvana el ropaje del mundo y refina el brocado de la historia.

Determinadas interpretaciones de la religión hindú osan atribuir una génesis divina a cada una de las etapas que bordan el manto de la realidad, siempre entretejido de vastedades y misterios. Según estas teologías, la creación es obra de Brahma, la conservación procede de Visnú y la destrucción dimana de Shiva. El problema de esta hermenéutica reside en una evidencia incontestable: otras religiones y otras filosofías, mediante sus disquisiciones sobre la inmortalidad, han pretendido rescatarnos de la monotonía inoculada por una concatenación inderogable de albas y crepúsculos. Y cuando esta clase de nociones penetra en la debilidad de la mente humana, como sustancias ponzoñosas sutilmente inyectadas en nuestras frágiles venas y en nuestras lábiles arterias, o como una semilla que germina lentamente en el fértil campo de nuestros ideales, resulta muy costoso desprenderse de ellas. Poco a poco se apoderan de nuestra imaginación, aprisionan nuestras iniciativas y confutan al mismísimo Kant, pues nos hacen creer que sí cabe especular sobre un final del tiempo y de la historia, para incursionar tímidamente en el sagrado ámbito de lo eterno. Sabemos que nacemos, vivimos y morimos, pero persevera en nosotros un anhelo profundo de trascender la enormidad de la muerte. Vibran aquí, como notara Unamuno, los doloroso ecos del sentimiento trágico de la vida, porque muy dramática se revela una existencia que aspira

a lo imperecedero pero entiende que un pináculo tan noble, rector de sus deseos, colinda con el hogar de lo imposible.

Sólo unos pocos afortunados derrotan el nebuloso espectro de la muerte, que siempre nos debela en primera instancia. Investidos de excepcionalidad (sin entrar a analizar lo que esta característica connota, ya sea de índole positiva o negativa), algunos hombres y mujeres emergen del lúgubre pozo de la sepultura. Su nombre pervive en la memoria de las generaciones sucesivas. Sus hazañas y palabras son inculcadas a los niños y a los jóvenes a lo largo de siglos e incluso milenios. Su ejemplo alimenta multitud de argumentaciones. Su presencia se mantiene, a pesar del inexorable discurrir que trenza los hilos de la historia. Constituyen un nutrido y selecto grupo de personalidades, entre las que descuellan los más eminentes cultivadores de las matemáticas, de las ciencias, de la filosofía, del arte, de la literatura, de la música, de la arquitectura, de la espiritualidad, de la mística, de la santidad... También incluye a militares, emperadores, reyes y reinas, príncipes y princesas, papas y obispos, rabinos y muftíes... En esta lista comparecen la grandiosidad y la pequeñez, el amor y el odio, lo humano y lo inhumano, lo sublime y lo abyecto.

Una cualidad, remotamente cognoscible, cuya potencia permanece más allá de las generaciones y allende el flujo de los tiempos, los imbrica en un vínculo común. Merecen, de alguna manera, habitar en el tabernáculo de nuestra memoria colectiva. Hemos de recordar lo que sus brazos forjaron, lo que sus labios pronunciaron, lo que sus manos escribieron..., para sentirnos plenamente humanos. Ya fuesen sus almas hiperbólicas o minúsculas; ya fuesen sus afanes discípulos del más glorioso de los ideales o feudatarios de la más envilecida de las pasiones, su nombre se asocia a un mensaje, a una misiva que no ha de sucumbir ante las aciagas huestes del olvido. Debemos aprender de su testimonio para contar con referentes sobre lo correcto y lo incorrecto, sobre lo que nos ayuda a crecer material y espiritualmente y sobre lo que nos aleja del progreso humano.

Estos hombres y mujeres han transmitido a la historia un legado que no se diluye en ningún océano. Lo perdurable es lo eterno; es la lámpara que siempre ilumina; es el faro inextinguible que nos inspira en el pensamiento y en la acción.

El ser humano busca persistir. En el fondo de su corazón, pretende traspasar el aquí y ahora del tiempo y del espacio, e incluso de sí mismo, para introducirse en una dimensión más elevada, capaz de integrar en lugar de dividir. Ambiciona un fruto digno de reminiscencia.

Lógicamente, esta voluntad de perpetuación adopta formas distintas, y muchas veces se identifica con fines particulares discordantes. Para muchos, la permanencia estriba en el poder: en avasallar las conciencias, en adueñarse de la humanidad y en dominar el mundo. Para otros, la rúbrica de lo perdurable reside en la entrega devota y sacrificada al terso árbol del saber, a desvelar los misterios insondables que recaman el universo y la historia, a la gozosa resolución de los enigmas que más nos intrigan. Algunos abrazan la convicción de que es el arte, es la creación, es la fantasía latente la

cálida fuerza que nos invita a explorar mundos a cuyos territorios vírgenes nadie antes ha accedido.

Poder, conocimiento, fantasía... Nuestra vida aglutina voraces ansias de estas esquivas realidades. Precisamos del agua que emanan sus hontanares límpidos, pero concomitantemente percibimos su potencial deshumanizador. Unen, mas simultáneamente separan; brindan placer, pulcros destellos de satisfacción, pero también escinden nuestras almas con una espada que nos atraviesa con su todopoderoso y cortante filo, pues más allá del poder, del conocimiento y de la fantasía, deseamos esa permanencia que levemente vislumbramos en sus sombras efímeras. Imploraríamos que esos instantes fugaces y colmados de felicidad se prolongaran indefinidamente, como el milagro que bendijo a aquel abad de un monasterio en la Edad Media. El mitrado, mientras contemplaba los perfiles de un paisaje manso, delicado y armonioso, se prendó de la hermosura circundante, ahora derramada en vasos de esperanza y copas de terciopelo, y se sumergió en el rocío de su ensimismamiento más tenaz, extasiado en una suspensión ascética que detuvo el robusto ritmo de la cronología. El cántico piadoso y arrullador de un pajarillo secuestró su imaginación y tuteló su espíritu en las sendas del desasimiento, hasta que, al regresar a su morada, advirtió que habían transcurrido no unas horas, sino cientos de años.

Impetramos subsistencia, y el tiempo encarna nuestro mayor enemigo, porque su decurso evapora dones que se nos antojaban duraderos. Nuestros seres más cercanos, la constelación de nuestros proyectos, la galería de nuestras ilusiones, la dócil energía de nuestra juventud..., toda esta hornada de dinamismo cede el testigo a la soledad, al agotamiento, al declive del entusiasmo por la vida. Suspiraríamos por recuperar lo que ya fuimos en una edad dorada, cuando nos creímos invulnerables, tanto como para subvertir la historia y conformarla a nuestros designios más nobles y tonificadores.

Llegado el momento, nos preguntaremos: ¿qué será de nosotros? Cuando abandonemos este mundo, ¿en qué consistirá nuestra misiva? ¿Qué idea se destilará del cúmulo de nuestras acciones? ¿Qué otorgaremos a las generaciones futuras? ¿Habrá congregado nuestra vida una existencia insustancial y carente de significado o, en virtud de nuestras obras y palabras, habremos transmitido un mensaje cuya hondura supere la contingencia que ciñe el aquí y el ahora con ásperos cordones? No se trata de que nuestro nombre alcance una celebridad ubicua, pues muchos grandes hombres y mujeres han sido y son anónimos, pese a haber determinado la orientación específica que tomó nuestra historia. Evoquemos a esas personas de buena voluntad, humildes y hacendosas que forjaron nuestro destino con sigilo y desvelo, y lucharon por aquellas conquistas que tanto nos enorgullecen, como los lauros de la justicia, de la libertad y de la solidaridad. Objeto hoy de la negligencia más amarga, su influjo es más puro, más ejemplar y más decoroso que el de la cohorte de emperadores, reyes y generales que anegó el cosmos con su desafortada avidez de gloria...

Consuela pensar que la verdad no morirá nunca, y que jamás se desvanecerá por completo la huella de los logros jalonados por héroes desconocidos, el sello

aleccionador que sus aportaciones al bien de la humanidad han impreso en libros imborrables. Poseídos por el espíritu de la honestidad, bastará con embarcarnos en una búsqueda sincera que nos impulse a descubrir su herencia más genuina.

En el alma de nuestro legado a la posteridad hunde sus raíces nuestra inmortalidad en la historia, la huella que ningún viento difumine y ninguna palabra oscurezca; un espíritu susceptible de revivificarse en otras épocas y de renacer en otras personas. Porque algunos corazones viven aun después de muertos, y de sus manos amorosas recibimos una meta cuyo fulgor se vierte sobre los tiempos venideros. Se alcen o no con la corona de la fama; brille o no en sus rostros la estrella de la gloria y del honor; obtengan o no reputación entre las masas heterogéneas y entre los académicos más selectos, su existencia habrá encarnado un ideal aún válido, y en cierto modo inmortal.

II.

Eróstrato renegaba de la vida porque su existencia había adoptado el cariz de la angustiosa repetición. Pensaba, como el sabio Job, *Taedet animam meam vitae meae*.

Desde niño había acompañado a su padre a pastorear ovejas en los campos adyacentes a la ciudad de Éfeso, una de esas urbes cuya sola evocación detona un estallido de fascinación y una explosión de misterio, un asombro que desatora nuestros ojos con la cálida luz de la belleza. Éfeso despuntaba como una ciudad espléndida. Era grandiosa en todos los sentidos. En ella se había materializado la quintaesencia de la cultura griega, de una civilización que privilegiaba la armonía y los bienes más elevados del espíritu como metas últimas de la existencia: “el entendimiento, la medida y la claridad”, en frase de Schiller. En Éfeso siempre lucía un sol radiante, como si los dioses no dejaran nunca de iluminar una perla que rivalizaba con sus producciones más portentosas; una joya investida de tan alta y de tan dulce hermosura que los exhortaba a pensar que había merecido la pena albergar el coraje de esculpir la faz del género humano... Todo era pulcra y simple claridad en Éfeso: un destello exquisito que resplandecía en las calles, en los templos, en el ágora... En su seno era posible cultivar el cuerpo y ensalzar la mente con análogo arrojo; adiestrar la fuerza y potenciar la inteligencia con una soltura pareja.

La familia de Eróstrato residía a las afueras de Éfeso, pero él no se había beneficiado de los tesoros que esta metrópoli, este foco de sabiduría ancestral, este oasis de efervescencia, ofertaba al alma de los hombres. Ni siquiera había acudido a la escuela. A una edad muy temprana, su padre le había enseñado a pastorear ovejas, y desde entonces todos sus cometidos se concentraban en esta tarea tan clónica como desazonada. Deambulaba con su rebaño, y alternaba dilatados desplazamientos con

prolongados descansos, sentado apaciblemente sobre una sobria roca, con la mirada enclavada en un cielo diáfano cuya belleza incitaba al ensueño.

En realidad, la vida de Eróstrato se consumía en pastorear ovejas y en soñar lo imposible. De cara a sus contemporáneos, su única actividad, la labor que absorbía todos sus ímpetus, consistía en guiar criaturas ovinas sin rumbo, pero su verdadero tesón se volcaba a soñar. Sólo su corazón comprendía que es en los sueños donde se cosecha el néctar de la felicidad pura. Hay hombres y mujeres que han consagrado su vida a soñar, y es lógico que causen envidia o, preferiblemente, admiración, pues pocas experiencias nos insuflan tanta plenitud como la de internarnos en el vasto paraíso de la fantasía. Soñamos dormidos y despiertos, delirios nocturnos y diurnos, pero siempre sueños; sueños que quizás suavicen nuestro inefable dolor, la áspera y oscura soledad que no cesa de esclavizarnos con sus garras inmisericordes. Soñamos cuando miramos al futuro e imaginamos el dulce hálito de lo nuevo, y soñamos cuando reconstruimos un pasado que nunca fue, o al evadirnos a un presente que ya no existe. Al soñar, captamos una invitación, de proveniencia desconocida, a no cejar en el heroico empeño de vivir.

Eróstrato había pastoreado ovejas largo tiempo y había devorado extensas horas sumergido en un ascetismo profundo, en una retracción de cariz metafísico, como absorto en la enmudecida visión del horizonte. En su mente había engendrado portentos y horrores. Había aprendido a soñar magistralmente, y no exageraríamos si arguyésemos que se había convertido en el mejor soñador de la Grecia antigua. En el arte de la imaginación, un humilde pastor de Éfeso había aventajado a los más insignes literatos, dramaturgos y filósofos que ennoblecieron el orbe clásico. Nadie soñaba con tanta pujanza y valentía como Eróstrato. Escribió Hegel que nada se hizo en la historia sin pasión, y reverberan aquí las irisaciones de una verdad irrefutable; pero para que amanezca la luz del fervor, ¿no hemos de asumir el espíritu de la lucha, del esfuerzo, de la abnegación incondicionada? Vivir inmersos en la abundancia y en el oasis de la satisfacción ciega el espíritu y nos devuelve a la más redundante y abúlica monotonía. En cambio, sufrir la pesada sombra de la carencia, forzada o impuesta por nosotros mismos, nos abre a nuevos escenarios y nos abraza con el docto fuego del deseo.

La desdicha de Eróstrato no era tan terrible como cabría conjeturar a simple vista. La vida no le había sido propicia, al no gratificarle con el elixir de la educación y con la ambrosía de la cultura. El destino no le había brindado la oportunidad de leer a Sófocles, a Esquilo y a Eurípides, de deleitarse con los *Diálogos* de Platón y de venerar la belleza que exhala la geometría de Pitágoras, pero le había obsequiado con un don más importante: el incontenible anhelo. Precisamente porque Eróstrato sospechaba que estos hombres excepcionales pervivirían en la memoria de la humanidad, pues sus ardorosos nombres habían engrandecido la historia y habían erigido un edificio proverbial, bañado de hermosura y colmado de sabiduría, ambicionaba él imitarlos.

Suspiraba por emular a Sófocles, a Esquilo y a Eurípides; ansiaba redactar reflexiones bendecidas con tanta trascendencia como las de Parménides y Platón, y hallar verdades eternas como las desentrañadas por Pitágoras en el arcano mundo de las

formas matemáticas, mas era incapaz. Carecía de las herramientas para llevarlo a efecto. La vida transcurría irrevocablemente y su soplo misterioso se desvanecía con nostálgica inexorabilidad, pero él debía aún ocuparse de sus ovejas, de seres casi inanimados que no le comunicaban ningún pensamiento, de criaturas que en poco se diferenciaban de los elementos inertes proliferantes en el cosmos. Morar cerca de un tesoro prohibido apesadumbra más que vivir alejado de él. Habitar en la proximidad de un parnaso estético cuya hermosura no se alcanza a contemplar punza con mayor aflicción que distanciarse de todo bálsamo de belleza. “Dale limosna, mujer, pues no hay en la vida nada, como la pena de ser ciego en Granada”, proclama una inscripción que ornamenta los altos muros de La Alhambra. Alzarse junto a un hondo cúmulo de sabiduría de cuya pulcritud nuestro espíritu no puede servirse, ¿no hiela más el alma y enluta más la voluntad que subsistir privado de todo contacto con el haz de su tersura? ¿No provoca tal sensación de impotencia que quizás ocasione la muerte espiritual del hombre?

III.

Un atardecer de reminiscencias procelosas, mientras pastoreaba sus rebaños, Eróstrato meditó sobre la majestad de un sol languideciente que declinaba en un cielo pálido. Se imponía el anochecer. A todo mediodía sucede un ocaso, y entre el alba y el crepúsculo acontece un matrimonio indisoluble. Esta imperiosa lógica gobierna la vastedad del universo con mano de hierro. No albergamos la certeza de que siempre despunte un amanecer, pero tanto nuestra experiencia como nuestro conocimiento sobre las leyes naturales sugieren que también mañana clareará el astro rey, para luego esconderse en su noctámbulo refugio saciado de incógnitas. Eróstrato lo sabía. Desde niño, con su padre, flanqueado por ovejas que pacían calmadamente, había divisado el Sol, sonriente desde los púlpitos de su piadosa limpidez. Era un sol magnífico, un sol coruscante y permeado de pureza: el sol de Éfeso, copioso chorro de luz serena, intensos y delicados rayos que habían diseminado tanta belleza y tanta armonía sobre la cultura griega y el Mediterráneo. Semejante don celeste había convertido esta tierra en un espacio fructífero y exuberante. En su seno resplandecían, hialinas y gozosas, las musas de la creatividad, del arte y de la ciencia. Sin embargo, ese día, Eróstrato se sumió en la más entristecedora de las reflexiones, pues aunque el áureo Sol no cesase de brotar y de fenecer en el horizonte por los siglos de los siglos, él no siempre estaría allí para testimoniar el milagro que trenza los inescrutables ciclos del existir...

Eróstrato era jonio, miembro de un pueblo acostumbrado a encender la antorcha inaugural de las grandes ideas. Jonios fueron Tales, Anaxímenes y Anaximandro. Tales de Mileto había observado el firmamento y, henchido con el poder de su inteligencia, había impulsado la matemática hasta flamantes cúspides. Con tanto fervor, con tanto apasionamiento, con tanta y tan grata distracción miró a lo alto mientras caminaba que se hundió en un pozo. Había descuidado el prosaico suelo, lo terrenal, lo ordinario, esas arenas cuya fragilidad absorbe el sudor de nuestra estirpe, y este tropiezo tan sonoro

desató la fogosa hilaridad de una mujer tracia. Tales no desistió de formular preguntas. Se interrogó por el principio de todas las cosas, por el *arjé*, y concluyó que consistía en el agua. Creyó así resolver la problemática convivencia de unidad y de multiplicidad en la enigmática realidad del mundo. Su amor por la razón, por el *logos*, fundó la filosofía en Occidente. Muchos otros advendrían después de él y asumirían el testigo de la reflexión sobre lo primero y lo último. Anaxímenes también buscó el *arjé*, pero lo encontró no en el agua, sino en el *apeiron*, en los ríos de lo ilimitado, y Anaximandro aseveró que el *arjé* entibaba en el aire.

Un espíritu indescifrable penetró en el alma de Eróstrato. Percoló en su intimidad más recóndita. Su agudeza atenazó su imaginación. Le instó a desprenderse de su fe en la omnipotencia de la muerte y en la autoridad de los dioses. Esquilo, Sófocles y Eurípides habían fenecido, pero su aura residía en la memoria de la humanidad. Ellos habían conquistado la fama, el reconocimiento, la inmortalidad, pero:

-¿Por qué yo no soy célebre y por qué es improbable que acaricie la flor de la celebridad en un futuro?, se preguntaba Eróstrato. -¿Por qué ha de ser tan atroz el destino? ¿Por qué a unos hombres les permite coronar la fama mientras que a otros los entierra en el más fiero de los olvidos? Los dioses son malvados. No aman a los hombres. Los dioses sólo buscan perpetuarse, y utilizan a los bravíos hombres como sus medios. Nos necesitan para que protagonicemos la historia. Las deidades del Olimpo desean disfrutar de este grandioso espectáculo que es el discurrir de los siglos y los milenios. Los dioses exigen que el tiempo fluya. Son inmortales, pero ansían demostrar su poder, y para ello precisan de un contraste, de un oscuro abismo que refleje la diferencia, vasta e inconmensurable, entre su condición de seres ajenos a la muerte y nuestra naturaleza, aciaga y perecedera. En el fondo, los dioses inmortales requieren de los hombres mortales para adquirir conciencia plena de su perdurabilidad. Agrio es el destino que nos aguarda. Ignoran los hombres que la historia es una farsa concebida por los dioses para incrementar su autosatisfacción y su soberbia. Los dioses instauran nuestra sujeción a la muerte. Nos encarcelan en el vacío para congratularse en su eternidad, como el rico que ostenta su opulencia ante el pobre, ávido de complacerse en su fortuna, o como el sabio que exhibe el brío de su entendimiento ante los ignorantes para convencerse del alcance de su ciencia. Así son los dioses: crueles, enemigos de la humanidad. Yo sólo alabaría a unos dioses que amasen a los hombres y los invitasen a participar, sentados a la misma mesa, en los banquetes que convocan en el Olimpo; a unos dioses que no hubieran fraguado el mundo y la historia para regocijarse en su poder divino, sino para regarla con el dulce y luminoso rocío del amor, con un agua siempre cristalina, con un manantial que jamás se agotase y cuya belleza y mansedumbre exaltaran a la humanidad... Los dioses nos han forjado para su divertimento. Usurpan nuestros sueños y nuestra felicidad. En realidad, no pueden ser divinos. Serán, sí, inmortales, pero surgen abominaciones inmortales cuya perversidad nadie la oblitera. También el mal se reproduce en la memoria. De nosotros depende que la luz del bien, y no las tinieblas del mal, habite en el recuerdo y nos ennoblezca. Somos los hombres quienes derramamos la copa del amor, quienes descubrimos las verdades

eternas de la matemática y de la filosofía, quienes componemos música hermosa e inspiradora, quienes construimos las pirámides de Egipto, el Partenón y los templos de Éfeso, quienes escribimos tragedias que esclarecen los sentimientos más hondos del espíritu, y quienes elevamos también nuestra súplica doliente a unas deidades caprichosas y huérfanas de clemencia... Yo sólo adoraría a unos dioses compasivos y misericordiosos, que no abandonasen a los hombres a su suerte, desterrados a una historia tantas veces hostil, cuyo viento despiadado fácilmente devasta las mejores creaciones y premia las peores maldades. A estos dioses yo no puedo venerarlos. No son dignos de mi amor. Merecen mi desprecio, mi postergación, mi rechazo. Reniegan de nosotros. No nos enseñan el secreto de las artes y la llave de la ciencia, pero reclaman que les consagremos nuestro talento, nuestro ingenio, nuestros afanes más puros. Edificamos templos para rendirles culto, como si el tributo y la pleitesía les fueran debidos. Los dioses encarnan el rostro de la injusticia por antonomasia. Se han convertido en sinónimo de la más oblicua y capciosa falsedad. Nos han engañado deliberadamente. Los dioses, ignotos en su cielo invisible, nos atemorizan con sus castigos y estigmas perennes. Desencadenan densas nubes de pavor y eclipsan el sol de nuestra autonomía. No nos prosternemos ante los dioses. Busquemos el amor, la sabiduría, el goce...: los auténticos dioses, realidades imperecederas, tanto o más poderosas que esos seres empíreos que presiden el Olimpo. ¡Oh amor, qué bello y frágil eres! Desde el vigoroso trono de tu inmortalidad, enalteces a los hombres, nos exhortas a soñar con lo ilimitado, siembras en nosotros un germen de cuyas raíces eclosiona el árbol del entusiasmo y nos ofreces el cáliz y el alma de la entrega. Yo quiero postrarme ante ti, ante tu magia, ante tu limpidez, ante tu potencia, pues en ti palpo los cálidos rayos de lo eterno. Sólo glorificaré una luz saciada de pujanza y piedad, un faro propiciatorio que inste a lo imperecedero a descender a la tierra para mostrarnos el camino hacia la verdad y la libertad”.

En esa hora trágica, sus ojos, antes puros, habían sucumbido a las embestidas de un resentimiento incurable, de un rencor profundo contra sus congéneres y contra la delicuescencia del mundo, cuya caducidad le inoculaba una ponzoña diabólica, un veneno que se infiltraba en los resquicios de su espíritu y los teñía de letal oscuridad. Eróstrato miró a lo lejos y reparó en una imagen eximia, en una silueta en verdad sublime. Su faz había vislumbrado muchas veces esa ceremoniosa profusión de colores, pero ahora se alzaba revestida de un significado especial. Se trataba del Templo de Artemisa. Los antiguos veneraban la armonía, la medida y la perfección, y el monumento dedicado a Artemisa, la hermana de Apolo y diosa de la Luna, era elegante, simétrico y suntuoso. Según relatan los historiadores romanos Plinio el Viejo y Vitruvio, el rey Creso de Lidia, legendario por sus fabulosas riquezas, inició una construcción cuyo desarrollo se prolongaría casi ciento veinte años. El arquitecto cretense Quersifrón asumió la dirección de unos trabajos que no vería finalizados en vida. Era un templo imponente, mayestático. Ni Zeus, rey de los dioses, había merecido tanta magnificencia. Sólo la ternura de Artemisa había inspirado una obra tan cautivadora, porque sólo su encanto lograba aplacar los corazones más endurecidos y estremecer las mentes más insensibles con su llama de delicados haces amatorios. Sólo

a ella, sólo a Artemisa la habían considerado los hombres acreedora de una hermosura tan divina.

Viajeros de todo el mundo llegaban a Éfeso para conocer la maravilla de las maravillas. Los visitantes depositaban alhajas y muchos otros regalos como ofrendas tributadas a la diosa Artemisa. El templo exhibía la mayor de las opulencias y atraía fortunas no menores procedentes de otras ciudades. Era el mayor de los templos del mundo griego, solemnizado con níveo mármol. Medía más de cien metros de largo y excedía los cincuenta de ancho. Flanqueado por ciento veintisiete pilares, cada uno de dieciocho metros de altura, en su interior alojaba un baldaquino bajo cuya cúpula se situaba la estatua de la diosa Artemisa, así como un inmenso altar marmóreo. En sus estancias se apreciaban esculturas talladas por los artistas más renombrados de la Grecia antigua, como Polícleto, Fidias y Cresilas. El templo entero destilaba una belleza immaculada, gozosa y evocadora. Antípato de Sidón se hizo eco del esplendor del Templo de Artemisa en Éfeso en su *Antología Griega*: “He posado mis ojos sobre la muralla de la dulce Babilonia, que es una calzada para carruajes, y la estatua de Zeus de los alfeos, y los Jardines colgantes, y el Coloso del Sol, y la enorme obra de las altas Pirámides, y la vasta tumba de Mausolo; pero cuando vi la casa de Artemisa, allí encaramada en las nubes, esos otros mármoles perdieron su brillo, y dije -Aparte de desde el Olimpo, el Sol nunca pareció jamás tan grande”. Las palabras de Antípato elogiaban con justicia el fervor que desprendía una de las maravillas del mundo.

Los antiguos obsequiaron a la posteridad con unos cánones estéticos que nuestra civilización tardaría siglos en superar. En el apogeo de Grecia admiramos el paradigma de las cotas más refulgentes y armoniosas que puede alcanzar el fértil espíritu humano en los campos del arte y de la sabiduría. Cuando contemplamos sus columnas, coronadas por vistosos capiteles, sus cariátides, sus órdenes dóricos, jónicos y corintios, sus pulcros arquivtrabes..., sólo cabe sentir sorpresa, arrebatamiento ante un hechizo tan seductor, investido de la pureza más subyugante. ¡Qué paz, qué proporciones! ¡Qué equilibrio entre la parte y el todo! ¡Qué capacidad sobrenatural para sugerir permanencia, candorosa victoria sobre el tiempo! Pocas culturas se han reflejado a sí mismas con tanto primor como la helena. Los griegos afirmaban que habían aprendido a construir en piedra de los egipcios, y si hemos de aceptar su testimonio, ciertamente gozaron de las enseñanzas de los maestros más insignes. De hecho, los egipcios habían edificado la Gran Pirámide miles de años antes de que surgiera el Templo de Artemisa en Éfeso. También los babilonios habían efectuado una aportación única a la historia de la belleza al erigir Nabucodonosor II sus Jardines Colgantes, regalo para su esposa Amitia, princesa de los medos. Los propios griegos habían cincelado una legendaria estatua para Zeus Olímpico, rey de los dioses, de casi doce metros de altura. Semejantes milagros brillaron sobre la faz de la tierra cuando el Templo de Artemisa aún no engrandecía las costas del Mediterráneo. Después de esta obra egregia se levantarían otras de no menor magnitud y categoría artística, como el Mausoleo de Halicarnaso, antojo de un sátrapa persa que anheló perpetuar su memoria con un monumento ciclópeo, o el Coloso de Rodas, cuya silueta, majestuosamente enclavada en la entrada

del puerto de esta urbe griega, representaba a Helios, dios del Sol. Más tarde, el país del Nilo volvería a fascinar al mundo, pero ahora con un faro, el de Alejandría. Su altura de ciento treinta metros sólo podía aventajarla la pirámide del faraón Keops, montaña divina labrada por los dedos del hombre en la meseta de Giza y encumbrada a los cielos de la eterna arquitectura.

Para los antiguos, todas estas construcciones constituían *theamata*, que en griego significa “las cosas que han de ser contempladas”. Al arribar a ellas, nuestros antepasados se sentían deslumbrados. Percibían la plenitud de un tiempo, de una cultura y de un espíritu encarnada en estos prodigios fraguados por el ingenio humano. Se sintetizaban en siete, como siete eran los sabios de Grecia. El número siete connotaba perfección, y al enumerar en siete las maravillas del mundo se creía compendiar cuanto de bello y virtuoso tonificaba la tierra por artificio de los hombres.

Las siete maravillas del mundo antiguo condensaban lo más portentoso que había logrado nuestra especie. Desafiarlas, sugerir siquiera la temeraria posibilidad de dañar su estructura o de causar el menor desperfecto en cualquiera de sus detalles, se juzgaría como un atentado contra los dioses, como un alegato contra el elíseo poder que detentan desde sitios intangibles. Nadie absolvería al culpable. La historia sancionaría sin piedad semejante afrenta, un atrevimiento de tales dimensiones, un acto de rebeldía tan ostentoso contra el equilibrio cósmico que nuestra estirpe se había esmerado en plasmar en esos sagrados y reveladores trabajos forjados por manos doctas y laboriosas. Aquél que, díscolo y subversivo, osase retar a los dioses padecería una desdicha espantosa y probablemente imperecedera.

Los dioses se habían prodigado en castigos calamitosos. Dos penas por ellos decretadas rebasan todo horror imaginable. La primera concierne a Sísifo, condenado a acarrear una onerosa piedra sobre sus espaldas desfallecidas hasta la cúspide de una alta montaña. Todo ello sin interrupción, pues al coronar la cima, la roca caía raudamente hasta las faldas que ceñían esa arcana cordillera, y él se veía obligado a cargarla de nuevo sobre la fragilidad de su cuerpo; sin final, sin descanso, sin posibilidad de arrepentimiento. Asistimos a una expiación verdaderamente macabra e inmisericorde, porque inmortaliza a Sísifo, pero en las celdas del oprobio y de la humillación. Los hombres prefieren la aniquilación a un destino tan aciago. La otra la sufrió el titán Prometeo, amigo y benefactor de la humanidad. Como Eróstrato, desconfiaba de los dioses del Olimpo y ansiaba sublevarse contra su férula. Usurpó el fuego sagrado y transmitió la sabiduría divina a la humanidad. Consumó un ultraje terrible para las deidades olímpicas, habituadas a atesorar para sí toda fuerza y a acaparar todo conocimiento, sin aventurarse jamás a compartirlos con seres inferiores. Prometeo fue sentenciado a que un águila encrespada le devorase un hígado cuyas vísceras se regeneraban constantemente. Fue Hércules, hijo de Zeus y de la mortal Alcmena, quien lo rescató, tras disparar una flecha contra esa cruel ave que lo torturaba sin clemencia.

IV.

Eróstrato intuía el alcance de la cólera divina, porque había escuchado relatos sobre éstos y otros correctivos (si así cabe denominarlos) promulgados contra quienes se arriesgaban a retar a los soberanos del Olimpo. No obstante, no se acobardó. La humanidad había profesado fe en lo divino, pero de Eróstrato se había apoderado no ya el flagrante escepticismo, sino la voluntad de ajusticiar a los dioses para ensalzar a los hombres. Quizás las deidades hubieran habitado siglos cómodamente instaladas en el seno de la conciencia, pero Eróstrato abrigaba una ambición nítida: la de expulsarlas de lo recóndito del alma humana, para que ese espacio vacante lo ocuparan sus deseos más profundos, ya no enmascarados detrás de rostros sobrenaturales, sino transparentados en toda su pujanza y su belleza.

Despojado de todo miedo, asió la antorcha en cuyo ígneo receptáculo vibraba el fuego de los dioses y prometió vengar a Prometeo por la iniquidad de su suplicio. Con la llama divina en mano, alzó los ojos a las insondables alturas y declamó, envanecido:

-Dioses que moráis en lo escondido; dioses que nunca comparecéis en la historia; dioses que os habéis apropiado del tiempo y habéis confiscado nuestra memoria; dioses a los que nadie conoció nunca ni jamás verá: yo os saludo, y también os desafío. Yo grabaré mi huella en el recuerdo venidero, y cuando nadie os adore, cuando nadie se acuerde de quiénes erais y de cuánta veneración os hemos tributado; cuando nadie dirija sus clamores a Poseidón, dios del mar, ni a Afrodita, diosa del amor, ni a Hermes, mensajero de los dioses, ni a Apolo, dios de la luz, ni a Hera, diosa de los nacimientos y de los matrimonios, ni a Ares, dios de la guerra, ni a Dionisio, dios de vino, ni a Atenea, diosa de la heroicidad y de la sabiduría, ni a Deméter, dios de las cosechas, ni a Hestia, diosa del hogar, ni a Zeus, rey de los dioses, mi nombre no cesará de pronunciarse... Me imbuiré del aroma de la inmortalidad, pero vosotros feneceréis. Cronos, dios del tiempo, el único a quien temo, me tratará de igual a igual, y me permitirá ascender la resplandeciente escalera que conduce al atrio del Olimpo. Vosotros os precipitaréis a los abismos, a esa masiva inmensidad saturada de una nada cósmica que disuelve el discurrir de los siglos y volatiliza todo atisbo de entusiasmo. Languideceréis como residuos de una cultura pretérita, lacia y agotada. Yo, en cambio, existiré. No me apresará la muerte. Nuevos soles despuntarán en la lejanía, y estrellas más hermosas y fulgurantes embellecerán este universo. Hombres desconocidos contemplarán la vastedad que moldura las esquinas del firmamento, y me recordarán... Rememorarán mi entrega, mi audacia, mi deseo de equipararme a los dioses: la excelsa pasión que invadió mi alma y la incitó a perpetrar la mayor de las locuras, la oblación del Templo de Artemisa en aras de la gloria venidera de un hombre. Yo ejerceré un poder sobre su imaginación que superará con creces vuestro tiránico control sobre el mar, el fuego, los ríos o las montañas. Yo me divinizaré; vosotros respiraréis la caducidad que envuelve a los hombres. Yo conquistaré la inmortalidad; vosotros os disgregaréis como mortales. Yo residiré en el torrente que contenga las aguas de una historia eterna; inenarrable será vuestro sufrimiento en la apática oscuridad que preside los espacios del mito. Yo subsistiré; vosotros pereceréis. Ocuparé un lugar en la

memoria de la humanidad, en el templo del heroísmo y en el santuario del fervor. Revelaré que el tiempo no constituye vuestro exclusivo patrimonio, y obsequiaré a la humanidad con el regalo más preciado: la voluntad de rebelarse contra vuestra injusticia. Os ahogará el inmisericorde decurso que no siente lástima en sepultar los siglos en tumbas preteridas. Mientras que vosotros seréis objeto de fábulas, leyendas y risas, y los hombres y mujeres del futuro se limitarán a disfrutar con historias y alegorías que versen sobre vuestros ridículos amoríos, sobre vuestra vana sed de venganza y sobre tantas y tan cómicas pasiones, bajas y efímeras, a mí me profesarán un respeto profundo. Nadie osará mofarse de quien sacrificó su vida en el altar de la inmortalidad, de quien incendió uno de los frutos más grandiosos del ingenio humano para penetrar en el templo del recuerdo. Os he derrotado, y lo sabéis. Se desvanece vuestro porvenir y amanece mi astro. Condenados estáis a vagar por difusos libros de mitología y a que las generaciones futuras se burlen de vosotros. Yo me alzaré con los lauros del honor, de la valentía, de la sinceridad. El acto que planeo ejecutar jamás será emulado. ¡Ved cómo domino la historia! ¡Observad cómo tomo posesión de un tiempo que no os pertenece a vosotros, sino a los hombres! ¡Contemplad cómo lanzo el supremo desafío a vuestro poder! Ahora franquearé los pórticos de la inmortalidad, y vosotros os internaréis en la antesala de la muerte. Me despido de vuestra irrealidad y dirijo la mirada al horizonte del futuro, cuya estela siempre ha existido y jamás dejará de subsistir. Vosotros encarnáis el pasado; en mí cristalizan los semblantes del presente y del futuro. Vosotros personificáis el olvido; yo simbolizo el más vívido de los recuerdos. De vosotros se ausenta la llama del coraje; en mí ha sido plantada la semilla de lo heroico. Ni siquiera os atrevéis a descender desde el Olimpo para que los ojos de los hombres se posen sobre vuestra magnificencia. Preferís esconderos del juicio inapelable de los sentidos y nos abandonáis en la silente vastedad que entenebrece este mundo cruel. Mas nuestro arte, nuestro anhelo de belleza, metamorfosea los perfiles de esta tierra afligida y de estos rostros consternados. De ella manan las aguas más embrujadoras. Transfigurar la inmensidad del orbe con la debilidad de nuestras manos y con la fragilidad de nuestro entendimiento nos honra, vivifica y enaltece. Somos padres de hermosura, fascinación y osadía. En vosotros no florece la ternura, pero de nuestra ansia de comprender y crear emerge un rayo que perfora el universo con su delicada y copiosa luz, iris de amor cuya pujanza desborda vuestro egoísmo. Os limitáis a espiar a los humanos desde vuestro elevado pedestal, mientras coméis y bebéis en fastuosos banquetes y os prestáis sin rechistar al nebuloso reino de la disipación más infame, frívola y cegadora. Nadie os interpela, pero hoy, envuelto por el ciclópeo manto de esas potestades que a tantos sobrecogen, proclamo que la humanidad se ha adueñado del pasado, del presente y del futuro. Ahora yo soy la humanidad, y mi amor por lo inmortal, por el hálito que jamás se extinguiría, me impulsa a ofrecer el Templo de Artemisa como inequívoco holocausto. Y de ti, Artemisa, deidad que riges los bosques y tutelas la fertilidad; diosa a cuya gloria edificaron los hombres esta maravilla sin parangón, depreco indulgencia. Eres la diosa a quien más amé, pues en ti brilló la magia de la simpatía. Siempre quise acariciarte con mis propias manos, pero como tus hermanos y hermanas del Olimpo, has de perecer para que yo perviva. Si tu templo

persistiera, yo moriría, pero si tu templo sucumbe, yo perduraré. Debes perdonarme, porque la permanencia en la memoria bien vale la vida de Artemisa...”

Su alma no tremoló. Impávido, Eróstrato prendió fuego al Templo de Artemisa. Tan intensa era la llama que con sólo acercarla a los mármoles, untados con un sutil unguento oleaginoso, el incendio se propagó de inmediato por toda la estructura. Las diferentes hileras de columnas ardieron sin piedad; también la fachada, y más tarde el tejado. El fuego se extendió al interior del monumento, y las esculturas de Polícleto, de Fidias y de Cresilas fueron devoradas por unos humos titánicos, nunca antes vistos en razón de su poderío. El baldaquino que protegía la estatua de la diosa Artemisa se inflamó violentamente. Por fortuna, nadie se encontraba en el templo en esa hora dramática. Eróstrato no pretendía asesinar a ningún hombre, sino desafiar a los dioses y usurpar el cetro de la inmortalidad. Le era ajeno el deseo de afligir a sus congéneres, porque habría entrado en contradicción con su ansia más profunda: la de manifestar que también el hombre es capaz de sobreponerse a la fatídica e inminente aniquilación que lo desterrará de los brumosos dominios de la vida.

Si Eróstrato se hubiese comportado como un lunático más, como un simple pirómano cuyo corazón se regocija al contemplar cómo se consume ferozmente un determinado enclave, cómo las llamas abrasan lo que antes cubría ese espacio con aplomo, color y hermosura, no habría permanecido allí. Prófugo, habría huido sin dilación, como un forajido, al percatarse de que los soldados se aproximaban a las inmediaciones del templo, acompañados por gentes de todos los lugares dispuestas a contribuir a la mitigación del voraz incendio. Eróstrato se mantuvo inmóvil, silente, impasible. No quería ocultar el fruto de sus actos.

V.

Cuenta la leyenda que el emperador Nerón incendió Roma para componer, inspirado en un espectáculo tan colosal, el más sublime de los poemas. Aniquiló el arte para forjar una belleza superior, pues aseguran que toda destrucción es creativa, un reflejo del vínculo inderogable que entrelaza el nacimiento y la desaparición, la llanura de la muerte y los predios de la vida. Eróstrato había quemado el Templo de Artemisa para conquistar la inmortalidad, para propiciar que las generaciones venideras invocaran su nombre, ahora inscrito en los libros de historia. No se inmutó por el resultado de su acción temeraria, alevosamente premeditada, pero ante cuyos efectos era inevitable que palidiese toda idea sobre las adversas consecuencias del fuego. No se arrepintió al presenciar con qué fiereza se inflamaban los esbeltos muros y los nobles mármoles de un templo que en su cénit había condensado la más divina de las hermosuras, el pináculo más eximio fraguado por el tesón humano. Una cólera demoníaca, un odio abisal, un rencor invencible hacia los dioses se había enseñoreado de su alma. Esclavo de su ira, sus ojos expresaban un hondo dolor y una intensa nostalgia, pues había

fulminado uno de los tributos más excelsos que la humanidad había rendido a los dioses del Olimpo. Esta fatalidad lo revestía todo de un carácter incomparablemente desgarrador.

Cuando se producen situaciones tan trágicas y el corolario de un deseo adquiere tintes tan funestos, ¿no nos encarcela un sentimiento abrumador, un anhelo ferviente de que el tiempo detenga su imbatible curso para que su irreversibilidad se someta a nuestros designios? ¿No suspiramos entonces por alterar su inflexible evolución, ansiosos de remontarnos a ese instante infausto a cuya luz de destellos impuros decidimos perpetrar tan ímproba acción? Pero ¿cómo olvidar que se trata de un milagro imposible? Además, la severidad del tiempo, la intransigente solidez que timonea su marcha, la rígida evidencia de su irrevocabilidad, ¿no acrisola el sello de nuestra condición de seres finitos y contingentes? ¿No radica en la incapacidad de retroceder al pasado y de emigrar a una realidad desvanecida la fuente del cambio, el foco de la novedad, el hontanar de una exuberancia que irriga continuamente las heredades del mundo y las riveras de la vida?

La flecha del tiempo es unidireccional. No se repliega a ninguna retaguardia. Avanza con majestad y firmeza. El tiempo impugna toda verdad presente y exalta todo juicio futuro. Nuestra única evasión, nuestra única arma contra su tiranía (de la que también dimana libertad frente a la férula de lo pretérito), hunde sus raíces en el suelo que apuntala los cimientos de la fantasía y en las sendas que nos guían hacia la memoria. Sólo así logramos situarnos más allá de la frígida inexorabilidad que encadena el tiempo. Sólo así concebimos mundos a él foráneos. Sólo así acudimos al pasado, o preludivamos un porvenir que todavía no existe, pero cuyo rayo quizás irrumpa en algún futuro mediodía con celo atronador.

La fecundidad de lo fantástico, de lo metafórico, encapsula una de las mayores riquezas y prodiga una de las más copiosas bendiciones de la humanidad. Su magia ha propiciado que surjan el arte, la religión, la filosofía... Al evocar escenarios rejuvenecedores, mundos colmados de promesas y rebosantes de ideales cuya belleza nos rescata de una melancolía hiriente y desmotivadora, de un decurso insobornable que apaga las luces de la historia, la frescura de la fantasía esparce un rocío deleitoso.

La fantasía humana, el libre juego del espíritu, había permitido que una maravilla tan gloriosa como el Templo de Artemisa se aposentara en las vastas praderas de lo real. Con anterioridad a que surgiera esa organización de mármoles cohesionados en una recia estructura, dotada de pujanza y consistencia, había sido alumbrada por la mente del arquitecto, fortificada por el vigor de la lógica y del anhelo estético. Al igual que la estatua de Zeus Olímpico o los Jardines colgantes de Babilonia, el Templo de Artemisa fue primero fantasía y después, realidad; fue primero sueño y después, verdad. La fantasía antecede a muchos de nuestros grandes proyectos. Aquilata el fruto de las irredentas semillas del deseo. Con el primor de la fantasía, del sueño concitado, nos elevamos por encima de la contingencia del mundo y vislumbramos el futuro. La fantasía posee atributos eminentemente utópicos, porque la utopía apela a esa luz que

todavía no ha encontrado un lugar donde derrochar su fulgor. Transparenta el no-espacio y el no-tiempo, susceptibles, sin embargo, de hallar ubicación e instante. Del fértil campo de la fantasía humana brotan los mitos y emergen las leyendas. De ella germinan también relatos religiosos que proyectan nuestro espíritu al numinoso plano de la trascendencia. La fantasía nos conmina a mirar hacia delante, porque plasma el futuro en la vulnerabilidad del presente, anticipa el porvenir en esa habilidad única que atesora la mente humana para imaginar lo aún no dado.

¡Oh poder extraordinario! ¿Cómo no sobrecogerse ante esta facultad tan portentosa? ¿No se desviviría el tiempo, el enmudecido, ciego y sordo tiempo, por beber del cáliz de la fantasía, para que su sigiloso, su monótono y parcelado transcurrir se despojara de los oscuros grilletes de la armonía, de la constancia, de la irreversibilidad, y se entregara con audacia a lo imposible, al retorno a la edad ya marchita y al presagio de los mundos venideros? Sin embargo, el tiempo carece de fantasía. Quizás la naturaleza cultive esta casta flor, pues sus pétalos y corolas constituyen el don áureo que acarician los artistas, y no existe genio creador nacido del vientre de mujer que emule el verde aplomo de la vida... La naturaleza no había construido el Templo de Artemisa, pero sí había esculpido las bellas costas que bordean Jonia, sí había moldeado, con tenacidad, las amenas islas que salpican el mar Egeo como gotas petrificadas. No tiene sentido preguntarle directamente a la naturaleza si ella ampara el candor de la fantasía, si imagina antes de innovar o si sólo cumple los dictados que le promulgan leyes inmutables, por lo que de momento nos bastará creer que la humanidad es la única estirpe agraciada con este obsequio incomparable.

En el alma de Eróstrato cristalizaba el poder de la fantasía. Había vaticinado lo que ocurriría si incendiaba el noble Templo de Artemisa, y había respirado ya el aroma de la gloria. Había profetizado cómo los papiros, códices, pergaminos, palimpsestos y libros del mañana perpetuarían su nombre, recordado como un héroe o un simple perturbado, pero siempre como un espíritu que lo sacrificó todo por conquistar una memoria imperecedera, en épica expiación de nuestra voluntad de permanencia. ¿Por qué arrepentirse del resultado devastador que destilaba su acto? Su fantasía, lacónica y creadora, había prefigurado ya el Templo de Artemisa en llamas. Allí, los brillantes y perforadores rayos del Sol, cuyas reverberaciones se reflejaban, iridiscentes, en sus exquisitos mármoles esmaltados, habían sido sustituidos por la luz deslumbrante, ardorosa y destructora que irradian los haces del fuego.

El templo se derrumbaba, pero Eróstrato inhalaba gozosamente la fragancia de la inmortalidad. Lo aceptarían o no sus contemporáneos, la posteridad preservaría el nombre del humilde pastor jonio que quemó una de las más altas maravillas forjadas por el espíritu humano. Otros incluso se afanarían en imitar su ejemplo, pero su gloria languidecería inexorablemente, porque la primacía sólo la ostentaba él. La idea de inmolar una obra de arte en aras de la inmortalidad llevaba su rúbrica incontrovertible, y la verdad siempre se descubre. Quizás borrasen su nombre o adulterasen el relato de los

acontecimientos; quizás negasen que el templo hubiese sucumbido a las llamas por la acción de un pirómano, como si tan aciaga tragedia hubiera obedecido a un fenómeno fortuito. Sin embargo, y tan pronto como las mentes preclaras y meticulosas investigasen lo sucedido con rigor y honestidad, identificarían inapelablemente al culpable. Se verían apremiadas a concederle a Eróstrato el protagonismo en semejante evento y a confutar todo rumor que cuestionase su autoría. El ser humano es cautivo de la verdad. Desertará a paraísos mentales o se valdrá de la fantasía para esquivar el agrio peso que nos impone una realidad demasiado severa, pero siempre regresará, como hijo pródigo, al hogar de la verdad límpida, su auténtica e inviolable morada. Muchos habrían luchado contra ella para impedir que Eróstrato se ciñese la corona de la inmortalidad, pero es fútil enfrentarse a la verdad, porque el ansia humana de conocimiento no se satisface con falsedades o con parcialidades, sino que exige la evidencia completa, o al menos la más certera y aleccionadora de las aproximaciones.

Eróstrato no se acobardó. Su espíritu sondeaba la fuerza de la verdad. Sería condenado a muerte, a una ejecución terrible, dado el agravio inconmensurable ocasionado al pueblo de Éfeso, tan ufano de su prodigio artístico. Quizás decretasen el olvido de su nombre, la laceración de su memoria, obliterada de todo registro, pero siempre cabía esperar que un individuo, algún historiador o algún incauto, la recuperase y revivificase. Bastaba con una sola alma que oyera de nuevo esa extraña onomástica, “Eróstrato”, para que se desencadenase un estallido feroz e implacable. Su inicua acción se diseminaría como un virus contagioso y sus ecos resonarían en la conciencia colectiva de la humanidad, sabedora de que uno de sus congéneres había preferido la fama futura antes que la dicha presente.

Eróstrato se sentía victorioso, seguro de sí mismo, como quien se jacta de la situación actual al conocer de antemano su desenlace. Inmediatamente se acercaron unos soldados. Lo arrestaron, pero él, inconteniblemente jovial, sumido en un mutismo suspicaz que automáticamente lo delataba, henchido de su propia vanidad, no profirió palabra alguna. No cesó de mirar hacia la difusa extensión, altivo, hierático, impermeable ante cualquier sentimiento que no contribuyera a afianzar su confianza en sí mismo, cada vez más embelesado ante el crimen que acababa de perpetrar. Los soldados lo condujeron al ágora de Éfeso y lo presentaron ante la intendencia:

-¿Has incendiado tú el Templo de Artemisa, la gema de nuestras joyas, la creación más sublime de nuestra ciudad?

-Sí, soy yo quien lo ha hecho.

-¿Por qué? ¿Qué extraña razón ha podido conducirte a incendiar una de las maravillas de nuestro mundo, un bello tributo de los hombres a los dioses? ¿Acaso eres un loco, un enfermo que ha de despertar nuestra compasión en lugar de nuestro castigo?

-No sé si mi espíritu ha enloquecido; eso lo deberéis juzgar vosotros. No soy médico, ni me enaltece la clarividencia de los siete sabios, pero sospecho que no soy un demente. Un perturbado ignora por qué obra de tal o cual manera. Se halla impulsado

por el puro instinto, por el delirio irrefrenable, por una fuerza superior a sí mismo. Es incapaz de identificar la fuente recóndita de sus crímenes, pero se ve obligado a seguir dócilmente sus dictados. No es mi caso. Yo soy mi propio guía, y sólo ante mí respondo. De cara a los hombres, pareceré un ser degenerado, una criatura desequilibrada, pero ante los dioses me alzo como el más sensato de los hombres, porque he descubierto la verdad sobre ellos y he decidido rebelarme contra su tiranía. He buscado deliberadamente ofender a las deidades del Olimpo.

-¿Entonces has quemado el templo para desafiar a la diosa Artemisa?

-No a Artemisa, una diosa por la que profeso gran respeto, pues su ámbito de poder es neutro e insignificante. Sólo tiene por inocuo cometido los bosques, realidades que no infligen daño alguno al hombre, sino que le proporcionan una abundancia de bienes y de belleza. No albergó odio hacia Artemisa, pero aborrezco a los demás dioses del Olimpo. Detesto su egoísmo. Se apropian de la sabiduría y se arrojan el amor en menoscabo nuestro, y este latrocinio lo estimo intolerable. Me sublevo contra el dominio despótico que ejercen unos dioses crueles y faltos de misericordia, cuyos corazones se distraen a costa de los hombres. Gustoso habría calcinado la ciclópea estatua de Zeus en Olimpia; con gozo inconmensurable habría contemplado cómo esa ingente construcción se reducía a cenizas, a polvo, a olvido, pues Zeus personifica el colmo de mi ira, la cima de mi aversión...

-Entonces has devastado el templo movido por la furia más ofusadora contra los dioses... Jamás había oído algo semejante. Tu locura desborda todo límite. Has arruinado la obra de tantos años, el fruto de más de un siglo de trabajos y de ingenios, la hermosa cosecha de nuestra sangre y de nuestro sudor, el nutriente que inspiró nuestro desvelo, nuestra ansia de creación, y en cuya forja participaron millares de hombres de buena voluntad; la perla que nos enorgulleció como habitantes de la dorada urbe de Éfeso. Y todo a causa de tu prepotencia invicta, de tu afán inconsolable por desafiar a los dioses... Es el crimen más depravado, el delito más bárbaro y abominable que jamás hayan perpetrado las manos de los hombres.

-No el más despreciable, sino el más heroico. Si los dioses atesoran tanto poder como creen los hombres, y si reprueban una afrenta tan espantosa, los conmino a comparecer de inmediato aquí para que decreten ellos mismos la pena. ¿O acaso temes que no respondan a mi llamada? ¿Te desasosiega pensar que los dioses tan sólo simbolizan una invención, un producto de nuestra inagotable fantasía, una mera ficción de astucia ancestral, una metáfora para convencernos de que nuestros logros no nos pertenecen, sino que emanan de una fuerza superior? Yo sólo veneraría a unos dioses que mostrasen conmiseración hacia los hombres; a unos dioses que no hubiesen torturado al magnánimo Prometeo con un águila que devoraba continuamente su vientre herido, en expiación por haber manifestado la noble osadía de robar su fuego sagrado, anheloso de entregárselo a una humanidad doliente. El Templo de Artemisa es obra nuestra, no de los dioses, por lo que la represalia habrá de discurrir acorde con los cánones de la justicia humana, cuyos arbitrios no pueden sucumbir a tal grado de

imperfección como para condenar a alguien que aspiró a la inmortalidad, a un alma que vislumbró, en la destrucción de lo más excelso, la corona del recuerdo futuro...

-¿Insinúas acaso que has incendiado el Templo de Artemisa para que guardemos tu nombre en la memoria?

-Así es. No lo oculto, porque es vano esconder la verdad. Con tesón, todo misterio se esclarece, y de nada sirve engañarse a uno mismo o confundir a los demás. La verdad irradia una fuerza que siempre nos supera. Somos siervos, no dueños de su hálito.

-Confieso que aprecio enormemente tu voluntad y tu entereza. Eres un lunático, un pirómano que se vanagloria de cómo su delirio derruye las obras fraguadas por el ingenio del hombre, pero te admiro, o más bien te respeto. Tu atrevimiento quizás constituya el mayor acto de locura presenciado desde que el hombre es hombre. Si me correspondiera decidirlo, te castigaría a reconstruir tú mismo el templo, piedra a piedra, y a dotarlo de una belleza aún más elísea, aún más divina, para que en verdad fueras digno de gozar de nuestro recuerdo. Sin embargo, esta opción no depende de mí, sino de la resolución que tomen los ciudadanos de Éfeso. Tan pronto como descubran que has quemado el Templo de Artemisa para que la posteridad te rememore, exigirán borrar tu nombre de todos los registros, a fin de no incitar a más personas a cometer un crimen tan horrendo. Te condenarán a una muerte ignominiosa, quizás a ser aplastado por los escombros de los mármoles que tú mismo has incendiado. El absurdo deseo de inmortalidad que abriga tu corazón nunca será satisfecho, porque tachado tu nombre de todas las crónicas, decretado un silencio perpetuo sobre tu persona, ¿de qué clase de pervivencia disfrutarás?

-No me inquieta este horizonte tan aciago que bosquejas. La verdad triunfará, porque una potestad sobrenatural nos impide derrotarla. Por tanto, no me preocupa que proscriban toda referencia a mi persona. Es más, lo deseo, pues así las generaciones venideras alabarán la trascendencia de mi proeza. Aun muerto, encarnaré un ejemplo decoroso no sólo del anhelo inmarcitable de inmortalidad que mora en lo recóndito de nuestro espíritu, sino también de la confianza más conmovedora en la verdad, en la verdad plena y desnuda, en la verdad que engrandece al hombre. En mí contemplarán al mayor de los héroes, a un alma que lo inmoló todo en aras de la permanencia, a una criatura que jamás receló de la pujanza de la verdad...

-Tú no sacrificas nada, porque tus días yacían presos de un aburrimiento melancólico. Tu existencia era hija del sinsentido y no de la esperanza. Tú ganas mucho al renunciar a lo poco que posees, que es tu vida. Eres más sensato de lo que había creído...

VI.

La voluntad de Eróstrato se cumplió fielmente. Es la magia de la determinación. Es el poder de los deseos. Dominan nuestras almas, para finalmente subyugar la adversa realidad cuyo imperio disputan. Ícaro ansiaba volar, y feneció al surcar la ductilidad de los cielos, porque sus alas de cera se acercaron peligrosamente al Sol; pero siglos después, la humanidad desentrañó el hondo secreto que las aves habían custodiado con tanto celo. El anhelo de Ícaro, su sueño más profundo, el de batir la resistencia de la naturaleza, el de conquistar el aire, ha cosechado una sonora victoria. Algo parecido sucedió a Eróstrato. Impetraba, más que nada en el mundo, la inmortalidad. La mayoría de los hombres alberga querencias menos pretenciosas, más vanas y efímeras, un caduco entusiasmo que se extingue poco después de haberse alumbrado, sin imprimir huella alguna.

Sin embargo, la aspiración de Eróstrato sí rubricó una traza indeleble. Era su destino, pues pocas cosas cautivan tanto la imaginación como concebir lo imposible, y la inmortalidad esconde una luz quimérica, una bella utopía que suspiraríamos por exiliar de su amargo destierro metafísico. Su inviabilidad contiene la semilla de su fascinación, porque sólo lo más arduo merece nuestro esfuerzo genuino, sólo lo imposible nos invita, en último término, a consagrarle empeño y energía.

Y Eróstrato protagonizó un milagro: convirtió lo imposible en posible. Penetró en el esquivo reino de la inmortalidad. Incapaz de perdonar que un alma hubiese incendiado la maravilla más señera de Éfeso para obtener unos lauros tan etéreos, tan inaprensibles e inalcanzables para el hombre, una masa enardecida se ensañó salvajemente con Eróstrato y se regocijó con su ejecución pública. Fue cruelmente lapidado con los remanentes del Templo de Artemisa. Iracundos, bramaron contra el humilde pastor que, preso de sus incorregibles ínfulas, había osado alzarse contra las leyes de los dioses y los decretos de los hombres. Pero ingenua muchedumbre... ¿Cómo podían siquiera presagiar que nadie invocaría sus nombres desdichados, que sucumbirían al olvido y a la insignificancia y se transformarían en una mera cifra o en un simple colectivo, “los habitantes de Éfeso”; difuminada su personalidad, disipada su identidad, disuelto su ser en esa transitoriedad que gobierna los senderos de la historia, mientras que Eróstrato perduraría en la memoria venidera? No, no podían augurarlo. Sólo pensaban en la inmediatez y, apegados a la vida terrena, escogieron el anonimato antes que el triunfo eterno. Eróstrato antepuso la fama imperecedera al fugaz disfrute del presente, y ¿no absuelve la historia a los audaces, a quienes manifiestan coraje en los escenarios más premiosos?

Los ciudadanos de Éfeso se esmeraron en suprimir el nombre de Eróstrato de todos los registros. Eliminado de todos los censos, los abuelos no relatarían a sus nietos, bajo el cálido cielo nocturno que enfervoriza el Mediterráneo con su belleza astral, la historia del valiente jonio que destruyó una de las maravillas del mundo por devoción a un don ajeno a la delicuescencia. Una y otra vez narrarían los consabidos mitos sobre dioses y diosas banales, insípidos y enamoradizos cuyos espíritus vagaban por el Olimpo en busca de un bien ignoto -pues los dioses ya lo poseen todo, y en teoría gozan de atributos inmutables: ¿qué les cabe entonces anhelar?-. No se habían percatado de

que los niños y los jóvenes tarde o temprano se cansarían de esos gélidos cuentos de hadas y preferirían el sano realismo de Eróstrato, el intrépido que desafió a las deidades, un héroe más pujante que toda la pompa de Zeus y Afrodita, más admirable que todas sus desabridas fantasías.

Oficialmente, Eróstrato ya no existía. Para cerciorarse de ello, se prohibió toda mención del incendio del Templo de Artemisa. Innombrable y maldita fue desde entonces la onomástica de Eróstrato, cuya sola evocación producía un pavor irracional y generalizado, como si se tratara de un secreto arquetípico preservado en el inconsciente colectivo.

Sin embargo, el tiempo es irreversible, y coruscan aquí los signos de una verdad suprema. Si el pasado es imborrable, todo sudor del hombre, todo trabajo, toda abnegación, todo compromiso con la transformación del mundo, ¿no riega el torrente inagotable del tiempo? ¿No se desdibuja cada paso del individuo en la inabarcable vorágine rectora de los siglos? ¿No topamos siempre con la dolorosa oscuridad de un vacío que ante nosotros se yergue, imperturbable, hiriente, inmisericorde? ¿Para qué afanarnos en expandir las fronteras de la vida y los confines del pensamiento, si todo nuestro esfuerzo, todo nuestro indómito despliegue de energía, tesón e inquietud, se desvanecerá como un soplido vago, como una vaharada efímera, como un bálsamo de ínfima e indefectible finitud, como un minúsculo grano de arena disuelto en la inimaginable y confusa vastedad del universo?

Tanto temían los habitantes de Éfeso que otras almas emularan a Eróstrato que optaron por sacrificar algunas vidas, en concreto las de sus familiares más próximos. Semejante actitud quizás se nos antoje fiera y desalmada, pero juzgaron necesaria la muerte de unos pocos para salvaguardar la flor de toda una cultura. ¿Qué destino habría sido deparado a la civilización si el ejemplo de Eróstrato hubiese cundido y un sinnúmero de espíritus hubiera emprendido su ominosa senda? ¿Qué habría sido de las perlas que mistifican la Acrópolis de Atenas, de los tesoros legados por Babilonia, de los monumentos que prodiga Egipto y de los templos que pueblan el Lejano Oriente? Se extinguiría la luz del arte. La humanidad se autodestruiría. De imitar a Eróstrato, todo cuanto de bello, brioso y aleccionador ha surgido por obra de nuestras manos expiraría inexorablemente, esfumado como una fugaz y hermosa exhalación en la agónica noche del olvido. Se apagarían el fuego de nuestras creaciones y la pira de nuestros sueños. El mundo humano se precipitaría bajo el furor de las llamas. Ya nadie recordaría nada, porque se habría marchitado la trémula rosa de la reminiscencia.

Además, ¿quién se atrevería a seguir el camino de Eróstrato? Su hazaña se vería despojada de cualquier atisbo de mérito, y jamás se parangonaría a la gloria alcanzada por el temerario pastor jonio.

Eróstrato ha encontrado un espacio en nuestra memoria. Se ha hecho inmortal, si convenimos en asociar este epíteto con la entraña del recuerdo. Eróstrato ejerce poder sobre nosotros. Todavía hoy nos usurpa tiempo e imaginación y se alza, por parafrasear a Nietzsche, como ladrón de nuestras energías. A pesar de todo, constituye ésta una

inmortalidad sumamente precaria, infinitamente distante de la “*interminabilis vitae tota simul et perfecta possessio*” boeciana. Es legítimo suponer que Eróstrato aspiraba a otra clase de permanencia: no sólo a residir en el seno de la memoria, sino a vivir en sí mismo para siempre. Brillaría aquí el fulgor de la verdadera inmortalidad, cuya esencia no dependería de los vaivenes desatados por reminiscencias cambiantes y apreciaciones esquivas, sino de un pensamiento eterno que nos transfigurara con su luz, su amor y su sabiduría.

GALILEO Y EL JUDÍO DE VENECIA

- I. Un gueto para los judíos
- II. La curiosidad de un adolescente
- III. Un libro en Venecia
- IV. Con el padre Laterdini
- V. Un mensaje sideral
- VI. Galileo en Venecia
- VII. En el *Campanile* de Venecia
- VIII. La Tierra y el Sol
- IX. La huella del Dios eterno
- X. El dolor de una carta
- XI. Las tribulaciones de Laterdini
- XII. Un judío ante la Inquisición

Epílogo

I. Un gueto para los judíos

Las calles del gueto de Venecia estremecían a toda alma sensible. Eran inimaginablemente estrechas y zigzagueantes, circundadas por altos edificios cuyas sucias paredes sólo podían evocar tímidos reflejos del sufrimiento padecido en su interior. Olores nauseabundos inundaban el intrincado dédalo de ingobernables callejuelas que discurrían junto a canales atestados de desperdicios. Su angostura se agudizaba con el calor sofocante del verano, transido de una humedad perforadora que se inmiscuía rápida y sigilosamente en todos los intersticios de la piel, lo que provocaba una implacable sensación de sudor y encogimiento en ese hervidero inmisericorde. En invierno, un frío incisivo y helador penetraba con igual o mayor facilidad en la atmósfera doméstica y la teñía con sus emanaciones de aire gélido. Un ambiente casi siempre irrespirable anegaba, con sus hedores apestosos, la intimidad de unas casas hacinadas en condiciones pésimas. En estos minúsculos habitáculos, familias enteras de desheredados se repartían el escaso espacio disponible para criar a sus vástagos.

La esplendorosa República de Venecia, cuna de Marco Polo, Tiziano y Tintoretto, receptáculo de los influjos exuberantes incubados en el seno de una miscelánea de culturas y fusionados en el crisol de una belleza sin parangón, dispensaba a los judíos un trato más magnánimo que en otros reinos cristianos, pues al menos les permitía existir. Sin embargo, los confinaba a un barrio abarrotado, compuesto por débiles casuchas de frágiles cimentaciones que se alejaban de cualquier canon estético. Los hebreos se veían obligados a residir en los márgenes de la sociedad. Tenían prohibido el ejercicio de ciertas tareas, la mayoría oficios nobles que, en manos cristianas, contribuían a incrementar el prestigio de la República Sereníssima. Pero, como inopinada contrapartida, las calles del gueto rebosaban de una vivacidad verdaderamente admirable. Un babel de lenguas podía oírse en sus balcones y en sus plazas, desde el alemán al portugués. La subyugante mezcla de unidad y diversidad que define al pueblo judío brillaba en todas las esquinas del gueto de Venecia, mientras niños que proferían palabras en ladino o en italiano alegraban con sus juegos un lugar en el que todo invitaba a sumirse en la tristeza más dilacerante.

Las distintas comunidades judías habían establecido sinagogas cuyos estilos artísticos evocaban añoranza por la hermosura de sus antiguos hogares, de los que habían sido trágicamente expulsados a lo largo de siglos de diáspora forzada. La magia de estos templos que cantaban alabanzas al todopoderoso y omnisciente Dios de Israel no podía contemplarse desde las inhóspitas fachadas, deliberadamente desagradables y antítesis máxima de la fastuosidad que permeaba las iglesias de Venecia, con sus cúpulas majestuosas, sus finos retablos y sus imponentes naves. Sólo desde el interior era posible que los ojos se fascinaran ante la delicadeza de sus artesonados y la perfección de los copiosos detalles estéticos que las esmaltaban. Los judíos de origen centroeuropeo habían erigido la *Scuola Grande Tedesca* y la *Scuola Canton* entre 1528

y 1531; los levantinos edificarían su propia sinagoga en 1575 y los sefardíes concluirían la suya en 1584. En tanta magnificencia disimulada tras paredes vetustas y descascarilladas residía uno de los mayores dramas del pueblo judío: acuciados, por exigencias injustas, a ocultar su talento y su ansia de vitalidad, fantasía y fervor, los hebreos tenían que expresar en silencio sus pasiones artísticas, reservadas para los miembros de una comunidad oprimida, sujeta a toda clase de vejaciones y de animadversiones insanables anidadas en la mente de los cristianos tras siglos de recelo. Las joyas escondidas del gueto pasaban inadvertidas para la mayor parte de los venecianos, pero constituían un refugio saciado de belleza, simbolismo y nostalgia para quienes yacían recluidos en los angustiosos dominios de la judería.

Isaac Ibravel pertenecía a una familia sefardí que había abandonado España en la oprobiosa fecha de 1492, tras renunciar a convertirse al catolicismo. Eran el paradigma de judíos errantes. Después de un periplo que los llevó primero a Portugal, nación cristiana que tuvieron que dejar en 1496 a causa de la orden de expulsión emitida por el rey Manuel I bajo la presión de los soberanos de Castilla y Aragón, se trasladaron inmediatamente a Túnez. Sin embargo, una nueva explosión de odio hacia los judíos empujó a los sefardíes a Europa, en este caso a la República de Venecia. Aliada de España y de los Estados Pontificios en su cruzada contra los otomanos, triunfante en la célebre batalla de Lepanto que había derramado sangre y fuego sobre el Mediterráneo en 1571 (émula de las grandes contiendas navales de la Antigüedad, Salamina y Actium), cuna de Marco Polo y de incontables mercaderes que habían enriquecido a esta perla del Adriático, la Serenísima toleraba a los judíos, aunque los enclaustraba en un gueto ominoso y los sometía a todo tipo de restricciones asfixiantes. Gozaban, eso sí, de una libertad incomparable: la de profesar su religión. La estirpe de los Ibravel agradecía a su Señor que, tras décadas de penuria y nomadismo, hubieran logrado asentarse en Venecia.

La gloria de Venecia era proverbial. Admirada ubicuamente como uno de los tesoros más pujantes del mundo conocido, esta urbe atravesada por multitud de canales y flanqueada por solemnes e inconfundibles edificios había conquistado la belleza más pura gracias a su combinación de piedra, agua y cielo. Los mercaderes y prestamistas judíos habitaban en Venecia desde la Baja Edad Media, pero sus actividades habían concitado tantas suspicacias que, además de pagar impuestos especiales de cuyos gravámenes los cristianos se veían eximidos, habían experimentado todo tipo de absurdas prohibiciones y de incomprensibles cortapisas a su ímpetu económico. Por ejemplo, en 1394 el Senado de Venecia, cercado por prejuicios, leyendas negras y difamaciones cuidadosamente esparcidas, decidió expulsar a los hebreos, aunque toleró su presencia en la ciudad en períodos de no más de dos semanas. Los prestamistas, eso sí, podían permanecer. Estaba claro que el pueblo de Venecia, por intenso y corrosivo que fuera el temor albergado hacia los hijos de Israel, no quería privarse de sus valiosos servicios financieros, sobre todo cuando las leyes cristianas vetaban el cobro de intereses, lo que, en la práctica, no hacía sino ahogar el crecimiento económico y condenaba a muchas naciones a un perenne estancamiento.

La fundación del gueto aconteció en 1516, cuando el *Dux* de Venecia ordenó el confinamiento de los judíos a la angostura de un barrio periférico situado en una isla hedionda, de las tantas que abundaban en la joya del Adriático. La afluencia masiva de judíos sefardíes a mediados del siglo XVI cambió la fisonomía del gueto. Una nueva sinagoga surgió, la alegre viveza del ladino comenzó a oírse por las calles y los hebreos de origen hispano adquirieron una notable prominencia en el seno de la sociedad del gueto. Aun así, las prohibiciones proliferaron y en ocasiones alcanzaron los extremos más despiadados e irracionales. Los judíos podían salir del gueto durante el día, pero de noche, al extinguirse el crepúsculo, imperaba una especie de estado marcial perpetuo. Fuera del gueto, debían vestir prendas identificativas, sambenito que los delataba ante los ojos suspicaces y estigmatizadores de los venecianos, atuendo que por tanto mortificaba aún más su ya de por sí desdichada existencia en tierras cristianas. Las tasas de interés cobradas por los prestamistas judíos estaban estrictamente reguladas, y cualquier adversidad que se cerniera sobre Venecia desataba de súbito las aprensiones de los cristianos, quienes, en vez de investigar sus causas más profundas, parecían ávidos de culpar a los judíos -sus eternos chivos expiatorios- de cualquier calamidad.

Lo más admirable de esta historia transida de tragedias e iniquidades, muchas fenecidas en los tristes féretros del olvido, estriba en la reciedumbre exhibida por los judíos de Venecia. Losas tan inhumanas habrían marchitado el espíritu de cualquier otro pueblo carente del hondo e incommovible consuelo de la fe, pero los judíos, acostumbrados al dolor y a la precariedad, no se desazonaban. No importa lo ignominiosas que se revelasen las leyes dictadas por la República para afligir a los judíos: su fe inflamaba su perseverancia, y el alma vertebradora de una tenacidad indestructible insuflaba hálito vital en los atribulados corazones hebreos, siempre dispuestos a caminar hacia un destino oscuro.

II. La curiosidad de un adolescente

Isaac podía sentirse afortunado. Había nacido en febrero de 1592 y, a sus diecisiete años de edad, vivía en un gueto que por entonces acariciaba su auténtica edad de oro, si es que la gloria tenía cabida en medio de tanto y tan clamoroso dolor. Lo cierto es que la irrupción de quienes tantas delicias espirituales y materiales habían cosechado laboriosamente en su añorada Sefarad le había reportado pingües ganancias al gueto. Factores como el comercio con otras ciudades mediterráneas, la independencia de los judíos y sus facilidades para realizar transacciones económicas con naciones no cristianas, el advenimiento de nuevas tradiciones culturales y de florecientes estilos artísticos, así como la relativa calma y estabilidad que reinaban en la República, cuyas ventajas rozaban indirectamente a los desposeídos del gueto, habían auspiciado tiempos providentes. Poetas, médicos, prestamistas, rabinos ilustres, estudiosos de la Torá y del Talmud, cabalistas, impresores, comerciantes... integraban las comunidades judías.

La familia de los Ibravel poseía un hogar humilde, enclavado en el corazón del gueto. Cada Shabbat acudían puntualmente a la sinagoga hispano-portuguesa para celebrar los ritos religiosos, y su piadosa devoción por el estudio de la Palabra de Dios hecha ley en la Torá se había transmitido de generación en generación desde hacía dos siglos. A finales del siglo XIV, los antepasados de los Ibravel habían descollado como rabinos en la Granada de los Nazaríes, el último reino musulmán de la Península Ibérica. Su profundo amor por la lengua hebrea se había traducido en numerosas composiciones poéticas y en prolijos comentarios a los libros de la Torá. Baruch Ibravel, tatarabuelo de Isaac, se había especializado también en la ciencia talmúdica y se había entregado enérgicamente a aprender la teología de los cristianos. Las espesas nieblas del espíritu persecutorio no habían penetrado en el reino granadino, donde los hebreos disfrutaban de una relativa tolerancia que, esporádicamente, desembocaba en episodios de animadversión, pero que generalmente discurría por cauces pacíficos.

Con la conquista católica de Granada en la aurora de 1492, año memorable para la España cristiana pero indescriptiblemente triste para los sefardíes, la situación se radicalizó. Las presiones políticas, sobre todo el ansia de unificar espiritualmente España y de dotarla de una armonía religiosa que los Reyes Católicos juzgaban imprescindible para sus ambiciosas estrategias militares y sociales, condujeron a la firma del decreto de expulsión de los judíos, aprobado en marzo del fatídico año de 1492. Miles de familias tuvieron que abandonar sus casas, y el depósito de tantas esperanzas albergadas en Sefarad como nueva patria de los judíos se desvaneció irremisiblemente. Con nostalgia pudieron mirar muchos, como la desventurada mujer de Lot, a la que había sido su tierra de acogida durante centurias de diáspora, pero la crueldad de una decisión política era irreversible. Dinastías enteras de hebreos que no habían conocido otra tierra que Sefarad tuvieron que viajar a Portugal o embarcarse

rumbo al África septentrional. Los Ibravel escogieron la primera opción. Sin embargo, la expulsión de los judíos de Portugal en 1496 detonó una nueva tragedia, sólo resuelta parcialmente cuando, después de haber residido casi tres décadas en Túnez, resolvieron afincarse en la República de Venecia.

Connaturalizados, como sus ancestros, con la desdicha más intensa, los padres de Ibravel habían infundido en sus vástagos un ánimo entreverado de resignación y audacia. Eran conscientes de que la situación de los judíos tardaría mucho en mejorar sustancialmente, y sabían que oscuras potestades (cuyas órdenes contrariaban, por supuesto, el designio primigenio del creador y protector de Israel) todavía los condenarían décadas a malvivir en la amargura de un gueto agónico y solitario. Por ello, y en consonancia con la tradición de preferencias intelectuales que los precedía, habían inculcado en sus hijos un amor imponderable hacia el conocimiento que probablemente coadyuvaba a disipar muchas de sus penas. En la estela de sus ilustres antepasados, los Ibravel no habían cesado de cultivar el estudio de la Torá, del Talmud y de la Mishná, y se habían iniciado también en las extrañas ciencias cabalísticas que notables eruditos judíos habían desarrollado en la España medieval.

Isaac y su hermano gemelo Jonatán hablaban el hebreo como lengua materna, pero se desenvolvían con idéntica destreza en el italiano y en el ladino. Desde la cuna y el amanecer de sus recuerdos, su madre les había hablado indistintamente en estos tres idiomas, y las rítmicas canciones que les dedicaba habían habituado sus oídos a estas tres lenguas y a sus entresijos fonéticos. A la tierna edad de cuatro años, su padre, Benjamín Ibravel, un hombre que siempre les obsequiaba con expresiones delicadas y palabras edificantes, les había enseñado a leer y escribir el hebreo, con la esperanza de que en un futuro no muy lejano se convirtieran, como él, en dignos rabinos de la comunidad sefardí. Isaac y Jonatán, inseparables, jugaban juntos en las calles con otros niños judíos; corrían y gritaban con un alma tan pura y candorosa que toda evocación del sufrimiento sobrellevado el interior del gueto se difuminaba milagrosamente. Pese a las oprobiosas condiciones en que había transcurrido, su infancia había sido feliz. Rara vez habían pasado hambre, y rara vez habían experimentado una atmósfera de desgracia inexorable. Incluso cuando las dificultades arreciaban, sus padres, firmes creyentes en la elección divina de Israel y en la mejora venidera de su pueblo, les habían transmitido una confianza robusta en Dios y una devoción honda hacia las normas consuetudinarias de los hebreos, bálsamo que sanaba cualquier herida.

En ocasiones, su padre los vestía adecuadamente para que franquearan los límites del gueto y contemplaran la hermosura de la Venecia cristiana. Isaac y Jonatán rebosaban de gozo al admirar tantas construcciones incomparablemente primorosas, tantos campanarios concertados para emitir, al unísono, afinadas y armoniosas melodías que tallaban pujantes sugerencias en el recinto amurallado de sus ilusiones, el tránsito constante de barcazas mecidas por las suaves y espumosas corrientes del Gran Canal, el alborozo que bullía en las calles, anegadas de comerciantes que arrullaban como aves fragorosas para anunciar las bondades de sus productos, los magníficos adornos que

embellecían los atusados cabellos de las elegantes damas venecianas, los esmerados ropajes de los clérigos, con sus pulcros mantos de armiño, sus cuellos almidonados y sus anillos resplandecientes, el brillo recóndito y multicolor de las aguas turquesadas del Adriático al alba, al mediodía y al crepúsculo, mientras franjas estriadas de tenues irisaciones violáceas agrietaban el vigoroso azul del cielo con sus rayos cárdenos y sus chispas adamantinas... Todo en Venecia les parecía henchido de un encanto insondable. Adoraban sumergirse en esa vorágine de voces, pasos y rostros que transparentaba la actividad incansable de una de las ciudades más dinámicas de la Europa del momento, cuyas naves surcaban el Mediterráneo de un extremo a otro repletas de bienes valiosos y exóticos. La imaginación de Isaac y Jonatán vagaba por un cielo de intuiciones inescrutables y siempre imbuidas de belleza, y el contraste tan explícito entre las penurias del gueto y el esplendor de la urbe los exhortaba a soñar con una hondura y una viveza que sólo conocen quienes han sufrido en sus propias carnes la sombra de la carencia.

Al cumplir los trece años, los progresos de los hermanos Ibravel en la ciencia de la Torá eran extraordinarios. Sin embargo, Isaac empezaba a abrigar un sentimiento desconcertante. Alababa, sí, las tradiciones de su pueblo, y la veneración que tributaba hacia el pasado sublime de Israel sólo competía con el amor rendido a sus padres. Pero años de inmersión en las aguas más profundas de la Torá, del Talmud y de la Mishná no saciaban su sed de conocimiento; tampoco el estudio infatigable de las doctrinas de rabinos insignes como Hillel, Aqiba y Maimónides. Grácil y pudorosamente, la sabiduría aleteaba en las enseñanzas que había recibido, y percibía tímidos destellos de la huella de Dios en innumerables términos y conceptos que había asimilado de modo diligente. Aun así, él anhelaba un conocimiento más vasto. Incontables noches se había consagrado en cuerpo y alma a otear el firmamento que le bendecía con las rutilaciones de sus perlas luminosas. Su hermano solía acompañarle en esta fascinación por el cielo estrellado que desplegaba su furor versátil en el silencio y en la oscuridad de las noches más templadas, pero Jonatán había interiorizado sin fisuras la certidumbre insumisa de que la sabiduría verdadera yacía custodiada en las letras de la Torá, por lo que sólo en la meticulosa hermosura de sus trazos y en su plenitud, de resonancias geométricas, discerniría ese conocimiento profundo y último por cuya luz suspiraban las agudas inquietudes de su corazón.

Jonatán estaba destinado a ser un gran rabino. De sus labios sólo emanarían palabras iluminadoras y misericordiosas. Su fe en la Torá como encarnación máxima de la inteligencia, de la piedad y de la belleza era inquebrantable. Isaac, en cambio, vacilaba. Inhóspitas dudas crecían, y él cincelaba la ductilidad de una valerosa esperanza: la de descubrir tesoros sapienciales aún más puros e intensos que las relevaciones acrisoladas en las sagradas escrituras de sus padres. Leía y releía los versículos de la Torá y memorizaba sin descanso capítulos enteros, pero todo era en vano, porque no encontraba las respuestas que buscaba con un fervor noble y contagioso. La Torá no le explicaba cómo era ese mundo ágil, prístino e incandescente que cada noche centelleaba sobre su cabeza. Le decía, sí, que el Dios de Israel, Señor

del universo, benefactor del pueblo hebreo, a quien había prometido una descendencia mayor que el caudaloso número de astros encaramados al firmamento, Aquél en quien la justicia y la clemencia coronaban una cima de armonía y concordia que rebasaba la comprensión del hombre, había creado el cosmos, y le había impreso un orden cuyos destellos sapienciales reflejaban su infinito amor hacia Israel. Pero arcanas pulsiones aleteaban en su corazón como huéspedes ansiosos, y enardecían su curiosidad. Él quería algo más, un don innominado, una luz indescifrable que devoraba lentamente su espíritu. Su candente fulgor fletaba naves invisibles que levaban anclas y huían a islas ignotas, mientras él se batía en un duelo implacable contra sí mismo, contemplando cómo expiraba la flor exánime de su fe, percida en los campos de la ciencia.

Con avidez planteaba preguntas intempestivas a su padre, el sabio rabí, quien no dejaba de repetirle que los designios más profundos del Señor excedían el poder de la mente humana, y que sólo el conocimiento riguroso de su Palabra consignada por Moisés en la Torá despejaría las densas incógnitas que desazonan al hombre y tapián sus trémulos sentidos. Pero Isaac insistía: por mucho que leyese con fidelidad los textos de las escrituras, ningún pasaje conseguía dilucidar los enigmas que rondaban su mente. Él se esforzaba en esclarecer el auténtico sentido de los libros sagrados para hallar en sus letras, perfectamente sincopadas, la contestación que cubriera de luz esos misterios cuyas penumbras crepusculares no desistían de asaltarle, pero todo era inútil. Él divisaba las reverberaciones de cónclaves de estrellas y sínodos de constelaciones sobre las que no existía referencia alguna en los libros sagrados. Su padre le había enseñado que los gentiles, y en especial los griegos, habían destacado como astrónomos, pero también le había inculcado un tenaz desdén hacia semejantes prácticas, contaminada por febriles elucubraciones astrológicas que resultaban incompatibles con la soberanía de Dios sobre el universo, fruto sublime de su voluntad eterna. Jonatán también le disuadía de perderse en especulaciones ajenas a la Torá, a los Salmos y a los profetas, porque sólo allí hundiría la imaginación en los secretos más profundos de la creación divina.

Isaac notaba cómo la cercanía con su hermano, fuente de una felicidad tan límpida y exuberante en la infancia, se erosionaba y languidecía lentamente, cual hoja seca que cae de un árbol exhausto, pues ya no se asomaba con la misma facilidad a las inquietudes de su hermano. Como una luz mortecina, los ecos de su corazón ya no vibraban en esa alma. Jonatán sí se convertiría en un gran rabino, y ennoblecería la tradición familiar. Él sí ayudaría a muchos hombres y mujeres del gueto a soportar su dolorosa existencia, pues les haría partícipes de la misma y tersa fe que florecía en su espíritu. Él sí glorificaría al Señor de Israel con el brillo de sus prédicas. Él sí encauzaría sus volátiles ambiciones para fecundar un valle rebosante de vida, devoción y fortaleza, en vez de forjar riachuelos desbocados. Isaac, por el contrario, vagaría en soledad por el mar de las dudas arrumbadas en el mutismo de su corazón, y en su abandono ascético, en las llagas imperceptibles de su exilio interior, deshojaría sus clamores más punzantes.

Fue una lluviosa mañana de otoño cuando extraños sentimientos se conjuraron en el alma de Isaac. ¿Cómo reprimir las sospechas que arreciaban de manera inmisericorde en su ser más recóndito? ¿Cómo ocultar que aquellas emociones tan profundas y felices, antaño manantial de la mayor delectación, habían sido disipadas por las ráfagas repentinas de un viento intangible? Ya no era el mismo, pero un cambio tan significativo en su personalidad se había fraguado de modo silencioso, rápido e inesperado. Era imposible describir con precisión los detonantes concretos de esta auténtica metamorfosis interior que le había llevado a dudar de la fe de sus padres y del valor de las tradiciones heredadas. Todo se le antojaba demasiado confuso, y ahora se veía envuelto en la más oscura e intraducible de las vacilaciones íntimas. Todo evocaba angustia, pero esta zozobra anímica ya no le causaba temor. Era consciente de que tendría que convivir con ella.

Pese al creciente alejamiento que escindía, con trémula sutileza, sus respectivas almas, en pocas personas había depositado una confianza tan firme como en la de su hermano, espejo en el que se reflejaban sus ansias incontenibles:

-Jonatán, si todo lo valioso está revelado en la Torá que el Señor dictó a Moisés, y si ninguna otra verdad puede descubrirse, ¿por qué tantos pueblos veneran otros libros?

-La sabiduría del Señor se ha manifestado en la Ley de manera insuperable. Los libros de los gentiles sólo son pálidos ecos de la grandeza de la Torá.

-Pero ¿has leído esos libros?

Un tímido centelleo encendió el rubor de las mejillas de Jonatán, chispa que dulcificaba aún más su rostro lampiño y lo orlaba con una diadema de flores invisibles:

-No. No he necesitado leer esos libros, porque mi fe en la sabiduría de la Torá es plena, y jamás flaquea. Dios habló a Moisés y a los profetas para revelarles su sabiduría más íntima y profunda, y así iluminar las sendas de Israel, a fin de que, aun en la adversidad, su testimonio de confianza nos insuffle la fuerza que nos falta. La Ley es la culminación de toda la sabiduría que puede alcanzar el hombre.

-Recordarás que hace unas semanas, cuando fuimos con nuestro padre a la ciudad, en una estrecha callejuela que desembocaba en la Plaza de San Marcos, topé con un bello ejemplar de un libro que veneran los gentiles. Creo que se titulaba *La Divina Comedia*, y que su autor se llamaba Dante Alighieri.

-Sí, me acuerdo. Los gentiles pronuncian constantemente ese nombre. Para ellos, la belleza de sus palabras evoca la figura de un ángel descendido de los cielos.

-¿Y recuerdas que yo lo abrí, y que mientras padre y tú os alejabais, yo me demoré varios minutos leyéndolo?

-Sí. Fui yo quien tuvo que regresar a buscarte. Nuestro padre estaba inquieto porque no te encontraba. Pensaba que te habías perdido. Grande fue mi alivio cuando me di cuenta de que sólo te habías entretenido con un libro hermoso, aunque fuera obra de los gentiles.

-Buceé en ese libro, Jonatán, y te prometo que me invadió un placer inconmensurable. Como flores recién abiertas, nombres que nunca había oído desfilaron ante mí. Figuraban algunos de los profetas de Israel, pero otros muchos eran gentiles, y creo recordar el nombre de Virgilio, un poeta romano. No tuve tiempo de leer muchos fragmentos del libro, mas sólo recuerdo que una irrupción de belleza indescriptible lavó mis párpados. Como olorosos perfumes exhalados por rosas de Israel, la fragancia de esas palabras tan armoniosas y melódicas me conquistó.

-Dudo, hermano mío, que en un libro de los gentiles, por sublimes que se te antojen sus palabras, encuentres nunca una pureza, una fuerza y una hermosura tan grandiosas como en la Torá, en los Salmos y en los profetas. Un hombre jamás podría emular al Señor del universo, y ningún verbo puede ser tan bello como las letras que nos ha revelado Aquél cuyo nombre es impronunciable. Sólo Él conoce el auténtico rostro de la belleza y de la perfección, y sólo Israel camina con firmeza por el mundo de acuerdo con sus designios primordiales.

-Te lo aseguro, Jonatán. Las palabras italianas de ese libro escrito por un gentil rebosaban de vida, y absorbieron profundamente mi curiosidad. Jamás había escuchado mi corazón una música tan seductora, y ni siquiera los Salmos habían penetrado en mí con semejante ímpetu. ¿No te acosa a ti también la posibilidad de que exista otra belleza y otra sabiduría más allá de la Torá?

-Nunca podría sucumbir a esa duda, hermano, porque mi fe en la Torá es inquebrantable. Todo en ella es bello, inmaculado, armonioso; todo en ella nos desvela el rostro del Señor de Israel, que en su Ley sublime ha reflejado todo lo que el hombre necesita para alcanzar la felicidad y responder con gratitud al don de la vida, obsequio suyo. Generación tras generación, nuestro pueblo ha perseverado en la fe, porque Moisés rubricó un pacto en el Sinaí: Dios caminaría siempre con nosotros mientras cumpliésemos sus decretos santos y puros. Tú y yo debemos seguir esta senda de tenacidad. Más sufrieron los hijos de Sion desterrados en Babilonia que nosotros en este gueto de Venecia y, sin embargo, al no flaquear su fe, al no desvanecerse su amor hacia el Dios que nos había amado inconmensurablemente desde los albores de la creación, continuó como un siervo fiel, como un peregrino impávido. Y así ha sido hasta nuestros días.

-Pero en la Torá no encuentro ninguna alusión al presente, ni a tantos acontecimientos que, entre los gentiles, han definido el rumbo de su historia.

-Porque ese conocimiento no es necesario para Israel. No lo precisamos para convencernos de que Dios no abandonará nunca a Israel, su primogénito, su protegido, su predilecto, la joya de sus manos. Aunque los gentiles destruyan el Templo de Salomón engrandecido por Herodes, el verdadero tesoro de Israel persiste, incólume, en la Palabra, en la Torá, que como un río inagotable perfora los siglos y no cesa de iluminar a nuestro pueblo en las alegrías y en las adversidades.

-Jonatán, tú sabes más que nadie que te amo profundamente, y que, además de mi hermano, siempre has sido mi mejor amigo, mi confidente, el espejo donde se reflejaba el haz de mis ansias más íntimas e indomesticables. Me has acompañado en todo, y cuando yo derramaba lágrimas, tú siempre acudías con presteza a consolarme y a enjugar mi llanto con el paño de tu amor fraterno. Pero tú también sabes que mi corazón vacila, pues, tembloroso como el plumaje de un ave asustada, anhela entender más sobre el mundo en el que vivimos, y comprender también a esos gentiles que muchas veces sólo nos dispensan odio, animadversión y recelo. Tú sabes que yo no puedo constreñir mi sed de verdad a lo que nos revelan las sagradas escrituras, porque soy consciente de que todo un mundo desconocido existe, un mundo donde abundan la belleza, la claridad y la misericordia.

-Te entiendo, hermano, y sabes que sólo puedo apoyarte en todo lo que emprendas.

III. Un libro en Venecia

El distanciamiento entre los hermanos se acentuó conforme avanzaba su adolescencia. Jonatán progresaba en su misión como rabino. Su nombre comenzaba a ser admirado entre los sefardíes del gueto, que en él veneraban a un digno discípulo de su padre y del mismísimo Maimónides, pináculo de los sabios. Isaac había abandonado definitivamente los ecos consagradorios de toda vocación religiosa. Continuaría apegado a las tradiciones de sus padres, acudiría escrupulosamente a la sinagoga y no cesaría de meditar sobre los textos canónicos, pero jamás sería un rabino. Aunque sus padres, personas clementes que sólo deseaban el mayor bien para sus hijos, le dejarían permanecer en casa y satisfacerían todas sus necesidades materiales de forma generosa y desprendida, él se había iniciado en el arte de las finanzas con varios prestamistas sefardíes. Gracias a ello, había atesorado una módica pero suficiente suma de dinero que le permitía desenvolverse con cierta holgura tanto en el gueto como en la suntuosa Venecia.

Sin embargo, la tragedia advino. El padre de Isaac y Jonatán empezó a mostrar síntomas de una enfermedad extraña. Su piel palideció y el cansancio inundó su ánimo. Se veía obligado a recluírse jornadas enteras en casa, sin poder acariciar la luz del día. Su madre, Sarina, se afanaba en atenderle con toda la ternura que era capaz de concitar su alma bondadosa y fiel, pero sus desvelos no lograron impedir lo inevitable, y el rabino Benjamín Ibravel murió cuando Isaac y Jonatán acababan de cumplir los dieciocho años. Su madre se sumió en una consternación profunda, tan amarga que ni siquiera los cuidados de sus hijos podían mitigar el desamparo que significaba la pérdida de su amado esposo. Lloraba diariamente, abismada en los despojos de su soledad, sentada en una frágil silla carcomida por el paso del tiempo. Ni siquiera la consolaban los versículos de la Torá y de los Salmos, ni siquiera esas palabras del profeta Daniel promisorias de una resurrección de los justos en el ocaso del mundo que sus hijos le leían con piadosa entrega y voz flébil. Jonatán le recitaba los pasajes más sublimes del Cantar de los Cantares para inmortalizar el amor que sus padres se habían profesado. Pese a su aflicción, Sarina, como fiel hija de Israel, paciente como Job a la espera de una bienaventuranza futura, cuando el Señor se compadezca de sus gemidos y esparza su gracia infinita, dispensaba sonrisas esporádicas al escuchar con qué perfección su retoño declamaba los versos más embriagadores de estos libros bíblicos. Los hermanos Ibravel se percataron de que su luz se apagaría en breve y, en efecto, tres meses después del fallecimiento de su marido, Sarina abandonó este mundo.

Jonatán, que pocos años antes había contraído matrimonio con una hermosa sefardí del gueto, de quien esperaba ya un hijo, se trasladó con su familia al hogar que antes ocuparon sus padres. Fraternalmente ofreció a Isaac quedarse a vivir con ellos, pues aún no tenía mujer, pero su hermano, temeroso de que el recuerdo de sus padres tiñese su antigua morada de una melancolía incurable y avasalladora de su espíritu,

prefirió mudarse a una casa adyacente, también un habitáculo ínfimo de los tantos que poblaban el gueto.

Aunque una honda nostalgia se había apoderado de su alma tras el fallecimiento de Benjamín y Sarina, los numerosos proyectos comerciales que había iniciado con otros sefardíes del gueto le absorbían tanto tiempo que pronto aprendió a olvidar el dolor infligido por la ausencia de sus amados padres. Por obligación, todas las mañanas tenía que abandonar el gueto y caminar hasta los aledaños de la Plaza de San Marcos, donde solía visitar al dueño de una librería. El hombre en cuestión, a quien él y sus compañeros habían prestado la suma necesaria para poner en marcha su negocio, se llamaba Andrea Qualponto. Había nacido en Venecia treinta años antes. Poseía rasgos finos, nariz puntiaguda y frente extensa. La franqueza de sus ojos electrificaba a cualquiera que los observase. Su familia residía en una humilde casa situada en las proximidades de la iglesia de *Santa Maria Formosa*. Aunque era un devoto católico, y en ocasiones sus palabras traslucían los típicos prejuicios tristemente enraizados en las almas cristianas, respetaba a los judíos y entablaba vívidas conversaciones con los moradores del gueto, de cuyos servicios financieros se beneficiaba con tanta frecuencia. Su expresión siempre denotaba amabilidad y su rostro reflejaba una alegría perenne, trasunto de esa felicidad y de ese amor hacia la vida que se palpa por doquier en las ciudades italianas, habituadas a degustar las delicias de la luz hialina del Sol, inmersas en la perpetua primavera que las unge con sus rayos propicios. De verbo fácil, ayudado por su sonrisa inextinguible y por una elegancia que se manifestaba en su porte escultórico y en sus ademanes de ecos regios, Isaac disfrutaba de la afabilidad de su presencia.

A pesar de que causas estrictamente económicas solían motivar sus encuentros, entre ambos había cristalizado una incipiente amistad que les permitía abordar temas ajenos a las flaquezas del dinero. Al contemplar el alma nívea y bondadosa de Andrea, Isaac se había desembarazado de muchos de los estereotipos sobre los católicos que anidaban en el espíritu de los judíos. No todos eran injustos. No todos perpetraban atropellos indescriptibles contra los hebreos. No todos odiaban al pueblo de Israel. No todos trataban a los judíos de manera humillante. Algunos cristianos eran cordiales y generosos, y el mensaje de amor que proclamaban sus evangelios también resplandecía en las facciones y en las vivaces palabras de Andrea. Es cierto que constituía una excepción, una saludable anomalía en medio de ese océano encrespado de celos e incomprendiones fructificadas amargamente en el corazón de tantos católicos, pero como Isaac y sus colaboradores del gueto rara vez interaccionaban con otros cristianos que no fueran los del entorno de este librero, poco les inquietaba que la regla general imperante se revelara claramente hostil hacia los judíos.

Una mañana de verano, tórrida y bochornosa como sólo la humedad penetrante de Venecia sabe fraguar en cuanto despiertan sus auroras implacables, Isaac se dirigió al establecimiento de Andrea. El calor era intolerable y el aire adensado empapaba sus ropas. Por fortuna, el camino desde el gueto discurría por calles tan angostas que

prácticamente ningún resquicio de la abrasiva luz solar se posaba sobre la cabeza del viandante. Sólo al atravesar las plazas se sentía la auténtica y agotadora fuerza de sus haces calcinadores y de la atmósfera pegajosa que preponderaba. Al cruzar los umbrales de la librería, Isaac sintió un gran alivio. En el interior reinaba una frescura verdaderamente revitalizadora a esas horas del día. El lugar, aunque pequeño, constaba de techos altos y de paredes gruesas, disipadores de las temperaturas inhumanas del estío veneciano. Andrea debía de haberse ausentado momentáneamente, pero Isaac, que tenía que discutir con su nuevo amigo unas cláusulas sobre los términos de devolución de un préstamo, reparó en la presencia de un libro que procedía de la imprenta de Tomás Baglioni. Había oído este nombre, bien conocido entre los judíos del gueto, con quienes había negociado la financiación de su negocio. Abrió el ejemplar, pulcramente editado y con la imagen de una mujer sedente sobre un trono casi invisible estampada en la parte inferior. Hojeó algunas páginas, redactadas en latín.

-Así que te gusta el *Sidereus Nuncius*...

Andrea había entrado prácticamente de incógnito en su librería, por lo que Isaac, emocionado con su nuevo descubrimiento, no había advertido su llegada.

-Sí. La belleza de la portada me ha llamado poderosamente la atención.

-Bien, bien. Una persona curiosa siempre triunfa, querido amigo. El resto se sume en la apatía, y su existencia se convierte en una travesía tediosa –respondió Andrea, mientras se mesaba la barba, cuyos rizos, castaños y gratamente ondulados, formaban bucles parecidos a las imágenes de ángeles y querubines que adornaban las iglesias cristianas.

-¿Quién es Galileo Galilei?

-Acabo de recibir este libro de la imprenta de Baglioni. No sé mucho sobre su autor. Tengo entendido que se trata de un brillante profesor de matemáticas de la Universidad de Padua.

-Veo que ha dedicado el libro al Gran Duque de Toscana, de la célebre estirpe de los Médici.

-En estos días, sin un patrón ilustre es imposible editar libros. Los elevados gastos de impresión aconsejan buscar el mecenazgo de alguien insigne que los sufrague.

En ese preciso instante, un hombre ricamente ataviado con una túnica aterciopelada de destellos purpúreos irrumpió en la librería y se sumó espontáneamente a la conversación:

-No sólo el dinero habrá persuadido a Galilei de las ventajas de un patrono poderoso, que no tema arriesgar parte de su patrimonio. También la necesidad de contar con el beneplácito de los censores eclesiásticos es un factor a tener en cuenta.

Su aspecto era imponente. De gran estatura y temible corpulencia, de cabellos encanecidos que evocaban solemnidad, una fina túnica de tonalidades carmesíes cubría su espalda, y dorados anillos con emblemas majestuosos ornamentaban sus dedos, de parda piel olivácea.

-¡Senador Gianobene, qué honor para esta humilde casa recibirlos hoy!

Los ojos de Andrea se habían iluminado inusitadamente al reparar en la llegada de su distinguido visitante.

-Isaac, permíteme que te presente al Senador Roberto Gianobene, prócer veneciano y fiel cliente de mi librería.

Se saludaron con efusividad. Isaac sintió la mirada escrutadora y envolvente del senador. Un cierto desasosiego se enseñoreó de su alma, aunque sus miedos se desvanecieron de inmediato, pues Gianobene, con una de esas sonrisas enternecedoras, estampas de luz y vida, que apagan cualquier vestigio de intranquilidad en el interlocutor, estrechó sus manos y exhibió una cortesía que pocos cristianos habrían tributado a un circunciso, delatado por el estigma de sus vestimentas.

-Es un placer, Isaac. Siempre me alegra conocer a los amigos de Andrea y gozar de las animadas conversaciones que suelen tener lugar en su librería.

-Senador Gianobene, Isaac está intrigado con una de mis últimas adquisiciones. Me la acaba de enviar la imprenta de Baglioni. Es un libro escrito por el matemático Galileo Galilei.

-¡Oh, qué buena noticia saber que ya tenéis un ejemplar de su *Sidereus Nuncius*! Los hombres más sabios de Italia no cesan de mencionar a Galilei. Aseguran que ha realizado descubrimientos extraordinarios sobre el cielo y las estrellas.

-¿Conocéis a Galileo Galilei? –preguntó Isaac, con una voz tan apasionada como intempestiva.

-Su padre, Vincenzo, fue un músico prestigioso cuyas artes con el laúd maravillaron a los oídos más exquisitos de Florencia y Venecia. De hecho, mi tío era una persona muy cercana al músico Gioseffo Zarlino, uno de los maestros de Vincenzo Galilei. En lo que respecta a Galileo, yo tuve el honor de asistir a la presentación de su novedoso invento, el telescopio, en el Palacio Ducal, en agosto del pasado año.

-¿Telescopio, habéis dicho? – inquirió Isaac, con un leve pestañeo, mientras sus ojos brillaban al son de su mirada cándida.

-Sí, el telescopio, un ingenio fascinante. Al parecer, se inspiró en un artesano holandés que, como buen experto en lentes, había diseñado un artilugio capaz de multiplicar prodigiosamente el alcance de la visión humana para desvelar misterios escondidos del universo, de modo que objetos lejanísimos se observaran con gran facilidad, como si el ojo accediese a una torre inopinada desde cuyos altos balcones fuese posible divisar de cerca las estrellas. La demostración de su funcionamiento fue asombrosa. El propio Dogo y algunos senadores probaron el invento en el campanario de la Basílica de San Marcos. Yo no subí, pero a tenor de su relato, la experiencia fue irrepetible. Deslumbrados, todos admiraron la creación de Galilei, y toda la corte veneciana se rindió a su talento. De hecho, le ofreció unas condiciones salariales bastante ventajosas, sin duda mejores que su exiguo salario de docente en Padua...

-¡Podéis sentiros dichoso por haber conocido a un hombre tan interesante, senador Gianobene!

Un entusiasta Isaac exultaba con todo lo que oía en boca de Gianobene. Por fin alguien, aunque fuera un gentil, se había aventurado a explorar ese misterioso mundo que renacía cada noche, bañado de un silencio de reverberaciones divinas que sólo podía revelar la grandeza del creador del universo, de Aquél a cuya gloria cantan, como proclamaba el Salmo de David que él había escuchado tantas veces en la sinagoga, los coros del cielo y de la tierra.

Andrea, con tono irónico y con un labio ligeramente trémulo cuyas titilaciones llamaban la atención, intervino:

-Sí, Isaac, ya ves cómo los gentiles inventamos artilugios cautivadores, que ni todos los sabios de Israel juntos habrían imaginado...

Tímidamente ruborizado, Isaac replicó:

-Sin duda, las creaciones de los gentiles son fastuosas. Su ciencia nada tiene que envidiar a la sabiduría de Salomón.

-Por favor, Isaac, acepta mi obsequio y llévate el libro. Seguro que pocos lo aprovecharán tanto como tú y extraerán todo su jugo.

-Muchas gracias, Andrea, pero veo que está escrito en latín, lengua que ignoro.

-Eso no debería suponer ningún problema –contestó el Senador-. Conozco a un amable y magnánimo sacerdote, canónigo de la Basílica y persona muy próxima al reverendísimo patriarca, Francesco Vendramin. Ha estudiado en profundidad la lengua de los hebreos, y siempre se muestra sumamente interesado en conversar con ellos para aprender de sus tradiciones. Estoy convencido de que no le importará dedicaros algún tiempo y concederos algunas lecciones de latín, con tal de que practiquéis con él la lengua hebrea y respondáis a sus múltiples interrogantes sobre las leyes judías. Se llama Lorenzo Laterdini y derrocha bondad.

-¡Sería formidable! ¡Acepto, acepto...!

-Os advierto, eso sí, que el padre Laterdini puede resultar agotador. Os inundará con preguntas. Su hambre de conocimiento sobre los hebreos, y, en realidad sobre cualquier pueblo que hable una lengua distinta a la suya, es conmovedora. Puede hostigaros sin descanso.

-No habrá problema. Puede preguntarme lo que quiera sobre la Torá, el Talmud y la Mishná. Mi difunto padre fue un afamado rabino en el gueto. Mi hermano, Jonatán, ha tomado el relevo y hoy da testimonio de la fe de nuestros antepasados. Además, yo también ardo en deseos de conocer muchas cosas que hoy ignoro sobre los cristianos, sobre su ciencia y su arte, y seguro que el padre Laterdini resolverá mis dudas.

IV. Con el padre Laterdini

La Basílica de San Marcos es un edificio majestuoso. Su lograda mezcla de estilos artísticos lo convierte en una de las joyas de la arquitectura eclesiástica italiana. Su fachada de reminiscencias bizantinas preside la Plaza de San Marcos y encarna uno de los rostros más imponentes de la capital de la República Serenísima.

Los canónigos disfrutaban de una serie de prebendas que les conferían un bienestar único para la época. Actuaban como prohombres de la sociedad veneciana, y su influencia trascendía el plano estrictamente religioso para infiltrarse también en las altas esferas gubernamentales. En su mayor parte, quienes ostentaban el título de canónigo aspiraban a gozar de pingües prerrogativas y a interferir constantemente en la vida política y económica de la ciudad. Su cercanía al patriarca (y, por ende, a la jerarquía eclesiástica de las grandes urbes italianas) les proporcionaba un prestigio y un aura de autoridad de cuyo sabroso néctar muchos querían ser partícipes.

A diferencia de otros eclesiásticos ávidos de poder, halagos y riqueza, el padre Laterdini había conquistado la dignidad de canónigo por méritos escrupulosamente teológicos y pastorales. El anterior patriarca, que había concitado admiración unánime en virtud de su sabiduría y de su prudencia, había decidido ofrecerle una canonjía con la esperanza de que su presencia insuflara aires nuevos a una institución viciada por conspiraciones interminables, luchas intestinas y celos no sanados.

Frente a sus compañeros más disolutos y sedicentes, a los que ni siquiera el ardor puritano de la Contrarreforma había conseguido transfigurar espiritualmente, el padre Laterdini desdeñaba las adulaciones y los cargos honoríficos. No ambicionaba poder, mundanidades o dinero. Había rechazado trasladarse a los elegantes apartamentos reservados a los canónigos de San Marcos, y declinaba las numerosas y laudatorias invitaciones a actos públicos que le llegaban casi a diario. Celoso de su intimidad, no solía acudir a recepciones de gala, donde las mayores fortunas de Venecia exhibían sus vestidos más seductores y anhelaban despertar la envidia de los allí presentes. Le aburría profundamente la vida en sociedad. Amaba, por encima de todo, sus tareas pastorales, así como sumergirse en el estudio de lenguas variopintas y de historias olvidadas. Aunque procedía de una humilde familia del Véneto, en la escuela había captado la atención de sus profesores, quienes pronto veneraron en él su talento y su facilidad de palabra. Gracias al apoyo de un noble de la región, había acudido al liceo de los jesuitas. De los hijos de San Ignacio había interiorizado una disciplina espartana, una frugalidad insobornable y una santa indiferencia ante el poder, por lo que ni el más pomposo de los boatos venecianos lograba inmutarle y distraerle de sus ocupaciones más hondas y valiosas.

Isaac se dirigió a casa del padre Laterdini. Había contemplado a multitud de sacerdotes católicos en Venecia, cuyos exquisitos atuendos evocaban la imbatible gloria terrena de la Iglesia, pero era la primera vez que planeaba reunirse con uno de ellos. El senador Gianobene había informado oportunamente al clérigo católico de cuán interesante le resultaría conocer al joven judío con quien había topado recientemente en una librería.

Al llegar, golpeó tímidamente sobre una puerta de madera, algo resquebrajada, que crujió con estridencia. Fue recibido por un anciano de figura solemne y cabellos argénteos, de piel agrietada y serenamente pálida, ataviado con una larga sotana de puños almidonados de los que brotaban, como finas plúmulas de flores lívidas, unos dedos vistosamente blanquecinos. Los ojos del padre Laterdini se iluminaron. Eran profundamente azules, como los de tantos italianos septentrionales, y, aun lánguidamente vidriosos, preservaban esa pureza y esa dulzura que por lo general preludian un alma bondadosa y un corazón recto. Con ademanes extremadamente refinados, incluso hieráticos y ceremoniosos, invitó a Isaac a entrar y le indicó una pequeña silla dispuesta junto a una mesa gigantesca, aderezada con toda clase de libros, cartas y mapas. Una almohada arrebolada y esponjosa suavizaba el asiento con su superficie mullida. Decenas, cientos de libros le circundaban, armoniosamente acomodados en estanterías parduzcas. La ventana daba a una plaza no muy transitada. A lo lejos se percibía el intenso brillo del Sol que abrasaba Venecia en esas jornadas estivales. El padre Laterdini juntaba y separaba las manos intempestivamente. Parecía ansioso de conversar con el chico judío, como si hubiese depositado demasiadas expectativas en un encuentro que para Isaac no presagiaba ningún destino especial. El padre Laterdini comenzó a hablar, con una voz tenue, casi inerte, que paulatinamente cobró vigor sobre sus labios carnosos y sus afiladas comisuras:

-El senador Gianobene me ha hablado muy bien de ti. Me ha dicho que deseas aprender la lengua latina para leer ciertos libros.

-Es un placer conoceros, padre Laterdini –respondió Isaac, serenado por la dulzura de sus palabras y por la concordia que presidía su espíritu-. En efecto, el senador Gianobene, cliente asiduo de la librería de Andrea Qualponto, con quien he realizado numerosos negocios, me ha remitido a usted. Os agradezco que hayáis tenido la bondad de recibirme.

-No hay de qué. Isaac es tu nombre, ¿me equivoco?

-Así es.

-Un nombre típicamente hebreo. Así se llamaba el hijo de Abraham y de Sara. Creo que sé escribir tu nombre con signos hebreos.

En un trozo de papel roído, el padre Laterdini trazó las letras de “Isaac” en hebreo.

-Vuestra caligrafía es muy bella, padre. Nada tiene que envidiar a la de los rabinos del gueto.

-He estudiado el hebreo por mi cuenta, aunque me he servido de los inestimables consejos de algún que otro judío. Como podéis ver, conservo aquí esta edición de la Biblia Políglota Complutense, que el famoso cardenal Cisneros de España comisionó hace casi cien años. Es una auténtica joya bibliográfica, una de las escasas copias que existen en Venecia. He leído todo el texto hebreo. Es un libro formidable.

El padre Laterdini acercó a Isaac uno de los tomos de la Biblia Políglota. El hijo del rabino, impresionado por la monumentalidad de la edición y habituado, como estaba, a las transacciones financieras, cavilaba silenciosamente sobre el elevado precio que debía de haber pagado el padre Laterdini por semejante obra. La escritura masorética resplandecía gratamente; era perfecta, tanto o más hermosa que los rollos de la Torá que tantas veces habían visto sus ojos en las intimidades de la sinagoga. El padre Laterdini prosiguió:

-Dime: ¿has estudiado en profundidad la Torá?

-Sí, y también el Talmud. Mi venerado padre era rabino de la comunidad sefardí en el gueto.

-¿Falleció?

-Sí, por desgracia murió hace unos meses. Poco después, mi madre nos dejó huérfanos a mi hermano y a mí.

-Lo siento –respondió, Laterdini, con inevitable expresión de tristeza-. Espero que Dios se apiade de sus almas. Admiro la perseverancia del pueblo judío y su amor por la palabra divina. Vuestra Torá, vuestros Salmos y vuestros profetas son también libros nuestros. Aunque la Nueva Alianza de Dios con los hombres a través de su hijo Jesucristo completa la revelación, ningún cristiano puede prescindir de la Antigua Alianza, en cuyas doctrinas late el mensaje de salvación que nos traería Jesucristo, vuestro Mesías aguardado, en la culminación de la historia. Los llantos que derramó Israel son también nuestras lágrimas y nuestras elegías.

-Los judíos confiamos plenamente en Dios, quien nos eligió para esparcir su luz y su sabiduría por todas las naciones. Aunque el reino terrenal de los judíos haya desaparecido, el Dios de Israel cuidará siempre de nosotros con su celo y su providencia.

-¡Oh, cómo disfruto con esta conversación, Isaac! –replicó Laterdini, rejuvenecido por tan inverosímil soplo de entusiasmo-. Percibo pureza en tus palabras, tan honestas como las de los profetas del Antiguo Testamento, y desde luego más sinceras y genuinas que las de muchos sacerdotes católicos que sólo se dedican a

conspirar y sólo buscan acumular riquezas. Parecen consagrados al dinero antes que al Dios de la verdad. Es evidente que te has familiarizado con las enseñanzas de la tradición judía, y que eres un hebreo piadoso.

-En realidad, es mi hermano quien ha asumido el puesto que ocupó mi padre. Es él quien ahora ejerce de rabino para muchos sefardíes del gueto. Seguro que escucharle os embelesaría aún más, pues de sus labios sólo dimanan palabras profundas, colmadas de una fe indestructible en las promesas de Dios hacia Israel.

-Algún día conoceré gustosamente a tu hermano. Por el momento, me conformo con escucharte a ti. ¿Podrías corregir mi pronunciación del hebreo? Lo he practicado como lengua viva con algunos prestamistas judíos que pululan por este barrio, pero las imperfecciones de mi acento me sonrojan. Por ejemplo, permíteme que lea el primer versículo del Génesis: “*Bereshit bará...*”.

En incontables ocasiones, Isaac había escuchado las palabras precursoras que inician el Génesis pronunciadas por los labios de su padre, y en ese momento sólo podía recordar la paz y la ternura que transmitía la voz del difunto Benjamín. Aunque su ser más íntimo habría querido llorar en memoria de su padre, Isaac se sobrepuso, y esgrimió:

-Lo habéis pronunciado magistralmente, padre. De no haberos visto, os habría confundido con uno de nuestros rabinos.

-No exageres, sé que mi acento adolece de las debilidades típicas de un italiano. Pero dime algo más, ¿entonces también has penetrado en el estudio del Talmud?

-Sí, como buen hijo de rabino, las discusiones sobre leyes, tradiciones y rituales han estado muy presentes en casa. En el Talmud cristaliza la *Torá be-alpé*, que se transmite de palabra y no con letras escritas. Esta obra mitiga las dudas que quizás surjan al leer la Ley escrita en tiempos de Moisés, a cuya luz los profetas y los sabios han interpretado el devenir de Israel y han reflexionado sobre el existir virtuoso del hombre. Sin embargo, jamás puede contradecir las nobles doctrinas rubricadas en las letras imperecederas de nuestro libro.

-¡Ah, es cierto! Vuestras sagradas escrituras siguen un orden distinto al que prevalece en nuestro Antiguo Testamento. Ambos libros comienzan por la Torá, pero en vuestra Biblia hebrea primero aparecen los escritos de los profetas, que examinan la historia desde el prisma de vuestra Ley incorruptible, mientras que los textos de los sabios, inaugurados por los Salmos de David, clausuran la Palabra de Dios consignada en letras visibles. Esta enseñanza es muy profunda.

-Entiendo que el Antiguo Testamento de los cristianos concluye con los profetas...

-Así es, porque ellos anuncian al Hijo de Dios, al Mesías definitivo, a la Palabra hecha carne que nos revela la salvación.

A lo lejos se oyó una voz grave, algo áspera, que carraspeaba:

-¡Laterdini, Laterdini...!

El padre Laterdini se desasosegó:

-Es él. Ni siquiera cuando estoy reunido puede comportarse como es debido...

-¿Quién es? –preguntó Isaac.

-Alguien sin importancia, pero experto en importunar.

Un clérigo vestido con una elegante sotana negra abotonada en rojo irrumpió en la biblioteca del padre Laterdini. Su nariz aguileña y su semblante arrugado inspiraban un cierto temor.

-¡Laterdini!, acabo de hablar con el patriarca...

Ni siquiera había terminado de pronunciar la frase cuando dirigió una mirada intimidatoria a Isaac. En los ojos perforadores del clérigo, el joven apesaba esa sombra densa y tenebrosa de maledicencia que se atisba de inmediato al observar a ciertas personas. Agobiado, inclinó ligeramente la cabeza.

-Pero qué tenemos aquí... Un muchacho judío. ¿De quién se trata?

-Dejadme que os presente a un nuevo amigo, Isaac. Isaac, el padre Umberto della Fonte.

Isaac se levantó respetuosamente de su asiento para estrechar la mano del clérigo y saludarle como correspondía, pero della Fonte se mostró displicente, como anheloso de traspasarle con sus ojos furibundos.

-Vaya, un judío. Ya veo que seguís empeñados en alternar con estos pérfidos hebreos, con quienes crucificaron a Cristo y renegaron de su palabra.

-Isaac quiere ayudarme con mi hebreo. Yo le enseñaré latín.

-Claro, claro. Un negocio, un intercambio. Con estos usureros nada es gratis. ¡Maldita la hora en que Dios no os fulminó con su rayo todopoderoso, pueblo desagradecido, tanto o más astuto que la serpiente que envolvió a Eva con sus ofertas tentadoras! ¡Qué triste que sólo al final de los tiempos vayáis a convertirlos a la fe verdadera!

-Os ruego que os calméis. Isaac ha venido por recomendación del senador Gianobene...

-Ese Gianobene no es de fiar. Se junta con mala gente. Si yo os contara las habladurías sobre él y sus amistades... Pero bueno, tenía que comentaros un asunto algo urgente, aunque prefiero postergarlo, pues veo que interrumpo vuestra conversación.

-Sí, mejor que hablemos más tarde.

-Así será.

Della Fonte se marchó airado, no sin antes obsequiar a Isaac con otra de sus pavorosas miradas inculpatorias. Pero el padre Laterdini, con ojos de conmiseración, dijo:

-No te preocupes, hijo mío. El temperamento del padre della Fonte es demasiado violento. Se comporta así con todo el mundo. Espero que no te hayan ofendido sus crueles palabras contra tu pueblo.

-Estoy acostumbrado a ellas, padre. Por desgracia, muchos judíos recibimos esa clase de increpaciones cuando caminamos por las calles.

-Los cristianos debemos aprender a perdonar. Los judíos asesinaron a Cristo, pero si no hubiera muerto el Hijo de Dios, jamás habría resucitado, jamás nos habría otorgado la salvación eterna, la vida nueva y venturosa, la sangre redentora que borra la mancha de nuestros pecados, como rocío absolutorio. Más allá de las diferencias entre los credos, permanece el amor a la verdad. Yo he leído a sabios judíos como Maimónides...

-¡Maimónides, quizás el vástago más ilustre de los judíos de Sefarad!

-Tuve el privilegio de consultar una edición latina de su *Guía de los Perplejos*, dado que no domino ni el árabe ni el hebreo. Aprendí a admirar cómo este sabio, estimulado por las enseñanzas del gran filósofo Aristóteles, espolea la razón humana y la conduce a conclusiones similares a las que han alcanzado las eminencias del cristianismo, de San Agustín a Santo Tomás.

-Si supierais cuánto he meditado sobre los principios de la fe judía de Maimónides, cuántas preguntas me he planteado silenciosamente al recitar sus fórmulas, cuánta inspiración he hallado en sus palabras y en la fuerza de su mensaje...

-¡Cuántas conversaciones fascinantes auguro, Isaac! Sin duda, tendremos que vernos con frecuencia. Yo aprenderé mucho sobre la fe judía y tú no sólo te

familiarizarás con los entresijos del latín, sino que también apreciarás la obra de nuestros mayores sabios y creadores. Reflexionaremos, creceremos y disfrutaremos, pues ¿no clama la vida por ser iluminada con el conocimiento, perfeccionada con la virtud y embellecida con el arte?

-Por supuesto, padre. Yo también tengo la impresión de que iniciaremos una relación muy fructífera para ambos. Estoy ansioso de borrar los innumerables prejuicios que los judíos albergamos contra la fe cristiana, y no me cabe la menor duda de que este intercambio nos permitirá derruir muros y construir nuevos puentes entre nuestros pueblos. Es una lástima, sin embargo, que no todos se muestren tan receptivos como vos, padre Laterdini. Por desgracia, la mayoría de los cristianos con los que he de tratar diariamente recelan de los judíos. Nos consideran moralmente depravados, como presos de una obsesión insanable por el dinero, cuando saben perfectamente que sus leyes nos confinan a guetos oprobiosos y nos impiden gozar de las mismas libertades que ostentan los demás súbditos de la República. Los judíos no amamos el dinero, sino a Dios; como pueblo perseguido, debemos ganarnos la vida de la mejor forma posible y hemos de respetar leyes manifiestamente injustas.

-Ojalá Dios, que ama infinitamente al hombre y eligió al pueblo judío para, desde él, diseminar la noticia de su salvación al mundo entero, ablande tantos corazones endurecidos y nos permita vivir en paz y armonía. Por el momento, te garantizo que nuestras conversaciones nos ayudarán a ambos a profundizar en nuestras tradiciones y a abrir la mente. El Hijo de Dios era judío; la Madre de Dios era judía; el apóstol de los gentiles era judío... ¿Cómo no podría yo amar a los judíos, si los santos que concitan mi devoción más profunda han sido judíos?

El diálogo se prolongó varias horas, todas vivaces, todas exultantes, todas relámpagos de felicidad en los que Isaac acariciaba su propio cielo de pureza, ciencia y hermosura. Cuando la conversación transitaba hacia cuestiones de erudición teológica, exegética y lingüística, un anonadado padre Laterdini parecía sumirse en un éxtasis de beatitud intelectual. En el alma pura de este sacerdote católico, Isaac había descubierto a un interlocutor generoso, repleto de benevolencia hacia un pueblo herido por las esquivas de la incompreensión. Por fin había conocido a una persona sabia y bondadosa, capaz de acompañarle en su búsqueda entendimiento sobre tantos interrogantes que le inquietaban vigorosamente desde hacía años, a veces de modo agónico. Es cierto que Laterdini no era un judío, y carecía de los inconfundibles lazos genealógicos que habían hermanado a los hebreos durante siglos de soledad, destierro y vejación; es cierto que, al no estar circuncidado, no llevaba la huella indeleble de un pueblo elegido por Dios entre las demás naciones de la tierra; es cierto que, al seguir al Nazareno, se había apartado de la verdadera Torá, de la Ley eterna que Dios había dictado a Moisés en el Sinaí y que ese rabino crucificado desdeñaba, pues osaba erigirse en intérprete autorizado de los labios divinos. Sí, todo eso era cierto, pero la luz de inocencia que germinaba dulcemente en los ojos del padre Laterdini, la honradez de sus palabras y su hondo amor

por los libros, pertenecieran a judíos o a cristianos, sólo podían encender veneración en un espíritu noble y valeroso como el de Isaac.

V. Un mensaje sideral

Los progresos en el aprendizaje del latín transcurrieron de manera llamativamente rápida. En dos meses, Isaac podía leer versos de la *Eneida* y *Las Metamorfosis* con cierta soltura. Indudablemente, su dominio del italiano facilitaba notablemente la tarea. El joven admiraba aquellas efusiones de virtud que orlaban el espíritu del padre Laterdini, su inspiradora paciencia, sus altas cualidades docentes, su sonrisa inmarchitable, su incommovible y cálida serenidad. Poco a poco comenzó a ver en él a un amigo y no sólo a un imprevisto profesor, y sus diálogos sobre materias teológicas se convirtieron en una temática habitual que a ambos proporcionaba placer irresistible. Como Isaac trabajaba para un prestamista sefardí del gueto y sus responsabilidades solían secuestrarle bastante tiempo, había optado por acudir a casa del padre Laterdini tres días a la semana y a primera hora, al poco de despuntar el alba. Aprovechaba el serpenteante camino para repasar mentalmente frases en latín y conjugaciones de verbos, así como para repetirse solitariamente los versos de poetas clásicos que la brújula inestimable del padre Laterdini le había aconsejado memorizar.

Su incipiente conocimiento del latín le brindaba ahora la posibilidad de sumergirse en un vasto océano de saberes antes vedados. Como las publicaciones en italiano o en hebreo escaseaban, sólo quien entendiese el latín accedería a la mayor parte de los libros impresos. Aunque Isaac había hojeado en casa el *Sidereus Nuncius* de Galilei, aún no lo había abordado con la requerida profundidad. Pensaba que ya estaba listo para penetrar en esta obra de la mano del padre Laterdini, así que una agradable mañana de octubre, cuando la confluencia de frío y humedad congeladora aún no había alcanzado las cotas lesivas del invierno, llevó el ejemplar que le había regalado Andrea Qualponto para consultarlo.

-¡Increíble, increíble! –exclamó Isaac, cuyo rostro parecía súbitamente arrebatado por una epifanía de reminiscencias celestiales-. Fijaos: en la portada promete desvelar secretos siderales hasta ahora ocultos para la inteligencia del hombre, y asegura que cuatro cuerpos celestes giran alrededor de Júpiter.

-Eso es imposible –respondió el padre Laterdini, con un tono condescendiente-. Aristóteles, cuya sabiduría sobre el cosmos es insuperable, demostró hace casi dos mil años que todos los astros errantes orbitan en torno a la Tierra, el verdadero centro del universo. El *Almagesto* de Claudio Tolomeo no hace sino confirmar esta sublime doctrina, que refleja la eterna voluntad del Creador de situar al hombre en la cúspide de todo lo que Dios ha forjado amorosamente. Por ello nos ha dotado de un alma inmortal, que nos encumbra hasta las esferas angélicas y nos permite acariciar el paraíso.

-Pero debemos leer el libro, porque si Galilei afirma haber contemplado cuatro cuerpos que giran alrededor de Júpiter, tendremos que prestar atención a sus

argumentos. Ni Aristóteles ni Tolomeo dispusieron de un artilugio como el telescopio. El propio Gianobene me confesó que, cuando Galilei exhibió su prodigioso invento al Dogo de Venecia el pasado año, todos se maravillaron ante su logro, ante un instrumento cuya potencia ensancha el alcance de nuestra vista como nunca antes había soñado el hombre.

-Un simple catalejo no podrá refutar una verdad inamovible: que todo orbita en torno a la Tierra porque así lo ha decretado el Dios omnipotente en su sabiduría y en su providencia.

-Pero observad, padre, este dibujo tan esclarecedor. ¡Es la Luna, y contiene manchas!

-Eso es un disparate. La Luna, como todos los cuerpos celestes, es perfecta, incólume, incorruptible, imagen especular de la belleza inmaculada de la Virgen María, Madre entronizada del Redentor, la *Theotokos* proclamada por el Concilio de Éfeso. Ningún resquicio de irregularidades o degradaciones puede reinar en su superficie. Déjame ver.

Laterdini contempló los meticulosos grabados de Galilei con escepticismo. Desplegó una mirada torva, inusual en él, cuya naturaleza sosegada y apacible se mostraba ajena a esas alteraciones repentinas del ánimo que afectan a personas de talante menos ascético.

-Debe de haber un error, Isaac. Ningún sabio, en siglos de observaciones, había detectado esas manchas a las que se refiere Galilei; ¿por qué habríamos de creerle nosotros?

-Pero reitero que él ha empleado un instrumento novedoso, un artilugio que le permite ver lo que los sabios antiguos habrían suspirado por examinar con sus propios ojos.

Laterdini e Isaac siguieron inmersos en la contemplación de los finos dibujos de Galilei. Pasaron las páginas intempestivamente, como ansiosos por descubrir qué otra sorpresa perturbadora les depararía este mensaje sideral. En las secciones ulteriores figuraban las cuatro estrellas aparentes que, en órbita alrededor del planeta Júpiter, Galilei afirmaba haber descifrado en la lejanía despejada del cielo nocturno. El profesor de Padua había registrado minuciosamente los datos recogidos a lo largo de noches fatigosas pero deslumbrantes, y al advertir que las posiciones relativas de esos enigmáticos cuerpos se habían modificado incontestablemente entre enero y marzo de ese mismo año de 1610, había plantado la semilla de un auténtico cataclismo en el seno del sistema tolemaico.

-¡Es maravilloso, padre! ¡Cómo no admirar la perseverancia de Galilei, quien noche tras noche ha dedicado sus esfuerzos más heroicos a observar rigurosamente el cielo hasta descubrir este hecho extraordinario!

-Sí, reconozco, hijo mío, que se trata de una doctrina revolucionaria. Habrá que esperar a que los sabios, y en particular los jesuitas del Colegio Romano, los más avezados astrónomos de nuestra época, se pronuncien sobre el valor de los trabajos de Galilei.

-Lo hagan o no, yo me siento entusiasmado con este libro, padre. Nos abre todo un mundo, más suntuoso aún que las famosas Indias occidentales descubiertas por Colón y los españoles. ¡Cómo desearía conocer a Galilei, y entablar una conversación con un hombre que ha sido capaz de desentrañar estos secretos hasta hoy escondidos, sellados en cofres inaccesibles!

VI. Galileo en Venecia

La noticia se había difundido velozmente. El célebre matemático y astrónomo Galileo Galilei regresaría en breve a Venecia para demostrar de nuevo el funcionamiento de su telescopio y discutir algunas de las tesis más polémicas que recientemente había publicado.

El padre Laterdini recibió la buena nueva a través de otro de los canónigos de Venecia, Fabrizio Sottopenesta. Era un elegante sacerdote de origen florentino que, por una espiral de casualidades (a veces efecto de la pura contingencia, pero otras de una deliberada planificación), había recalado en Venecia y se había convertido en uno de los colaboradores más fieles del patriarca. Además, poseía contactos poderosos en el senado de la República, y en ocasiones había asistido a los banquetes que ofrecía el Dogo bajo el exuberante artesonado del Palacio Ducal. Por fortuna, y a diferencia de otros tantos dignatarios eclesiásticos que se lucraban de sus amistades y afinidades políticas, Sottopenesta no se servía de su prestigio para obtener copiosos beneficios económicos y sociales, sino que con frecuencia se valía de su proximidad a las altas instancias para socorrer a los necesitados. Era conocido en Venecia que, gracias a la mediación de Sottopenesta, un prisionero, condenado injustamente a la pena capital por un delito que no había cometido y juzgado por un tribunal cuya animadversión hacia él era clamorosa, pues lo integraban algunos de sus enemigos más acérrimos e insidiosos, había logrado el perdón del Dogo, Leonardo Donato. Tenazmente intercedió ante el gobernante, día tras día, para avivar su misericordia, y pacientemente reunió pruebas a favor del acusado, quien a punto estaba de cruzar el Puente de los Suspiros. Sus desvelos terminaron por convencer al principal magistrado de la ciudad, y el preso fue declarado inocente.

Como Laterdini, Sottopenesta amaba el conocimiento. De pasiones duraderas y gustos frugales, había destacado en lenguas clásicas en sus años de estudiante con los dominicos, y aunque ponderó seriamente ingresar en la ilustre Orden de Predicadores, finalmente optó por incorporarse al clero secular de la diócesis de Florencia. A causa de unos contratiempos, que desembocaron en enfrentamientos palpables con el arzobispo de esa mística ciudad cuyos edificios y esculturas condensan la gloria del Renacimiento (pero que aún seguía fútilmente afanada en reproducir el esplendor idealizado de la corte de los Médici), se había mudado a Venecia, donde fue acogido por el anterior patriarca. El prelado, conocedor de sus habilidades en el arte de la oratoria, había decidido otorgarle una posición distinguida como canónigo y consejero personal.

El padre Laterdini le había hablado de Isaac Ibravel, y sus elogios hacia la inteligencia del joven y hacia su bondad expansiva habían inflamado el interés del florentino. Sottopenesta era un gran aficionado a la astronomía y, como Laterdini, vivía libre de los desgarradores prejuicios antisemitas que ofuscaban el corazón de otros

clérigos católicos. Con la amenaza incesante de desmayo, muchas noches completaba fatigosamente, entre jadeos y toda clase de íntimas imprecaciones, los innumerables escalones que conducían desde la base hasta la cúpula del campanario de la Basílica. En la cima, anotaba sus observaciones sobre los vastos paisajes de la bóveda celeste, a la vez que inhalaba las brisas puras de la noche, dulcificadas por las efusiones aromáticas del Adriático.

Una mañana, Sottofenesta acudió a casa de Laterdini para coincidir con Isaac. Se saludaron calurosamente. Dado que Laterdini les había informado a ambos sobre sus virtudes respectivas, no necesitaron presentación, por lo que enseguida se entregaron a un estimulante diálogo que entrelazaba teología y astronomía:

-Laterdini me ha comentado que ambos habéis leído el *Sidereus Nuncius*, de Galileo Galilei. Tengo entendido que sus descubrimientos contradicen las enseñanzas de Aristóteles y de Tolomeo, pues defienden la existencia de imperfecciones en la superficie lunar y la presencia de unos misteriosos cuerpos que orbitan en torno al planeta Júpiter, sin dar vueltas alrededor de la Tierra.

-Así es –respondió Isaac-. No pudimos salir de nuestro asombro cuando topamos con esas observaciones en el libro que acabáis de mencionar.

La conversación se dilató más de lo previsto. Durante casi dos horas, Laterdini, Sottofenesta e Isaac discutieron los pormenores de las pruebas aportadas por Galilei. Las referencias esporádicas de Isaac a los escritos de Aristóteles, de Tolomeo y a las *Tablas Alfonsinas* constituían una magnífica exhibición de los admirables progresos intelectuales que había realizado en los últimos meses.

Pese a no haber gozado de una educación formal en matemáticas, astronomía y lenguas clásicas, pues, como judío, las leyes promulgadas por la República le prohibían estudiar en la universidad, las enseñanzas que le había dispensado Laterdini, junto a su avidez inconsolable de saberes nuevos, habían suplido sus carencias académicas. De hecho, Laterdini repetía continuamente que Isaac poseía mejores dotes y conocimientos más profundos que muchos de los alumnos universitarios de Roma, Ferrara y Bolonia con quienes él había tratado, palabras que enorgullecían vívidamente a Isaac y le insuflaban un ánimo reparador. Hasta entonces, el joven judío del gueto había navegado sin norte, sin brújula, como un náufrago a la deriva por un mar transido de desconcierto y de tajantes e inenarrables témpanos de dudas, pero la providencia había vinculado su destino al del padre Laterdini. Isaac sentía que por fin había descubierto su más honda y bella vocación, una meta aleccionadora, apta para encadenar tiernamente su espíritu y esculpir las estatuas de deseos que a partir de ahora poblarían su alma. Su brío coronaba muchos de los sueños a cuyos lomos cabalgaba. Todo lo que leía y escuchaba contribuía a fertilizar su imaginación con los ecos de flamantes mundos que jamás habría presagiado, y en los desvelos de Laterdini acariciaba un amor del que se había visto despojado tras la muerte de sus padres.

Sottofenesta compartía muchas de las virtudes que tanto engrandecían a Laterdini. De esmerada dicción y exquisitos ademanes, era sumamente cortés y afable, y solía obsequiar a sus interlocutores con la pulcritud de una sonrisa indeleble que vivificaba la conversación. Aunque no era un astrónomo profesional, desde niño, junto a un interés casi innato por las lenguas y las culturas clásicas que rozaba la avaricia intelectual, había desarrollado una notable afición por las matemáticas y los cálculos sobre objetos celestes. Todavía abrigaba dudas severas en torno a la corrección de los razonamientos esgrimidos por Galilei contra la perfección de los cielos y la posición de la Tierra como centro universal, pero su temperamento, ajeno a cualquier resquicio de fangosa y granítica oscuridad dogmática, siempre dispuesto a contrastar sus opiniones, facilitaba enormemente el intercambio de ideas.

-Si te atraen las proezas y los hallazgos de Galilei, tengo una magnífica noticia: pronto vendrá a Venecia.

El anuncio de Sttofenesta alegró infinitamente a Isaac, cuyo júbilo se hacía patente en la claridad de su mirada y en el repentino rubor que despuntó en sus mejillas, suavemente sonrosadas. Sus ojos semejabán dos estrellas nacientes en la letanía del cielo recóndito, recién encendidas por manos angelicales.

-¡A Venecia, decís! ¡No podéis imaginar lo que daría por conocer a uno de los grandes sabios de nuestro tiempo!

-En eso puedo ayudarte, joven Isaac. Guardo muy buenas relaciones con algunos senadores y magistrados, los anfitriones de Galilei. El problema, claro está, estriba en tu condición de judío, de la que difícilmente lograrás eximirte...

-No creo que los magistrados toleren de buena gana la presencia de un judío; tampoco sé si el mismo Galilei se dignaría recibirte –adujo Laterdini, quien mecía supersticiosamente la cabeza.

-Sin embargo, pienso que existe una solución más sencilla. No hace falta convencer a los magistrados de las bondades de tu presencia. Si un decreto de la autoridad competente te exonerara del requisito de llevar vestimentas diferenciadoras, nadie advertiría tu asistencia, ni siquiera Galilei u otros espíritus aún más sutiles.

La oferta de Sottofenesta intranquilizaba a Isaac, temeroso de que cualquier imprevisto frustrara sus planes:

-Pero es muy arriesgado. No sé si podría correr ese peligro. Y ¿qué autoridad podría dispensarme de la obligación de vestirme de acuerdo con mi condición de judío?

-Algún magistrado. Tengo buenos amigos –replicó Sottofenesta.

-Pero no olvides –Laterdini intervino impetuosamente- que muchos venecianos conocen personalmente a Isaac, con quien quizás hayan realizado algún negocio. Identificarán su rostro y descubrirán que es un enmascarado judío del gueto.

-Si no me equivoco, Isaac no frecuenta las altas esferas políticas...

Sottofenesta parecía seguro de su plan; no así el titubeante Laterdini.

-Honestamente –prosiguió -, no creo que nadie se percate de la presencia de Isaac. Hablaré con el senador Gianobene, quien seguramente tenía previsto asistir, para que acompañe a Isaac en todo momento y guarde en secreto su verdadera identidad. Yo mismo me las ingeniaré para no perderme semejante espectáculo, una delicia que conquistaría los suspiros de todos los amantes del conocimiento.

-Entonces tendremos que inventarnos un nombre para Isaac que no llame tanto la atención. ¿Marsilio Vecchiavista, por ejemplo? ¿Qué te parece, Isaac?

Isaac vacilaba. Las palabras del padre Laterdini le producían desasosiego, y sus casi imperceptibles temblores plasmaban un nerviosismo no aplacado. Una extraña mezcla de gratitud e incomodidad le asaltó, porque anhelaba profundamente conocer a Galilei, el mejor astrónomo de Italia, ese hombre cuyas investigaciones concentraban ahora toda la admiración que su alma podía tributarle a un sabio, pero también albergaba un hondo temor a que su condición de judío resultase perjudicial.

-No sé, no sé... –repuso el joven-. ¿Realmente valdrá la pena todo este esfuerzo?

-Créeme, Isaac –respondió Sottofenesta, solícito-. Será una experiencia única, al alcance de muy pocos. Por lo que el padre Laterdini me ha contado, y por lo que yo mismo he podido comprobar al ponderar tus razonamientos, los progresos que has realizado en el terreno de la astronomía, tu perspicacia, tesón e inteligencia, merecen ser recompensados con este premio tan especial.

-Además –explicó Laterdini, quien parecía haberse liberado súbitamente de los recelos que minutos antes le disuadían de llevar a cabo el plan-, es muy probable que tus comentarios sagaces y el brioso entusiasmo que exhibes cuando examinas las observaciones de Galilei atraigan su atención. Sólo un verdadero sabio es capaz de reconocer a sus iguales...

-Si así lo pensáis, ¡adelante!

VII. En el *Campanile* de Venecia

Una mixtura de entusiasmo e inquietud invadía el alma de Isaac. En pocos días conocería a un hombre cuyas observaciones astronómicas parecían contradecir lo que la humanidad había aceptado como verdad absoluta durante siglos, pero sus inseguridades más íntimas y las rigurosas complejidades del plan diseñado para propiciar el encuentro que él tanto imploraba percutían su corazón con la estridencia de tambores disonantes. Por un lado, temía que todo fracasase. Le atormentaba pensar que, al descubrirse con qué grado de alevosía había infringido la ley cuyas cláusulas obligaban a los judíos a recluirse en el gueto al anochecer, las represalias surgieran de inmediato. Por otro, la comprensible falta de confianza en uno mismo que nace cuando una fecha importante se aproxima, cuando un examen arduo pondrá a prueba nuestros hipotéticos talentos y nuestras virtudes anunciadas, sumía a Isaac en un abismo de incertidumbres, desasosiego e indecisiones.

Sin embargo, la oportunidad de verse con Galileo congregaba en el tupido bosque de su corazón esperanzas sazonadas de una belleza amansadora. Este noble fervor contribuía a diluir los densos nubarrones que tanto le agobiaban, pues ¡cuántas veces no habría fecundado su imaginación con los ignotos horizontes que le ofrecía la ciencia! ¿Acaso iba a desperdiciar una ocasión única, reservada a muy pocos, una auténtica confluencia astral que la benevolencia de un dios o la tierna mano de un ángel le había deparado?

Por fin llegó la hora. Isaac había acordado con Gianobene quedar en un enclave intermedio entre el gueto y la plaza de San Marcos. Grande fue su sorpresa al contemplar, a lo lejos, la refinada figura de Sottofenesta, quien había conseguido sumarse a la expedición. Ambos le explicaron que, a efectos de unificar narrativas, adoptaría el nombre de Marsilio Vecchiavista, tal y como habían convenido, y afirmaría ser un astrónomo aficionado, oriundo de Verona, miembro de una familia de comerciantes bendecidos por la fortuna en los negocios, cuyo notable patrimonio se traducían en tierras y propiedades diversas diseminadas por el Véneto y la Emilia Romana. Gianobene fingiría ser su anfitrión. Para completar la historia, esgrimirían que habían trabado una profunda amistad durante uno de los múltiples viajes de Vecchiavista a Venecia para supervisar sus inversiones.

Tras cerciorarse de que la delicadeza ceremoniosa de sus vestiduras no despertaría ninguna suspicacia entre los asistentes, muchos de ellos próceres de la sociedad veneciana, aristócratas cuyo rancio abolengo les había inculcado desde la infancia la falsa convicción de que poder y riqueza equivalen a verdad y rectitud, algunos sabios auténticos y en su mayoría pretenciosos aspirantes a astrónomos que no pasaban de meros aprendices, emprendieron el camino hasta la Plaza de San Marcos. La nueva exhibición del telescopio tendría lugar en la cima del *Campanile*, el mejor observatorio de la ciudad, desde cuyas alturas privilegiadas Galilei había cosechado la admiración del Dogo un año antes, en el verano de 1609. Al haber perfeccionado la

primitiva versión de su artilugio óptico, era legítimo pronosticar que Galilei deslumbraría con mayor viveza a los prohombres de la República.

La noche se había aposentado firmemente sobre Venecia y la claridad de los cielos vaticinaba unas observaciones astronómicas limpias y esclarecedoras. Los que no habían sido invitados al banquete en honor de Galilei convocado por el Dogo en una de las estancias más fastuosas del Palacio Ducal esperaban anhelosamente en la base del campanario. Era el caso de Isaac, Gianobene y Sottofenesta, quienes aprovecharon para saludar a otros cortesanos que tampoco habían acudido a la cena laudatoria. Isaac, en su sobrevenido papel de Marsilio Vecchiavista, cumplió fielmente con todas las exigencias protocolarias, sin importarle las palmarias impostaciones y las ampulosas palabras que desplegaban algunos de los allí presentes, ansiosos de impresionar con el alcance y la vastedad de sus conocimientos.

El Dogo, sus cortesanos y el propio Galilei no tardaron mucho en acercarse al *Campanile*. Sería difícil describir el sentimiento que conquistó a Isaac en ese tenso y dichoso instante, al contemplar sus ojos la venerada silueta de ese sabio que aunaba los ecos de su fascinación más sincera y cristalina. Galilei, cuya edad frisaba en la cincuentena, caminaba erguido, con porte solemne, como si el orgullo propiciado por la majestad de sus descubrimientos le infundiera un valor, un coraje y una suficiencia ajenos al común de los mortales. Ataviado con ropajes magnificentes que no hacían sino resaltar su grandeza, charlaba amistosamente con el Dogo, mientras una cohorte de dignatarios seguía su estela despaciosamente. Al aproximarse a la base del campanario, se detuvo para saludar con afecto a cuantos allí le esperaban. Estrechó sus manos con gesto grave y, al acercarse a Isaac, le dirigió una mirada insondable que desató un tímido nerviosismo en su alma, rápidamente difuminado en cuanto el joven reflexionó sobre el honor inconmensurable de ver cara a cara a este sabio, a este hombre que podía catapultar el conocimiento hasta límites insospechados.

Los casi cien metros del *Campanile* lo convierten en una columna estremecedora, cuya enhiesta silueta simula unir la belleza incomparable de la tierra y de las aguas venecianas con la pureza imbatible del cielo, como una nueva torre de Babel, ya no castigada y hecha añicos por la cólera de los dioses. Sin embargo, su imponencia parecía atenuada por la profundidad de una noche que desdibujaba su verdadera altura. Los asistentes, encabezados por el Dogo y Galilei, ascendieron lentamente por los cientos de peldaños. La emoción de alcanzar la cúpula del campanario y de gozar de una visión insólita de ese firmamento salpicado de estrellas rutilantes como luciérnagas enardecidas purgaba el sacrificio físico. Galileo realizó unas cuantas comprobaciones en el telescopio que allí había emplazado previamente y poco después, tras ajustar las lentes, llamó al Dogo y le invitó a observar a través del artilugio. Uno a uno, todos los asistentes posaron sus ojos en el pequeño orificio del telescopio para divisar unos vaporosos objetos errátiles que Galilei había discernido en las infinitas lejanías de la bóveda sidérea. Al tratarse de manchas recónditas, de puntos prácticamente indistinguibles, sólo los más versados en la ciencia de la astronomía lograron entender la relevancia de su descubrimiento; la gran mayoría era incapaz de

detectar informaciones mínimamente significativas. Además, como la identificación de esos curiosos émulos de planetas que orbitaban en torno a Júpiter requería de noches de paciente y perseverante indagación, Galilei prefirió centrar sus esfuerzos en las irregularidades que había localizado en la superficie de la Luna, mucho más fáciles de señalar en una única velada.

El insigne público no salía de su sobrecogimiento. Como la humanidad desde tiempos inmemoriales, habían escuchado que los cuerpos celestiales eran incorruptibles, cristalizaciones virginales de la pureza intacta que cubría el paraíso divino con sus perlas inmaculadas y sus fulgores inextinguibles. Cuando llegó el turno de Isaac, su entusiasmo no pudo ser mayor. ¡Por fin él solo ante Galileo Galilei! ¡Por fin un telescopio, una atalaya que proyectase sus sentidos hasta mundos inexplorados cuyos misterios elevaban la invencible crisálida de sus sueños, haz de audaces burbujas ansiosas de acariciar regiones inabordables para la inteligencia! ¡Por fin contemplaría la verdad tutelado por uno de los espíritus más sabios de la época!

Había leído con tanta avidez y diligencia el libro de Galileo y había consultado tantas tablas astronómicas que no le resultó complicado familiarizarse con el manejo del instrumento. La pericia que exhibía despertó el interés del profesor de Padua, quien mostró curiosidad y le preguntó por la fuente de sus conocimientos astronómicos. La suavidad de su mirada y la bondad de sus expresiones derritieron el nerviosismo que erizaba a Isaac. En su rol de Marsilio Vecchiavista, justificó sus habilidades con el alegato de que en una de sus posesiones en la campiña del Véneto había practicado sistemáticamente la astronomía, y que su amor por esta ciencia le había impulsado a estudiar obras de Tolomeo, Clavius y el propio Galilei. Este último, intrigado por semejante confianza, no pudo evitar interrogarle por algunos particulares de su *Sidereus Nuncius*, con un tono efusivamente cálido que sosegó a Isaac y atemperó su inquietud, mientras la argéntea luz de la Luna doraba su rostro con la pulcritud de sus reflejos:

-Entonces habéis revisado meticulosamente las observaciones que registré en mi libro.

-Así es. He pasado largas noches tratando de reproducir muchos de los datos que aportáis.

-¿Y habéis extraído alguna conclusión?

-No me ha costado mucho confirmar vuestro descubrimiento de las irregularidades de la superficie lunar. Yo también he visto con mis propios ojos cómo las áreas más brillantes de la Luna difieren sutilmente de las demarcaciones más oscuras. Todo ello indica que este astro posee desniveles, de manera bastante similar a cuanto ocurre sobre la faz de la tierra, donde las montañas toman el relevo a los valles, y alturas y hondonadas se suceden, lo que genera orografías sinuosas y en ocasiones violentas.

-¡Así se habla! Es grato comprobar que alguien ha prestado tanta atención a mis pesquisas y ha sabido llegar a las deducciones correctas. Pertrechado con mi nuevo artilugio, os aseguro que no me resultó demasiado difícil demostrar que la Luna no podía consistir en una esfera perfecta, como había supuesto Aristóteles.

Durante minutos, una auténtica eternidad para los demás asistentes -sobre todo para quienes aún no habían mirado a través del telescopio-, Galilei e Isaac se sumergieron en una apasionada discusión sobre los datos referentes a Júpiter que el profesor de Padua había incluido en su libro. Isaac discrepaba de algunas observaciones puntuales, pero Galilei argüía, en su defensa, que si hubiera podido observar el cielo con el telescopio y enfocar hacia esa región recóndita pero discernible, habría topado con el mismo fenómeno. Cada palabra de Galilei, cada gesto en realidad, cada acción que acometiera, reclutaba el más noble y vívido entusiasmo en el alma extasiada de Isaac, que se fundía como un cirio puro ante el fuego exhalado por la ciencia del astrónomo. Como si ante él compareciera una deidad hecha carne, al son de arpas armoniosas tañidas por risueños querubines, sus ojos escrutadores agujereaban a Galilei. Quería aprenderlo todo sobre él, para quizás imitarle o, por qué no, sobrepasarlo. Sus pulcros ademanes, su penetrante manera de razonar, su lucidez inventiva...: todo inflamaba la antorcha propiciatoria de su vocación más genuina. ¡Cómo suspiraba por convertirse en alguien tan sabio, tan osado, tan voluntarioso, tan convencido de las ideas alumbradas en el retiro de su mente, que había surcado en soledad un universo hasta entonces ignoto para el hombre!

Si en el padre Laterdini había encontrado a un amigo, a un maestro y a un valedor, sobre todo tras la tristeza y el aciago desconsuelo que le amustiaban desde la pérdida de sus padres, en Galilei, más que el símbolo de una figura paternal que orientase su rumbo por los senderos de la vida, apreciaba la cercanía de un ejemplo digno de ser superado. Esta admiración tan profunda, tierna y sincera le confería alas inmarcesibles que enaltecían su alma con mayor ímpetu que los cánticos, himnos y Salmos declamados en la sinagoga. A diferencia de sus venerados rabinos, de su añorado padre y de su amado hermano, Galilei revelaba verdades nuevas sobre el cielo, evidencias de las que no existía constancia en las sagradas escrituras de Israel; tampoco en los libros cristianos. Los rabinos transmitían pujantes enseñanzas sobre cómo comportarse para cumplir los preceptos del Señor, y de sus palabras emanaba un aliento de valor incalculable que había robustecido a Israel en sus momentos más difíciles, en su desarraigo, en su travesía por atroces desiertos y lacerantes diásporas como nómada expulsado de su verdadero hogar. Por naciones, imperios y mares habían migrado los hijos de Sion cual cometa sin horizonte, como una doncella expatriada de la tierra que Dios le había prometido, pero la palabra del Dios único jamás había desistido de esparcir sus dones balsámicos y de ungir al pueblo judío con el óleo de su voluntad salvífica. Aunque las más terribles tempestades no hubieran amainado, Dios siempre había permanecido junto a su pueblo. Esta fe incommovible había asperjado el alma hebrea con el hisopo de esperanzas vivificantes, dulcificando sus maltrechas horas con

un viento límpido que oreaba sus rostros. Sin embargo, en ningún pasaje de la Torá o del Talmud se decía que la superficie de la Luna fuese imperfecta, ni que algunos objetos siderales efectuaran sus movimientos de rotación en torno a un cuerpo distinto a la Tierra, el conjeturado centro del cosmos.

-Permitidme que os recomiende un libro formidable, escrito por un canónigo de la catedral de Frauenburg llamado Nicolás Copérnico, quien falleció hace ya varias décadas.

-¿Copérnico, decís? Creo haber oído ese nombre. Si no me equivoco, su tesis es cuanto menos descabellada: propone que el Sol, y no la Tierra, ocupa el centro del universo.

-Os aconsejo vivamente que leáis su obra, donde argumenta con todo lujo de detalles las ventajas matemáticas de su hipótesis. Yo mismo trabajo ahora en el desarrollo de su teoría, porque estoy convencido de que el modelo de Aristóteles y de Tolomeo es incompleto. De hecho, he descubierto errores e inexactitudes no sólo en sus textos sobre el cielo, sino también en sus ideas sobre el movimiento de los graves en la Tierra.

-¿Cómo sería posible, cuando el sentido común nos inclina a pensar de modo similar a Aristóteles?

-¡Qué lástima disponer de tan poco tiempo! Gustoso os explicaría los experimentos que he llevado a cabo por mi cuenta y que, os lo aseguro, confutan muchas de las afirmaciones de la *Física* del Estagirita.

-Para mí sería un privilegio poder conocer vuestras investigaciones, maestro Galilei. Deseo saber hasta dónde nos conducirá vuestro ingenio. Decidme dónde y cuándo. No me importará viajar a los extremos del mundo con tal de aprender más sobre vuestro trabajo.

-¡Sois demasiado amable! No merezco vuestra admiración, pues me limito a observar el cielo y a reflexionar sobre lo que veo con la escasa agudeza que aún me queda. Lo que escribo está a disposición de todo hombre, aunque medie un telescopio. En cualquier caso, y como vuestro interés me honra e impresiona, podríamos concertar un encuentro mañana mismo, al atardecer.

-No sabéis cuánto os lo agradecería, maestro Galilei. Hay muchos temas pendientes por discutir; aún anidan en mí infinidad de dudas que deseo plantearos y que sólo una persona de vuestra sabiduría podría despejar.

-Juntémonos entonces mañana junto a la Ca' d'Oro.

-¡Allí estaré!

-Por cierto, no me habéis revelado vuestro nombre.

Isaac vaciló. ¿Debía confesarle a Galilei, un hombre que transparentaba tanta delicadeza y respeto, su verdadera identidad? Por miedo a frustrar sus planes y a que el escándalo cundiera entre los asistentes, optó por responderle que se llamaba Marsilio Vecchiavista.

-¡Vecchiavista! –le espetó Galileo-. Un nombre difícil de olvidar. Ha sido un placer conoceros, Vecchiavista.

Sottofenesta y Gianobene percibieron tímidos murmullos entre algunos de los asistentes. Sus labios musitaban comentarios sibilinos sobre la identidad de ese hombre que conversaba tan animadamente con Galilei y cuya soltura con el telescopio no dejaba de intrigarles. Gianobene, inquieto, se aproximó a ellos para poder escuchar qué susurraban exactamente. Entre los balbuceos, se percató de que un ilustre mercader, amigo personal del Dogo, porfiaba en haber visto antes el rostro de ese hombre, aunque era incapaz de recordar dónde y cuándo. Gianobene intervino a tiempo para zanjar la disputa, temeroso de que adquiriera cotas imprevistas y terminara por escapar a su control:

-El caballero se llama Marsilio Vecchiavista. Nos conocemos desde hace muchos años.

-Os agradezco la información. Me resultaba extrañamente familiar. De hecho, jamás había visto a este hombre en un acto convocado por el Dogo.

-Vecchiavista reside en Verona y sólo viene esporádicamente a Venecia, cuando los negocios así lo exigen.

-¿A qué negocios os referís? Yo me dedico al comercio de las telas, y mis relaciones con el resto del gremio son excelentes.

-Vecchiavista invierte en múltiples empresas: alimentos, bebidas, barcos...

-¡Barcos! ¡Entonces conocerá a mi primo, Patrizio della Créspola!

El nerviosismo de Gianobene arreciaba. Era consciente de que había cometido un gran error al procurar aclaraciones que podían volvérselo en contra, o que al menos le forzarían a enmarañar aún más sus argumentaciones y a mentir flagrantemente. Para no pisar arenas movedizas, y como ansioso de clausurar la conversación y de distraer a sus interlocutores con enrevesados circunloquios y evasivas verosímiles, comenzó a hilvanar un discurso sutil sobre el futuro del comercio naval, las pérdidas recientes que él mismo había sufrido en sus inversiones en especias de las Indias orientales, la afluencia de mercaderes de orígenes diversos que anegaban Venecia con acentos

ininteligibles, el peligro nunca menguante de los otomanos... Su estrategia debió de convencer a sus oyentes, quienes no mostraron ninguna dificultad en sumarse a la improvisada conversación.

VIII. La Tierra y el Sol

Emocionado por el magnetismo de esa velada mágica y pródiga, Isaac descansó de manera profunda y reparadora, en contraste nítido con la turbación que le había impedido conciliar el sueño las noches anteriores, cuando su corazón aún se encontraba demasiado tenso por la vasta expectativa depositada en conocer de primera mano a Galilei. Al amanecer, el trabajo acumulado de varios días emergió inicialmente ante él como una pesada losa y un dilema irresoluble. Sin embargo, el incentivo de volver a ver de cerca al sabio profesor de Padua esa misma tarde le infundió nuevos y enérgicos motivos para concluir esas tareas lo antes posible, y así poder repasar algunas de las anotaciones glosadas a la lectura del *Sidereus Nuncius*, observaciones y apuntes críticos que había recogido meticulosamente en las últimas semanas y cuyo contenido anhelaba discutir con Galilei.

La noche anterior, los ojos indagadores de un vecino con dotes para el espionaje habían contemplado su silueta, ataviada a la manera de los cristianos. El hombre en cuestión no pudo resistir dirigirse a él, al rayar el mediodía, cerca de una pequeña plaza del gueto, tras tributarle los saludos habituales:

-Me sorprendió vivamente observaros ayer, tarde en la noche, llegar a casa con extrañas y elegantes vestimentas, cuando la ley nos prohíbe a los judíos abandonar el gueto después de la caída del Sol.

Isaac, inicialmente titubeante, reflexionó con agudeza y se dio cuenta de que no merecía la pena prodigarle una información inevitablemente comprometedor. Por ello, se limitó a responder:

-En realidad, simplemente paseaba; no podía dormir, y opté por salir a la calle a airearme.

-¿Con esos ropajes?

-Son el obsequio de un gran amigo mío; aún no los había probado, y en la imprudencia que desata el insomnio se me ocurrió usarlos por primera vez...

La lengua impúdica del vecino no alarmaba a Isaac, pues a pesar de la liviana y tambaleante excusa que había ofrecido, hondos lazos fraternales se extendían entre todos los miembros del gueto y disipaban cualquier sombra delatora. Pero Isaac comenzó a percatarse de que la obligación de alternar ropajes distintivamente judíos con vestimentas ostentadamente cristianas, así como sus sospechosos movimientos a horas intempestivas, de no gestionarse de forma inteligente, acabarían por traerle numerosos e

innecesarios quebraderos de cabeza. Sin embargo, aún era incapaz de confesarle a Galilei su secreto, y la incertidumbre planeaba sobre su corazón. Su fugaz entrevista la noche anterior sólo le había revelado tímidos y esquivos reflejos de la verdadera alma del astrónomo, por lo que aún ignoraba si debía confiar plenamente en él o si había de ser lo suficientemente precavido como para no herir su susceptibilidad. Claro está que en Galilei había percibido destellos tornasolados de esa pureza, de esa bondad y de esa solicitud que sólo coruscan en los espíritus más nobles, pero aún precisaba de más tiempo para convencerse de que una amistad auténtica había florecido entre ellos.

A media tarde, un entusiasmo de brotes juveniles se apoderó nuevamente del corazón de Isaac. Con el mayor disimulo posible, se vistió de modo protocolario, si bien menos ceremonioso que la noche anterior. Se despojó de cualquier signo indicativo de su condición judía, traspasó los límites del gueto y bordeó las crípticas callejuelas que conducían a las inmediaciones de la Plaza San Marcos, el punto neurálgico de una ciudad tan venerada como majestuosa. Todavía temeroso de recibir miradas indiscretas, prefirió caminar por los laterales de las calles y las esquinas de las plazas, cauteloso para no llamar la atención o despertar ágiles y provocadoras dudas. ¿Debía visitar primero al padre Laterdini y relatarle minuciosamente todo lo que había acontecido la noche anterior, el gozo inconmensurable que le había bendecido y las perspectivas prometedoras de colaborar con Galilei en sus investigaciones astronómicas? Era probable que Sottofenesta o Gianobene ya le hubieran informado oportunamente, dada la estrecha relación que los vinculaba, pero Isaac no quería que una injustificable negligencia le impidiera contarle, con sus propios labios, esa experiencia única y milagrosa que había vivido bajo el cielo estrellado.

Como aún le quedaba tiempo antes de la hora acordada con Galilei, Isaac se dirigió a casa del padre Laterdini. Al llamar a la puerta, una visión desagradable le dispensó una inesperada bienvenida. Era el semblante amenazador de Umberto della Fonte, sus cejas disuasivas y sus ojos desalentadores. Toda la alegría interiorizada por el encuentro con Galilei, todo el júbilo que deseaba transmitirle, incólume, a Laterdini, se desvaneció momentáneamente, y un sombrío temor asaltó su alma. No portaba los símbolos distintivos preceptuados para los hebreos, y una persona tan poco amistosa como Della Fonte se lo recriminó de inmediato:

-Vaya, vaya, el muchacho judío que tan buenas relaciones tiene con Laterdini... Pero ¡qué sorpresa! Un judío que desobedece las leyes de la República y se atreve a salir del gueto sin los signos estipulados.

-Ha sido un mero despiste, padre. Le aseguro que no volverá a ocurrir.

-La poca confianza que tú y tu pueblo merecéis me obliga a informar de esta infracción a las autoridades.

Por fortuna, y cuando una irredenta expresión de tristeza amagaba con secuestrar al joven judío con su intangible hiedra trepadora, apareció el padre Laterdini, quien replicó:

-¡Qué manía tenéis de entrometeros en los asuntos que no os incumben! Dejad tranquilo a Isaac. Un error, un descuido, lo tiene cualquiera; por ejemplo, vos mismo, cuando hace unos días olvidasteis celebrar la santa Eucaristía porque habíais llegado a altas horas de la madrugada de una de esas fiestas que convoca la marquesa Cristina Sabattese. No juzguéis y no seréis juzgados.

-Tienes suerte de gozar de la defensa y de la protección del padre Laterdini. Es injusto que yo me preocupe por limpiar esta República de herejes, tibios y timoratos, y que todos mis desvelos pastorales sólo pretendan preservar la pureza de la fe católica, tan intacta como el Redentor quiso otorgárnosla, mientras otros vacilan y muestran actitudes de falso compromiso con quienes se afanan en negar al único salvador del mundo... -replicó della Fonte, con gesto enérgico.

Della Fonte se retiró, no sin antes propinarle a Isaac otra de sus miradas desafiantes e increpadoras. El padre Laterdini, por el contrario, recibió al joven con su sonrisa inconfundible y con la viveza duradera que tanta luz concitaban en sus ojos:

-¡Cuéntame, cuéntame! ¿Cómo transcurrió la velada? ¿Es Galilei tan sabio como dicen? ¿Le expusiste las objeciones que habíamos discutido?

-Padre Laterdini, Galilei superó todas mis expectativas. Cada una de sus palabras era precisa, honesta, evocadora como un brillo que sólo osa encenderse cuando se aproxima la llama inviolable de la verdad. Podría narraros cada gesto, cada sonido que profirieron sus labios, la pasión que circundaba su rostro y lo iluminaba con ese fulgor que sólo despunta en los sabios verdaderos. Fue maravilloso, imborrable, y ¿acaso algo une más a los hombres que contemplar la belleza incandescente del cielo?

-¡Cómo me alegro, Isaac, de que tus esperanzas más firmes se cumpliesen al unísono con las mías!

En poco más de media hora, Isaac detalló los pormenores del encuentro. En el entusiasmo perceptible en la efusividad de su voz pura, el padre Laterdini detectaba el aura radiante del discípulo que por fin ha conocido a ese maestro cuyas enseñanzas y virtudes pueden colmar sus fervorosas ansias de aprendizaje, estímulo y superación. Para no retrasarse en su cita con Galilei, Isaac tuvo que aligerar el paso.

La Ca' d'Oro es un esplendoroso edificio de soberbias ornamentaciones, pulcramente emplazado a orillas del Gran Canal. El palacio se halla revestido de áureos mármoles que a veces emiten destellos iridiscentes. En la brevedad del trayecto,

numerosas ideas, arremolinadas de forma inextricable, espesas como magmas telúricos, vagaron por su mente cual espectros desconsolados. ¿En qué fructificaría esta relación inopinada con un sabio de semejantes dimensiones? Él, un pobre judío que camuflaba su condición tras un disfraz gentil, ¿qué podía ofrecerle a un astrónomo de la talla de Galilei, quien por sí solo había proyectado la mirada del hombre hasta los límites más recónditos del universo?

Su curiosidad, su sed de conocimiento y su empeño incorruptible suplirían todas las carencias y contribuirían a redimir sus errores, pero ¿bastaría con propósitos caprichosos e intuiciones disidentes para satisfacer a un intelecto tan vasto y perspicaz como el de Galilei, o tan huidizas veleidades condenarían sus aspiraciones a marchitarse irremisiblemente, pues una persona sin educación y sin medios, como era su caso, jamás complacería a una de las almas más doctas y eminentes de la época? Era cierto que el padre Laterdini no cesaba de exhortarlo a sacudirse el yugo de sus propios miedos, a confiar en sí mismo y a desprenderse de la concatenación de tumultuosas inquietudes anudadas a su espíritu, generadoras de un vehemente complejo de inferioridad, carga onerosa que amenazaba con sepultar todas sus intenciones y todas sus tentativas de superación. Sin embargo, la actitud del sacerdote, siempre compasiva y bondadosa, las cálidas palabras que esparcía, su hermosa voluntad de prestarle toda la ayuda posible, ¿no escondían una fe excesiva y crédula, la ligereza de un fuego destinado a apagarse rápidamente, pues sólo lo avivaban los lazos inquebrantables de la amistad, finas hebras de lo eterno?

Pese a sus vacilaciones, el momento apremiaba. La necesidad acuciante de no defraudar a Galilei en este segundo encuentro resultó inspiradora para Isaac. Anheloso de vencer sus dudas, repasó mentalmente todas las observaciones críticas al *Sidereus Nuntius* que había anotado con gran esmero, así como las objeciones y réplicas que él y el padre Laterdini habían ponderado. La silueta de Galilei, que divisó al fondo de una pequeña plaza, volvió a infundirle un cierto pavor, pero Isaac se armó de valentía y, ocultando su nerviosismo, se acercó al profesor de Padua para saludarle con afabilidad. Galilei, cuya cordialidad era aún más primorosa que en la noche previa, le confesó la impresión tan favorable que le había producido el coloquio en la esbelta torre del Campanario, así como la pertinencia de algunos de los comentarios que le había expuesto.

Pasearon distendidamente, como sabios peripatéticos ensimismados en un venturoso estado de beatífico desasimiento, inmersos en un trance de tintes sacros que exoneraba a Isaac de todas las preocupaciones, celos y alarmas que poco antes habían invadido su corazón, como si el agua de sus temores se hubiese transformado en el vino de sus esperanzas preteridas. Con esa velocidad y esa soltura que adquirimos cuando nos reconocemos en el espejo de almas gemelas, el joven judío se sumergió de lleno en la conversación. Debatieron sin descanso sobre las imperfecciones lunares, los objetos que orbitaban en torno a Júpiter, las nebulosas de Tolomeo, el cinturón de Orión y las Pléyades. Impetuosos, visiblemente deleitados con el intercambio de frondosas ideas e

intrépidas intuiciones que eclosionaban con agilidad embriagadora, una atmósfera de confianza mutua los envolvió bajo su bello y vertiginoso manto de luminosidad, para plantar en sus almas los ecos seminales de una gran fruición.

Cada palabra de Galilei venía acompañada por la pujanza de un gesto vivaz, por una mueca ardorosa, por una agitación típicamente italiana en manos y brazos que resaltaba aún más la importancia atesorada por sus frases pioneras. Le relató prolijamente el contenido de sus experimentos sobre la caída de los graves. También le desveló sus investigaciones sobre el movimiento del péndulo, su diseño de planos inclinados para someter a un riguroso escrutinio las afirmaciones de Aristóteles y, por encima de todo, el apasionamiento que había sentido al leer el libro de su admirado Nicolás Copérnico, *De Revolutionibus Orbium Coelestium*, al que ya había hecho referencia en el Campanario. ¡Copérnico! Sí, alguien que con precarios instrumentos pero con una inteligencia angélica había imaginado universos nuevos...

-Decidme, maestro Galilei, ¿cómo puedo conseguir una copia del libro de Copérnico, que tanta luz promete verter sobre el sistema del mundo?

-Yo conservo una edición en mi casa de Padua. La obtuve a través de un librero florentino que viajaba con cierta frecuencia más allá de los Alpes para entablar contactos con imprentas del norte de Europa. Al parecer, la obra se publicó en Nüremberg en 1543, año de la muerte de Copérnico, aunque mi edición data de 1566 y corrió a cargo de Henricus Petrus en Basilea. Pero si insistís, no me resultará muy costoso enviaros una copia.

-¿Qué más sabéis sobre ese Copérnico?

-Sólo puedo aseguraros que la lectura de su libro me despertó de un sueño, porque me bastó examinar detenidamente sus razonamientos para darme cuenta de que su sistema, donde el Sol ocupa el centro del universo y la Tierra rota en torno al astro rey, ofrece una elegancia matemática incomparable.

-Sin embargo, ese movimiento de rotación es imposible. La Tierra ha de permanecer inmóvil, pues nadie percibe su desplazamiento y sus oscilaciones. Los edificios más imponentes se anclan con firmeza en el suelo, el mar yace encalmado si el viento no vulnera su quietud y genera olas, y al andar no sentimos que la Tierra avance o retroceda...

-Ignoramos mucho sobre la verdadera naturaleza de la Tierra y del Sol y las ocultas leyes del cosmos. Incluso si nuestro planeta se moviese, al hacerlo de manera uniforme, sería difícil e incluso imposible que notáramos sus alteraciones. ¡Queda tanto por comprender, pero es tan bello y fascinante el camino hacia el conocimiento!

-En cualquier caso, no creo que la teoría de Copérnico pueda ser correcta. No debemos olvidar que el modelo de Tolomeo explica perfectamente las cuatro estaciones

solares, así como las regresiones y estaciones de los planetas. ¿Cómo superar la maravillosa descripción de la revolución diaria de todos los cuerpos en torno al Polo y de la regresión solar anual a través del Zodíaco que nos proporcionó este egregio sabio alejandrino? Con la ligera excentricidad de sus órbitas, con sus círculos y ecuantas, nos ha legado eximias expresiones geométricas. Gracias a ellas ha esclarecido por qué varía el brillo de los planetas, o por qué el Sol resplandece más alto en el mediodía de unas estaciones que de otras.

-Para Copérnico, la rotación de los cielos en torno al Polo es sólo aparente, pues en realidad obedece al giro que efectúa la Tierra en torno a su propio eje.

-¿Y la regresión de los planetas? Con sus veintisiete esferas concéntricas, el divino Eudoxo estableció hace casi dos mil años que planetas como Júpiter, aunque avanzan de Oeste a Este, cada cierto tiempo se dirigen de Este a Oeste, a causa de recesiones y retrogradaciones.

-Según Copérnico, la regresión de los planetas dimana de su distinta velocidad de traslación en torno al Sol. Honestamente, no es una idea absurda. Si suponemos que es la Tierra el cuerpo que se desplaza, y no el Sol, encuentro plenamente lógico pensar que a veces se adelanta y otras se retrasa con respecto a otros planetas, que como ella orbitan en torno al astro rey.

-Pero una explicación tan revolucionaria, una teoría que modifica tan profundamente los conceptos albergados por el hombre a lo largo de milenios, y que sabios como Aristóteles sancionaron cuando la luz de Grecia se alzó con su esplendor más puro; una explicación, en definitiva, que atribuye a nuestra raza una ceguera persistente y prolongada, una venda que nos ha impedido descubrir la verdad, no puede haber pasado desapercibida. Los mejores astrónomos de nuestro tiempo deben de haberse pronunciado sobre ella...

-Sí, algunos ya lo han hecho, pero su juicio ha sido desfavorable. Muy pocas voces se han aventurado a destacar las virtudes de la obra de Copérnico, y una mayoría abrumadora ha tachado sus ideas de sacrílegas, porque contradicen la Escritura...

-¡Es cierto! ¿No ordenó Josué, en su lucha con los amorreos, que el Sol se detuviera en Gabaón y que la Luna lo hiciera en el valle de Ajaón, como muestra clarividente del poder divino sobre la naturaleza y de su voluntad inequívoca de socorrer a Israel cuando más lo necesitaba?

-Pero ¿quiénes somos nosotros para asegurar que entendemos el íntimo sentido de la Palabra de Dios? ¿Cómo podemos saber que hemos interpretado adecuadamente su significado? Además, la Antigua Alianza ha sido superada por la Nueva, y en el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, por quien profesó una fe infinita e inquebrantable como salvador del género humano, no existe ninguna referencia al movimiento del Sol.

-Maestro, si el Dios único y verdadero ha querido, en su inagotable sabiduría, revelarnos la auténtica forma del mundo, y nos ha otorgado una Ley que nos permite sondear los designios más profundos de su corazón, siempre rebosante de piedad y ternura hacia el hombre, ¿quiénes somos nosotros, pobres mortales, dueños de una inteligencia frágil y temblorosa que ni siquiera alcanza a comprender los fenómenos más elementales del universo y de la vida, para conculcar sus enseñanzas y sostener, frente a lo consignado en la Biblia, que la Tierra traza órbitas circulares en el espacio? ¿No sería una blasfemia imperdonable contra el Dios eterno atreverse a contradecir lo que su misericordia infinita nos ha comunicado?

-No olvides, joven Vecchiavista, que la Biblia no tiene como objetivo describir las esferas celestes, ni la verdadera forma de la Tierra, ni la profundidad de los mares, sino tan sólo instruir al hombre en los designios del Dios eterno, en las leyes imperecederas que anidan en el alma y nos llevan por el camino de la rectitud hacia ese reino futuro donde se extinguirá todo sufrimiento, y donde la huella del pecado, grabada en nuestros corazones, desaparecerá para siempre.

Atardecía raudamente. El día se encontraba en el crepúsculo, y la apremiante sombra del ocaso persuadió a Galilei y a Isaac de que era conveniente postergar el fogoso diálogo para otra ocasión. Como Galilei debía regresar a Padua de inmediato, se despidieron calurosamente, con una mirada que en ambos denotaba una añoranza genuina e intensa por lo mucho que habían disfrutado con la entrevista. El sabio astrónomo prometió enviarle una copia del libro de Copérnico y le garantizó que, si retornaba a Venecia, contactaría con él para repetir el encuentro.

Isaac tuvo que vencer sus remordimientos, flechas no extirpadas de su corazón. Continuó simulando que se apellidaba Vecchiavista y que, al residir en Verona, era preferible que Gianobene actuase como intermediario para organizar futuras reuniones. Las manifestaciones de su pesadumbre sólo contenían silencio, un silencio doloroso que ocultaba el más feroz e íntimo de los soliloquios, la más aflictiva de las sensaciones. Un casto hálito de tristeza reprobatoria era perceptible en sus ojos y en el apagado tono que exhalaba su voz, pues a un alma límpida como la suya le compungía hondamente perseverar en el engaño, por imprescindible e incluso beneficioso que se le antojase.

IX. La huella del Dios eterno

Al día siguiente, Isaac transmitió al padre Laterdini su entusiasmo por los nuevos horizontes que se le habían abierto. Los copiosos y desbordantes chorros de su frenesí contagiaron también al sacerdote católico, tan enamorado como él del conocimiento y tan dueño como él de una voluntad de aprendizaje jamás enflaquecida. El religioso sometió a su amigo a un interrogatorio sobre el modelo de ese extraño autor, de nombre Copérnico, al que Galilei no había cesado de citar con una veneración épica y conmovedora en un hombre de su categoría intelectual.

-¡Copérnico, cómo olvidar este apellido! Aunque, si mal no recuerdo, algunos astrónomos antiguos ya se habían aventurado a sostener que era la Tierra, y no el Sol, el cuerpo que describía órbitas circulares a través del espacio, en un movimiento constante quizás promulgado por el Altísimo al inicio de los tiempos.

-Así es, padre. El propio Galilei aludió a Aristarco de Samos, pero también reconoció que su modelo distaba mucho de haber logrado la sofisticación inherente al sistema de Copérnico, cuya elegancia matemática reduce admirablemente el número de epiciclos de Tolomeo y simplifica en grado sumo los cálculos astronómicos.

-¡Ah, Grecia! –exclamó Laterdini, mientras juntaba con delicadeza unas manos que parecían elevarse hasta la cúspide de los cielos, en piadosa súplica-. ¿No asombra pensar que hace tantos siglos unos hombres, con las solas fuerzas de su intelecto, coronaran cumbres sapienciales tan bellas e inspiradoras? Ubicar el Sol en el centro del universo... ¡Lo que muchos tildarían de locura, de fantasía ridícula, de idea descabellada que sólo merodeó por mentes solitarias y recluidas, quizás constituya una nueva verdad con la que debamos convivir!

-Una vez escuché de labios de un rabino que los designios del Señor, por su sencillez, armonía y belleza, están destinados a humillar el intelecto de los hombres, siempre cautivo de las sombras tentadoras de la tergiversación y de la dificultad artificiosa.

-Lo que nosotros consideramos oscuro, sumido en la ambigüedad o entenebrecido por arcanos insolubles, en su ser profundo resplandece con la más pura y vigorosa de las luces, reflejo del glorioso rostro del Creador. En esto, amigo mío, coinciden plenamente los sabios hebreos y cristianos. Si el hombre sacrifica su orgullo y se afana en entender el orden sublime que preside el universo, Dios le revelará la verdad plena, esa chispa de su espíritu inmutable que se posa sobre las fragilidades de la razón humana.

-Todos los profetas de Israel nos han exhortado a mirar más allá de las apariencias, a buscar un corazón puro, un alma candorosa que sólo se guíe por

intenciones honestas, invisibles a los ojos, pero diáfanas para un espíritu sincero y bondadoso. Mi hermano lo repite constantemente en sus sermones en la sinagoga, y con gozo y lágrimas recuerdo lo que mi padre explicaba: si el hombre rechaza lo accesorio y dirige el corazón a lo eterno, a lo que jamás se debilita, a lo que siempre permanece por encima de ansias, dolores y potestades, esmerado en caminar por el mundo con un espíritu recto, con un alma indoblegable que suspire por descorrer el velo de ese templo infinito aposentado en la creación, Dios no puede ensordecer, pues hondos son los clamores que en nosotros pugnan por descubrir la verdad.

-Y ¿no es el deseo de conocer el fruto más noble y hermoso de la vida?

-¿No pensáis, padre Laterdini, que la sed de verdad cuya fuerza abrasa el espíritu humano algún día se saciará por completo, y el agua de todos los enigmas que hoy nos acucian desembocará al fin en el océano de la certeza plena, en el reino de Dios?

-Si Dios es infinito, jamás podrá la inteligencia finita del hombre esclarecer todos los misterios y desentrañar el secreto más profundo del universo. Tan sólo captaremos pálidos ecos de la voz de Dios. Sin embargo, persistirá su revelación, rubricada en las escrituras como testamento perpetuo de su amor hacia la humanidad, fulgor que no cesará de acompañarnos en este largo peregrinaje por agueridos desiertos de ignorancia. Además, ¿no sería triste conocer todas las respuestas y advertir que la belleza del descubrimiento se ha extinguido irremisiblemente? ¿No es más gratificante creer que la verdad sólo encuentra cobijo en el corazón de Dios, mientras que, en cuanto el espíritu humano la acaricia tímidamente, decide comportarse como una mariposa esquiva, presta a escapar tan pronto como nuestras manos se afanen en atraparla?

-Sí, es una imagen muy hermosa, pero esa metáfora, cuya claridad evoca las múltiples alegorías que los rabinos han empleado para expresar la infinita magnificencia de Dios y la pequeñez inocultable del intelecto humano, ¿no olvida que los esfuerzos de hombres como Galilei nos acercan inconmensurablemente a la verdad?

-Sin duda, el anhelo de conocimiento nos ennoblece, y cuando mentes privilegiadas e intrépidas como la de Galilei consagran su ímpetu a explorar los misterios más profundos de la creación, estoy convencido de que el Dios eterno se regocija en las alturas, y fortalece su amor hacia el hombre. Pero sus designios siempre nos exceden y siempre rebasan nuestras expectativas. Si realmente el Sol ocupa el centro del universo, y si esta idea tan sencilla como desproporcionada responde a la verdad, la sabiduría de Dios hará justicia a su infinitud, y tendremos que aprender a imaginar nuevos mundos.

-Os aseguro que cuando la otra noche posé mis ojos en el telescopio de Galilei, me sentí estremecido ante la belleza de la bóveda celeste. Miles de objetos tenues pero de una hermosura armoniosa me iluminaban con el vigor de sus titilaciones, y como signos pincelados por los dedos del Señor, admiré una vastedad y una perfección

deslumbrantes. ¿No aletea el espíritu del Dios verdadero en cada maravilla del mundo, en cada cuerpo, en cada criatura, en cada letra viva de esa palabra suya inagotable que permea y tonifica valles, montañas, bosques, llanuras y océanos con su soplo sapiencial? ¿No somos gotas que circulan por un río feroz, la atronadora cascada de la vida, cuya meta es el Dios escondido que se ha revelado a los hombres a través de Israel?

-“En Él vivimos, nos movemos y existimos”, dice San Pablo en su discurso en el Areópago de Atenas, en esa cima de la sabiduría de este mundo a la que habían escalado los griegos. Isaac, si eres capaz de discernir el aliento de Dios en cualquier objeto creado, si inhalas una brisa perenne que dimana de los más profundos suspiros del Dios eterno, siéntete dichoso, porque pocos hombres, ni siquiera quienes se llaman a sí mismos sacerdotes, alcanzan una intimidad tan bella y aleccionadora con el Señor. Los rabinos más ilustres, así como algunos santos de nuestra Iglesia, han conquistado esa cercanía mística que les ha permitido hundir su corazón en pechos divinos, en un enclave imperceptible del que manan la leche y la miel verdaderas, gotas cadentes desde un manantial eterno. Pienso en San Francisco de Asís, quien entonó los cánticos más sublimes para honrar al Sol, a la Luna y a los animales, y en tantos poetas de otros pueblos que han declamado la grandeza de Dios cristalizada en su obra creadora, tanto en el mundo visible como en las estancias más recónditas de la bondad humana...

-¿Qué importan entonces los credos, los libros y las tradiciones, si todo en el corazón y en la mente nos impulsa a contemplar esa belleza pura y esa sabiduría infinita que impregnan los múltiples resquicios del universo? ¿No han sido estériles tantas disputas, fútiles tantos odios deflagrados entre los hombres, vanos los miedos tan hondos a reconocer que las alas de la verdad resplandecen más allá de las palabras, los símbolos y los templos?

-Cuánta razón tienes, Isaac, pero con el tiempo he aprendido que el hombre vaga en la indigencia. Con la esperanza de obtener la felicidad, la más esquiva de las metas que vislumbran sus ojos, recorre intempestivamente los caminos más sinuosos y se enfrenta a los mayores retos. Muchas veces profesa una fe inquebrantable en su propio poder, pero la experiencia humilla sus pretensiones, y quien antes se creía omnipotente, capaz de descubrir los verdaderos designios de Dios con sus solas fuerzas, como si hubiera saboreado el fruto prohibido del árbol de la ciencia plena, sucumbe a la desesperanza e impetra la ayuda del Señor, cual hijo pródigo que retorna a la casa paterna, cual niño cuyo orgullo herido primero ruge y después implora una caricia perfumada de consuelo. Sin fe, el hombre se abisma en las simas de su finitud. Sólo la fe nos redime, Isaac. No quieras comprenderlo todo con la razón; no fíes tus aspiraciones al exiguo poder del entendimiento.

-¡El hombre, el hombre...! Pero ¿qué representa la fugacidad de una vida ante la magnificencia del universo? ¿Qué somos frente a esa vastedad de objetos siderales que

explora incansablemente Galilei? ¿Motas de polvo? ¿Granos de arena? ¿Vasijas de barro vaciadas por una muerte inexorable?

-Polvo, sí; polvo del que procedemos y polvo al que nos hallamos abocados. “Polvo eres y en polvo te convertirás”, proclama la Escritura. ¡Pero qué polvo más sublime, capaz de elevarse sobre la inmediatez de los sentidos para degustar los manjares de verdades eternas! ¡Un polvo que sufre, llora, ríe, conoce y ama! ¡Bendito polvo el del hombre! ¿Y no nos exhorta este polvo a contemplar la grandeza del universo?

Junto a la reflexión sobre las consecuencias más descollantes y las inspiraciones más fecundas que podían extraerse de las ideas de Copérnico, Isaac confesó a Laterdini la inquietud desencadenada en su alma por la espesa tela de falsedades que se había visto obligado a urdir para acceder a Galilei y granjearse paulatinamente su confianza. Aunque temía que el célebre astrónomo descubriera la verdad sobre su condición judía y, ante la envergadura de la ofensa, renegara de él, un anhelo insepulto de paladear las delicias de la ciencia que el profesor de Padua era capaz de revelar le rociaba su corazón con mansas gotas purificadoras, y los reparos rápidamente cedían el testigo al fervoroso deseo de acometer cuantas acciones fuesen necesarias para continuar en contacto con Galilei. Laterdini le consoló y redimió su desasosiego. Esgrimió razones teológicas y morales (reminiscentes de las laberínticas sutilezas jesuíticas que había asimilado en sus años de estudiante) para justificar que de su actitud se derivaría un bien mayor: la posibilidad de bucear en ese tesoro de conocimiento que Galilei le ofrecía, cuyas alas propiciaban que su espíritu volase por el cielo de la verdad y penetrase en el auténtico ser de la naturaleza.

Ni Laterdini ni Isaac se percataron de que Umberto della Fonte había escuchado toda la conversación. Escondido tras una puerta entornada -comportamiento serpentino acorde con su carácter viscoso, destructivo y conspirador-, della Fonte había permanecido oculto en una sala contigua a la biblioteca de Laterdini para atalarlos ruinmente. Lo había oído todo sobre Galilei, la falsa identidad del joven judío y las teorías de Copérnico que conculcaban milenios de rígidas convicciones astronómicas asentadas en el imaginario colectivo. Por si fuera poco, las alusiones de Isaac a la huella divina impresa en todo lo creado, ya fuera en virutas de polvo o en briznas de paja, le resultaban sospechosamente familiares con las ideas de un hereje, el dominico Giordano Bruno, que pocos años antes había ardido en una hoguera romana a causa de su defensa de tesis similares, de resonancias nítidamente panteístas. ¿Cómo transigir ante semejantes concepciones, que relativizaban la soberanía de Dios y borraban toda frontera entre el creador y la criatura? ¿No comprometían la trascendencia del Altísimo sobre su obra? Quienes abogaran por esos planteamientos traidores, ¿no debían enfrentarse a un destino tanto o más aterrador que el de las abrasadoras llamas cuyo fuego cruel había devorado el cuerpo de Bruno a fin de salvar su alma pecaminosa y corrompida?

Como suele suceder con las criaturas mediocres, carcomidas por la envidia y enterradas en tumbas de rencor que ellas solas cavan, Della Fonte, un roedor sigiloso y aparentemente inocuo que se crecía en cuanto vislumbraba la oportunidad de dañar a sus enemigos, no podía soportar tanta felicidad ajena, y menos aún contemplar cómo su poderosa luz bañaba el rostro de un vulgar judío. ¿El célebre Galilei, honrado por el Dogo y los más altos magistrados de la República, receptor de los mayores elogios que tributaban los próceres de la aristocracia veneciana, había claudicado ante las argucias de un prestamista hebreo? Además, ¿un judío que discutía sobre astronomía, en concreto sobre una hipótesis herética que minaba la autoridad de la Biblia y de la Santa Iglesia Romana? Para un corazón corroído por los prejuicios y horadado por los celos, esta situación era intolerable. La urgencia dictaba una actuación pronta y enérgica que desvelase el engaño y sofocara ideas tan perniciosas. De lo contrario, y cual plaga imprevista, estas oscuras teorías se infiltrarían en el pensamiento de las masas e infectarían las conciencias rectamente formadas.

Al tratarse de una batalla en dos frentes, Della Fonte optó por dividir sus esfuerzos. Por un lado, escribiría a Galilei y le informaría de la farsa que habían hilvanado los dedos de Isaac. En paralelo, hablaría con los inquisidores de Venecia, e incluso con los de Roma, para aleccionarles sobre el gravísimo peligro que suscitaban las tesis de Copérnico.

Connaturalizado con el arte de la intriga, Della Fonte era una de esas personas desidiosas que, como por obra de un milagro maléfico, de repente exhiben un ímpetu y una perseverancia ausentes en su existencia cotidiana, transida de una pereza no cicatrizada, letárgica y esclava de la holgazanería. Se entregó con esmero a la nueva empresa y redactó una meticulosa carta a Galileo Galilei. Sus letras entreveraban verdades insoslayables sobre Isaac Ibravel con meras y toscas especulaciones engendradas por su fanático odio a los judíos. También envió una epístola incriminatoria al tribunal de la Sagrada Congregación de la Inquisición, con sede en Roma. En ella exageraba deliberadamente el impacto de las ideas de Copérnico sobre el clero de Venecia y, desprovisto del menor sentimiento de gratitud y conmiseración hacia quien le había dispensado un trato tan cordial y generoso a lo largo de los años, lanzaba sucias invectivas contra el padre Laterdini, a quien ultrajaba con severas acusaciones de tolerancia hacia las herejías, de connivencia con protestantes y judíos y de frágil celo apostólico. Consumaba su perfidia con comentarios insidiosos en torno a la posible relación que Laterdini habría mantenido en el pasado con la condesa Francesca Frolomini, ya fallecida y por tanto incapaz de defenderse de semejante inculpación. Además, solicitaba una reunión con uno de los hombres más influyentes de Venecia, Lucio Collespini, miembro del Consejo de los Diez y figura muy próxima al Dogo, para alarmarle con informaciones confusas y predisponerle contra el padre Laterdini (cuyo prestigio entre los magistrados y aristócratas, pese a su fama de bondad, había languidecido últimamente) e Isaac Ibravel.

X. El dolor de una carta

La misiva enviada por Della Fonte no tardó mucho en llegar a Padua, donde Galileo Galilei impartía clases de matemáticas y bajo cuyo hermoso cielo había fijado su residencia y la de su familia. El sabio astrónomo no podía creer lo que contemplaban sus ojos. Indescriptible era el dolor que le produjo la lectura de la carta. Se sintió traicionado por ese joven tan afable y de apariencia bondadosa en quien había depositado profunda confianza y edificantes expectativas. Como rapaz astuta, Della Fonte se las había arreglado para mantener un tono ecuánime y respetuoso hacia el profesor padovino, por lo que en su texto era difícil atisbar la animadversión que el trabajo de Galilei y sus ideas sobre la naturaleza del universo despertaban en el alma del intrigante clérigo veneciano. En sus letras, opacas a los subrepticios cuchillos de su odio, párrafos en los que aún no había desenvainado las espadas escondidas de su crueldad, se limitaba a informarle de la auténtica identidad de Vecchiavista, de la trama tejida sutilmente para engañarle y gozar de su aquiescencia y de las infracciones en que Isaac Ibravel había incurrido, dado que había violado la prohibición expresa que vetaba a los judíos abandonar el gueto al anochecer.

Era lógico que un hombre recto y sincero como Galilei, cuya única obsesión estribaba en desvelar los misterios y la entraña del mundo para descubrir la verdad en su pureza y desnudez, un sabio acostumbrado a no arredrarse ante los retos y a no acobardarse ante las críticas de sus contemporáneos, se viese poseído por una honda frustración al constatar el embuste. Pero ¿cómo conciliar las pruebas suministradas por Della Fonte, un oscuro personaje del que no había tenido noticias hasta la recepción de la carta, con la certeza espiritual de que en ese joven apasionado por la observación del firmamento y por la búsqueda de respuestas había percibido la huella de un alma honesta? ¿Cómo rehuir la intuición íntima e indoblegable que lo exhortaba a profesar fe en la integridad del joven, se llamase Vecchiavista o Ibravel? ¿No cabía apreciar destellos de heroísmo en quien había asumido tantos riesgos para encontrarse con él, un explorador enajenado de su mundo y condenado al ostracismo en numerosas instancias académicas y sociales, un intrépido aventurero que en tantas ocasiones había exaltado la llama de la rebelión?

Sin embargo, las evidencias sobre la argucia orquestada por Ibravel eran abrumadoras, y reprimían pulsiones recónditas que clamaban por concederle una segunda oportunidad, rúbrica de la nobleza de sus aspiraciones. Una idea tan elevada de justicia como la que había escoltado la existencia de Galilei desde su temprana juventud le impedía perdonar, al menos por el momento, a quien había traicionado manifiestamente su buena fe. Por tanto, decidió escribir a Isaac a través de Gianobene, en un sobre que incluiría dos epístolas: una para Ibravel y otra para el ilustre senador de Venecia, en la que le amonestaría por su actitud y por haber colaborado en la confección de semejante artimaña. La carta más atribulada la dirigiría a Isaac, aunque Galilei optó por exhibir un tono mesurado, libre de las sombras iracundas que, en otro individuo

tendente al encono, habrían descargado furiosas recriminaciones, como chispas encolerizadas de reminiscencias infernales. En cualquier caso, y a pesar de que Galilei había conseguido transmitir esa impassibilidad, esa reciedumbre estoica que en los espíritus virtuosos trasluce el verdadero foco de sus inquietudes más profundas, siempre trascendentes sobre los prosaicos avatares de la vida, una incontenible mezcla de emoción, tristeza y misericordia permeaba el texto. Galilei, el sabio, el valeroso, el hombre que no temía desafiar concepciones vigentes durante siglos y acometer una batalla colosal contra el mundo por amor al conocimiento, no podía ocultar su sensibilidad herida, su ánimo mermado, por lo que redactó las siguientes líneas:

Con gran pesar he descubierto que esa persona de aspecto sabio y bondadoso, ese joven con quien había compartido algunos de mis hallazgos más innovadores y algunas de mis ideas más arriesgadas, me ha traicionado. Yo, que creía poder confiar en él, seducido por la pureza de sus palabras y por el signo de una pasión inconfundible, de un amor hacia la verdad que sólo cuantos se nutren de sus fuentes aprecian de inmediato en el espejo de otros corazones, me siento ahora desolado. Si el temor a que la condición de judío me desairara os impidió revelarme vuestra verdadera identidad, entonces habíais entendido muy poco. Yo jamás hubiera rechazado sugerencias valiosas por proceder de labios judíos o sarracenos. Amo demasiado el conocimiento como para dilapidar mis energías en disputas vanas que ofuscan a tantos hombres y los enceguecen con odios ancestrales. Con gran gozo habría leído una carta vuestra en la que hubierais expuesto las interesantes y pertinentes observaciones que me comunicasteis de viva voz, e incluso habría concertado un encuentro en Venecia para discutir con una mente tan lúcida. Pero preferisteis urdir este engaño tan pintoresco, abusar de mi alma cándida y perseverar en la mentira. Quien ha elegido el camino debe arrastrar las consecuencias.

Pocos días después, el cartero entregó la carta a Gianobene. La epístola a él destinada, aunque poseía una protocolaria moderación, rebosaba de reprobaciones a su conducta y detallaba el profundo agravio infligido, tan difícil de reparar. Gianobene, aunque podía presagiar el contenido de la segunda misiva, tomó la determinación de no abrirla, para que fuera Isaac el primero en leerla. Relató a Laterdini y Sottopenesta lo sucedido, y ambos vacilaron a la hora de identificar al posible culpable de semejante denuncia, pues ninguno recordaba haberle desvelado a nadie sus intenciones y la razón subyacente al plan que habían trenzado. Coincidieron, eso sí, en la admisión de su falta, y en cómo un miedo inexcusable y una flaqueza moral igualmente censurable habían provocado el olvido de las reglas más elementales de la acción recta, siempre foráneas a la falsedad. Pero ¿qué debían hacer ahora? ¿Cómo persuadir a Galilei de que un fin bueno canalizado por medios vituperables había eclipsado su sentido ético, y que el anhelo de ayudar a Ibravel y de satisfacer sus ansias indómitas había impulsado tanto a

Gianobene como a Sottofenesta a proceder de forma tan reprochable? ¿Acaso les creería? ¿No era un simple pretexto, un subterfugio inverosímil? Peor aún, ¿cuál sería la reacción de Isaac al comprobar cómo se desvanecían tantas ilusiones y, sobre todo, cómo su admirado Galilei renegaba ahora de él?

Sin embargo, firmes en su propósito, convencidos de que dilatar la indemorable conversación con Isaac complicaría aún más las cosas, aguardaron a que amaneciera un nuevo día y a que su amigo judío acudiese puntualmente a casa de Laterdini. Como una llama vigorosa que de repente se convierte en luz mortecina, el rostro de exultación que presidía la figura de Isaac se apagó súbitamente en cuanto contempló la grave seriedad de los semblantes de Laterdini y Sottofenesta.

-¿Ocurre algo? –inquirió Isaac, intrigado por el rigor de las expresiones faciales de sus interlocutores, presagio inequívoco de que alguna desgracia se había cernido sobre ellos.

-Debemos enseñarte una carta, Isaac.

-¿Una carta? ¿De quién?

-De Galileo Galilei.

-¿De Galilei? ¡Es asombroso que se haya dignado escribirme tan pronto, un hombre tan ocupado como él...! ¡No puedo esperar a leerla! ¡Seguro que contiene revelaciones fascinantes sobre alguno de sus nuevos descubrimientos! ¡Oh, yo no merezco que un sabio de su categoría me confíe los secretos recónditos que cada noche se afana heroicamente en desvelar!

Laterdini y Sottofenesta enmudecieron. En sus ojos abatidos palpitaba una melancolía que entristeció sobremanera a Isaac.

-Parece que no os alegráis de tan buena noticia. ¿Acaso habéis leído ya la carta? ¿Transmite alguna funesta noticia que os haya amargado el día? ¡Lo que debería generar una dicha profunda oscurece, sin embargo, vuestra mirada! ¿Qué ha ocurrido?

-Isaac, Galilei envió dos cartas, una dirigida a ti y otra a Gianobene.

-¿A Gianobene? Sí, recuerdo haberle sugerido que me escribiera a través del senador Gianobene, para no despertar suspicacias. No podía decirle que me mandara sus cartas al gueto...

-Ése es el problema, Isaac. Ignoramos por qué, pero Galilei ha descubierto el engaño piadoso que hemos perpetrado...

-¡No puede ser! ¡Qué decís! ¡Es imposible! ¡Oh Señor mío, qué pensaré de mí! Tengo que leer esa carta. Dejádmela, por favor...

Una estela diminuta armada de finas lágrimas furtivas, cual destellos congelados, se asomó lentamente en sus ojos y perló su mirada. Regía un silencio mustio y sepulcral, como una aglomeración de densas y entumecidas nubes algodonadas a punto de precipitar toda su furia sobre los allí presentes. Concluida la lectura de la carta, la agria atmósfera se prolongó unos cuantos minutos, pues, acuciados por la situación, nadie se atrevía a romper el espeso mutismo con las hendiduras de pensamientos prófugos. Finalmente, fue el propio Isaac quien articuló las primeras palabras:

-Era obvio que ocurriría. Tarde o temprano descubriría la farsa que habíamos urdido. Era inevitable que el plan fallara. ¡Cómo pude desconfiar de una persona cuyo rostro sólo transparentaba claridad y gentileza! ¡Para qué dudar de un hombre tan sabio, que no alberga prejuicios contra quienes profesan otros credos o provienen de otras naciones! Me he equivocado, y al traicionar su buena fe, he desperdiciado una oportunidad única de profundizar en el conocimiento...

-No te flageles, querido Isaac –replicó el padre Laterdini, siempre presto a irradiar palabras misericordiosas que sosegasen a un alma fustigada por el látigo inapelable de la contrición-. Te ha guiado una intención recta, y nosotros somos tan culpables como tú por haber colaborado en la mentira. Enorgullécete porque, aun en su indignación, la carta de Galilei exhibe un respeto hondo hacia tu persona, una cierta veneración por tu anhelo de saber, que sin duda ha grabado en su alma una huella sumamente hermosa.

Sottofenesta, hasta entonces silente, intervino de manera tierna y efusiva:

-Además, no olvidemos que un alma íntegra como la de Galilei no rehusará concederte el perdón. Creo que debes escribirle. En tu carta no sólo deben figurar las disculpas oportunas e inaplazables, sino una súplica que brote de lo más profundo de tu alma. Un espíritu que, según nos has contado, rebosa de pureza y magnanimidad tiene que discernir en tus palabras la rúbrica diáfana de un corazón arrepentido, la más íntima estampa de tu ser, que disipará cualquier sombra de duda y le permitirá creer de nuevo en ti.

-¿Crear en mí, en quien ha tramado un embuste colosal, una emboscada para un hombre sabio, recto y valeroso como Galilei? ¿Cómo podría creer en mí? ¡Soy un desgraciado, y puedo considerarme dichoso si Galilei decide no denunciarme ante las autoridades!

El padre Laterdini se acercó a Isaac y lo estrechó entre sus brazos, mientras el joven judío apoyaba su cabeza sobre su hombro, flácido y hundido. Sus ojos sollozantes vertían gotas minúsculas que se deslizaban sedosamente, como finas hebras de terciopelo, por la inevitable túnica lisa y negruzca del sacerdote, quien repuso:

-Un hombre como él jamás obraría así. Insisto: debes escribirle, confesar tus faltas y solicitar un nuevo encuentro con él.

-¡Pero no querrá verme nunca más!

-No pierdas la esperanza. Un corazón compungido siempre vence todos los celos.

XI. Las tribulaciones de Laterdini

Las maquinaciones de Della Fonte no cesaron. De acuerdo con su estrategia inicial, sembró sospechas sobre la ortodoxia del padre Laterdini. Para ello, propagó rumores falsos sobre su celo apostólico y sus simpatías por opiniones heréticas. Las intrigas que labraba su alma, susurros sutiles y eficaces musitados de manera cautelosa pero letal, penetraron en las altas jerarquías diocesanas y llegaron a los oídos del mismísimo patriarca de Venecia. El prelado, cuya confianza en Laterdini gozaba de tal fortaleza que hasta entonces parecía imposible verla sucumbir a los embrujos de la calumnia, comenzó a albergar serias dudas sobre las credenciales religiosas de un hombre al que otrora había admirado profundamente y en quien jamás había discernido atisbos de indocilidad trasgresora. Como suele ocurrir en estos casos, lo que antes se perfilaba claro y distinto frente a una voluntad serena y absolutoria, ahora se presentaba tibio y nebuloso, por lo que el mitrado empezó a detectar fallos y flaquezas en Laterdini que días antes habría disculpado sin la mayor dificultad.

El infatigable Della Fonte, cuya hambre voraz de ascenso en los escalafones sociales había trabado relaciones sólidas con algunos oficiales y magistrados de la República, se las arregló para que circulase la noticia de que un judío había osado abandonar el gueto con nocturnidad y alevosía, a fin de tejer un engaño contra el Dogo y contra el astrónomo Galilei. Además, su furor intimidatorio propaló la idea de que Ibravel despreciaba públicamente los dogmas del cristianismo, e incluso sostenía opiniones claramente heréticas que excedían los límites de tolerancia dictados a favor de los judíos.

Como conspirador astuto, plausible e insaciable, Della Fonte disimuló en todo momento las crueles animadversiones que sentía hacia el astrónomo, y prefirió transmitir la imagen de que el alabado profesor de Padua era una víctima más de la artimaña urdida por un judío sin escrúpulos, quien había traicionado la buena fe del científico. Era consciente de que, tarde o temprano, Laterdini, Sottofenesta y Gianobene se percatarían de que quién era el responsable de haberle revelado a Galilei la verdadera identidad de Isaac Ibravel. Los tres se esmerarían en debilitar la robustez de las incriminaciones lanzadas contra ellos, y ¿qué clase de pruebas podía reunir contra personas cuya conducta pública, al menos hasta entonces, había sido siempre irreprochable? ¿No disfrutaban de un prestigio extraordinario en las altas instancias venecianas? ¿No actuaría torpemente si los involucraba a todos, en vez de concentrar sus invectivas contra Ibravel? Quizás pudiera persuadir a diversos canónigos de las vacilaciones teológicas de Laterdini, y propiciar que las gotas de la desconfianza percolasen gradualmente en el veteado corazón del patriarca, pero jamás lograría esparcir dudas análogas sobre Sottofenesta y Gianobene, de fidelidad probada a los principios de la religión católica y de sumisa lealtad a las leyes de la República. Sin

embargo, todas las evidencias apuntaban a que ellos habían coadyuvado en la ejecución de los planes del judío, por lo que también merecían un castigo ejemplarizante.

Isaac, ajeno a las confabulaciones de Della Fonte, optó por atender a los consejos de sus amigos cristianos y redactar una carta a Galilei. En ella le confesaría sus culpas e imploraría encarecidamente su perdón. Hondos titubeos regados de lágrimas le impedían controlar su mano temblorosa y forzarla a escribir. Tal era su consternación por haber defraudado a Galilei que tuvo que vencer resistencias inimaginables para completar la misiva, llena de una humildad enaltecedora:

Al ilustre profesor Galileo Galilei:

Sé que he traicionado vuestra confianza al no haberos desvelado la verdad sobre mi condición de judío. Esta carta no pretende justificar mi actitud, tan reprobable como el peor de los pecados. Podría aducir en defensa mía que yo sólo buscaba conocerlos, ver de cerca a ese hombre a quien tanto admiro y cuyos descubrimientos sobre la esfera celeste me cautivan e infunden una nueva vocación, hoy capaz de orientar mi existencia. Podría esgrimir toda clase de razones, e incluso apelar a mi timidez para explicar por qué no me atreví a escribiros directamente, sin necesidad de haber urdido semejante engaño. Sin embargo, soy consciente de que he obrado mal, y de que un acto tan ímprobo sólo merece vuestra recriminación más firme. Ignoro si bastará con mi súplica de perdón, mas yo no puedo dejar de imploraros clemencia, una segunda oportunidad que os demuestre el auténtico rostro de mis intenciones. Aun manchadas por este embuste intolerable, os aseguro que en realidad eran puras, pues sólo anhelaban llegar hasta vos para compartir las impresiones indelebles que la lectura de vuestro Sidereus Nuncius había grabado en mi alma, sedienta de saberes nuevos, ansiosa por tributar toda su veneración a alguien que se esfuerza cada día por desentrañar los misterios más profundos de la naturaleza, hechura de las manos del Dios infinito, cuya sabiduría resplandece en todo lo creado.

Huelga decir que un hombre de la inteligencia y de las virtudes espirituales de Galilei había perdonado interiormente a Isaac. Si el tono de su primera misiva destilaba una actitud inculpatoria que tanta tristeza le había infligido al aprendiz de astrónomo, esta atmósfera admonitoria sólo se debía a la necesidad de exhibir un talante severo en quien había sufrido una ofensa aún no expurgada. Por ello, la recepción de la carta de Isaac no sólo calmó a Galilei y reafirmó su certeza de que el joven judío poseía un corazón puro, sino que despertó las alas de su misericordia y avivó sus deseos de auspiciar un encuentro que sellase la reconciliación entre ambos.

Sin embargo, los acontecimientos se habían precipitado, y las maniobras cuidadosamente diseñadas por Della Fonte habían surtido efectos tangibles y de amargas repercusiones. Una comisión inquisitorial, nombrada por el patriarca pero encomendada a inflexibles frailes dominicos, se propuso interrogar tanto a Isaac Ibravel como al padre Laterdini sobre determinados aspectos extremadamente comprometedores. El primero en acudir fue Laterdini, sobre quien pesaban cargos de menor gravedad, pero para quien, en virtud de la condición de sacerdote, las dudas atingentes a su integridad vertidas por sus hermanos en el sacramento del orden resultaban aún más humillantes. Decenas de preguntas sobre los libros que había leído recientemente, sobre su valoración de la obra de Giordano Bruno, ilustre visionario de mundos infinitos ajusticiado pocos años antes en las violentas llamas de una hoguera pontificia, sobre su fidelidad a los principios doctrinales sancionados en los cánones del Concilio de Trento..., llovieron interminablemente sobre él como tormentas no amainadas. Un hombre que meses antes había congregado admiración ubicua; un sacerdote respetado por todos los estamentos de la sociedad veneciana y un alma siempre solícita a los encargos del patriarca, soportaba ahora el suplicio inenarrable de comparecer ante un tribunal eclesiástico.

La práctica común de los procesos inquisitoriales, entre los que se cuentan algunos de los episodios más macabros de la historia de Occidente, consistía en no revelar nunca la identidad del acusador. La delación anónima contribuía a tejer una atmósfera autoinculpatoria. A causa del desgaste anímico, y aun exento de responsabilidad, el imputado, sometido a toda clase de vejaciones que acrecentaban su flaqueza, y cuya fe y rectitud moral padecían un cuestionamiento profundo y corrosivo, se rendía, debelado vilmente. Tenaces instigaciones y un agotamiento irremisible provocaban la cesión de un reo que, obligado a desistir por la angustia física y la congoja espiritual experimentadas, terminaba confesando la comisión de un delito que en realidad no había perpetrado.

Tanta barbarie, tanto dolor deliberado, tanta maldad atenazadora, tanto cinismo, un clima de pavor generalizado cuyas gotas acechantes se infiltraban en las venas de toda una sociedad sumida en un estado de permanente esclavitud psicológica, un quebrantamiento tan ostensible de los principios evangélicos y de la llamada universal al amor entre los hombres, se aceptaban con espantosa naturalidad por la mayor parte de los cristianos de la época, acostumbrados a convivir con el fenómeno inquisitorial y con la pertinaz represión de las libertades individuales que practicaban los poderes políticos y religiosos. Masas adoctrinadas y entusiastas, de cuyas mentes se había borrado todo resto de pensamiento crítico, asistían a ejecuciones públicas de herejes, cismáticos e hipotéticos pusilánimes religiosos. Su fervor condenatorio contribuía a espolear aún más el fanatismo, la intransigencia y la oscura determinación de los jefes inquisitoriales, quienes, aliados con los estamentos políticos, aspiraban a extirpar cualquier indicio de fractura ideológica en el seno de sus reinos cristianos.

Por fortuna, Laterdini mantuvo en todo momento una fortaleza desbordante. Jamás manifestó atisbo alguno de fragilidad o indecisión. Respondió con esa paz suntuosa que bendice a los espíritus más elevados y nimba sus cabellos con aureolas de santidad. Amparado en la convicción indestructible de que el yugo del Altísimo sería siempre ligero, y pese a la obstinación de los fiscales, ávidos de sentenciar a una nueva víctima, no se abatió. Por devastadora que fuese la legión de difamaciones contra él lanzadas, sus labios sólo exhalaban palabras correctas y expresiones conciliadoras. Reconoció, sí, haber hojeado algunos libros del pernicioso hereje Giordano Bruno, y admitió haber dialogado frecuentemente con judíos, musulmanes y cismáticos de los tantos que arribaban a Venecia por razones comerciales. Sin embargo, aseveró que siempre lo había hecho movido por inmarcesible celo apostólico y por irrefrenable caridad hacia muchos desposeídos que a él acudían en busca de ayuda. Era su anhelo vivaz de convertir a infieles y de mostrarles la magnificencia del mensaje del único salvador verdadero, en cuya fe se gloriaba la Iglesia a la que él pertenecía como ministro ordenado, la fuerza motriz de todas sus acciones.

Los vaticinios de Della Fonte se cumplieron. La prudencia y la cordura prevalecieron tanto a nivel eclesiástico como político, por lo que ni Sottofenesta ni Gianobene fueron llamados a declarar. Dado su prestigio, antídoto eficaz contra sus potenciales detractores, ninguna acusación fue incoada contra ellos. Cuando se reunieron con Laterdini para consolarle tras su fatigosa y perturbadora comparecencia ante el tribunal de la Inquisición, especularon sobre la posible identidad del delator ignoto. Cundieron las sospechas sobre Della Fonte, uno de los pocos individuos que gozaba de la confianza de Laterdini y que, al poseer una llave de la casa, podía acceder en cualquier momento a su residencia. Pero Laterdini afirmaba no haber discutido nunca sobre teología con Della Fonte, y menos aún haberle desvelado la estrategia para propiciar un encuentro entre Galilei e Isaac. Ciertamente era que Della Fonte conocía a Ibravel, y que siempre había recibido al joven con modales displicentes, propios de su carácter áspero y escamado.

Para Sottofenesta y Gianobene no existía ninguna duda: Della Fonte había urdido la acusación, y probablemente era él quien se había dirigido por escrito a Galilei para informarle de la verdadera identidad de Isaac Ibravel, el falso Marsilio Vecchiavista. Sin embargo, ¿cómo lo había descubierto, si Laterdini no tenía constancia de haber hablado nunca con Della Fonte sobre este asunto? Sottofenesta y Gianobene insistieron en preguntarle si había visto a Della Fonte en su casa mientras preparaban algunos detalles de la malograda maniobra. Laterdini porfiaba que Della Fonte se había ausentado en esas ocasiones, por lo que era inverosímil que hubiese escuchado los pormenores del plan para que Isaac acompañara a Galilei en el *Campanile* durante la exhibición de su telescopio ante personalidades eminentes de Venecia. Pero, tal y como Sottofenesta y Gianobene le sugirieron, cabía la posibilidad de que Della Fonte, criatura sibilina y escurridiza, se hubiese escondido ingeniosamente para oír en secreto sus conversaciones. Era por todos sabido que Della Fonte no profesaba ninguna simpatía hacia los judíos. Además, recelaba de cualquier cristiano que mostrase comprensión y

magnanimidad hacia ideas ajenas. Su ortodoxia, tan inalterable como mezquina, fruto de la ignorancia y no de la convicción, sembraba en él toda clase de inicuas animosidades y de resentimientos insanables que ensuciaban su corazón con las tinciones más oscuras.

XII. Un judío ante la Inquisición

Las tribulaciones deparadas a Isaac emprendían su curso. Un lóbrego sendero de dolor se abría paso. Si un hombre de la entereza, el aplomo y la piedad religiosa de Laterdini, pese a la compostura externa y a una pugnacidad anímica extraordinaria que le impidió sucumbir, había sufrido inconmensurablemente ante la Inquisición, ante los cancerberos de la fe católica, baluartes de la ortodoxia y especialistas en infligir injustos calvarios sobre almas puras, ¿qué tragedias no le habrían sido reservadas a un pobre judío del gueto, miembro de un pueblo discriminado y con la amenaza latente de expulsión?

Jamás gozaría de la benevolencia de los inquisidores. ¿No pendía su futuro del más frágil de los hilos? Los procedimientos inquisitoriales, ajenos, como hemos señalado, a la moderna presunción de inocencia, solían recurrir a la tortura física y psicológica para propiciar que almas temerosas admitiesen sin reparos su culpa. En el caso de un judío, el grado de indefensión era aún más patente, pues semejante exhibición de dominio eclesiástico consumiría su ya debilitado espíritu. Poderes inhóspitos amagaban con confabularse contra él, y ni siquiera hombres de probada fidelidad y obsequioso beneplácito como Laterdini, Sottofenesta y Gianobene, gentiles de corazón bondadoso que había sacrificado las diferencias religiosas en los altares diáfanos de la amistad auténtica, lograrían ahora socorrerle.

Un requerimiento emitido por la “Sagrada Congregación de la Romana y Universal Inquisición” conminaba a Isaac a comparecer ante un tribunal eclesiástico que iba a constituirse en Venecia en el plazo de dos días. Un pavor profundo se apoderó de él. Pasó largas horas en compañía de Laterdini. El sacerdote le aconsejó que, al declarar ante los inquisidores, no empleara términos espinosos, sino que fuese lo suficientemente astuto como para esquivar determinadas cuestiones que sin duda le plantearían. Pero temía no ser capaz de resistir la intensa presión psíquica que se abalanzaría sobre él con la agresividad y la beligerancia de una tormenta estruendosa. Ante la posibilidad de que, abatido y desmoralizado, su corazón exangüe desfalleciese frente a los censores y confesara la comisión de delitos inexistentes, se sumió en una honda tristeza.

Las autoridades eclesiásticas carecían de potestad para someter a juicio faltas civiles, que caían bajo la jurisdicción de los tribunales de la República. Sin embargo, era evidente que su conculcación de las leyes relativas al gueto y a las restricciones de entrada y salida sería utilizada contra él como una violenta arma arrojada. Además, lo que verdaderamente le inquietaba era padecer un interrogatorio virulento sobre sus posiciones teológicas. La religión judía disfrutaba de tolerancia en Venecia, por lo que nadie se sentiría legitimado a recriminarle la profesión de este credo, la fe de sus padres y de sus antepasados. Pero cualquier atisbo de concepciones heréticas que afectasen al cristianismo y a su pureza doctrinal sería severamente castigado. ¿Y no corrían sospechas de que él, sobre quien pesaban ingentes prejuicios por su condición de judío,

se había mostrado peligrosamente próximo a concepciones que desafiaban la infalible autoridad de la Biblia? ¿No había negado en numerosas conversaciones, e incluso en cartas, que las sagradas escrituras de Israel y del cristianismo revelasen la verdad plena sobre el funcionamiento del universo? ¿No había defendido que la Tierra giraba alrededor del Sol? Peor aún, ¿no había tachado de erróneos los pasajes de la Antigua Alianza que afirmaban, de manera explícita, la posición de nuestro planeta como centro de todo lo creado?

Sin que él lo supiese, Sottofenesta y Gianobene dirigieron una carta a Galilei. En ella le informaban sobre el trágico desarrollo de los acontecimientos, preámbulo de lo que el gran astrónomo sufriría posteriormente en sus propias carnes. Imprecaban enardecidamente su ayuda y le suplicaban que intercediese a favor de Isaac con un escrito de defensa susceptible de ser leído ante el tribunal de la Inquisición. Aseguraban que ellos habían sido los verdaderos inductores y los únicos culpables de que Isaac le ocultara su identidad hebrea, por miedo a defraudarle y a traicionar sus expectativas. La situación era tan grave que sólo una persona de su prestigio contribuiría a disipar las onerosas dudas que envolvían al joven judío en un oscuro manto de acusaciones injustas.

Un día antes de que se celebrara el juicio, Laterdini, Sottofenesta y Gianobene, cuya desconfianza hacia Della Fonte era ya irreversible, se presentaron por sorpresa en casa del intrigante clérigo, quien, visiblemente agitado, les abrió la puerta:

-¡Qué honor, qué honor recibir a tan ilustres huéspedes! –les espetó Della Fonte, con su característica y perceptible hipocresía-. ¡Adelante, adelante!

-No queremos distraernos con fórmulas protocolarias. Razones más urgentes nos han traído hasta aquí –respondió Laterdini.

-¿Y de qué razones se trata? –replicó Della Fonte, con ceño fruncido, tembloroso pestañeo y facciones tenuemente pálidas.

-Sabéis perfectamente por qué hemos venido, padre Della Fonte. Isaac se enfrenta a un juicio ante la Inquisición, y tenemos la certeza moral de quién ha tramitado en secreto la acusación contra el joven judío.

-¿En serio? ¿Y quién ha sido?

-¡Basta ya de engaños, Della Fonte! ¿Nos tomáis por estúpidos? –replicó un convulso Gianobene, cuyos ademanes eran tan violentos que Della Fonte empezó a temer por su integridad física.

-No tenéis ninguna prueba contundente que me incrimine, por lo que preferiré olvidar vuestras palabras y pensar que la precipitación con que me acusáis obedece sencillamente a un desconocimiento del asunto.

-¿Desconocimiento, decís? –contestó un tajante Sottopenesta- ¿Acaso creéis que ignoramos la existencia de una carta de vuestra autoría dirigida a Galileo Galilei? ¿Y pensáis que podréis mantener esta farsa por mucho tiempo, cuando salta a la vista que sólo una persona tan recelosa de los judíos y de cualquier idea mínimamente innovadora se habría atrevido a incoar este proceso absurdo, vil y cobarde?

-Incluso si así fuera, ¿qué podríais hacer contra mí? Gozo del beneplácito de numerosos jerarcas y de importantes instancias de la República, temerosos de que la tolerancia hacia los judíos nos desborde y comprometa el futuro de nuestra nación cristiana. Además, las peligrosas ideas de Galilei y de otros filósofos que osan disputar la autoridad única de la Biblia y de la Iglesia para enseñarnos la verdad sobre el mundo preocupan seriamente a Roma. Que un pernicioso judío como Isaac se burle tan claramente de las leyes de la República y, por si no bastara con quien se aferra tercamente a su fe caduca, a esa religión bastarda que reniega del Salvador, se aventure de modo insolente a cortejar herejías contumaces, es una afrenta contra todos nosotros, una ofensa intolerable que debería avergonzaros a todos, pues le habéis prestado una ayuda inestimable.

Laterdini, que hasta entonces había permanecido en un silencio revelador, intervino sin perder la calma que siempre bendecía su figura.

-No temáis, Della Fonte. Nos apremian compromisos más urgentes que la sed de vengarnos de vuestra iniquidad. Caiga sobre vuestra conciencia todo el peso de la ley divina, que actúa en lo escondido y ve sin necesidad de ojos humanos, pues sólo entiende el lenguaje de la pureza y la rectitud. Vuestra mala fe ha vertido acusaciones injustas e insidiosas contra un inocente. Dejo en manos de Dios perdonaros...

Las palabras de Laterdini obraron el milagro. El rostro de Della Fonte, ventana a un espíritu corrompido como el suyo, a entrañas pétreas cual losas graníticas, a copas emponzoñadas por la orgía de odios y de rencores atávicos cuya rocosa aspereza entumecía el fondo de humanidad que habita en todos nosotros, de repente se compungió. Incluso corazones tan gélidos e inhóspitos como el suyo, que parecen dormir plácidamente en la malicia, tenían que sentir algún atisbo de flaqueza y arrepentimiento. La serena gravedad desplegada por Laterdini avivó la llama reprimida de sus emociones más profundas y disolvió toda dureza adamantina. Era improbable que su alma orgullosa rectificara y retirase los cargos contra Isaac, pero con su mirada y con la limpidez de su verbo, auténticos bálsamos salvíficos, Laterdini había conseguido lo imposible, pues había perforado tímidamente esa barrera, de apariencia inexpugnable, que escindía el corazón de Della Fonte y lo alejaba irremisiblemente del verdadero reino del amor humano.

Había llegado la hora para Isaac. Los adustos jueces de la Inquisición esperaban con ansiedad su comparecencia. Habían recabado pruebas y examinado informes que se jactaban de demostrar la cercanía de este judío del gueto a tesis de ortodoxia controvertida, cuyo riesgo para la autoridad de la Iglesia era innegable. Ellos, inmovibles veladores de la pureza de la fe, perseguidores incansables de la heterodoxia, debían mostrarse impasibles ante los ruegos de piedad que intentarían ablandar sus almas.

La justicia de Dios no admitía caminos eclécticos y abigarrados: demandaba firmes adhesiones. Nada podía desvirtuar su naturaleza sempiterna: o conmigo, o contra mí. Por vigorosas que fuesen las pulsiones de clemencia que no cesan de azotar al común de los mortales con sus finos látigos de ternura, los defensores de la integridad de la fe católica no podían transigir ante los vanos sentimientos, ante las vacuas apelaciones a sucumbir a las sombras tentadoras de la misericordia. Su severidad con los réprobos sólo respondía ante el Altísimo, a cuyo instrumento en la tierra, la santa y apostólica Iglesia de Roma, le había sido encomendada la misión irrevocable de preservar el depósito de la fe limpio e intacto, libre de cualquier tiniebla potencial que maculase la perfecta hermosura de sus contenidos perennes. ¿No había aseverado Cristo que quien osara escandalizar a uno de esos pequeñuelos se enfrentaría a los castigos más terribles? ¿Y no era responsabilidad de la Iglesia salvaguardar la fe de toda impostura, para que el pueblo de Dios, como dócil rebaño pastoreado por el creador del cosmos, recorriese la única senda que conduce a su reino celestial? Los espíritus mundanos, tibios ante la dignidad de la Iglesia y de la incorruptible revelación divina, tacharían su actitud de cruel e incluso de atroz, y la opondrían a la mansa suavidad de las palabras que pronunciaron los labios de Cristo en el Sermón de la Montaña. Pero a ellos no debía inquietarles, porque sólo la Iglesia, encarnada en su cabeza visible y en las legítimas jerarquías que parcelaban el cuerpo místico de Cristo, sancionadoras del porvenir decretado para todos los miembros de su grey, conocía en verdad la voluntad de Dios; sólo sus doctos ministros debían hablar en su nombre inescrutable.

¡Qué traumático el instante en que Isaac franqueó los umbrales de la sala y contempló unos rostros hoscos, desabridos, austeros como una fría mañana invernal que ha olvidado las dulces caricias de la clara luz del Sol! Esos cuerpos ataviados con túnicas blancas y negras, esos semblantes enjutos, esas frentes agrietadas, esos cabellos secos, canosos e hirsutos, algunos de ellos tonsurados; esos hombres cubiertos por la finura de ornamentos aterciopelados que, junto a las cruces pectorales y los lustrosos anillos ahormados a sus escuálidos dedos blanquecinos, evidenciaban su alta posición en el seno de la jerarquía católica, ¿no personificaban toda la pujanza de la Inquisición? Y él, como el siervo de los cantos de Isaías, se disponía a penetrar lenta y temblorosamente en el matadero. Portaba el cetro imbatible de su amor al saber, pero era imposible que amaneciese la conmiseración en esos espíritus sordos ante cualquier súplica de clemencia. Él fenecería como víctima propiciatoria que no se rebela frente a su aciago destino, como cordero degollado ante el imperecedero Señor de Israel. En su sacrificio se cumpliría nuevamente el desenlace inexorable al que se encontraba

abocado su pueblo, nación elegida por la benevolencia de Dios que, sin embargo, había de sufrir suplicios indescriptibles y acarrear todo el dolor del hombre y del mundo sobre sus espaldas malheridas, para nutrir la esperanza incommovible de que el omnipotente creador del universo, Aquél que se había apiadado de la debilidad de Israel y había exaltado a su amada por encima de imperios indestructibles y de monarcas sanguinarios, Aquél que se había desposado de forma indisoluble con esta humilde porción de la raza humana, con esta doncella mística, quizás la más frágil de todas, pero siempre la más fiel a sus promesas, rescataría en el futuro a sus hijos predilectos con su mano victoriosa, como broche de su lealtad.

Un tenaz silencio se impuso tan pronto como Isaac, de rostro demacrado, entró en la estancia y se posicionó frente a los miembros del tribunal. Aunque permaneció erguido ante los inquisidores, como si la delicada flor de su orgullo amenazase con brotar en esos minutos tan arduos y dramáticos, la mirada se hundió desazonadoramente en invisibles fondos abisales, signo de la impotencia que doblegaba su voluntad en esa vigilia de amargura. Ni siquiera se atrevió a posar los crispados ojos sobre los jueces. Respiró fatigosamente, con suspiros profundos que rubricaban la intensidad de su desasosiego.

Isaac había preferido rechazar la presencia de un abogado defensor, consciente de su esterilidad, pues se subordinaría disciplinadamente a los deseos de los inquisidores. Por ello, y tras los oportunos formalismos, de cuyo apremio ni tan alta instancia eclesiástica podía eximirse, comenzó un interrogatorio despiadado. Le perturbaban tanto la naturaleza de las preguntas como la expresión hierática y cruel que oscurecía la faz indolente de los magistrados, pero se afanó en responder con serenidad a cada interpelación. Ante cada una de sus contestaciones, los inquisidores se limitaban a exhibir un mutismo de tintes sepulcrales, angustiosa tirantez que en más de una ocasión a punto estuvo de impacientar letalmente al imputado, cansado de reprimir el flujo y la ductilidad de sus emociones, lo que quizás hubiera sellado su suerte de por vida. La memoria de Giordano Bruno, y de tantos otros hombres y mujeres martirizados en la hoguera en aquellos convulsos años de la Contrarreforma, vagó por su mente. Él no quería arrostrar tan atroz destino. Por ello, se esmeró en preservar una calma virtuosa que apuntalase su inocencia y desconcertara a la Inquisición gracias a inhibir sus impulsos más briosos.

Como era previsible, el contenido del interrogatorio versó sobre las relaciones de Isaac con Laterdini, sus investigaciones astronómicas, los libros que había leído recientemente, sus comunicaciones con Galileo Galilei, su opinión sobre el modelo heliocéntrico (Isaac mantuvo una sana neutralidad al respecto, y simplemente adujo que le había parecido una hipótesis matemáticamente interesante, pese a desconocer qué pruebas concretas podían sustentarla)... Fue sibilamente recriminado por haber infringido las leyes de la República la noche en que acompañó a Galilei al *Campanile*, pero los propios inquisidores admitieron que juzgar esta cuestión excedía sus

competencias, por lo que los tribunales de Venecia deberían encargarse de dirimir su culpabilidad en este asunto.

Sin embargo, y aunque la fortuna parecía sonreír a Isaac, el juicio se revistió de un cariz crítico cuando uno de los inquisidores insistió en analizar, con mayor detenimiento, la postura del acusado en torno a la veracidad de algunos pasajes bíblicos. Recordó que Isaac Ibravel no comparecía ante el tribunal por profesar la religión judía, imperfecta parangonada a la católica -como él se cuidó de aseverar-, pero tolerada según las leyes de la República, sino a causa de rumores bien fundados que sugerían su proximidad a una visión cuyos principios menoscaban la autoridad de la Iglesia. Y de propagarse estas tesis entre los propios judíos, con quienes los católicos compartían la mayor parte de sus libros divinamente inspirados, las consecuencias adquirirían una gravedad inusitada. El interrogatorio se demudó entonces en una disputa teológica, terreno pantanoso donde era altamente probable que las armas intelectuales blandidas por Isaac claudicaran ante la astucia y la malignidad de los inquisidores, curtidos en esa clase de batallas y especialistas en retorcer las declaraciones de los reos para desatar en sus labios afirmaciones heréticas.

Un dominico de blanco impoluto, el padre Alessandro Tostacroce, con reputación de sagaz martillo de herejes, preguntó, cavernosa y lacónicamente, si el acusado creía en la verdad literal de las palabras de la Escritura que indicaban la rotación del Sol en torno a la Tierra. Se refería, claro está, al pasaje en el que Josué ordena al Sol que se detenga, así como a las numerosas evocaciones de los libros sapienciales, cuyas frases rezumaban una defensa implícita del modelo geocéntrico consagrado por Aristóteles y Tolomeo en sus versiones astronómicas más aquilatadas e influyentes. Isaac titubeó. ¿Traicionaría su conciencia? ¿Mentiría clamorosamente al decir que aceptaba la literalidad de esos fragmentos bíblicos? ¿Intentaría esquivar el interrogante y adoptar un punto de vista ecléctico? ¿Expondría, cautelosa pero firmemente, sus ideas más genuinas y sinceras al respecto, fruto madurado en sus conversaciones con Laterdini y Galilei?

Desvigorizado, Isaac se disponía a mover despaciosamente los labios cuando un estrépito imprevisto sacudió la sala. Golpes fragorosos llamaron a la puerta. Los magistrados no tuvieron más remedio que permitir su apertura. El estupor bañó los rostros de los inquisidores en cuanto la figura solemne de Galileo Galilei irrumpió en la sala. La mirada cómplice de los jueces se heló, y el sentimiento de vanidosa impasibilidad que avasallaba sus semblantes se desvaneció súbitamente de sus facciones ásperas. Enseguida reconocieron al célebre astrónomo y profesor de Padua, precisamente uno de los nombres que más veces había deambulado por los interrogatorios, pero ninguno lograba explicar la arcana razón de su insólita comparecencia. Los reglamentos de los procesos inquisitoriales ni siquiera contemplaban la posibilidad de que un testigo acudiese por voluntad propia, sin el requerimiento previo emitido por los jueces. Además, los inquisidores suponían que el

famoso astrónomo se había enemistado con Isaac tras descubrir su condición hebrea, lo que añadía aún más misterio a su presencia.

Con porte majestuoso, Galilei atravesó la sala y se situó junto a Isaac, a quien saludó calurosamente, gesto que serenó el alma del joven judío en instantes tan tensos. Era evidente que el sabio Galilei había perdonado el error injustificable de Isaac, y que su corazón docto y bondadoso se había compadecido de sus tribulaciones. Laterdini, Sottofeneza o Gianobene debían de haberle avisado de todo, y seguramente le habrían expuesto los motivos que le llevaron a esconder su identidad judía de forma tan lúgubre y vergonzante. Una luz inopinada despuntó en su ser más íntimo. Si un sabio de la categoría de Galilei, si un espíritu de sus dimensiones y de su audacia había llegado en su auxilio, todo temor era vano. También el Señor envió a un ángel justo antes de que Abraham consumase el sacrificio de su hijo Isaac. Todo había sido una prueba de Dios, y toda sombra dolorosa se transformaría en una efusión de luz pura. El veredicto exculpatorio era inminente.

Galilei tomó la palabra:

-Ilustres magistrados de la Sagrada Congregación, comparezco aquí por voluntad propia. Aunque soy consciente de que mi actitud no se ajusta al proceder regular, las graves noticias que he recibido sobre un hombre inocente e íntegro, Isaac Ibravel, a quien me honra haber conocido, me conminan a presentarme ante vuestras dignidades de manera tan abrupta.

La vehemencia de la intervención desconcertó a los inquisidores, quienes no se atrevieron a vetar sus palabras, por lo que Galilei continuó, impertérrito:

-Sólo puedo hablar maravillas de Isaac Ibravel. En pocas almas he contemplado un amor tan profundo al saber y un celo religioso tan desbordante. En ningún momento he escuchado una opinión suya que desafiase la autoridad de las sagradas escrituras, a las que, como fiel hijo de su pueblo, tributa una veneración admirable. Aunque pude sentirme engañado por haberme ocultado su condición judía, yo le perdono, y comprendo que el miedo y la desconfianza causaran esta actitud, sin duda reprobable. No le guardo ningún rencor y sólo le deseo la mayor de las fortunas.

Uno de los jueces, el espigado sacerdote Paolo Bentofiglio, venido expresamente de Roma, alzó la voz tan pronto como enmudeció Galilei:

-Este tribunal entiende que carece de competencias para juzgar el comportamiento del judío Isaac Ibravel hacia vos. Únicamente se halla preocupado por las preocupantes informaciones recibidas en torno a las ideas de Ibravel. Las acusaciones que este tribunal esgrime no se basan en meras habladurías, pues testigos de probada solvencia así lo certifican.

-Si entre esos testigos –repuso Galilei- incluí a Umberto della Fonte, entonces debéis permitirme que me oponga de modo enérgico. Della Fonte se ha dedicado a conspirar contumazmente contra Ibravel, a quien profesa una animadversión enconada. Fue él, de hecho, quien me dirigió una carta, preñada de sugerencias insidiosas, en la que me predisponía contra Ibravel.

-Profesor Galilei, el tenor de nuestras acusaciones trasciende la naturaleza de la relación, a todas luces animosa, entre Della Fonte e Ibravel. Lo reitero: nuestras noticias indican que Isaac Ibravel se ha dedicado a difundir aberraciones perniciosas, claramente contrarias al sentido literal de la Biblia, libro que él, como judío, también debería venerar con religioso obsequio.

-Semejantes ideas –añadió otro de los jueces, el capuchino piamontés Giovanni Pesscolanza- han sido divulgadas tanto en el gueto como entre ciertos cristianos con los que Ibravel ejerce las funciones de prestamista. Pienso en el librero Andrea Qualponto.

El rostro de Ibravel languideció. Era obvio que los porosos oídos de los inquisidores alcanzaban los lugares más recónditos e insospechados. Como Andrea Qualponto, fiel amigo suyo, no podía haberle delatado, un descuido tenía que ser la causa de que los agentes e informantes de la Sagrada Congregación hubiesen espiado sus conversaciones.

-Sus opiniones –prosiguió Pesscolanza, con voz monótona- resultan perturbadoras para la sana conciencia de los cristianos, y este tribunal tiene encomendada la misión de velar por la pureza de la fe. Protegemos a las almas más cándidas del escándalo que puedan provocar los errores de los que se dicen falsamente sabios. El mensaje de Cristo se dirige a los limpios de corazón, a los sencillos, a los que carecen de telescopios para observar las estrellas en el cielo pero necesitan conocer la verdad sobre su salvación y su destino eterno.

La furtiva evocación del invento de Galilei, cuya fama se había diseminado por Italia entera y había llegado a oídos del Romano Pontífice y de los próceres de la Iglesia, ofendió al astrónomo, quien se dio por aludido y condescendió a enzarzarse en una peligrosa disputa teológica con el inquisidor que, de enquistarse, nada bueno auguraba:

-Me permitiréis alegar en mi favor que toda mi obra, todos mis esfuerzos, todas mis horas de búsqueda fatigosa para comprobar la veracidad de las opiniones heredadas de los antiguos y despejar incógnitas nuevas, no tienen otro objetivo que proclamar la gloria de Dios, creador del cielo y de la tierra, cuya magnificencia resplandece en su designio indestructible sobre el mundo.

-Designio –repuso Bentofiglio, hasta entonces silente- contenido en su Escritura, dictada por Dios a Moisés, a los profetas y a los apóstoles en letras imperecederas, pues cielo y tierra pasarán, mas las palabras del Señor no pasarán.

El fervor que bendecía la mirada de Galileo cobró dimensiones flamantes. Sus ojos parecían arañar reinos incognoscibles y elevarse en carros alados al mismísimo sitial de Dios para escuchar, de boca del Altísimo y junto a coros enardecidos por recias y beatíficas llamaradas, excelsas verdades vedadas a la inculta soberbia de los inquisidores, aprisionados por una arrogancia que cegaba sus sentidos espirituales:

-Dios ha escrito un único libro, el libro de la naturaleza, abierto a todo el que tenga ojos para ver y oídos para oír. Todo hombre de buena voluntad y recta razón puede escrutar ese libro cuyas maravillas ubicuas reflejan la grandeza del Señor. Es el vasto libro del mundo, que desborda nuestra comprensión siempre frágil, aunque los tímidos esfuerzos del hombre nos permiten avanzar por las sendas luminosas del conocimiento.

-¿Un solo libro, decís? –contestó un atónito Bentofiglio.

-Sí, un solo libro, un libro universal que pertenece a todos los hombres, hijos de un mismo padre. Ese libro recapitula cómo es el mundo visible, el cosmos que comparece ante nosotros y cuyos senderos seguimos también hoy. Es el universo que palpan nuestros sentidos, la creación emanada de un amor eterno, ¿y no selló el Señor una alianza universal con todos los hombres ya desde tiempos de Noé?

-Pero ese libro –Pesscolanza, perceptiblemente agitado, no pudo evitar intervenir, como si se sintiera agredido por la sabiduría teológica que desplegaba un mero seglar- no puede contradecir al libro de los libros, a la revelación de Dios condensada en la Biblia y custodiada fielmente por la Iglesia de generación en generación, tal y como los apóstoles nos transmitieron el texto inalterable.

-Una armonía sublime hermana el libro de la naturaleza y el libro de la revelación. El libro de la naturaleza yace abierto a los sentidos físicos del hombre. Por ello, todas las culturas, incluso las que desconocían la verdad del Redentor muerto por nosotros en la Cruz, realizaron aportaciones a su esclarecimiento. Los antiguos ennoblecieron el saber humano, pues fueron capaces de descifrar los caracteres ocultos de ese libro que nos vincula a todos como moradores de un espacio compartido. Sólo

los sentidos espirituales acceden al libro de la revelación, primicia de la fe, redactado con letras invisibles...

-¿Invisibles? –replicaron Bentofiglio y Pesscolanza, casi al unísono.

-Sí, invisibles; no en su forma material, sino en su significado más profundo. Ese libro, palabra de las palabras, no pretende instruirnos sobre el verdadero rostro del cosmos. No aspira a enseñarnos cómo son las estrellas, los mares y los continentes. El hombre ha descubierto nuevos mundos que no figuraban en la Escritura. Nuevos astros detectan nuestros instrumentos. Gracias a la inteligencia, hipóstasis de lo eterno, nuevas verdades cosecha nuestra estirpe en su hermoso deseo de desentrañar los misterios que nos circundan. La palabra de la Biblia no es mutable como la historia, no es evanescente como los cometas, no es débil como el alcance de la razón, sino eterna como la fuente de la vida, y por ello apunta a lo más elevado: no pretende enseñarnos cómo es el cielo, sino cómo llegar a él y conseguir la salvación, don invisible que no se observa con ojos, astrolabios o telescopios, sino con la mirada pura de la fe, obsequio de Dios y garantía de lo que esperamos.

Los inquisidores guardaron un silencio perentorio. La derrota era flagrante. Habían sido humillados por la hondura teológica de Galilei, por la finura de su exégesis y la viveza de su discurso. Además, y pese a las reiteradas emboscadas dialécticas, Ibravel no había proferido una frase que cupiese calificar de herética. En esos densos y pudorosos minutos, los magistrados no cesaron de intercambiar miradas teñidas de desasosiego, agravio y resignación. Poco después, el presidente del tribunal, con su verbo fiero y tajante, suspendió el juicio y absolvió a Isaac Ibravel de todos los cargos. El joven judío se abrazó efusivamente a Galilei. Al abandonar la sala hizo lo propio con Laterdini, Sottofenesta y Gianobene.

Epílogo

Décadas perduró la amistad entre Isaac y Galilei. De manera admirable y aleccionadora, la más profunda de las confianzas bañó sus almas con un rocío rejuvenecedor. La mutua devoción que había germinado en su espíritu auspició un apasionante intercambio de ideas sobre los misterios más hondos del universo conocido. Galilei, un corazón bondadoso, únicamente comprometido con el saber auténtico, compartía sus hallazgos con Isaac, quien siempre desempeñaba el papel de árbitro benévolo, de crítico cuyo piadoso respeto hacia el maestro se incrementaba sin cesar. Sus discrepancias ocasionales con las teorías de su venerado mentor desembocaban inconcusamente en una propuesta más integradora, capaz de satisfacer las altas exigencias intelectuales que imponía el astrónomo pisano.

Tal era la confianza acrisolada en sus corazones que Galilei no dudó en entregarle a Isaac hojas manuscritas inéditas de sus obras más insignes, como *Il Saggiatore* y el *Dialogo Sopra i Due Massimi Sistema del Mondo Tolemaico, e Coperniciano*. El anhelo de que sus descubrimientos penetraran en las mentes del pueblo llano se tradujo en la utilización de la lengua italiana en lugar de la latina, patrimonio de los eruditos escolásticos, muchas veces tan celosos de su ciencia y de sus privilegios que preferían acaparar la sabiduría en vez de diseminarla gratificadoramente sobre el resto de la población. Isaac recordaba cómo sus remotos desvelos por aprender el latín y leer el *Sidereus Nuncius*, que ahora habrían resultado innecesarios, se habían convertido en esfuerzos inmensamente fructíferos para su desarrollo espiritual, pues habían propiciado su feliz encuentro con el padre Laterdini, anciano virtuoso ya fallecido. ¡Qué grande sería hoy el gozo de ese sacerdote magnánimo, de esa alma bella y pura que tanto le había ayudado en su juventud, si contemplase sus progresos firmes en el inconcluso camino de la ciencia! ¡Qué vivaces y fecundas discusiones habían mantenido en aquellos lejanos y fértiles días, y qué dulce, pero qué triste al mismo tiempo, se le antojaba rememorar esos instantes de felicidad inagotable que había vivido junto a Laterdini! Por fortuna, Galilei había tomado el testigo del sacerdote, y ejercía ahora de verdadero maestro, amigo y mentor.

Todo gran hombre posee enemigos no menos vigorosos. Tal era el caso de Galilei. La inseguridad y el temor alimentaron las umbrosas suspicacias de los guardianes más encarnizados del orden establecido, quienes sentían que toda defensa del modelo copernicano y toda oposición a la física aristotélica (a veces ridiculizada clamorosamente en los libros del pisano, cuya deliciosa prosa italiana embelesaba a un número cada vez mayor de lectores agradecidos) comportaban un riesgo inconmensurable para la Iglesia. Además, el pecado siempre corrosivo de la envidia, que ha atrofiado tantas almas a lo largo de la historia, cegó a muchos astrónomos de la época, resentidos por el prestigio creciente de Galilei y desazonados por la aceptación que adquirirían sus explicaciones sobre fenómenos siderales. Dolidos por cada uno de sus triunfos, sus éxitos en la elucidación de incógnitas que habían intrigado a la humanidad

durante siglos exhalaban gotas envenenadas de rencor, un agua oscura y viscosa que tarde o temprano colmaría el vaso de sus animadversiones irredentas.

Como la mediocridad es frágil, sólo una organización adecuada, un sínodo que congregue frustraciones comunes y antipatías convergentes, consigue canalizar el resquemor acumulado y verter las destilaciones de aversión, inquina y animosidad contra un espíritu incontestablemente superior a la mezquindad de sus almas. Unidos, percibían una fuerza de la que carecían a título individual, embestida que ni Galilei ni sus ilustres protectores podrían contener.

Los argumentos estrictamente astronómicos topaban con la evidencia indisputable de las observaciones de Galilei, por lo que los sutiles detractores orientaron sus ataques más furibundos contra las dimensiones propiamente teológicas y exegéticas del debate que involucraba al célebre científico. Derrotados en el plano científico, aún les cabía apelar a las enseñanzas inerrantes de la Biblia para refutar la victoriosa teoría heliocéntrica. Los celos hacia Galilei habían medrado desde 1610, fecha de la publicación de su *Sidereus Nuncius*, y los sermones incendiarios de clérigos como el ínclito dominico Tommaso Caccini abonaron el terreno para que Galilei despertara las sospechas de la siempre infatigable Inquisición romana. Finalmente, en 1616 hubo de comparecer ante un tribunal eclesiástico, instancia que, en uno de los episodios más tristes y desoladores de la historia moderna, condenó la teoría copernicana y lanzó toda clase de adjetivos denigrantes contra la hipótesis que preconizaba el giro de la Tierra en torno al Sol.

El cardenal Roberto Bellarmino, de la Compañía de Jesús, era uno de los teólogos más eminentes de la época. Más tarde sería proclamado “doctor de la Iglesia”. Por desgracia, era también una de las almas más intolerantes del momento, pues a él debemos imputarle, entre otros crímenes atroces, la quema en la hoguera de Giordano Bruno. Bellarmino fue uno de los inductores del humillante proceso contra Galileo Galilei. Sin embargo, un espíritu investido de la pujanza que manifestaba este gran astrónomo difícilmente aceptaría rendirse y transigiría ante quienes despreciaban la verdad. Enarbolaba con entusiasmo la bandera de la libertad filosófica, y su sed de certeza no podía saciarse con ninguna expresión de conformismo, de tibias armonizaciones y concordancias entorpecedoras para el progreso de la ciencia, como las sugeridas por algunos jesuitas acomodaticios del Colegio Romano, afanadas en conciliar falsamente geocentrismo y heliocentrismo a fin de tranquilizar conciencias pusilánimes y perezosas, vendadas ante la implacable luz de la verdad.

Movido por una confianza ingenua pero hermosa en la infalibilidad de la razón, Galileo se dispuso a infringir abiertamente los decretos de 1616, que le prohibían defender el modelo copernicano. Le inspiraba una fe profunda en que la claridad imbatible de la experiencia disiparía las espesas brumas de los prejuicios filosóficos y teológicos, cuya oscuridad ofuscaba a sus opositores. Su famoso *Diálogo*, aunque había superado la censura eclesiástica, enervó a sus incombustibles enemigos y detonó el estallido de su vileza más indigna y enconada. Por ello, en 1633 se vio conminado a

comparecer de nuevo ante la Inquisición en Roma. En junio de ese año, en el convento de *Santa María sopra Minerva* (nunca un acto tan injusto transcurrió en un escenario tan deslumbrante), los oídos del anciano Galilei tuvieron que escuchar la ignominiosa sentencia condenatoria dictada contra él por las autoridades eclesiásticas, ansiosas de monopolizar el saber científico y de secuestrar la hermenéutica bíblica con sus garras fanáticas. Se le ordenaba renunciar a sus ideas absurdas y perniciosas, así como a recluirse en un arresto domiciliario perpetuo. Pronunciaran o no sus labios la frase “*Eppur si muove*”, “y sin embargo se mueve”, la ofensa infinita contra un discípulo de la verdad, compelido a abjurar de sus convicciones por individuos ignorantes, se hallaba destinada a reposar para siempre en la memoria colectiva.

Por fortuna, Galilei gozó de la cercanía de alumnos y admiradores de su obra, quienes no vacilaron a la hora de prestarle ayuda en los momentos más arduos y mortificantes. Durante los casi nueve años que vivió aprisionado en su propia casa, un séquito de buscadores de la verdad le tributó visitas e imploró sus consejos. Entre ellos, el fiel Isaac Ibravel, quien jamás olvidó la generosidad de Galilei y el valor inmortal de sus aportaciones al conocimiento. Sus palabras consolaron al maestro en esos meses solitarios que parecían ratificar una derrota antievangélica, mientras la vista se apagaba irremisiblemente y el vigor que había tonificado su espíritu, el aliento que le había impulsado a coronar cimas tan eximias, no cesaba de extinguirse. Isaac fungió de confidente, de asesor, de amanuense y, sobre todo, de amigo leal. La destreza que había alcanzado en los dominios del saber le permitió asistir al maestro en la redacción de sus *Discorsi e Dimostrazioni matematiche, Intorno à Due Nuove Scienze*, el último de los libros publicados por el astrónomo y una de las cumbres intelectuales de todos los tiempos. Se trata de un trabajo que inauguró horizontes imperecederos para la ciencia. Junto a sus investigaciones anteriores, convirtió a Galilei en uno de esos hombros de gigante sobre los que pudo apoyarse el preclaro intelecto de Newton.

Isaac acompañó a Galilei en sus últimos días. Derramó lágrimas de veneración en su lecho mortuario. El orgullo de haber conocido a uno de los grandes sabios de Europa no le abandonó nunca. Consagró los años ulteriores a difundir el legado del astrónomo nacido en Pisa, de ese hombre cuya mente pionera había explorado territorios vírgenes para la ciencia y había conseguido expandir las fronteras de nuestra imaginación. El recuerdo de su figura inmarcesible avivó su búsqueda de saber y felicidad, y en esta aventura tan genuinamente humana acarició el rostro de una existencia dichosa.

2) HISTORIAS DESCOMEDIDAS

PSICOESTRUCTURAS

La psicopedagoga bielorrusa Irina Feodorovna, discípula del lingüista rumano Mircea Pareatosi, creador, junto con la doctora Maria Balescu, de la denominada "escuela semiótica de Bucarest", publicó en la revista soviética *Psichologicheski Boprosui* un artículo en el que por vez primera proponía el concepto de "psicoestructura". Según ella, la mente humana se estratifica en una serie -las hipótesis discrepan en la determinación del número preciso- de "capas" psíquicas, totalmente inconexas, que fracturan ineluctablemente la unidad del yo. Esta teoría guarda una estrecha relación con la compartimentación freudiana del psiquismo humano, si bien la profesora Fedorovna, inspirada en el trabajo previo de la semióloga polaca Martina Sedarovski (alumna, a su vez, del gran matemático y lógico simbólico Piotr Leslez Koskonovski), subdivide también el inconsciente en dos instancias: la "apofática", vestigio de la unidad primigenia entre la hipóstasis subjetiva y el fondo psíquico del universo, y la "paraconsciente", cuyo espacio albergaría el cúmulo de recuerdos ancestrales de carácter parapsicológico.

Las teorías de la doctora Feodorovna han gozado de una amplia repercusión en diversos centros de investigación psicopedagógica, sobre todo en el tratamiento de las afasias metaconceptuales. La profesora Kim Suokung, del departamento de dialéctica natural y socialismo científico de la Universidad de Pyongyang, ha reseñado el artículo y el libro homónimo de la doctora Feodorovna, "*Psichostructi i rasbitie iasikov*" ("Psicoestructuras y desarrollo de las lenguas"), en los *Anales de la República Popular Democrática de Corea*, volumen LIV, páginas 540-567. A su juicio, semejante noción no podría haber sido alumbrada en una sociedad de régimen de producción capitalista, porque sólo con el advenimiento de la sociedad colectiva se logra una cierta superación de la "fractura" psicoestructural, que nos permite tomar conciencia (ya no falsa) de ella. Por su parte, la antropóloga cubana Flora Gutiérrez, profesora de la Universidad de La Habana, ha publicado una reseña en la *Revista Cubana de Psicología* en la que alaba el concepto de "psicoestructura" como una brillante aportación al estudio científico de la mente desde la perspectiva de la dialéctica de Friedrich Engels.

Pero la aceptación más entusiasta del trabajo de Fedorovna la encontramos en Ucrania, Bulgaria y Moldavia. La psicoanalista ucraniana Tatiana Spiatnikova destaca que la hipótesis de Fedorovna constituye la aportación más significativa al estudio freudomarxista de la mente desde los trabajos elaborados por Evgeni Semchenko en los años '30 en la Universidad Lomonosov de Moscú. El neurolingüista moldavo Iuri Valentinovich Adrianov, de la Universidad de Chisinau, confía en la plausibilidad de que un desarrollo ulterior de la hipótesis de Fedorovna contribuya a demostrar la veracidad del principio de la transformación de la cantidad en cualidad. La poeta, mística y esteta búlgara Basilia Astanovka descubre en las psicoestructuras la base

teórica para una fundamentación trascendental y apriorística de la posibilidad de un
realismo socialista en el arte.

ESPIRITISMO (TEORÍA PARACONSCIENTE DE LA UNIDAD PSICOSOMÁTICA DEL SUJETO)

La espiritista polaca Elizabeta Wasarowski, también conocida como "Madame de Groer", por su matrimonio con el aristócrata alemán, de ascendencia austrohúngara, Hans Heinrich Ferdinand von Groer, cuarto barón de Fidenstaufen y tercer vizconde de Perediszca-Esterházy (de quien enviudó en 1906), y emparentada a su vez con María Luisa Torcuata de Sajonia-Coburgo-Gotha, princesa de Pomerania-Sigmaringen y duquesa de Schleswig-Holstein, fundó en 1909 la "*Société Internationale pour la Promotion de l'Espritisme dans les Sciences*", con sede en París. Se encargó asimismo de la organización del primer simposio europeo consagrado íntegramente a esta materia.

Madame de Groer había estudiado teosofía con Rudolf Steiner en Viena. Desde temprana edad inició un fecundo intercambio epistolar con Madame Blavatsky, la que fuera la máxima figura de la Sociedad Teosófica Internacional. Imbuidos de la atmósfera metafísica y trascendentalista que propiciaban las teorías teosóficas, Madame de Groer y su primo Alexandre de la Donachesse (educado en el colegio de los jesuitas de la *rue Franklin* y en La Sorbona) se propusieron vincular las categorías básicas de esta disciplina a una praxis concreta, que ambos relacionaron desde el principio con las inveteradas tradiciones espiritistas de la humanidad. El espiritismo emerge, en consecuencia, no como una nueva propuesta conceptual, sino como una aplicación práctica de las tesis más señeras de la teosofía. Con el hallazgo de un método de traducción práctica de sus sinuosas intuiciones filosóficas, algunos autores (por ejemplo, Franz Joseph von Altensten en *Spiritismus zwischen Theosophie und Praxis*, Berlín, Walter de Gruyter, 1924) postulan una ampliación "nocional" de la teosofía, destinada a posibilitar el autoconocimiento pleno del sujeto por sí mismo. Otros investigadores niegan que se produzca semejante extensión, en el plano teórico, de los descubrimientos teosóficos más importantes, y sólo le atribuyen la capacidad de establecer un marco psicológico, inextricablemente ligado a una práctica clínica, que ha revitalizado las ideas matrices de la teosofía mediante su asociación a una determinada terapia místico-religiosa. Por tanto, no habría desencadenado un progreso significativo en la comprensión de los axiomas teosóficos más relevantes.

Más allá de las discusiones sobre los méritos atesorados por el espiritismo de Madame de Groer, todavía latentes en el seno de la comunidad teosófica internacional, parece quedar fuera de toda duda el empeño que esta célebre teósofa y parapsicóloga polaca ha dedicado a difundir sus ideas, así como el interés por ellas despertado en los últimos años.

Los testimonios que nos han llegado sobre las sesiones de espiritismo que tuvieron lugar en los veranos de 1911 y 1914 en el balneario checo de Marienbad son

sumamente reveladores sobre la eficacia de las prácticas instituidas por Madame de Groer. En su mayoría representan transcripciones efectuadas por la espiritista guatemalteca Cruz Mazacoatl, especialista en religiosidad maya y asesora de Madame de Groer para cuestiones relacionadas con rituales precolombinos, así como por sus fieles y auspiciosas amigas Regina Emilia del Sacrocuore Arriba-Fresconti, condesa de Castilfiore por derecho propio, y Lady Evelyn Houghsworthy, marquesa de Linconshire y mujer de Lord Houghsworthy of Gravordale.

Los grupos allí reunidos, cuyo número de participantes nunca excedía la docena, invocaban a diferentes deidades del panteón indoeuropeo. Se especula con la realización de ofrendas a dos diosas escandinavas de la fertilidad, Diusen y Agrenden, cuyo culto data del quinto milenio antes de Cristo, cuando, tras la última glaciación, algunos pobladores se asentaron en zonas otrora inhóspitas del norte de Noruega y de Finlandia. Ataviados con túnicas de una blancura deslumbrante, los asistentes vestían también un velo policromo (por lo general, azulado-purpúreo) que les impedía reconocer sus respectivos rostros. Además, portaban anillos áureos en los que figuraban runas con oraciones teosóficas, redactadas en una lengua que algunos autores identifican con el proto-indoeuropeo, si bien otros creen que era hitita en su fase más tardía.

En las prácticas de espiritismo teosófico de Madame de Groer, la adoración a las diosas escandinavas de la fertilidad iba acompañada por la pronunciación de una serie de conjuros. Estos sortilegios se transcribían en las memorias de la sociedad, guardadas con esmero en los archivos de la *Rue Mazarin* de París (los textos desvelarían información precisa sobre lo que habría de acontecer a cada uno de los allí presentes en un futuro inmediato). Mientras dichas fórmulas sagradas eran recitadas en voz alta, unas hieródulas, esto es, vírgenes de la Europa septentrional especializadas en la adoración del agua primigenia y del fuego heraclíteo, llevaban a cabo danzas de inescrutable antigüedad. Rendían así pleitesía al poder de la naturaleza para generar en la mente humana una percepción nítida -denominada, en las tradiciones gnósticas y en las profecías de Mani, "chispa divina"- de la fusión de todos los elementos en el uno primordial, capaz de superar las ulteriores dualidades entre, por ejemplo, lo masculino y lo femenino. Versiones poco fiables defienden que unos eunucos aderezaban el ritual, aunque lo cierto es que el culto a la androginia primitiva de la naturaleza constituye la quintaesencia de la práctica del espiritismo teosófico.

Diversos estudiosos han tratado de consignar escrupulosamente las palabras que componen los conjuros del espiritismo teosófico. La profesora Úrsula Reinhermer, investigadora de la Universidad de Heidelberg, especula con la posibilidad de que los vocablos empleados en las sesiones de Madame de Groer se remontaran a una fórmula de origen islandés, estampada en las estilizadas runas vikingas de Sigmussen (del siglo IX después de Cristo), que podría rezar de la siguiente manera:

"¡Oh diosa ancestral!, foco immaculado de la sabiduría que nos legaron atlantes y lémures en la génesis de la chispa divina, acepta como ofrenda estas palabras, fieles rúbricas del deseo de que la fertilidad inunde nuestros corazones y nos reincorpore a la

unidad primordial de todo con todo, para que de las verdes hojas desprendidas de los más frondosos árboles surja un destello de eternidad que nos abra con la luz de lo divino".

Barajada en el siglo XIX por el erudito belga Jean François de la Rocherie, esta tesis ha sido asumida recientemente por la polímata eslovaca Gregoria Primarovsky.

Una teoría, bastante extendida gracias a un abnegado trabajo de recopilación de datos extraídos de las runas islandesas (cuyo protagonista indisputable es la paleolingüista de Novosibirsk Tatiana Pavlovna), sostiene que la pronunciación de este conjuro implicaba, concomitantemente, la ejecución de dos ritos. El primero exigía rasgar el velo facial policromo mientras se profería toda clase de gritos indiscernibles, acto que simbolizaría la sumisión total de lo humano a la naturaleza primordial. El segundo consistía en dar vueltas en torno a una hoguera hasta que los participantes, hipnotizados por la pérdida de conciencia súbita que experimentarían después de la décima rotación, sucumbieran a un largo sueño en el que visualizarían, con una claridad no humana, el brotar primigenio de la naturaleza y su posterior bifurcación en el sendero de lo masculino y de lo femenino, prueba, nuevamente, de la primacía originaria de la androginia. Con todo, hemos de reiterar que estas afirmaciones son hipotéticas.

Sólo un estudio más pormenorizado de los documentos emitidos por la sociedad que fundó Madame de Groer permitirá responder al amplio número de interrogantes no esclarecidos sobre las prácticas espiritistas que la insigne teósofa instauró hace ya varias décadas.

GALÍMATO DE CALCEDONIA

En la noble urbe de Calcedonia, que en el año 451 de la era cristiana habría de albergar un célebre concilio, sancionador de la unicidad de la persona de Jesucristo y de la dualidad de sus naturalezas humana y divina, indivisas, inconfusas, inseparables e inmutables, nació, siglos antes, el gran sabio griego Galímato, docto insigne que pasaría a la posteridad como “Galímato de Calcedonia”.

Ninguna rama del conocimiento permanecía ajena a los vastos intereses intelectuales de Galímato. Observaba los movimientos de los astros con la misma pasión con cuya luz diseccionaba cuerpos de artrópodos y esqueletos de crustáceos. Se emocionaba con fervor análogo al leer las disquisiciones de los filósofos jonios y de la metafísica de Aristóteles que al examinar los tratados matemáticos de los pitagóricos y la geometría de Euclides. Galímato perseguía el conocimiento por sí mismo, la vida contemplativa como forma superior a la vida activa, y grande era su regocijo al atesorar erudición, al cultivar la ciencia y al preservar en la memoria todos los hallazgos y creaciones de los filósofos y matemáticos del mundo griego.

En su tratado “*Peri Arjón kai Télon*” (“Sobre los principios y los fines”), Galímato adoptó una visión cosmológica que guarda estrecha relación con la teoría de los elementos primigenios de la naturaleza de Empédocles y con el “*ápeiron*” de Anaximandro. Galímato concibió, sin embargo, un fundamento anterior al aire, al fuego, a la tierra y al agua, principio que gozaría también de prioridad ontológica sobre el ilimitado “*ápeiron*”: lo “supra-limitado”. Las traducciones varían significativamente, porque existen múltiples lagunas en los manuscritos conservados de las obras de Galímato. Según la erudita alemana Angela-Marie von Taudenschoben, profesora ordinaria en la Universidad de Hamburgo, el término griego utilizado originalmente por Galímato es “*metapeiron*”, aunque en otras versiones, como la conservada en el Monasterio de Santa Catalina en el Sinaí, figura la palabra “*peripeiron*”. La discusión, con todo, se halla lejos de clausurarse. Junto con el historiador griego Konstantinos Papamikailos, la lingüista francesa Bernardette Forchedoure acaba de publicar un estimulante estudio en la *Révue Internationale d'Études Classiques*. En él, ambos autores pretenden demostrar que “*peripeiron*” es el vocablo original, que habría sido alterado a “*metapeiron*” por un copista alejandrino del siglo IV, Dionímides el Ciego, quien, según su conjetura, no identificó correctamente la letra griega “p” y supuso que era una “m”, lo que le indujo a conjeturar que Galímato había escrito “*metapeiron*” en lugar de “*peripeiron*”.

Más allá de las -por el momento- insolubles controversias filológicas sobre los textos de Galímato, la dimensión de mayor interés que ofrece la obra de este sabio calcedonio es la referida a la teoría de lo “supra-limitado”. A juicio de Galímato, y en una perspectiva que converge notablemente con la deducción de la realidad del cosmos

a partir de la estructura apriorística de la conciencia humana elaborada por el idealismo clásico alemán, el *Nous* divino (concepto que toma de la filosofía de Anaxágoras), coincidente con el primer motor de Aristóteles, es una luz infinita. En sus fulguraciones, desborda el espacio óntico del ser con destellos de realidad, rayos que se "encarnan" (idea que después asumirán los grandes maestros gnósticos, como Basílides y Valentín) en el mundo espacio-temporal para actuar como receptáculos de una iluminación puramente gratuita, admirablemente abnegada, cuyo único objetivo estriba en esparcir la fuerza de la vida a un universo externo a ella misma. El *Nous* divino, por tanto, preso de amor hacia lo ajeno e inmerso en una búsqueda imperiosa que le permita abandonar la amarga soledad de su reclusión, produce el entero orbe a partir de este despliegue primigenio de energía, irradiación que anega el horizonte del ser con la conspicua claridad de la verdad deífica.

Lo supra-limitado entraña, en consecuencia, no lo que se encuentra allende lo limitado, sino lo que antecede a la distinción misma entre límite y ausencia de límite. Desde la eternidad, el *Nous* divino ha existido, como una idea inmutable que rebasa toda comprensión y que, tal y como establecerá Spinoza siglos más tarde, ha actuado como "*causa sui*". Esta indecible soledad, sin embargo, tiñe al *Nous* de dolor y de melancolía, porque no puede compartir con nadie ni con nada más su inmenso poder, su irrestricta sabiduría, su imponderable hermosura. Necesitado de un interlocutor con quien intercambiar pensamientos sobre el ser y la nada, el *Nous* opta por limitarse a sí mismo. Erige así una divisoria entre lo ilimitado, que es él mismo en su inefabilidad, y lo limitado, esto es, el sonoro universo, sometido, eso sí, a los angostos cánones de las acotaciones espacio-temporales, cuya inexorabilidad rige los destinos de las criaturas que en él moran.

Incalculable es el influjo de Galímato en la mística, en la teología y en la metafísica de la Antigüedad clásica y de la Edad Media. Como escribiera la mística renana de la Baja Edad Media Catherina de Roydesbroek en su tratado *De Divina Lumine et Sapientia*, Galímato representa "la perspicua manifestación de una luz celestial aposentada sobre las frágiles mentes de las criaturas humanas, que con denuedo suspiran por convertirse en partícipes del resplandor de lo numinoso y perenne, cuya pujanza baña las más recónditas esquinas del firmamento". En su opúsculo *Il Nuovo Modo di Rivelare l'Inabitazione nello Spirito Santo nell'anima umana*, la dominica italiana del Quattrocento Sor Francesca de Rímini (más conocida como "Francesca la Severa", por la proverbial intensidad y duración de sus ayunos y abstinencias) asegura haberse inspirado en las doctrinas de Galímato de Calcedonia en la forja de las meditaciones espirituales sobre la huella de la Santísima Trinidad en las potencias del alma, reflejadas en su perdurable escrito. Ecos de las teorías de Galímato sobre la generación lumínica del cosmos desde la soledad inconmensurable del demiurgo supremo y supra-limitado nos llegan también de los monjes rusos del monasterio *Panteleimon*, en Monte Athos. Según Basilií Sergeievich Ulpianov, archimandrita en esta venerable sede, en Galímato refulge la verdad divina con un vigor difícilmente parangonado por los grandes místicos de la Ortodoxia.

¿Verterán aún luz las teorías de Galímato sobre nuestro oscurecido tiempo?
¿Ayudarán a aquéllos cuya fe flaquea y cuya entereza languidece? Sólo el insobornable
juicio de los tiempos venideros nos procurará la anhelada respuesta a este ardoroso
interrogante.

ANDRÓMEDA

La parapsicóloga lituana Elizabetha Giratrusaitis, fundadora del denominado "grupo de Vilna para el estudio de los fenómenos paranormales", acaba de pronunciar una interesante conferencia en la Universidad de Kaliningrado.

En esta institución, y bajo la dirección del profesor Sergei Ivanovich Iulenko, obtuvo el doctorado en ciencias de la computación con un trabajo que llevaba por título "Estudio de las isoformas de la jerarquía de lenguajes estocásticos en lógica de segundo orden. Perspectivas para una valoración sincategoremática de las relaciones silogísticas con funtores no lineales". La intervención de la doctora Giratrusaitis ha versado sobre la íntima conexión que a su juicio existe entre la radiación de fondo cósmica que inunda el universo y la detección de mensajes supra-rationales, procedentes, con alta probabilidad, de civilizaciones no humanas. Para la doctora Giratrusaitis, una cultura antiquísima depositó, en distintos enclaves del universo conocido, mensajes encriptados en un lenguaje de segundo orden, descifrables si se aplica una combinación de algoritmos de Turing y de estrategias resolutivas de Litovsky-Smerentano (en honor del lógico polaco Piotr Likovsky y de la matemática moldava Tatiana Smerentano).

Mediante la implantación de avanzadas técnicas de numerología, la erudita báltica asegura haber esclarecido el significado de unas extrañas variaciones en la frecuencia de la radiación cósmica. Este fenómeno había sido discernido por un equipo de investigación astronómica de la Universidad de Marijamopole, al sur de Lituania. En la revista soviética *Kosmologicheski Xurnal*, los astrónomos lituanos publicaron hace años descubrimientos que, por desgracia, no suscitaron la atención merecida entre los científicos occidentales. Identificaron una críptica concatenación de términos de iteraciones geométricas que evocarían, en opinión de la doctora Giratrusaitis, una antigua clave secreta para custodiar misivas de enorme trascendencia sobre el futuro de nuestra región del sistema solar.

Para la doctora Giratrusaitis, la civilización artífice de este mensaje es la de los "andrómedos", una raza ya extinguida que habría habitado en vastas áreas de la galaxia Andrómeda. Si hemos de creer a la doctora Giratrusaitis, su obra más perdurable sería el cántico "*Forfeizen Askoptramu Elenchi*", que, traducido a una lengua humana, querría decir algo así como "Los espíritus de las estrellas se elevan hasta la comprensión de la verdad más profunda del firmamento, mientras que las almas de los vivientes que embellecen la bóveda sideral con sus pensamientos descienden hasta los más nimios detalles de los astros y de los cometas; sólo los andrómedos se mantienen en un feliz equilibrio entre altura y hondura, entre saber e ignorancia, entre luz y oscuridad".

Hemos de tener en cuenta que la lengua de los andrómedos posee una capacidad absolutamente excepcional, al menos si la comparamos con una forma de comunicación humana: la de condensar en cada letra una unidad semántica, al tiempo que permite que

las demás consonantes y vocales modifiquen su significado de acuerdo con la unidad semántica consignada por la letra precedente. Por probabilidad bayesiana, los factoriales semánticos generados por cada letra expanden asombrosamente el número de “fonemas” que cada signo puede albergar. Por el contrario, otros investigadores, como la semióloga y geómetra islandesa Angelika Magnúsdóttir y el ajedrecista y lógico indio Jawardehal Krishnamurthi, sostienen que no existen sonidos vocálicos *stricto sensu* en la lengua de los andrómedos.

¿Qué revela el código de los andrómedos? Nada esperanzador. La lectura de la doctora Giratusaitis, expuesta como primicia en su conferencia en Kaliningrado, indica que sucesos vertiginosos transformarán radicalmente el modo en que contemplamos el universo, la vida y la historia. Hace ya milenios, los andrómedos habrían presagiado el abrupto fin de nuestra galaxia.

La doctora Giratusaitis prefirió no desvelar el contenido completo del mensaje de los andrómedos. Al parecer, en breve se publicará en un libro editado por la Universidad de Vilna, con la que la doctora Giratusaitis colabora habitualmente como profesora de aritmética, edafología, estudios telúricos, frenología y paleonumerología (la docencia de ufología la comparte con la espiritista e hipocondríaca japonesa Akane Izikaku), a invitación de la exiliada griega Artemisa Papakonstantina, famosa disidente política de Tesalónica y creadora de la “Escuela del Psicoanálisis simbiótico”¹.

Los asistentes a la lección magistral dictada en la Universidad de Kaliningrado escucharon lo siguiente (mi transcripción puede resultar sólo aproximada, muy inexacta en determinadas frases, pero creo que recoge con bastante fidelidad el espíritu, si no la letra, de las palabras de la doctora Giratusaitis; su acento ruso era demasiado “áspero”, pues durante su estancia en la Universidad de Leningrado, tiempo que aprovechó para aprender la hermosa lengua de Pushkin, interaccionó fundamentalmente con investigadores procedentes de las repúblicas soviéticas del Asia Central, cuya pronunciación del ruso difiere clamorosamente del dialecto moscovita estándar):

“¡Oh espíritus, oh almas, oh corazones, oh sentimientos, oh palabras que desbordan toda frontera para que su rostro se bañe con la luz primigenia y el candor prístino de la fuente de la vida, del manantial de la verdad! Este mensaje se dirige a todo ser capaz de comprender. Una catástrofe se avecina. Un aciago destino os aguarda. Un abismo insondable os devorará. Ya llega el rayo de fuego, que es la mirada de *Karandaia*... Sí, así se llama quien todo lo domina, en cuyo cuerpo habitamos nosotros, el organismo cósmico del que nuestros respectivos sistemas constituyen una minúscula emanación. Sus ojos fulminarán nuestro mundo, porque nada podrá resistir su luz. *Karandaia* no mostrará conmiseración hacia ninguna raza viva. No tolerará saber que

¹ Esta escuela incorpora a la reflexión psicoanalítica metodologías extraídas del estudio de la neurobotánica y de la hipótesis de *Gaia*, corregida, eso sí, para sugerir que la Tierra no constituye un organismo autorregulado, sino una emanación del supraorganismo auténtico, que es el universo; los andrómedos se habrían percatado de que su sistema representaba una ínfima fracción de ese supraorganismo, un mero “orgánulo”, y por ello se habrían embarcado en viajes siderales, a fin de divulgar su notable hallazgo.

miles de seres han morado en sus arcanos dominios. Sus ojos residen en un enclave tan recóndito del universo y su cuerpo es tan inmenso que necesita millones de años luz para contemplar sus órganos más distantes, y tanto nuestra galaxia como la vuestra son estribaciones de *Karandaia*. Hace ya millones de años que irradió el haz de luz de su mirada para cubrir con ella sus órganos más remotos, y poco falta para que ese chorro de energía se cierna sobre nuestros respectivos hogares. ¡Nada os salvará!”

En este punto, la doctora Giratrusaitis interrumpió su discurso. El temor cundía entre los asistentes, muchos de quienes bramaron gritos de pánico y sobrecogimiento al conocer que la mirada ávida de *Karandaia* pronto descubriría que un sinnúmero de criaturas diminutas, andrómedos o humanos, habían parasitado su cuerpo y se habían beneficiado de sus resortes energéticos, lo que despertaría su furia, su cólera infernal, su violencia demoníaca.

Sin embargo, uno de los participantes levantó el brazo y preguntó:

“Doctora Giratrusaitis. Si hemos de creer a los andrómedos, los ojos de *Karandaia* se yerguen en un espacio lejanísimo del universo conocido. Millones de años luz son necesarios para que su perforadora mirada esclarezca los sucesos que acontecen en otras regiones de su vasto organismo. Pero el vehículo de toda mirada es la luz, el éter lumínico. Si millones de años tardó la luz de los ojos de *Karandaia* en llegar hasta Andrómeda, aunque arribara hoy mismo a la atmósfera terrestre, otros tantos millones de años se requerirían para que ese chorro de luz regresara a los ojos de *Karandaia*, y este horrible ser advirtiera que andrómedos y humanos han habitado durante milenios en algunos de sus orgánulos. ¿Qué hemos de temer entonces?”

La doctora Giratrusaitis no contestó. Se limitó a abandonar la sala. En una entrevista en la emisora de radio “*Dobre noch Kaliningrad*”, grabada poco después de su conferencia, la doctora Giratrusaitis volvió a remitir a la inminente edición de un libro en el que desentrañaría todos estos misterios.

3) REFLEXIONES URDIDAS EN LA SOLEDAD

LA ROSA Y EL PORQUÉ

“Die Rose ist ohne warum, sie blühet, weil sie blühet...”

(“La rosa no tiene porqué, florece, porque florece...”, Angelus Silesius -1624-1677-)

Los místicos nunca cesarán de desconcertarnos. Basta con aventurarse en los textos de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, con introducirse en las especulaciones metafísicas de Meister Eckhart, con internarse en el fascinante territorio que envuelve el sufismo islámico, con profundizar en las enseñanzas de Sankara o con sumergirse en la intensidad espiritual que desprenden los escritos de los místicos renanos de la Baja Edad Media para convencerse de ello. Sí, destila la mística una sorpresa perenne, un misterio gloriosamente encarnado en la forma de letras, frases y discursos que intentan transmitir un testimonio único, cuya fecunda luz se aproxima, por su propio concepto, a lo inefable.

La capacidad de asombro que posee la mística se revela extraordinaria. El hombre contemporáneo, acostumbrado a llevar a cabo un proceso de estricta racionalización de todas las esferas de la vida, relega lo oculto al sutil ámbito de la mera fantasía o de la creación artística. Somos conscientes de que difícilmente podremos considerar las obras deparadas por los grandes escritores místicos como algo más que calurosas expresiones de una fuerte vivencia psicológica, porque la infranqueable barrera de la ciencia se interpone entre ellos y nosotros. Sin embargo, ¿no deseáramos, denodadamente, que en verdad existiera un espacio reservado para la exaltación de lo indescriptible, y no todo se redujese al dominio tantas veces tiránico que ejerce la inteligencia? Queremos sentir, y aprender mientras sentimos, y es aún cierto, como adujo Pascal, que el corazón tiene sus razones que la razón no comprende. Se establece así una relación extraña entre la mística y nuestra época, un nexo de amor y de odio, de vibrante entusiasmo por lo que se nos antoja inenarrable y de su no menos intemperado rechazo, ante el vértigo que produce la sola idea de que emerja un abismo insondable, un mundo que el conocimiento humano jamás agotaría.

Inclasificable es el verso de Silesius. La rosa carece de porqué: se limita a florecer sin más, y florece porque florece. En ella reside su propia y más primorosa explicación. Es inútil, es vana tarea buscar una justificación que trascienda el hecho mismo de que la rosa florece. Debelado queda el principio de razón suficiente que enarbolara Leibniz, con su *“nihil est sine ratione”*. Seamos, por tanto, conquistados por

la cautivadora mismidad que orla la rosa, por el imbatible poder que fertiliza lo fáctico, cuya esencia deviene inasible y domeña cualquier efusión del *esprit de finesse* pascaliano. Descansemos en la canora placidez exhalada por esa armonía que infunde la ausencia de problematicidad, la anulación de todas las incógnitas, ahora convertidas en recelos inadecuados e incluso absurdos. No cabe indagar en el porqué de la rosa, ni, en consecuencia, en el porqué del mundo, que ahí está desde que es mundo, y sólo mundo es. Despunta aquí la flagrante tragedia del filósofo, pues no puede vivir sin formular preguntas, pero su curiosidad lo transporta a una senda que no conoce fin, a un quebradero innecesario. Bien le valdría sobrecogerse, sin más, ante la belleza que irradia la rosa, sin pronunciar palabra, relajado en la paz que generan los hechos puros, sin mediación del entendimiento, abandonados a sí mismos y que desde sí mismos nos interpelan. En lugar de aportar nosotros los términos y los signos de interrogación, serían entonces las cosas mismas las que se transformarían en la viva plasmación de los vocablos, y la humanidad habría de contentarse con dirigir la mirada a esa luz que nos circuye, pero debería también cejar en su vehemente empeño de plantearle dudas a la naturaleza...

Sí, la rosa florece, y no tratemos de desentrañar por qué lo hace, declama el místico. Entreguémonos a la contemplación devota del florecimiento mismo. Confiemos en la magia seductora de una realidad que se esclarece por sí misma, sin requerir de ningún ser humano cuyos labios se erijan en voz de estos espacios infinitos sumidos en un silencio eterno... Es la mente la que se encuentra vacía y es la realidad la que halla repleta de la más proficua y dichosa de las energías. Ese verde y dorado árbol de la vida que, para Goethe, contrastaba con la gris teoría encapsula también la verdad insobornable de que, por muchas y divinas pesquisas que iniciemos, y por mucho que suspiremos por conocer, permanece ante nosotros el enigma de la facticidad, de la objetividad de esta experiencia y no de otra, y de nuestra propia existencia como seres que pueblan esta tierra inabordable.

“*Gelassenheit*” mística, esto es, arrobado dejamiento, sosegada y casi anacorética renuncia ante lo que hay: tumbarse en verdes praderas que rezuman paz y, desasido de uno mismo, no pensar, sólo sentir; sentir la vida, sentir la muerte, y no averiguar nada, porque impetrar es tormentoso, cercena nuestras hermosas ansias de existencia, condenados a una desesperación profunda, permeados por esta estruendosa orfandad de respuestas que nos perfora con la agudeza de su filo. Imploramos conocer, pero no sabemos si estamos dispuestos a atravesar el calvario que comporta y a que su cruz hiera la debilidad de nuestras espaldas. Y, sin embargo, no desertamos de esta bella y soberana empresa...

No, no puedo creer en la “*Gelassenheit*”, ni aceptar que la rosa se alce despojada de un porqué, y se me imponga como un muro inexpugnable. La rosa no representa ningún dios para mí, sino que condensa una minúscula parte inserta en este maravilloso escenario en cuyo seno habito. Es legítimo que la examine, pues así me conozco también a mí mismo, y percibo que soy yo quien crea el universo. La rosa seguirá

enhiesta, tersa como una pregunta abierta, y la humanidad no puede reposar, porque el cansancio más extenuante rubrica un signo luminoso de la más fúlgida vida, y aspiramos a vivir como quien más, más que la rosa, cuyos colores ignoran por qué florecen, cuando nosotros sí nos proponemos escrutar audazmente para qué vivimos...

La rosa no está privada de un porqué, sino que remite con elocuencia a la cuestión sobre el porqué. Ella misma es ella misma: he aquí la trivialidad palmaria que se deriva de la igualdad fundamental de todo ser consigo mismo, del inconcuso principio de identidad. Mas la rosa no vive aislada, no acrisola el único elemento que compone el ingente cosmos. Si el universo se restringiera a la rosa y a nada más, en ella misma cristalizaría su propia pregunta y se incoaría su propia respuesta; pero en este reino colosal, donde existe una humanidad en cuyo corazón se venera la sabiduría y se enuncia lo que resta ignoto, estirpe que avanza en el camino del tiempo gracias a su constante proyección de anhelos nuevos, la rosa no puede constituirse en un absoluto, en una realidad incondicionada que escape de toda facultad interrogativa. La rosa esboza, más bien, una ejemplificación particular de esa pregunta más amplia que define y barniza el firmamento, la cúpula sideral que nos preside con su luz: “¿por qué existes, universo, y por qué eres tú y no otro?”. Y sí, lo sugiero, y esta osadía me conmina también a investigar por qué florece la rosa y, pertrechado con esas herramientas tan minuciosas que nos brinda gentilmente la ciencia, a explorar los más prolijos mecanismos que subyacen a este proceso biológico. Y, más aún, busco la génesis de todas las rosas y el origen de todas las plantas, y el de todos los seres vivos, y el de la Tierra, y, eventualmente, el de nuestra galaxia, para, ¡oh sublime abstracción!, remontarme hasta el recóndito principio del cosmos; y así vinculo la teóricamente nimia elucubración sobre una rosa que florece con la referida al mundo como un todo cohesionado, a por qué el ser y no la nada, y lo conecto todo con todo... Destella aquí la grandeza de la mente humana, que “es, de alguna manera, todas las cosas”, en feliz sentencia de Aristóteles, y de lo insignificante llega, por concatenación, a lo grandioso, y a la que nada, ni humano ni no-humano, resulta ajeno.

Rosa mía, misterio eterno que eres, porque atesoras el señero testigo del universal arcano, persevera, florece tú, enigma enardecido y clamor insepulto, embriáganos con la ubérrima belleza que esparcen tus pétalos, perfuma el mundo con el aroma que derraman tus hojas, pero no nos obligues a contentarnos con observarte, presos de abrumadora abnegación. No te muestres tan ingrata e inmisericorde como para apagar la llama indómita de la pregunta que con tanto fervor flamea en nosotros, fuego que, o se vierte al exterior, a este vasto orbe, o acabará por consumirnos, y devorará la fragilidad que inunda nuestro ser.

Ninguna rosa sin porqué aparente extinguirá el grito legendario que entona una humanidad sedienta de palabras, el clamor proferido por quien se rebela contra esa oscuridad desdeñosa que brota de la amarga pero fructífera avidez de respuestas. Queremos saber, porque queremos vivir, y existimos para conocer y, más aún, para preguntar. Que ninguna rosa, por bella, por bien que sintetice el ideal estético

alumbrado por los filósofos y aquilatado por los místicos y los poetas, se atreva a aniquilar un impulso que late en nuestro interior, cuya pujanza jamás languidecerá. No faltaba razón a Unamuno cuando escribió en *Del Sentimiento Trágico de la Vida en los Hombres y en los Pueblos*: “el universo visible, el que es hijo del instinto de conservación, me viene estrecho, esme como una jaula que me resulta chica, y contra cuyos barrotes da en sus revuelos, mi alma; fáltame en él aire que respirar. Más, más y cada vez más, quiero ser yo sin dejar de serlo, ser además los otros, adentrarme la totalidad de las cosas visibles e invisibles, extenderme a lo ilimitado del espacio y prolongarme a lo inacabable del tiempo. De no serlo todo y por siempre, es como si no fuera, y por lo menos ser todo yo, y serlo para siempre jamás. Y ser todo yo, es ser todos los demás. ¡O todo o nada!”

LOS PAISAJES ABRUMADORES

Vi una montaña que espigaba el horizonte. De su cúspide, insondablemente nívea, brotaba un fulgor que cegaba mi espíritu. Soplaban un viento suave, y parecía tocar la dulce melodía de lo eterno. Entonces intuí que la verdad es impersonal y desapasionada, y que todos los sueños del hombre por progresar y expandir el círculo de su conciencia han de reconciliarse con el deseo de la naturaleza, que señala el silencio. Y el cielo me declamaba sus pensamientos más profundos a través de inspiradores rayos de luz.

Y soñé con la intelectualización del hombre cuando nadie me escuchaba, porque yo sabía que nadie podía prestar atención a mis palabras, que anunciaban una vida nueva, la negación de la vida presente y el sacrificio de todos los altares ya erigidos.

Y contemplé la desembocadura de tres ríos en el único océano. Todos los caudales de los tres ríos parecían apresurarse a verter sus copiosas aguas sobre un océano que inmediatamente devoraba su furor, pues en él todo exhalaba calma y silencio. Y en esa unidad pura atisé todo movimiento, todo ruido y toda furia.

Y vi una sala repleta de símbolos nuevos, en cuyo seno se extinguían los murmullos del amor presente. Nadie sabía interpretarlos, pero yo intuí su significado: era el único concepto que lo contenía todo, y sucumbieron todos los conceptos, y amaneció la vida.

Te han dicho que no hay nada, que la nada es el ser, que el ser concluye en la nada, que la flor del ser se marchita y procede a los dominios de la nada, pero te han mentado, porque la nada clama por el ser, y todo no-ser puede siempre concebirse como una aspiración al ser, como un eco del ser.

Y mis labios profirieron infinitas bendiciones:

Bienaventurados los que transforman el mundo y expanden el ideal.

Bienaventurados los que elevan la nueva naturaleza sobre los escombros de la antigua.

Bienaventurados los que superan lo dado porque aman lo infinito.

Bienaventurados los que exaltan la vida y luchan contra la no-vida.

EL NUEVO TEMPLO

En un polvoriento sendero topaste con dos hombres que caminaban en busca de la verdad. Eran peregrinos que se dirigían a un santuario construido por las manos de los hombres. Y les preguntaste:

-¿Cuál es vuestro destino, caminantes?

-El santuario de las perpetuas armonías, que se alza sobre la colina del Eterno Amanecer, en el país del nombre más puro. ¿Y adónde te diriges tú?

-Mi santuario se encuentra en un país nuevo, que acaba de nacer.

-¿Cómo se llama ese país, pues también queremos conocerlo?

-Es mi propia alma ese país, y sólo tendrá el nombre que ella adquiera. Es un país que supera auroras y ocasos, caos y armonías, purezas e impurezas. Es el sueño de la creación.

-¿Y qué crearás en ese país cercado por tu alma?

-Me crearé a mí mismo, y con ello contribuiré a crear un ser que sólo busque crearse a sí mismo en el incesante flujo de los tiempos y los espacios.

-¡Permítenos acompañarte y crear contigo ese infinito que abraza toda finitud, pues ya estamos cansados de armonías y amaneceres, de luces inescrutables que eclipsan la belleza de una oscuridad hermanada con el fulgor!

-No puedo dejar que vengáis conmigo. Sólo en mi soledad tallaré ese reino que yo os anuncio.

Y los peregrinos se marcharon, cabizbajos, en busca de su santuario de perpetuas armonías, templo cósmico fraguado con naturaleza y con espíritu.

CRUZ Y GLORIA DE LOS SUPERDOTADOS

Los superdotados representan un misterio. No cesan de despertar nuestra curiosidad, fascinados ante quienes desarrollan precozmente habilidades extraordinarias. ¿Quién no admira lo extraño, lo portentoso, lo que desafía los cánones habituales, lo que nos revela un mundo nuevo y maravilloso?

Puede parecer que gozar de altas capacidades constituye una vía segura hacia el éxito, pero no es así. Lo que el mundo juzga como exitoso no siempre responde a los anhelos que albergan los superdotados. Poseen una mayor sensibilidad. Tienden a la dispersión. De todo se maravillan, y les resulta doloroso renunciar, elegir, fragmentar el vasto espacio de sus intereses y atenerse a las exigencias de especialización que impone la sociedad moderna. El superdotado es un eterno niño, y por ello observa el mundo con otros ojos, normalmente demasiado puros para la vida real. Disfruta más con el fabuloso universo de su introversión que volcando sus energías hacia lo externo. Muchas veces se ve obligado a adaptarse, a rebajarse, incluso a ocultar sus talentos y deseos para no incomodar a una sociedad cruel. Pocos atesoran esa mezcla de valentía, convicción y motivación que impulsa a los genios a cambiar el corazón y la mente de los hombres. Son frágiles e idealistas, inexhaustos buscadores del todo. Sufren en soledad. Dialogan con grandes maestros, vivos o fenecidos, a quienes entronizan en el olimpo de su veneración, porque necesitan el consuelo de referentes cuya aura inspiradora demuestre que aún cabe esperanza.

Su soledad puede llegar a ser desazonadora. El niño superdotado disfrutará más con amigos invisibles que le hablen a través de libros y conocimientos que con rostros vivaces que jueguen y corraen en los parques. Le agobiarán las altas expectativas que en él deposita un mundo tantas veces incapaz de verlo como un ser humano, no sólo como una criatura exótica. Pero si opta por la reclusión y sólo se sumerge en sí mismo, en ese pozo infinito de introversión que tantos deleites le procura, desdeñará inmensos estímulos potenciales, y puede que este alejamiento voluntario del mundo y de la vida obstaculice la tan ansiada aportación a la sociedad. Todos, incluso los genios, deben esforzarse, estudiar, aprender de otros, someterse a nuevos retos e integrarse en el mundo al que pertenecen. Raras veces se transforma el mundo sin haber recorrido sus senderos, sin haber participado en sus luchas, adversidades e ilusiones, sin haber pisado el barro y el polvo de la tierra.

La inteligencia no es sinónimo de creatividad. Para producir una obra verdaderamente creativa es necesario que se conjuren factores ajenos a la mera potencia intelectual de la mente. El lugar, el momento, la fuerza de voluntad, la perseverancia, el azar, la elección de un problema o de un desafío adecuado... ¿no son tanto o más importantes que la inteligencia? Pero el superdotado preferirá su soledad, esa santa y bella soledad que le proporciona el mayor de los placeres y la más honda de las

aspiraciones. Es su desdicha, su tragedia en realidad. El superdotado será más feliz que nunca inmerso en su arrebatadora soledad, en la vorágine de sus ideas, en el inagotable universo de su imaginación, por cuyas provincias fluyen todos los conceptos y donde se procesan todas las teorías. Se abismará, complacido, en ese castillo invisible de su espíritu donde se hermanan todas las ciencias, y en cuyo seno el mundo resplandece como una entidad hermosamente unitaria, colmada de armonía. Le asediarán torrentes indómitos de ideas, pero él se regocijará de manera indescriptible bañándose en ese océano sin fondo, con el único objetivo de estimular una mente que nunca se cansa de preguntar, aprender y pensar.

De nuevo, el mundo no comprende esta faceta de los superdotados. Espera demasiado de ellos, los contempla como potenciales benefactores de la humanidad. En cuanto despunta la aurora de su luz, en ocasiones ya en la escuela primaria, algunos vaticinan a los Newton, Goethe o Pasteur del futuro, mientras que otros sólo pueden sentir una envidia punzante y corrosiva ante el privilegio inexplicable de una naturaleza que, sin concesiones de ningún tipo, disemina sus dones y talentos con perturbadora pero mágica aleatoriedad. Sin embargo, y salvo fecundas excepciones como Grocio, Mozart y Gauss, la mayoría de los niños prodigio fracasa. Deslumbran en la infancia, mas decepcionan en la madurez.

Es indudable que el mayor tesoro de la humanidad reside en sus almas más profundas y brillantes, en aquellos seres que elevan la conciencia de nuestra especie hasta cimas antes inexploradas. Próceres de la bondad y de la inteligencia, faros de sensibilidad para un mundo siempre ensimismado, los superdotados encarnan el regalo máspreciado y conmovedor del destino, la ilusión de una mente que trascienda las barreras del hoy y otee los territorios vírgenes del mañana con una mirada inescrutablemente pura. Cuidemos este don, esta huella divina en el hombre, que con alas angelicales nos permite acariciar un cielo nuevo. No lo olvidemos: los superdotados, pese al vigor de su intelecto, son criaturas sumamente débiles. Su sensibilidad, su idealismo, su eterna y hermosa juventud, sellan muchas veces su derrota ante un mundo inhóspito. La sociedad ha de ayudarles, pues sólo así cosechará los frutos tan nobles que de ellos espera y evitará que se malogren en espirales de tristeza, frustración y rechazo. Todo hombre necesita ser amado, más aún quienes más sienten, perciben y dudan.

pensamiento ha sido redactada en suntuosos palacios, ante lujos que adormecen el espíritu?), en los meses siguientes se instaló allí en un recogimiento forzoso a causa de la terrible epidemia de peste bubónica que asolaba Inglaterra desde el verano de 1665, cuando asomaron los primeros y aciagos brotes. Jamás comprenderemos la importancia real de esta desgracia en la historia intelectual de la especie humana, pues ¿habría Newton protagonizado semejantes proezas en medio del bullicio académico de Cambridge? Probablemente sí, pero no conviene infravalorar la relevancia del venturoso grado de aislamiento y concentración que pudo alcanzar en el apacible silencio de Woolsthorpe.

Un Newton vigorizado quizás por un entorno psicológicamente propicio para un temperamento tan tenaz, perseverante y solitario, capaz de pasar largas horas ensimismado en las profundidades abisales de sus propios pensamientos, extendió asombrosamente el radio de los conocimientos de la humanidad. En pocos años, él solo había asimilado toda la matemática, toda la ciencia, toda la filosofía y toda la teología de la época. Ahora podía ensanchar valerosamente el reino del saber. En sus propias palabras, “A comienzos de 1665, descubrí el método de las series aproximativas y la regla para reducir cualquier dignidad de todo binomio en dichas series. En el mes de mayo del mismo año, descubrí el método de las tangentes de Gregory y Slusius, y, en noviembre, obtenía el método de las fluxiones. En enero del año siguiente, desarrollé la teoría de los colores, y en mayo, había comenzado a trabajar en el método inverso de las fluxiones. Ese mismo año, comencé a pensar en la gravedad extendida a la órbita lunar”.

No existe una definición unívoca del genio. Podemos considerar que un genio es alguien capaz de percatarse de verdades fundamentales escasamente intuitivas. Ejemplos magníficos de esta idea vendrían personificados por Euclides (quien advirtió la necesidad del quinto postulado para sostener el fabuloso edificio de su geometría) y Galileo (quien refutó proposiciones aristotélicas que parecían condensar el sentido común del género humano). Newton, por supuesto, cae dentro de esta categoría, porque un hallazgo como el de la fuerza de la gravedad, tan poco intuitiva en la época (¿cómo pensar que los cuerpos se atraen *in distans*, por el mero hecho de poseer masa?), rubrica una imaginación desbordante y correcta.

Sin embargo, es también legítimo ofrecer una definición alternativa de genialidad. En este caso, el genio es aquél que logra discernir simplicidad en medio de complejidad. Su mente reduce la multiplicidad a la unidad para captar el patrón más básico que vincula las partes y cohesiona el sistema, imbuido de una perspectiva superior, diáfana e integradora. Discierne así la esencia de la apariencia, y lo que antes evocaba una amalgama ininteligible, rutila ahora con la más radiante de las luces. Inmerso en semejante tarea, se alza como émulo de una mente divina, infinitamente simple pero al unísono infinitamente insondable. Al dilucidar una ecuación como la del binomio o la de la ley del inverso del cuadrado, Newton enarbola la perfecta bandera del genio. Y el genio huye de la artificiosidad y el enrevesamiento. En su búsqueda apasionada de la verdad no sucumbe al brillo capcioso de lo inédito. No le asustan los

pensamientos complejos porque consigue desgranarlos en reflexiones más simples. La claridad y la sencillez sellan su destino.

Una inteligencia excelsa como la de Sir Isaac Newton enorgullece al género humano, pues todos somos partícipes de sus gestas más insignes, y la gloria de los genios es también gloria nuestra. Su mente desentrañó el sistema del universo, y aunque la indolencia y la severidad del tiempo, sumadas a la notable creatividad de Poincaré, Lorentz, Einstein y los físicos cuánticos, enmendaran sus teorías, su talento asentó los pilares más sólidos de la ciencia empírica. Pero el propio Newton admitió que había penetrado en la inaccesible lejanía apoyado en hombros de gigantes como Copérnico, Kepler y Galileo. No fue un *Deus ex machina* quien le dictó sus más extraordinarios descubrimientos, sino el estudio paciente y ordenado. Una lucha heroica, dramática y sostenida contra las sutilezas más recónditas de la naturaleza, en una auténtica gigantomaquia que, por fortuna, condujo al doloroso parto de la ciencia moderna y al fortalecimiento de la fe del hombre en sus propias capacidades, partícipes del intelecto divino, cuya rúbrica resplandece en genios que, como Newton, han ayudado a rasgar el velo del gran templo del saber.

Pese a las ilustres cúspides que coronó Newton, ¿no fue siempre, como él mismo confesó, un niño que jugaba, jovial y cándido, con las silentes conchas de la playa, sin poder siquiera intuir el colosal tamaño del océano que custodia la verdad completa? ¿No se nos antoja todo hito minúsculo ante la envergadura de los desafíos que encara la humanidad? ¿No sopla siempre un viento nuevo que orea el rostro ansioso del espíritu?

ANGUSTIA

Angustia... Leer determinados libros de filosofía, meditar sobre esas cuestiones tan hondas y trascendentales que han absorbido densas energías e incalculables tiempos, reflexionar sobre el futuro, soñar con lo imposible...: su fatalidad clava en nosotros una astilla embadurnada de angustia, teñida de tristeza, empapada de desconcierto. Para sentir en su crudeza el estéril peso de la angustia no es necesario asomarse a balcones ubicados en las plantas superiores de los edificios. No es preciso ascender afanosamente hasta la plataforma más alta de la Torre Eiffel y mirar a la vasta extensión desde esa cúspide de la ingeniería humana. La angustia verdadera se injerta en el cuerpo e intoxica el alma. Se apodera de todos los resortes de la voluntad e ingresa paulatinamente en la morada de la razón, en ese refugio que considerábamos inexpugnable frente a los embistes de oscuras fuerzas, ajenas al dominio de lo cognoscitivo.

La angustia no obedece los cánones sancionados por la razón. Elude todo vestigio de inteligibilidad. En ella se encarna la evidencia inocultable de que constituimos una recapitulación, una amalgama de razón y sentimiento cuyos intrincados lazos vertebran nuestra esquiva naturaleza de hombres, obstinada siempre en rehusar cualquier conceptualización firme, esclarecedora y universal. Cuando nos aprisiona el éter de la angustia, cuando ese suspiro imperceptible anestesia nuestra imaginación y obtura nuestro intelecto, una atmósfera henchida de espesas y recargadas brumas penetra sigilosamente en nuestro ser. Vahos electrizantes que despiden chispas periódicas y embrujadoras, efluvios nebulosos de una sustancia arcana, inasequible a cualquier tentativa de análisis químico, componen su viento. Ninguna estancia nuestra, ninguna porción de la materia o parcela del espíritu, permanece incólume tras el más leve contacto con ese fluido inescrutable que esparce angustia. La savia de la vida, nutriente invisible que inspiraba en nosotros un amor por la existencia, un deseo robusto de perseverar en las arduas y sinuosas sendas que tejen el mundo y colorean la historia, se diluye enigmáticamente. Todo ímpetu se disipa. Todo anhelo se desvanece en un espacio inasible. Repentinamente nos alzamos en una insufrible soledad ante la magnificencia que riega el cosmos con los copiosos rayos de su luz. Nada se interpone entre la inmensidad del universo y la insignificancia de nuestro yo. La angustia emerge, triunfal, frente a nuestros rostros. Lentamente avasalla todo poder, toda voluntad, todo residuo de apego a la vida y a sus evocaciones. La angustia consiste, de hecho, en la carencia de una barrera protectora, de un escudo que nos defienda de los continuos ataques de un mundo exterior, grandioso e indolente.

Cuando, por artes de magia maligna, se esfuma esa muralla que la conciencia se ha esmerado en erigir en el transcurso de la historia y en la brevedad de cada biografía, nos sentimos solos, olvidados, desamparados ante una vastedad cuya contemplación nos contagia de impotencia. ¿Qué cabe hacer ante esa enormidad que escapa por completo de nuestro control? ¿De qué manera es dado luchar a un sujeto ínfimo, a una criatura

diminuta arrojada al mundo, contra todo aquello que contradice sus ansias de perduración, amor y verdad?

El relámpago de la angustia no despunta únicamente cuando nos percatamos de nuestra pequeñez intolerable, de nuestra nimiedad en el seno de esta vastedad de mundos. La angustia más profunda, el dolor más hiriente e insanable, brota de un sentimiento de soledad, de pura y flagrante soledad. Es el vacío, son las tinieblas, son los atisbos de un horizonte envuelto en oscuridad, en abandono, en la sequedad de una melancolía que impugna todo intento vivificador. La angustia auténtica se llama soledad. La angustia verdadera dimana de advertir que, más allá de la explosión de formas, belleza y contenido, más allá de las sonrisas que nos enternecen, más allá del despliegue de viveza que alegra el silencio del universo, probablemente no haya nada... El hálito frágil, infinitésimo, delicuescente, de la nihilidad, ¿no acongoja toda alma honesta? ¿No estremece todo corazón ávido de amor? ¿No aterra, no sobrecoge su soplo helado, no conmueve a todo aquél que se aventure a pensar en los mayores interrogantes avivados por la inteligencia humana, poseedora de una curiosidad infinita? Dirigir nuestra capacidad de fascinación y nuestra aptitud para la perplejidad hacia preguntas bañadas de la trascendencia más abisal y desnuda, ¿no implica malgastar energías, dilapidar un vigor precioso, un brío valiosísimo que late en nuestro interior y enciende la temblorosa luz de nuestra individualidad? Despertar, mediante incógnitas que siempre desafiarán el poder de nuestra mente y humillarán los deseos de nuestro corazón, las fuerzas aletargadas que dormitan apaciblemente en nuestro espíritu, ¿no nos anega de debilidad? ¿No nos emponzoña con un sentimiento de infecunda, de infructífera dedicación a las más bellas empresas vinculadas al saber?

La angustia más desgarradora nos inculca desidia, desesperanza, incertidumbre, inacción. Borra todo rastro de amor hacia la vida. Solos, desahuciados, expatriados, deportados, exiliados, estáticas nuestras figuras sobre la balaustrada que colinda con una inmensidad tullida de vacíos abúlicos e insufribles, la tentación de lanzarse hacia lo desconocido para concluir la áspera odisea de la vida se torna demasiado poderosa. Pocos la resisten. La proximidad del suicidio, la cercanía de una opción siempre viable, siempre presente, siempre asumible si nuestro espíritu irradia valentía suficiente como para sobreponerse a un afecto paralizante hacia el existir, representa el rostro ensangrentado y lacrimoso de la angustia humana. En él se muestra la faz de la tribulación, ahora sincerada y diáfana, bendecida con una claridad insólita e inabordable. ¿Quién no se ha sentido exhortado, por voces sombrías y compases ensordecedores, a saltar desde los balcones que dan a lo ignoto? Pero al disponernos a ejecutar la operación suicida, la flaqueza usurpa nuestra trémula voluntad. Súbitamente decae la convicción que se había enseñoreado por completo de nuestra alma, lóbrega idea que nos conminaba a despojarnos del entrañable don de la existencia.

No, la solución no puede estribar en arrojarse al vacío, sino en escalar hasta alturas más pujantes, en conquistar cimas más bellas, cuyos céfiros nos oleen con una angustia aún más flagelante. Una vida que no se ha entregado al conocimiento y al amor

no sirve de nada. Nuestra vocación radica en sufrir, porque del dolor brota la semilla de la creatividad, de la superación, de la trascendencia sobre lo dado. Palpar la angustia, la contienda de la vida, la soledad, el destierro; sentir esa corriente gélida que inunda el cuerpo de convulsiones, duelos y escalofríos; tiritar al son de esos flujos de miedo que nos erosionan de manera astuta y pausada; vibrar con el eco de esa languidez pavorosa que entumece toda reliquia de vitalidad; comprobar cómo unas aguas discretas percolan a través de nuestras débiles texturas y se deslizan sutilmente por la totalidad de nuestro ser para sumergirnos en soledad, en llanto silenciado, en tristeza volcada hacia nosotros mismos...: he aquí la huella de una muerte en vida que sondea la inminencia del vacío.

Sin embargo, la aflicción siembra el germen de la felicidad. Nada hermoso se ha divisado sin esfuerzo previo. La fastuosidad de la naturaleza rubrica también la exuberancia del dolor, de la muerte, del sufrimiento que han sobrellevado incontables seres en el transcurso de millones de años de evolución silenciosa y creativa, forjadora de cimas estéticas que hoy nos seducen poderosamente. Toda estabilidad y toda fortaleza se cosechan en el sacrificio, se recolectan en la abnegación, se siegan en la renuncia. Lástima y privación han precedido siempre a todo triunfo. Un pensamiento profundo sólo aletea libremente cuando la gallardía del espíritu ha hundido sus raíces en los más oscuros abismos de la tierra, para luego elevarse. La hondura que manifiestan algunas ideas se asemeja a una flor de terciopelo salvaguardada, en sus pilares más recónditos, por un séquito de espinas aguerridas, siempre al acecho de todo dedo incauto. Toda rosa oculta una cruz, y toda cruz clama por una rosa.

Algunos de los pensadores más nobles y agudos de Occidente nos han brindado un caleidoscopio de reflexiones sobre la angustia cuya perspicacia perfora el alma. Pertrechadas con su intacta solidez, agujerean la sensibilidad y mortifican el corazón, porque sus palabras transparentan tal limpidez, tal honestidad, tal despliegue de espontaneidad, tal emisión de franqueza, que nos vemos a nosotros mismos reflejados en esas páginas transidas de dolor, vacío y soledad, impregnadas de olvido, tormento y abandono. ¿Cómo no recordar el dolor de Pascal? ¿Cómo no rememorar la desdicha de Kierkegaard? Almas luminosas, almas bellas, almas puras; pero almas desoladas, almas devastadas por las arremetidas del sinsentido y laceradas por la carencia primordial, que es la implacable falta de respuestas a los interrogantes más genuinos que se plantea el hombre.

Yo amo la filosofía y leo con pasión los escritos de estos sabios ilustres que han engrandecido la especulación, la fantasía y la introspección humanas... Pero yo no puedo bucear en el océano del saber para recibir como recompensa tristeza, amargura, agonía...: un reguero encharcado en lagos de angustia. Yo busco una felicidad que también se reconcilie con el desconcierto, con la perplejidad infligida por toda exposición al saber y a la verdad sobre el mundo y la vida. Mis largas e intensas horas de reflexión filosófica han de transmitirme serenidad, un sosiego santo y prístino, una exhortación a admirar la belleza que vetea el universo con los castos destellos de su luz; la armonía que hilvana el cosmos desde el telar de su hermosura; la maravilla de haber

sido agraciado con el regalo de la vida, obsequio improbable, implausible, lejano, pero aroma que ha condescendido a ungir nuestra frente.

Yo busco un bálsamo que sane toda tristeza. Una luz que no se apague. Ansío zambullirme en unas aguas tan puras y beatíficas que me rediman de toda angustia, en unas gotas capaces de limpiar por sí solas toda estampa de amargura que aún tizne mi alma y enturbie mi corazón.

Yo no he consagrado mi entusiasmo al conocimiento para sucumbir ante la angustia. Si me he afanado en abrir el espíritu con el impulso del saber, con el coraje que infunde la filosofía, se debe a una determinación inquebrantable: la de recostarme sobre prados rociados de esperanza. No he sido mártir de la soledad para inmolarme vanamente en altares aciagos que sólo revelen angustia y desazón. Mi sufrimiento expiará el dolor de otros, porque de las exhalaciones de mis escritos sólo surgirán palabras imbuidas de consuelo, vocablos que rebosen de la pasión más pura y nos ofrezcan un futuro digno de la humanidad. Custodiarán una invitación a degustar las delicias de la vida y a saborear la eclosión de hermosura y creatividad que engalana el universo con la corona de sus obras:

*Abre las alas
paloma herida;
inunda con tu luz el cielo,
lecho de tu gloria,
pues vives entre dos mundos
que anhelan la unidad
bajo tu blanco manto de pureza.*

Ahora me siento liberado. Ya se desvanece el dolor ficticio, y puedo solidarizarme con el sufrimiento real del hombre. Ha amanecido un significado para la vida, y por una vez creo que lograré mejorar el mundo y la suerte de mis semejantes. Antes deseaba conocer los universos más recónditos, acariciar el brillo de las estrellas y vagar por parajes hechizados en noches de ensueño. Hoy sólo quiero abrir mi alma a la verdad, y diseminar su aroma por el mundo entero. Hoy llama a mi puerta la libertad.

ALMA FRENTE AL ESPEJO

Me he mirado lenta y sosegadamente en el espejo. Era yo; era ese ser ansioso de felicidad que desconoce cómo y dónde encontrar un bien tan preciado. He visto a una criatura turbada que no discierne su verdadero hogar, alma hambrienta de verdad y gratitud, espíritu cuya luz se irradia sin dirección fija. Esos ojos, en cuyas pupilas transpiraba una ardiente sed de amor, pulcros en la infancia, fatigados después por los desengaños de una existencia fácilmente pierde la fe en la magia de los ideales avivados en la juventud, ya no diseminan un fulgor tan puro, tan conmovedor y tan indestructible como aquellas flechas candorosas que brotaban espontáneamente de sus abismos al contemplar un escenario nuevo e inspirador. Se ha disipado el aroma romántico de la sorpresa, la fragancia tonificadora de la fascinación ante todo lo que pueden brindarnos la naturaleza y la historia.

Esos ojos míos, reflejados en el cristal de este espejo, bruñido y simétrico, perforaban mi corazón escondido. Era yo mismo quien llamaba a las recónditas y agitadas puertas de un cosmos al que nadie más accede; era yo mismo quien se preguntaba con inquietud por su futuro, por el destino de la vida, por cómo dosificar toda la energía pujante y forjadora que circula con fervor por sus venas, incapaz de decidir hacia qué horizonte ha de desplegar su pasión; era yo mismo quien temía extraviarse del auténtico camino, de la senda que propicia volar hasta el más eminente cielo del intelecto, de la fantasía y del sentimiento. Y ese rostro, ese semblante que transparenta oscuridad, padece ahora la hiriente amargura del silencio. Se trata de un dolor intenso e incommunicable, porque rebasa las dimensiones de lo físico y los confines de lo anímico. Es una tristeza que no responde a causas psicosomáticas, sino que apela a la fuente más profunda de toda consternación, que es el sinsentido, que es la ignorancia más absoluta del significado de la existencia, del amor y de la soledad, ausente ya la certeza de que toda vida posee una vocación, por difícil que se nos antoje identificarla... ¡Pero no ceséis de soñar, ojos de mi abandono!, porque entonces se habría desvanecido por completo cualquier vestigio de belleza, por minúsculo e inasible adarme, que sigilosamente nos otorgan las constelaciones de la vida. Debéis convertirnos en discípulos del coraje, habéis de demudaros en siervos de la creatividad, tenéis que esforzaros en proyectar todo ese manantial de arrojo y osadía que atesoráis en vuestro interior hacia lo inalcanzable y prohibido, hacia las cúspides estrelladas que ningún ser humano conquistará nunca, pues no se alzan sobre la tierra, mas constituyen la ladera que asciende decididamente hacia el más perdurable y vedado de los cielos.

Una tez antes blanquecina ahora languidece: es demasiado pálida; demasiado tenue es su propia claridad. No soplan hálitos de una fuerza que la enervore y exhorte a tomar las riendas del fogoso mundo.

Manos acostumbradas a escribir con pasión, manos bañadas por la utopía de disponer de todos los libros custodiados en todas las bibliotecas que ha erigido la

humanidad en pasados y presentes, manos que saludan con paz y cordialidad, manos que quieren desprender delicadeza, manos que tocan la solidez del mundo y la fragilidad del hombre, ¿qué os sucede? ¿También se ha enseñoreado de vosotras un irrevocable desconsuelo? ¿Os esclaviza esa tristeza inaprehensible que vaga fantasmagóricamente por el garabatoso firmamento de todas las almas? Ya no os afanáis en proyectos que contribuyan a ensalzar la condición humana, en empresas que os desafíen con tanta hondura como para desatar la ingente maquinaria del tesón, la audacia y el anhelo. De la debilidad aparente que transmitís han dimanado creaciones sazonadas de ilusión, llenas de vehementes efluvios de entrega a fines cuya altura e incondicionalidad sanan toda pesadumbre. Habéis armonizado letras y gramáticas dispares para expresar sentimientos profundos y enorgullecedores; habéis orquestado burbujas de felicidad que trasladan el alma a su patria celeste y esparcen sobre la faz de la tierra una llama angelical engastada en esperanza, en grácil convulsión, acrisoladora de un entusiasmo resucitador ante la maravilla del amor y del conocimiento.

Labios carnosos, elásticos como la inagotable variedad del lenguaje humano; labios que han querido pronunciar las palabras más edificantes, oníricas y sensuales, pero dueños también de una ductilidad contaminada por tensos y pecaminosos verbos en los que han rugido odio, maldad, rencor, tiniebla... Mucha envidia, mucha avaricia y mucha desafección han albergado esos sonidos sincronizados que actuaban como vehículo del pensamiento, como fruto recolectado en los fértiles campos de la mente y del corazón, como leales siervos de una cosecha que trasluce la pureza o la doblez del alma, pues ella personifica siempre una síntesis inextricable de idea y de sentimiento... ¿Cuál será el próximo vocablo que derramen vuestras aguas desbocadas y caprichosas? ¿Una corriente que erosione las rocas sin crear un valle saciado de esplendor?

He escuchado palabras que han irrumpido en mi corazón con la fuerza íntima, salvaje y descomunal que ahora lo preside. Su estrépito exorbitante me ha transfigurado, y su añoranza aún hoy me aflige. Sólo puedo tributar la más honda gratitud de la que es capaz un ser humano hacia esas voces bondadosas, hacia esos libros doctos, hacia esas miradas evocadoras que me han revelado un mundo jamás presagiado. Habéis ampliado las fronteras de mi espíritu. Habéis desbordado la rigidez de mi fantasía, universo abovedado que mis pensamientos tallan con laboriosidad, escenario flanqueado por un zodíaco de ideas y una constelación de sentimientos, de fieros y nobles sentimientos cuyos destellos opalinos embellecen un espacio sidéreo y coruscante, moteado de plata y bañado con tenues salpicaduras del oro más fino e inspirador. Mi ser goza ahora de mayor libertad, y canto con un entusiasmo más puro al irisado fulgor de la vida.

Interioricemos las enseñanzas de los sabios y el mensaje de todos aquellos santos y profetas que han dignificado la condición humana. Alabemos la misiva de los heraldos que han redimido la historia con el bálsamo de sus verbos más profundos. Son ellos quienes nos dicen que en el corazón humano habitan el bien y el mal. En esta gruta oscura o luminosa, pero siempre lejana e insondable, cuyo entendimiento ha sido reservado al juicio inescrutable que acompaña a todo individuo, yacen las fuentes de la mayor grandeza y los hontanares de la más angustiosa pequeñez.

Somos dioses creadores o destructores, un microcosmos, un cielo en miniatura. Constituimos inconclusos y fragmentarios coprincipios segregados de una realidad fundante, de un enigma abisal, de una unidad invisible en cuyo seno se reconcilia y elucida el gigantesco mosaico que acoge todos los opuestos. Hemos surgimos de una chispa primigenia diseminada por la oscura vastedad del universo. En el suelo de nuestro espíritu se gestan las obras más benéficas, más sabias y amorosas, pero también se perpetran las perversidades más aciagas y sombrías. Todo eco que los abnegados oídos reciban ha de atravesar el filtro purificador del corazón. Tan limitadas son las dimensiones del alma, tan exigua es su extensión, que ninguna lágrima ha de caer en vano y ninguna mirada de alegría y de fascinación debe evaporarse en crepúsculos de olvido.

Nosotros hemos de crear el amanecer de la divinidad. Ese sol cuya agudeza acaricie el rostro vigorizará también el espíritu con sus luces beatíficas y sus destellos inmaculados. Ya no será la acritud el poder inexorable que nos dominen, sino el anhelo de pureza y luminosidad, de simbolismo y descubrimiento. Nos avasallará dulcemente la voluntad: la pretensión efusiva de esculpir una nueva estatua y de redactar unos versos nunca antes declamados, la ambición de imprimir nuestro sello, nuestra rúbrica, nuestra huella irrepetible y por ello imbuida de tintes divinos, en el gran libro de quienes peregrinan por las profusas sendas de la historia. Este propósito no emanará de una indecorosa altanería, no habrá sido motivado por el deseo vacuo, ufano y perecedero de permanecer en la memoria y de ganar un lugar fugaz en el trono de una posteridad siempre indescifrable. Lo engendrará el ansia sincera de forjar un bien que inspire los sentimientos más sublimes y las ideas más elevadas; una obra que exalte el espíritu y sacrifique todo egoísmo en el altar de la creatividad humana.

Afanémonos en lo imposible; trascendámonos; superemos los márgenes y las estribaciones de lo dado; soñemos con ese cielo incognoscible que sólo corresponde al corazón de la divinidad. Si un solo ápice de fe bastaría para desplazar todas las montañas y cordilleras del mundo, queramos entonces que la noche se transforme en día, y codiciemos que el día se revista de la mística astral que unge y vivifica la noche con su misterioso óleo consagratorio. Aspiremos a legar belleza, profundidad y amor.

LIBERTAD

Palpo demasiada libertad. Me supera. No sé qué hacer con ella. Nada se alza entre mí y la desconcertante serenidad que preside una hoja en blanco, cubierta tan sólo por su vacío cristalino, por esa claridad tan prístina y evocadora que me incita a llenarla de inmediato con palabras...; mas ¿he de afanarme en ello? ¿Debo obedecer ese impulso tan intenso que late en mi interior e inundar la mansa sobriedad del papel con verbos e ideas? ¿Acaso escribiré el pensamiento más profundo jamás alumbrado? ¿Reflejaré una verdad perenne de la lógica y de las matemáticas? ¿Desvelaré una certeza científica que maraville el mundo con su poder explicativo? ¿Transmitiré paz, viveza y esperanza? Amparadas en letras y espacios, ¿tallarán mis manos un don que perdure o, sumisas a la sequedad creativa que ahoga el espíritu, se limitarán a verter meras gotas delicuescentes que se disuelvan sin remedio en el vasto, ciego y estruendoso río de tinta que cada día produce la humanidad? ¿Amanecerá una energía que resista la inercia de una vorágine desmesurada y absorbente, espiral que diluye las ideas en cúmulos inabordables de textos vanos, en mudas montañas saturadas de libros polvorientos y folios apolillados, en masivos desiertos despojados de todo atisbo de vitalidad? ¿Despuntarán de nuevo la flor del entusiasmo y la rosa de la honestidad, o se habrán marchitado ya en la lejana noche que apagó el fervor de los tiempos?

Quizás no deba redactar nada. El silencio gozará de mayor expresividad. Si la más elevada de las obras es aquélla que funde belleza, verdad y hondura, la hoja continuará en blanco, bendecida con una suavidad de terciopelo, y mi consuelo dimanará de soñar con el milagro, tantas veces presenciado, de que una mente lúcida y unos dedos vigorosos impriman un testimonio sincero y valeroso sobre la frágil lisura que envuelve el papel; bañado de sabiduría, perfumado de hermosura y rociado de amor, cuya belleza logre, en su simplicidad, insuflar frescura a la historia...

Yo pugno por un significado. Yo me desvivo por vivirme. Yo busco experiencia. Yo impetro por novedad. Yo ansío crear. Yo imploro rostros que me revelen esa luz que mi espíritu hoy ignora. Yo deseo palabras vivificadoras de las intuiciones más pujantes que palpitan en el corazón. Yo persigo la profundidad inagotable y fastuosa, la penetración más radical en los secretos que oculta el alma y en los arcanos que enaltecen el universo... Yo, en realidad, no sé lo que busco, ni lo que quiero, ni lo que imploro... Tantas posibilidades me desbordan; tantas opciones por cuyos cauces encaminar la vida, tantas frases, tantos conceptos, tantos prodigios y tantos horrores... Quizás no esté preparado para existir. La vida exige fuerza, pasión y valentía, pero la reflexión domina mi espíritu ante un horizonte tan vasto. Verde y luminosa, mas también oscura, es la vida; ingrato el pensamiento; angustioso el amor; agónico abrir los ojos y contemplar tal profusión de formas. He de entregarme a una meta, pero ¿a cuál? ¿Hacia dónde canalizar mi energía? ¿Qué sendas tomaré?

Yo encarno mi mayor enigma, pero me entristece saber que ni el intelecto más preclaro lograría jamás alcanzar mi verdad, ni me perforaría hasta acceder a ese núcleo incognoscible que tonifica el corazón y entroniza el alma. Mi verdad rubrica mi indefinición, una dolorosa ambivalencia que no amaina. Me consagraré a la vida y me limitaré a deleitarme con las maravillas del mundo, irradiaciones de un sol indescifrado, pues no puedo sufrir, ni tolero la aflicción. Las lágrimas me sobrecogen. Otros asumen la tribulación, y hallan en el sufrimiento una filosofía rebosante de hondura, pero no mi espíritu. Yo albergo la necesidad de crear, y de disfrutar, y de escrutar todas las nociones hasta sus últimas fronteras, y de agotar los pozos del conocimiento y desabastecer las fuentes de la belleza. El mundo se me antoja pequeño y la vida grande, y mi alma clama por poseer la tierra en el templo del entendimiento y en el altar de la emoción. Vivirme es lo que busco, porque soy único, y nadie ha desentrañado nunca mi más recóndito refugio.

¡Ah, cuánta libertad! ¡Y pensar que soy libre de concebirlo todo en mi mente, de adherirme a una u otra filosofía y de despreciar una u otra idea! Mas ¡qué enorme decepción!, pues ¿no suspiraban mis labios por anunciar la infinita trascendencia sobre lo dado? Yo os exhorto a convertirlos en dioses y a soñar con toda perfección que sea capaz de ponderar el alma del hombre. Pero recorred todos los senderos del mundo: no encontraréis esa perfección que a mí me embriaga. Degustad todos los manjares de la tierra: os fustigará el perpetuo látigo de la insatisfacción. Adorad a todos los dioses del universo: sólo percibiréis tenues destellos de esa fuerza ordenadora que rige el cosmos. Si queréis abrazar a dios, amad el conocimiento, alabad la belleza del saber, hundíos en su potencial infinitud y no ceséis de conmovier todo cimiento con preguntas nuevas, auroras de lo inexplorado.

¡Grandes maestros, venid a mí y yo os juzgaré!... ¡Habladme, doctores de la historia y heraldos de los cielos!, pues mi espíritu precisa de inspiración, ingenios y sugerencias... Sin embargo, mi voz ha de entonar cánticos y versos que nadie haya declamado, y de mis manos han de fluir sentimientos que enciendan una nueva luz en la tenebrosa inmensidad del cosmos. Dejadme ser yo mismo, pesadas pero fascinantes losas de los tiempos y de los espacios, porque un poder insondable me llama a imprimir mi huella en la historia, a transfigurar los astros con la mirada y a enternecer las almas con el pensamiento.

Sólo mediante la creación puede el hombre vencer el sinsentido de este mundo. Pero lo hará a través de un sentido libre, del que sólo el individuo, en solidaridad con sus semejantes, puede erigirse en verdadero protagonista. Un sentido que brote de la más profunda voluntad del hombre por forjarse en cada momento de la historia, por añadir una faz nueva al anhelo de libertad y superación que se fragua en todo espíritu y que pugna por elevarse a categoría universal. Un sentido que se realice en la propia búsqueda, en la propia libertad, en el íntimo e infinito deseo que nos proyecta hacia el futuro. Un sentido que, en su libertad y en su misterio, nos abra a la belleza.

SENDA NUEVA

Surcas una senda nueva. El fresco rocío del amanecer aún pende delicadamente de las hojas de los árboles, como si se resistiera a caer a la tierra. Has recorrido un largo camino interior para llegar a este punto, y aún no sabes adónde te llevará este deseo desbocado de experiencias. ¿Y todavía te preguntas por qué has emprendido este viaje, probablemente absurdo? Yo no te lo diré, porque tú deberías responderte a ti mismo. Ahora estás solo, profundamente solo, dolorosamente solo. Has iniciado este camino porque necesitabas encontrar esa otra parte de tu ser que se había desvanecido. Querías buscar lo que jamás tuviste. Abandonaste proyectos interesantes que quizás te habrían permitido progresar en tu carrera, y has recalado en este enclave recóndito, en este destino incierto. Pero sigues. Nada te desasosegaría más que tu propia indecisión. Te consideras un valiente. Jamás has titubeado cuando se trataba de lanzarse a un abismo insondable, a un horizonte profesional radicalmente distinto, a una odisea intelectual.

La mañana ha comenzado bien. Agudos haces de luz han acariciado suavemente tus párpados y te han despertado. Te sientes plétórico, rebosante de confianza en tus propias e inagotables fuerzas. Lo has dejado todo: trabajo, familia, amigos... Nadie entendería la razón de toda esta epopeya. Pero tú necesitabas romper con todos los lazos ya forjados, y en esta quema de naves, has arribado a un puerto extraño. Ni tú mismo estás tan seguro de lo que haces como ahora crees. Eres consciente de que las dudas arreciarán, y bien sabes cuán inconstantes son muchas veces tus ánimos. Sin embargo, contemplar este paisaje humedecido en los albores de la aurora, respirar un aire tan puro, dirigir la vista a unas montañas que se elevan, con sus siluetas espigadas, en la lejanía, te infunde un gozo indescriptible. Es lo que anhelabas hondamente.

Muchas veces, el escritor quisiera erradicar todo el dolor del mundo, pero el mayor servicio que puede prestarle a la humanidad reside en el testimonio que le ofrece, en la valiente voz de un individuo que no puede consentir ser devorado por las impasibles leyes de la naturaleza o por las crueles leyes de la historia, en la llamada al amor y a la libertad que puede transmitir, aun en la fragilidad de sus palabras y pensamientos. No somos dioses, mas aspiramos a serlo. De este anhelo inquebrantable nace la más hermosa de las bendiciones, y también la más horrenda de las tragedias del hombre. En un mundo utópico, toda persona legaría su propio testimonio y contaríamos con al menos un gran libro escrito por cada ser humano. Porque sólo a través de la palabra escrita logramos vencer la tiranía de un tiempo que no se compadece de la creatividad humana, del tesón humano, de las ilusiones forjadas a lo largo de milenios y de arduas batallas. Pero ese mundo no existe. El destino escoge a pocos, o a muchos, para que se conviertan en voz de los que no la tienen. Son ellos quienes se aventuran a explorar el mundo que los rodea y a buscar la verdad sobre la condición humana; una verdad que está en camino, una verdad que no se clausura en ningún horizonte histórico

o político, sino una verdad que nos abre también a lo desconocido y que nos presenta un espacio exuberante de libertad.

Desde la soledad más dolorosa se han tallado las mayores creaciones del espíritu. Vivimos anegados por presiones de todo tipo, por miedos y frustraciones, por el temor a los poderosos, por la tiranía del dinero, por la búsqueda desaforada de la fama y del prestigio... Pero las voces más puras son también las más bellas, y yacen escondidas, arrumbadas, obliteradas. De tiempo en tiempo consiguen alzarse sobre la vorágine del mundo y conmueven a la sociedad con la fuerza de sus ideas. Ellas han de despertar nuestro llanto más sincero...

*Lágrimas,
hijas de silencio y dolor,
fruto prohibido
para quienes huyen
de lo profundo,
bondad arrodillada
que esculpirá nuestro destino;
no os temo:
os amo,
pues me reveláis
un mundo nuevo,
ardorosa esperanza
que fluye sin cesar
desde moradas verdaderas,
rostro escondido del hombre
que perfora estrellas,
océanos y universos
con el poder de la voluntad.*

EL CONOCIMIENTO COMO VOCACIÓN HUMANA

¿Para qué vivir? Todo anhelo es caduco. Nada nos satisface: dinero, poder, experiencia... Somos eternos Faustos, peregrinos insaciables hacia metas ignotas.

Fríamente analizado por la ciencia, el escenario en el que nos desenvolvemos es desconcertante, o incluso absurdo: miles de millones de galaxias, catorce mil seiscientos millones de años de existencia, una gigantesca lotería física, química y biológica que ha conducido uno de los senderos de la materia y de la vida hasta el amanecer de la conciencia, por encima de extinciones, silencios y sufrimientos. ¡Qué desperdicio de espacios, tiempos y energías, pero qué milagro inescrutable!

Fue Freud quien dijo que la humanidad había recibido tres grandes curas de humildad. La primera tuvo como protagonista a Copérnico, cuya teoría privaba a la Tierra de la posición central que había ocupado, desde albores recónditos, en el seno del universo y en las entrañas de la imaginación humana. La segunda la asestaron Darwin y Wallace al sugerir que no somos el centro del universo biológico, sino una rama más de las innumerables que han evolucionado a partir de las formas primordiales de vida. La tercera, adujo Freud, dimanaría de sus investigaciones psicoanalíticas, que probarían que no somos los amos de nuestra propia casa, fustigados por las pugnaces e indómitas embestidas del inconsciente. Más allá de esta sedicente atribución, la tesis de Freud no es descabellada. Si, en vez de psicoanálisis, leemos “neurociencia”, podemos percatarnos de que el estudio de la mente pone de relieve cómo muchas de las nociones que nos parecían absolutas y trascendentales no hacen sino remitir a procesos neurobiológicos susceptibles de un esclarecimiento científico.

Me atrevo a añadir una cuarta cura de humildad: quizás ni siquiera seamos el centro de nuestras creaciones tecnológicas. Si lográramos construir una conciencia artificial, una inteligencia muy superior a la del hombre, ¿no nos habríamos despojado de la condición de dueños de nuestras propias producciones técnicas?

Sin embargo, este panorama, que a muchos se antojará desazonador, no debe angustiarnos. Hemos de enorgullecernos vivamente ante las conquistas intelectuales de la especie humana. Probablemente no seamos definitivos, una cima infranqueable en la larga senda de la evolución, pero gracias al conocimiento nos entronizamos en el sitial del cosmos; elucidamos la racionalidad que permea el universo, y nos sentimos parte de una realidad que nos desborda y trasciende. Con el conocimiento, capturamos la vastedad del firmamento en la pequeñez de nuestras manos. Somos dioses en el conocimiento; no dioses a imagen y semejanza de las pasiones y volubilidades del hombre, sino dioses que evocan la belleza del saber y la profunda imbricación de todo con todo. Sin la física no existiría la química; sin la química no existiría la biología; sin la biología no existiría la psicología, y sin la psicología sería imposible comprender el

auténtico alcance de la creatividad que despliega el espíritu humano en tiempos y espacios.

El conocimiento se alza como una interminable espiral de gozos y frustraciones. Siempre es posible conocer más. Cuanto más sabemos, más sabemos que ignoramos, y toda idealización a la que sometamos el acto de conocer languidecerá entonces como una mera manifestación de ingenuidad juvenil. Ciertamente, cada descubrimiento desencadena nuevos interrogantes, pero no hemos de entristecernos por yacer inmersos en esta concatenación infinita de problemas y respuestas. En lo finito encontramos una realización insondable, y al aprender, al interiorizar un espíritu de búsqueda, nos liberamos de aspiraciones egoístas y nos transformamos en siervos de algo que nos trasciende, en hombres para los demás. Entre el desasosiego frente a la grandeza del mundo y la fragilidad humana y la dócil postración ante un orden cósmico que nos abrumba cabe un término medio: afanarse en conocer la verdad sobre el universo y sobre las posibilidades del hombre. Debemos así embarcarnos en esa búsqueda sin término a la que aludió Popper, y degustar cada detalle como una primicia insólita.

El conocimiento nos une a nuestros semejantes y a la naturaleza de cuyas fuentes brotamos. Relativiza nuestras pretensiones individuales y exorciza paulatinamente los demonios del fanatismo, el fundamentalismo y el egoísmo, para liberarnos de ofuscadores atavismos religiosos e ideológicos, de dogmas, modas y consensos que menoscaban la creatividad. Nadie posee el conocimiento, porque en cuanto el hombre desvela una nueva verdad, su hallazgo de inmediato se convierte en patrimonio de nuestra especie.

La búsqueda del conocimiento planta la semilla de una ética. Conforme el saber llegue a más personas, será legítimo soñar con una creciente armonía entre el progreso intelectual y el progreso moral de la raza humana. Mayores cotas de conocimiento nos enaltecen hacia un estadio de mayor trascendencia, en el que resplandece la luz brillante de la conciencia, del intelecto y del descubrimiento de la verdad, para aproximarnos a una perfección de la que ahora sólo captamos tímidos y confusos destellos, pero que una mente futura, mucho más desarrollada y profunda que la nuestra, aprehenderá con una claridad insólita. Será la divinización del hombre.

El conocimiento nos abre al mundo y a los demás. Ensancha la intuición, expande la imaginación y mitiga mezquindades. Nos revela la maravilla del universo, que obedece a precisas ecuaciones descifradas por apasionados del saber, por almas imbuidas de un hermoso entusiasmo estético. Nos muestra una efervescencia de culturas y sociedades; contribuye a derribar prejuicios y a engrandecer el espíritu. La incesante actitud de búsqueda que lo flanquea pone entre paréntesis lo ya adquirido, para sembrar una sana postura de duda y de imprescindible tolerancia, pero también infundir amor, humildad y compromiso por la verdad. Jamás nos cansaríamos de aprender, y cada nueva idea que despunta en nuestro cerebro constituye una epifanía, un renacer, una expresión de cuán bella puede ser la vida.

Desde el inicio de este universo inabarcable, todo es un mundo que espera la entrega y la inteligencia de los hombres: el firmamento, la vida, las creaciones simbólicas del espíritu, la historia de las civilizaciones..., y, por supuesto, el don de la mente, pináculo de esta ardua y dilatada evolución. En cada parcela de la realidad, ¿no habita un sinfín de conocimientos potenciales, en los que acariciamos esa plenitud que ha acercado al éxtasis a los mejores poetas y místicos?

¡Cuán aterradora hubo de ser la cotidianeidad de nuestros ancestros con anterioridad al descubrimiento del fuego! Severa y despiadada noche. Todo era horrendamente oscuro. Aullidos desconsoladores, seres viscosos reptando sigilosamente por las ramas, acechantes y voraces; fieras temibles agazapadas entre los arbustos, dispuestas a trepar para capturar a sus succulentas presas simiescas... Una existencia dominada por el miedo, cuya onerosa y fustigadora sombra solo empezó a desvanecerse cuando nuestros remotos antepasados aprendieron a controlar las fuerzas ocultas de la luz. El triunfo de nuestro género se sustenta sobre la luz, y el conocimiento es la mayor y más benéficas de las luces.

Con frecuencia, la búsqueda de nuestros propios fines nos ciega, y rara vez prestamos atención al sufrimiento, al dolor que nos rodea. Sin embargo, el conocimiento nos brinda la mejor herramienta para fomentar la solidaridad y la armonía creadora entre los miembros de la familia humana. Nos abre a la realidad y fertiliza nuestro espíritu con la percepción de un mundo que no siempre se pliega a los deseos más nobles y profundos de la humanidad. El conocimiento, en suma, da sentido a la vida y representa la más hermosa y pujante vocación para el hombre.

LUZ, DIVINA LUZ

¿Qué es la luz?

Una realidad carente de masa invariante y desprovista de carga, haz de partículas elementales venturosamente enajenadas del tiempo y del espacio, pues las leyes de la física imponen que, a su velocidad de desplazamiento, la dilatación temporal y la contracción espacial han de ser máximas.

En efecto, según la teoría de la relatividad especial, la velocidad de la luz desempeña el papel de las velocidades infinitamente grandes y representa el límite máximo al que puede transmitirse información en el cosmos. Nada puede ser acelerado hasta alcanzar la velocidad de la luz, pues se necesitaría una cantidad infinita de trabajo desplegada en una cantidad infinita de tiempo.

Las transformaciones de Lorentz se recapitulan en el famoso factor $\frac{1}{\sqrt{1-\frac{v^2}{c^2}}}$. Si una velocidad arbitraria v se aproximara a la velocidad de la luz en el vacío, c (que equivale a unos 300,000 kilómetros por segundo; una cifra desbordante, pero desasosegadamente finita), toparíamos con una indeterminación matemática ($\frac{1}{0}$), esto es, con una imposibilidad física (siempre y cuando la teoría especial de la relatividad sea correcta, o al menos dentro de su dominio de validez). Desde la perspectiva del espacio, la transformación de Lorentz supone que un cuerpo que se desplazara a la velocidad de la luz se contraería infinitamente, por lo que se convertiría en un punto espacial infinitésimamente compacto, en una figura geométrica adimensional, límpida unicidad sin partes, despojada de longitud, área, volumen o ángulo: en un ente diáfano matemático, desasido de toda sujeción al espacio-tiempo, recluido al reino de los objetos puramente inteligibles que no comparecen en el mundo físico. Contemplado en términos del tiempo, semejante escenario abocaría a ese cuerpo a no percibir el paso del tiempo, pues el intervalo temporal se dilataría indefinidamente. Todo fluiría como un presente eterno, como un instante perpetuamente detenido (lo que llevaría a cumplimiento el denodado sueño de Fausto: “Detente, instante, eres tan bello”).

El fotón constituye la entidad más fascinante de la física. Si imaginamos, como Einstein, que los rayos de luz se hallan compuestos de una cantidad prácticamente inconmensurable de paquetes de energía, en el vacío, cada uno de estos cuantos se desplaza a la velocidad máxima que puede coronarse en el universo: c . Esta cantidad se alza como una de las constantes fundamentales de la naturaleza. Así aparecía en las ecuaciones de Maxwell, pero fueron Poincaré y Einstein quienes se percataron de su centralidad para definir las variables básicas de la cinemática. Toda velocidad en el cosmos conocido se conmensura a la velocidad de la luz en el vacío, de manera que, anti-intuitivamente, dos rayos de luz que se cruzaran no exhibirían una velocidad relativa de $2c$, sino de c (y, análogamente, si dos cuerpos viajando a más de la mitad de

la velocidad de luz se dirigieran el uno al otro, la velocidad relativa habría de ser menor que c). Las leyes de la física implican que el fotón debe carecer de masa (de lo contrario, para moverse a la velocidad máxima debería disponer de una masa infinita). Sin embargo, el fotón posee una energía igual al producto de su frecuencia de vibración ν por la constante de Planck h y un momento lineal $\frac{h\nu}{c}$.

Las religiones han concebido lo divino de múltiples formas, la mayoría difícilmente susceptibles de un tratamiento racional. No es de extrañar que muchos buscadores de la verdad se hayan mostrado escépticos ante una realidad tan evanescente, de la que nunca poseemos evidencias directas y cuyos atributos metafísicos la hacen difícilmente compatible con el mundo material en el que nos desenvolvemos. Sin embargo, es posible que el Dios de las grandes religiones simplemente haya evocado una vaga intuición de una realidad mucho más profunda: la luz. Si bien es cierto que incontables poetas y teólogos han pincelado el ser divino como una luz infinitamente pura y suntuosa, estas imágenes rara vez han franqueado la condición de meras metáforas. Pero lo que la física contemporánea nos enseña no es una metáfora, sino una realidad vívida que no puede dejar de fascinarnos. Pues ¿cómo comprender qué es la luz, entidad fundamental del universo, tan primigenia que incluso las leyes del movimiento se subordinan a su inalterable y misteriosa velocidad *in vacuo*? Y, más aún, si cada fotón, cada “átomo” de luz, se encuentra desprovisto de masa, ¿no se acerca enigmáticamente a lo inmaterial, a una forma pura de inefables resonancias? Pero su inmaterialidad es plenamente material, porque la luz interacciona con los cuerpos e intercambia energía (es el bosón que transmite la interacción electromagnética). De hecho, le afecta la intensidad de los campos gravitatorios (y el universo como un todo es un gigantesco campo gravitatorio, pues la gravedad nunca desaparece mientras existen masas).

Muchos de cuantos se han aventurado a pensar a Dios, su existencia o inexistencia, sus potenciales atributos ontológicos, se han visto asediados por un dilema insoslayable: el que enfrenta trascendencia e inmanencia. La luz trasciende la materia, por cuanto opera en un plano físico que sella el límite absoluto en el que pueden comportarse las restantes entidades materiales; pero la luz es materia, una manifestación eximia e irreductible de la materia, la suprema referencia para el intercambio de toda información físicamente significativa en el universo. Yace en una insondable encrucijada material, y ni siquiera el espacio y el tiempo, conceptos esenciales para comprender la materia, pueden aplicarse a la luz, pues el fotón no percibe ni tránsito temporal entre dos instantes t_1 y t_2 ni diferencia espacial entre un punto $P_1(x_1, y_1, z_1)$ y $P_2(x_2, y_2, z_2)$.

Una entidad que habita en tan impenetrable parnaso físico, para la que en realidad no fluye el tiempo ni se alarga el espacio, idéntica a sí misma en su constancia, capaz de recorrer las regiones más recónditas del cosmos como portadora de lo más valioso –la posibilidad de información–, ¿qué es? Sin duda, desafía nuestros conceptos más arraigados, pues es onda y corpúsculo al unísono, según las propiedades que revele

en uno u otro contexto. En esta hermosa *coincidentia oppositorum* cristalizan uno de los conceptos más subyugantes del pensamiento humano y una de las realidades más inescrutables del universo. Finita e infinitésima, atemporal pero insertada en un mundo temporal, límite teórico por antonomasia con el que tropieza el intelecto, sublime plasmación de la inagotable sutileza cósmica, la luz acrisola la más expresiva representación natural de lo divino a la que puede acceder el hombre. Ignoramos si existe o no el Dios al que ha rezado nuestra estirpe desde tiempos inmemoriales, pero sí sabemos que la luz surca continuamente el universo, disseminando información. Difícilmente descubrirá la mente humana un símil más fecundo para concebir lo divino que esta estimulante alegoría teofotónica.

DETERMINISMO Y OMNISCENCIA

Interminables han sido los debates en torno a la posibilidad de conciliar la libertad humana y la omnisciencia divina. En clave contemporánea, sustituyamos “omnisciencia divina” por “determinismo” y toparemos con las mismas dificultades, prácticamente infranqueables, que parecen abocar el pensamiento humano a un punto de no-retorno, a una auténtica frontera intelectual.

Y, en efecto, al igual que los grandes teólogos cristianos se han visto obligados a enfrentarse al dilema de cómo un Dios omnisciente, un Dios cuyo infinito conocimiento del pasado, el presente y el futuro no puede negarse sin caer en la más estentórea de las contradicciones a la hora de interpretar la esencia del ser supremo, es capaz de tolerar a un agente que obre en libertad y autonomía, la encrucijada filosófica se mantiene intacta. Hoy resulta inevitable preguntarse si el individuo es realmente libre o si su constitución neurofisiológica antecede ontológicamente a su obrar, y por ello determina sus decisiones.

En el plano teológico, este interrogante alude al papel que desempeña la gracia divina en el obrar humano. ¿Soy responsable de mis actos? Las potenciales bondades de mi obrar, ¿he de atribuir las a la benevolencia divina, a su elección gratuita, a su suma liberalidad? ¿Atesoro algún mérito en el bien que logro poner en práctica o sólo me cubre la onerosa carga de la culpa por el pecado que cometo y por el bien que omito?

No es de extrañar que muchas conciencias profundas se hayan sentido angustiadas por este hondo y tortuoso dilema, pues, ciertamente, si todo lo bueno dimana de la gracia divina, ¿soy acaso libre? ¿También brota de la infinita sabiduría de Dios todo el mal del hombre? ¿Puede entonces imputarme el pecado, cuando él sabía perfectamente que yo había de sucumbir a sus tentadoras pulsiones? ¿Cuál es el rol, en definitiva, que ostenta el individuo, su libertad, su conciencia, su responsabilidad? Pero si, por el contrario, todo obedece al libre designio del hombre, y Dios semeja un mero espectador que contempla, impasible o impotente, el curso de los acontecimientos humanos en el gran teatro del mundo, ¿para qué rezarle? ¿Para qué invocar el nombre de un ser que nada puede influir en la biografía del individuo y en la historia de la humanidad?

Para la filosofía monoteísta no cabe una solución fácil al problema de cómo un individuo libre, esto es, investido de plena capacidad para determinar el rumbo de sus actos sin que el conocimiento de un ser superior interfiera en ellos y, por tanto, pueda anular la sustancia misma de su actuar autónomo, puede al mismo tiempo erigirse en criatura de Dios, en súbdito de su imperio cósmico. Análogamente, para la filosofía naturalista sigue abierta la cuestión de cómo delimitar el espacio de la libertad humana y el de la determinación neurobiológica. Probablemente hayamos de renunciar a la idea

misma de libertad, como en su momento propugnaron los predestinacionistas teológicos o, en nuestros días, defienden los deterministas neurales. Sin embargo, si optáramos por esta vía, eclosionarían nuevos dilemas, tanto o más dolorosos que el anterior, porque se nos antojaría enormemente complicado justificar la bondad de un Dios que selecciona a un *numerus clausus* de bienaventurados, a quienes reserva las dichas de la salvación celeste y los tormentos de la condenación eterna, así como asentar los pilares de una ética que, al menos hasta ahora, ha necesitado siempre de las ideas de responsabilidad y libertad para establecer un edificio filosóficamente sólido.

Llámesese Dios o naturaleza, el atributo de omnisciencia es inherente al ser absoluto, a la causa incausada a la que todo remite. Si Dios existe, como ser absoluto e infinito no puede ignorar elemento alguno del universo, hechura de sus manos. Cuando escojo obrar de una manera y no de otra, Dios tiene que saber en qué consistirá mi elección. De no ser así, una parcela -por ínfima- del universo se mantendría ajena a su conocimiento, que ha de ser infinito. Un ser infinito dotado de un conocimiento finito evoca una contradicción. En términos similares, un universo indeterminado, donde yo puedo alzarme como nuevo primer motor inmóvil y decretar el itinerario de mis actos con absoluta prescindencia de los antecedentes (he aquí el significado más puro de la libertad), respondería al arbitrio y no a la necesidad impuesta por leyes inexorables como las que desentrañan las ciencias experimentales. No sería entonces un aquilatado mecanismo, donde cada estructura y cada función precedente marcan ineluctablemente el rumbo de la gigantesca maquinaria del universo, sino un conjunto amorfo, sometido a la contingencia e integrado por elementos inconexos que no se hallan vinculados mediante la irrevocable ley de la causalidad. El universo ha de “saber” cuál será mi elección, porque no puede existir una nueva causa que se desligue voluntariamente de las anteriores. Si todo constituye un vasto sistema hilvanado por leyes naturales, por intercambios energéticos que impulsan el universo en el tiempo, ¿qué nos legitima a suponer que una parte de ese todo goza de poder y autoridad como para entronizarse en el sitio de la libertad verdadera y decidir cuáles deben ser las directrices de la historia cósmica?

Algunos argüirán que si el debate adopta visos tan abstractos se encuentra condenado a una perpetua irresolución. Pero no podemos perder de vista que en cada decisión del hombre comparece toda la historia del universo. Cambiemos una sola nota de su inmensa e indescifrable melodía, y todo el conjunto se transmutará. No podemos saber el grado de influencia exacta que los más nimios acontecimientos del pasado han ejercido en el rumbo actual del universo, pero es razonable sospechar que cualquier modificación, por exigua, en cualquier parcela de la realidad habría conducido a escenarios diferentes; quizás no tan divergentes como a veces se conjetura, pero irrecusablemente distintos.

Planteémonos, en primer lugar, el problema de la libertad humana y la omnisciencia divina. Si existe Dios, su naturaleza es inconcebible sin el atributo de la omnisciencia. Ahora bien, ¿qué significa saberlo todo? Un ser omnisciente es aquél capaz de conocerlo y entenderlo todo, esto es, todo lo que teóricamente puede

conformar el orden del ser. Y el pensamiento humano sólo conoce tres modos de ser: el de lo posible, el de lo real y el de lo necesario. Cabe, por supuesto, elaborar sutilísimas distinciones dentro de cada uno de estos subconjuntos, pero el conjunto “ser” ha de constar de lo posible, lo real y lo necesario como sus elementos irrenunciables. El ser supremo conoce, por tanto, todo lo posible (es decir, todo concepto que no incurre en contradicción; también lo falso pero no contradictorio), todo lo real (todo lo que fácticamente es, es decir, todo lo que se engloba dentro de la materialidad del universo) y todo lo necesario (*id est*, todo lo que no puede no ser, o no puede ser de otra manera).

Pensemos en una idea cualquiera, como la de unicornio. Nuestro conocimiento de la zoología nos impide sostener que un caballo embellecido por un prominente cuerno frontal sea contradictorio. La idea de unicornio es real en cuanto que pensada por un cerebro concreto en el espacio y en el tiempo. Podríamos descomponerla y rastrear las señales electrofisiológicas que subyacen a su alumbramiento, por lo que podríamos incardinarla en una región específica del córtex. Mas sólo tenemos constancia de que exista como pensada, no como materializada en algún elemento del cosmos cuyo ser subsista con independencia de la desbordante imaginación humana. Por tanto, y si bien es cierto que la idea es real, en aras de adoptar un sentido menos confuso conviene circunscribirla al plano de lo posible (desde luego, no se trata de una idea necesaria).

A colación de la idea de unicornio hemos empezado a percibir algunos problemas metafísicos de largo alcance. Por ejemplo, ¿el unicornio es real en un sentido pero no en otro? ¿Por qué el pensamiento humano, que con alta probabilidad es fruto de una determinada constitución neurobiológica y resulta perfectamente explicable con las herramientas neurocientíficas, debe enarbolar el privilegio de erigir él solo todo un ámbito del ser, el de lo posible, que, al fin y al cabo, se halla enraizado en estructuras físicas concretas, en una región del espacio-tiempo y no en otra? Y en lo que concierne a la necesidad, ¿cómo saber que algo es contingente? ¿Y si la idea de unicornio fuese necesaria y no pudiéramos abdicar de pensarla, por lo que jamás sería “no existente”? Se aducirá que puedo pensarla como no-existente, pero el hecho es que la pienso como existente, y ya no puedo desprenderme de ese pensamiento, de la misma forma que no puedo saber si era o no necesario que Cristóbal Colón zarpase para un nuevo mundo en agosto de 1492.

Cuando hablamos de posibilidades, cabe distinguir entre proposiciones posibles y objetos posibles. Una proposición entraña un modelo de un objeto, una atribución a un ente específico, por lo que involucra el uso de la cópula (*es*) o de su negación (*no es*). Una proposición posible sobre un objeto posible sería, por ejemplo, “el unicornio galopa grácilmente”. En lo que respecta al orden de lo real, topamos, ciertamente, con objetos reales (cualquier ente que exista de modo fáctico, en el espacio y en el tiempo, con independencia de nuestra mente), pero toda proposición, en cuanto que modelo de la realidad, implica una representación, una posibilidad susceptible de ser verdadera o falsa (con grados intermedios de plausibilidad). Por tanto, toda proposición es ideal, es posible, aunque se refiera a objetos reales, pues un sentido acrisola siempre una

idealización referida a algo (al objeto, sea real o posible). En cambio, cuando examinamos el orden de lo necesario, tropezamos con una dificultad de enorme relevancia, porque no podemos estar seguros de que existan objetos necesarios. Hay, por supuesto, proposiciones necesarias (como $p \vee \neg p$ o $\neg(p \wedge \neg p)$), pero ¿existen objetos necesarios?

Mucho se ha discutido sobre Dios como ente necesario, pero, con la excepción de un ser supremo que, de existir, debería ser necesario (aunque probarlo sea más difícil que afirmarlo), es imposible pensar en algo necesario que no pueda categorizarse como una proposición. Sin embargo, y si lo analizamos desde la perspectiva del determinismo, del entrelazamiento inexorable de todo con todo, cualquier objeto real es necesario, pues no podría no ser (en el contexto de un universo necesario) y no podría ser de otra manera (en el contexto de un universo que cumple pudorosamente una inflexible necesidad funcional).

Así, y sucintamente, tenemos proposiciones posibles y necesarias (que son reales en cuanto que proferidas) y objetos posibles y reales.

Si Dios existiera, debería conocer todas las proposiciones posibles y todos los referentes posibles de esas proposiciones. Una proposición falsa es una proposición posible siempre y cuando no incurra en contradicción, por lo que ese ser supremo también debería conocer las infinitas proposiciones falsas que puede elaborar el pensamiento. Las conocería, claro está, como falsas, al igual que conocería las infinitas proposiciones verdaderas como verdaderas, pero Dios debería saber que $2+2=5$ es una proposición posible, aunque falsa si nos ceñimos a un conjunto axiomático como el de Zermelo-Fraenkel. Dios podría formular proposiciones contradictorias, pero no pensarlas, no comprenderlas, no captar su sentido y su alcance, al igual que nosotros podemos proferir la frase “A es simultáneamente no-A”, pero no por ello jalonar el estadio de lo inteligible. También debería conocer proposiciones matemáticas verdaderas deducidas en otros sistemas axiomáticos, como, por ejemplo, sucede con las proposiciones de la geometría hiperbólica o de la geometría elíptica. Huelga sostener que Dios conocería también todas las proposiciones necesarias; necesarias según nuestro conocimiento actual de los entresijos del pensamiento puro, pues toda verdad lógica y matemática demostrable es necesaria en el seno de un sistema axiomático específico. El teorema de Fermat, como enunciado demostrado de la forma más rigurosa y exhaustiva que yace hoy al alcance de la inteligencia humana, constituye una proposición necesariamente verdadera (no podría ser falsa), y su negación es una proposición necesariamente falsa (no podría ser verdadera). Sabemos que existen proposiciones matemáticas indecidibles, por lo que nunca seremos capaces de elucidar su valor de verdad y su carácter necesario. Cabe suponer que Dios las conocería como proposiciones indecidibles, y que ni siquiera su inteligencia conseguiría escrutarlas plenamente; aunque también es legítimo conjeturar que, dadas las limitaciones del pensamiento humano, un intelecto infinito confeccionaría un sistema axiomático tan puro, tan perfecto, tan completo, que ninguna proposición quedaría al margen de su poder decisorio. ¿Cómo descubrirlo?

Concluimos entonces que la infinita inteligencia de Dios habría de conocer, evidentemente, todo lo posible en cuanto que posible. Esta afirmación implica que cualquier acto posible emanado de la voluntad humana caería bajo el conocimiento hipotético de la divinidad. De hecho, podríamos decir que Dios *ya* conoce, en su presente eterno, todo producto potencial del actuar humano. En el caso más sencillo, un individuo ha de decidir si escoge A o B. Dios ya debe saber todos los posibles escenarios derivados de cualquiera de las dos elecciones. Se trata, claro está, de un horizonte potencialmente infinito, y por tanto digno de una inteligencia igualmente infinita. Ahora bien, Dios también debe conocer todo lo real, esto es, todas las decisiones específicas y los efectos que han desencadenado en la historia, que para su inteligencia brillarían como un irrestricto presente, constantemente idéntico a sí mismo. Pero como lo real ha sido previsto por la mente de Dios *ab aeterno*, no hace sino evocar lo necesario, el inexorable entretejimiento de todos los acontecimientos concurrentes. Dios sabe que necesariamente escogeré A o B, y que esta elección necesariamente conducirá a un nuevo estado del sistema del universo, precursor del estado ulterior. Mi aparente libertad ejecuta lo que en ese conocimiento infinito y eterno se alza como una verdad diáfana, como un cuadro absolutamente nítido permeado de incontables acciones, voluntarias o involuntarias.

Para una inteligencia divina, todo ha de resplandecer como una límpida y profunda necesidad. Incluso lo que nosotros consideramos contingente, para Dios ha de obedecer a los más escrupulosos cánones de necesidad. No podría ser de otro modo. Un ser que ha creado el universo y que todo lo conoce, ¿no puede acaso saber cuál será el rumbo de cada porción de su obra?

Si el hombre gozara de auténtica libertad, de una indiferencia absoluta ante A o B, de manera que pudiera decidirse por una u otra sin que ninguna causa antecedente le inclinara en una u otra dirección, la fabulosa maquinaria del universo se detendría con cada conjeturado acto de libertad humana. Semejante grado de emancipación con respecto a las circunstancias sólo podría aceptarse en el caso del propio Dios, dotado de omnipotencia y omnisciencia. Un ser absoluto no rinde cuentas ante ninguna potencia ajena a su naturaleza eterna e infinita. En su seno caben todas las posibilidades y pueden realizarse todos los actos, subordinados siempre a la necesidad global del sistema ontológico constituido por el ser mismo de Dios, por la ley que él mismo encarna.

Podría esgrimirse que Dios conoce todos los escenarios hipotéticos eventualmente inferidos de la voluntad humana, pero no la elección en sí. Sin embargo, esta opción privaría a su infinita inteligencia del conocimiento efectivo de todas las realidades. Si se acepta que el tiempo añade nuevas realidades cuyo contenido no puede caer bajo el dominio del conocimiento deífico, despojamos igualmente al ser supremo de un ámbito de la realidad que, legítimamente, debería formar parte de su omnisciencia. La suma de todas las posibilidades y realidades emerge ante una mente divina como una genuina necesidad; su ser mismo evoca esa necesidad.

Al elegir entre A o B, y al decidirse por una de las dos opciones, lo que el hombre hace es ejecutar lo inevitable. Pero como ninguna inteligencia finita puede conocer de antemano el cauce de lo inexorable, es legítimo que nos consideremos libres, y que profesemos la fe más firme en la autonomía del individuo para determinar el rumbo de la historia. Es precisamente a través de nuestra creencia profética en la libertad como se desarrolla el mundo por itinerarios que sólo una mente infinita escrutaría íntegramente. Dios sabe que yo elegiré A o B, y por ello no puede ni castigarme ni premiarme a causa de mi elección.

Elevar el espíritu humano al orden de lo divino no puede traslucir entonces la pretensión de que Dios vigile cada una de mis acciones, sino el anhelo de que todas las potencialidades del hombre crezcan, para que se expandan los radios de su pensamiento y de su sensibilidad en esta interminable lucha contra todo aquello que desdice de sus ideales más puros y armonizadores. En último término, esta senda nos llevaría hasta el propio ser supremo, para fundirnos con su esencia y revestirnos de sus atributos entitativos, como han buscado tantas religiones y filosofías a lo largo de los siglos. Apreciado desde este ángulo, el esfuerzo humano no transcurre en vano ante los ojos de Dios, pues Dios no puede contemplarse ya como un ser impertérrito y ajeno al mundo, sino como las posibilidades mismas del mundo en su realización, como la capacidad que posee el universo para gestar en su seno lo más sublime: como la posibilidad de perfeccionamiento, cuyo límite asintótico convergería con ese hipotético ser supremo, libre de contradicciones, falsedades y parcialidades. Que el deseo humano, la fuerza incontenible de la utopía y de la imaginación, batalle prometeicamente contra el silencio del universo y se desvele por sobreponerse constantemente a la cruda realidad, al contraste de un mundo ciego e inhóspito, regido por leyes inexorables que nada parecen saber del hombre y de sus ideales, no es sino la prueba más vívida de que el rotundo hiato existente entre posibilidad y realidad clama por ser franqueado.

Lo necesario hunde sus raíces tanto en lo posible como en lo real. La proposición $2+2=4$, en un sistema axiomático rígidamente definido, es necesaria, tan apodíctica como el principio de identidad ($A=A$). Análogamente, cada acontecimiento cósmico podría evocar una necesidad tanto o más intensa, pues una inteligencia finísima detectaría los sutiles entramados que todo lo concatenan y que todo lo impregnan de una necesidad absoluta. Desde el origen de la vida, un conjunto de seres ha ostentado la suficiente capacidad de autodeterminación como para disponer de un mayor número de posibilidades a la hora de realizar los designios promulgados por la naturaleza o por un ser supremo. Dichos seres han podido construir un mundo interno, escindido del mundo externo, y a lo largo de millones de años han desarrollado mayores cotas de voluntad e indeterminación. Con el advenimiento de la autoconciencia, después de un lento y gradual proceso que ha propiciado la expansión de las cortezas prefrontales y ha bendecido al hombre con la luz de un tesoro único, nos sentimos tentados de concebimos como nuevos dioses, que en cada una de sus decisiones ponen en juego el rumbo de todo el universo. Pero el mayor don del hombre no estriba en su libre arbitrio, que siempre ha de subordinarse al itinerario cósmico, sino en su capacidad

de concebir lo posible en todos sus grados, e incluso de aventurarse a sondear el esquivo ámbito de lo imposible. El obrar humano continúa preso del determinismo; como mucho, es legítimo establecer que, ante escenarios equipotenciales, donde para el universo sería indiferente que yo escogiera A o B, mi experiencia, mi aprendizaje, mi esfuerzo, mi capital biológico y espiritual acumulado, me permiten inclinarme hacia una u otra opción en virtud de mis propios medios, ya no presionado por el influjo de A o de B, mientras que en otras especies menos sofisticadas, A o B absorben todos los resquicios de autodeterminación latentes en ese individuo. Sin embargo, el yo que se superpone a las circunstancias y decide escoger A o B no puede poseer una libertad auténtica, plena, determinante, sino que ha de manifestarse como el brazo ejecutor de un hecho ya presente en el diseño global del cosmos.

Sea Dios o el universo la causa última de todo cuanto conocemos y de todo cuanto es, si existe el tiempo, cada nuevo instante añade novedad al ser. Lo nuevo resulta siempre insondable para cualquier pensamiento, porque si fuera susceptible de una cuidadosa elucidación racional, se desnaturalizaría, se convertiría en el resultado inevitable de lo anterior, en un mero desenvolvimiento de lo que ya estaba dado inicialmente. Es entonces lógico suponer que en cada instante se decide la historia del universo, esto es, del agregado temporal previo de estructuras espaciales cuya funcionalidad sólo se comprende a la luz del tiempo (pues una función es una posibilidad en el tiempo; no existiría ninguna funcionalidad física sin tiempo: no habría emisiones de fotones, ni intercambios de electrones, ni reacciones químicas...). Pero como cada estado presente se encuentra inextricablemente ligado a un estado antecedente, es razonable conjeturar que la historia del universo evoca el despliegue en el tiempo de una totalidad de posibilidad, realidad y necesidad que ya se hallaba contenida *in nuce* en ese recóndito e inasible núcleo primordial del que ha nacido todo desarrollo ulterior.

Lo que a escalas microscópicas quizás nos parezca indeterminista, en una perspectiva global responde al más raso determinismo, aunque la mente humana no sea capaz de esclarecerlo. A pesar de que no pueda saber si el electrón subsiste en una u otra posición, y simule flotar en un mar de intrigantes probabilidades, todos los sistemas físicos del universo yacen conectados de un modo tan inexorable que, en el cómputo global, en el *systema mundi*, prima un rígido determinismo, aunque en los subsistemas locales se establezcan estados degenerados y grados variables de probabilidad. Tomado en su totalidad, el sistema del mundo se perfila como irremisiblemente determinado desde su más remoto origen, y por mucho que podamos identificar trazas de indeterminismo en los subsistemas que lo arman, la sombra de lo impredecible se desvanece cuando observamos el universo a escala global.

Tanto el determinismo global como el indeterminismo global aluden al mundo como un todo, al universo considerado en sí mismo, a aquello que no goza de alteridad, sino que se erige en unidad absoluta y plena. En consecuencia, no tiene sentido aplicar aquí un criterio falsacionista, pues no existe alternativa descartable. El indeterminismo absoluto es tan infalsable como el determinismo absoluto. Si todo está determinado,

¿cómo refutar esta idea, este modelo, esta representación de la realidad? Es tan imposible como impugnar la idea de que todo se halla indeterminado. Los cánones para delimitar el alcance de las afirmaciones científicas languidecen ostensiblemente cuando nos enfrentamos a la totalidad del cosmos, donde no existe referente externo. El universo es como es, y si fuera determinista a escala global, no tendríamos más remedio que aceptarlo devota y sumisamente, o al menos reconocer que la inteligencia humana no puede rebasar ciertas barreras lógicas.

El misterio de que el tiempo no cese de fluir, de que nuevos instantes se yuxtapongan a los anteriores y el presente se convierta en una evanescente entelequia, en un sueño incapturable, en un ámbito exclusivo de la necesidad que impregna las verdades lógicas y matemáticas, inermes a su influjo (pues siempre permanecen idénticas a sí mismas y no se ven afectadas por el cambio espacio-temporal), se suma así al misterio de por qué el universo es como es, de por qué cumple ciertas leyes y por qué lo integran determinados elementos desde una génesis hoy por hoy enigmática y fascinante.

Pero nada mitiga nuestra desazón, porque si todo ha sido determinado inapelablemente, ¿entonces no hay mérito ni culpa en el obrar del hombre? ¿No existen, por tanto, ni la bondad ni la maldad, y lo que parece desprender la más hermosa y honesta de las intenciones, la rúbrica inefable de los más bellos sentimientos que llega a abrigar el espíritu humano, sólo dimana de un diseño inflexible, de una naturaleza implacable, obstinada en desconcertarnos?

No debemos desasosegarnos por comprender cuán honda y acuciante es la presencia del determinismo. Aunque todo se encuentre determinado, y aunque los crípticos senderos del universo (o de Dios) nos resulten inescrutables, tampoco sabremos nunca si nuestros más nobles y hermosos esfuerzos, bañados de lágrimas y sufrimiento, la infatigable aspiración a que el ideal triunfe sobre la realidad, el esmero heroico por construir un mundo verdaderamente humano, donde la utopía del arte, y de la ciencia, y del amor, y de la justicia, y del progreso refulgieran plenamente y eclipsaran la cruda certeza de una naturaleza ciega a nuestros anhelos más puros, quizás respondan también a esa voluntad originaria del universo, que se confunde inevitablemente con su sorda necesidad. Por tanto, al trabajar por un mundo más humano, al empeñarnos en vivir según el ideal tantas veces contradicho, probablemente hayamos actuado como partícipes inverosímiles de esa gran trama que se despliega ahora a través de nosotros.

Quizás era necesario que surgieran los más altos ideales albergados por el espíritu del hombre, de manera que todo lo posible se realizara paulatinamente en el espacio y en el tiempo, aun en una minúscula e insignificante porción del cosmos como es el planeta Tierra. Para muchos reflejará una delirante muestra de vanidad antropocéntrica el pensar que todo el universo ha conspirado, desde lejanos albores, por el nacimiento del pensamiento humano. Qué soberbia, es cierto, la creencia de que una ingente cantidad de acontecimientos se ha conjurado para propiciar ese hermoso pero

frágil destello que es el hombre. Y, sin embargo, si con la débil fuerza del pensamiento hemos sido capaces de descubrir las leyes universales de la naturaleza, no resulta descabellado esperar que una facultad tan eximia, cuyo brío nos encumbra a la verdad misma sobre el cosmos, nos depare también un papel singular en este ciclópeo encadenamiento de sucesos que ha desembocado en nosotros. Mientras en una minúscula parcela del universo se realice el ideal, el universo será fiel a sí mismo, a la síntesis de posibilidad, realidad y necesidad que lo constituye. El universo requiere entonces de nuestra lucha para coronar la más alta de sus posibilidades concebibles.

4) TEXTOS PASADOS

TEORÍA DE LA COHESIÓN CÓSMICA (2)

No ha pasado desapercibido a los intelectos inquietos de la Historia que el Universo, en cuanto tal, es un conjunto inteligible, lógico, dotado de una asombrosa armonía ontológica. Es así que ya desde los albores de su racionalidad, el hombre se ha afanado por escrutar los otrora inefables misterios del Cosmos, los mecanismos que regían los fenómenos diversos de la realidad material. Es propósito de este breve ensayo exponer las bases de esta cohesión en el seno del mundo material a partir de presupuestos de carácter lingüístico, a fin de mostrar que la inteligibilidad de la Naturaleza responde ciertamente a un admirable sustrato lógico que constituye el fundamento auténtico del orden, del peso y de la medida (*Sap.* 11,20) existentes, y que hemos tratado de englobar en el marco más amplio de la teoría de la superforma.

La profundización en el estudio de las relaciones entre Lingüística y Filosofía ha propiciado un formidable desarrollo de disciplinas que, como la Filosofía del Lenguaje, ansían abordar el modo en que lenguaje, pensamiento y mundo se coordinan en el ámbito de la razón humana. La obra enciclopédica de Aristóteles es incomprendible sin atender a sus deseos de unificar el estudio de lo abstracto, la lógica formal que él mismo descubrió, con el estudio de las entidades naturales, unificando todas estas disciplinas mediante la ciencia metafísica. Aristóteles se valió de la Lógica para comprender la estructura de la realidad, para dilucidar la racionalidad e inteligibilidad de la misma, y fue capaz de establecer un fundamento más trascendental en el contexto de los principios metafísicos. Otros autores, como Claude Lévi-Strauss, han intentado aplicar presupuestos lingüísticos como el estructuralismo de Ferdinand de Saussure a una antropología marxista que, asimilando las tesis filológica estructuralistas, ofrece una nueva ciencia del hombre como “estructura”: la persona humana, su individualidad, se subordina de esta forma a la colectividad, a la “superestructura” social, en un todo inconsciente superior a la propia subjetividad. La estructura domina, en consecuencia, el desarrollo de la individualidad. En nuestro caso queremos resaltar el hecho de que la asombrosa coherencia interna que posee el Universo y que nos ha permitido, a lo largo de los siglos, progresar incesantemente en el conocimiento de su organización y de las leyes que lo rigen, es en realidad resultado de una continuidad más trascendental que unifica la esfera de lo posible con la esfera de lo real. Sentencia acertada, sin duda, la de Virgilio en las *Geórgicas*: *Felix qui potuit rerum cognoscere causas*: conocer y entender las bases de la extraordinaria armonía e inteligibilidad del Cosmos es una de las aspiraciones más elevadas de cuantas invaden el espíritu humano.

² Escribí este breve ensayo a finales de 2001 y comienzos de 2002, a los quince años de edad, fascinado por una intuición que acababa de germinar en mi mente: la noción de “superforma”. He preferido mantener el texto en su versión original, sin corregir o añadir nada. Resulta inevitable que el pensamiento de cualquier autor evolucione con el paso del tiempo, pero en este caso he considerado interesante ofrecer la exposición más temprana de ciertas concepciones filosóficas que quizás hoy ya no comparta del todo, pero que en su momento me parecieron enormemente inspiradoras.

En las concepciones antiguas del mundo no estuvo ausente la noción de “armonía cósmica”. Si bien se carecía de una formulación teológica adecuada que sostuviese la idea de “legalidad natural”, de racionalidad de la Naturaleza y de finitud y limitación del Universo, todo ello debido a la ausencia de fe en un Dios personal, Creador y Providente, los sabios de culturas como la sumeria, la egipcia o la hindú advirtieron que en los cielos, en los planos superiores del Universo, subsistía una plenitud de armonía, de luz y de alegría (integrando, por tanto, las metas naturales –el orden y la continuidad- y las metas morales –la felicidad-). Es así en el *Rig Veda*, y de hecho la unión entre el *atma* y el *brahma*, fundamental en los *Upanisad*, parece sugerir una “*redintegratio*” de la individualidad en la estructuralidad suprema del Cosmos (de algún modo análoga a la tesis antropológica de Lévi-Strauss), en el orden soberano del Universo. Religiones como el zoroastrismo, cuyas teorías fueron posteriormente heredadas por las sectas gnósticas y maniqueas en los primeros siglos del Cristianismo, hablaban de un conflicto cósmico máximo entre el bien y el mal (conflicto al que aludiría toda la filosofía de Nietzsche, conflicto sólo superable mediante el surgimiento del superhombre, de un ser superior al mal y al bien), y las cosmogonías del antiguo Egipto (especialmente las de Heliópolis e Hieracópolis) hacían referencia a una dualidad inicial entre el orden y el caos, y la persistencia del orden en la tierra simbolizado por la persona del monarca, unificador de las Dos Tierras y garante de la estabilidad. Los ciclos y los eternos retornos, la infinitud y la condición absoluta del Cosmos, comunes tanto a las religiones de la América precolombina (en particular, la religión maya) como a las creencias de los pueblos indoeuropeos y asiáticos (la cultura china constituye, en cierto sentido, una excepción, puesto que su interés primordial ha sido siempre el hombre: la cultura china es humanista, la moral, la y la virtud, que colman los escritos de los maestros Confucio y Lao-Tzé con loable sabiduría, han sido los objetos soberanos del pensamiento chino: la bondad, la justicia, la rectitud), significan precisamente esta convicción de que en el Universo residía una supremacía ontológica en virtud de su armonía y de su coherencia. Es innegable que la religión judeo-cristiana desempeñó a este respecto un papel esencial a la hora de explicar la razón auténtica de este orden, sistematizada en los siglos posteriores gracias al trabajo de teólogos y filósofos, pero es en cualquier caso magnífico observar que la mayor parte de las civilizaciones antiguas albergaron ya la idea de orden cósmico. No es extraño que un espíritu de tanto poder como el de Voltaire consagrara su *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, prototipo de la visión ilustrada del mundo, a la dilucidación de cómo la religión, la economía y otras formas de cultura determinan la Historia y las *Weltanschauungen* de los hombres.

El horizonte del Gnosticismo, con su concepción mística del Universo y del pléroma, fue un legado valiosísimo para los filósofos neoplatónicos del Renacimiento, y en último término, influyó decisivamente en la obra del gran erudito sueco Emmanuel Swedenborg. Swedenborg es, pues, heredero del Renacimiento y precursor del Romanticismo. El visionario escandinavo estaba fascinado por la proporción y el orden (dejó constancia de ello en trabajos como *Principios de las cosas naturales o nuevo ensayo de explicación filosófica de los fenómenos del mundo elemental*, con su deseo de

descubrir la ley máxima del micro y del macrocosmos). Swedenborg sostenía que la “naturaleza es constante y siempre tiende a mantener la mayor semejanza posible consigo misma” (*Comparación del cielo sideral con la esfera magnética*), y atribuyó la causa del magnetismo a la disposición regular de sus partes (tesis que se acerca mucho a la actual). Swedenborg no admitía la *creatio ex nihilo* de San Agustín, sino una especie de emanación: el Universo se creó en Dios y por Dios, porque de la nada absoluta nada se hace, argumentaba él. Lo más profundo de la Naturaleza es Dios. Contrariamente al panteísmo, para Swedenborg, Dios subyace en el interior del mundo, sin que nada del Universo pueda considerarse Dios (visión con sorprendentes analogías a las tesis de Whitehead y de Teilhard de Chardin). La relación entre Dios y las criaturas es de contigüidad, no de continuidad. La vida y la fuerza son entidades de orden espiritual, siendo la materia el medio que exhibe lo espiritual. Nada natural existe, por tanto, sin un principio espiritual. La Creación es una operación continua, y todo lo natural tiene una fuerza o alma espiritual que lo sostiene. Es así que Swedenborg llega a su teoría fundamental: El mundo natural es imagen o espejo del mundo espiritual; *El mundo natural es una hipóstasis del mundo espiritual*.

En la cosmología de Teilhard de Chardin, el universo material es esencialmente dinámico y evolutivo. Los sucesivos tránsitos desde la hilosfera a la biosfera y finalmente a la noosfera no están sino dirigidos a una integración última y trascendental de materia y espíritu en el Punto Omega, y Cristo es el centro de la Creación, en cuanto en Él se unen lo divino y lo humano, unificando lo aparentemente antagónico. Las fuerzas antievolutivas, como la ley de la entropía (fue Schrödinger quien definió el concepto de “anentropía” como antitético al de entropía para caracterizar el progreso y las tendencias dentro del mundo biótico), han favorecido la “desintegración” del orden y de la armonía originarias, ya que el pecado original del género humano se inscribe en su contexto. Sin embargo, hemos de decir que el pecado original como motivo de la ruptura entre lo divino y lo humano, ruptura de la que hemos sido liberados por medio de Cristo, no responde a una “desintegración” natural, sino a una división moral de un orden superior: el pecado proviene de la libérrima voluntad humana, sólo desde la óptica de la libertad, que es la verdadera ley máxima del Cosmos, puede ser entendido. Las leyes de la Termodinámica, que ciertamente representan generalizaciones fascinantes de cómo los sistemas materiales, definidos por su grado de energeticidad, evolucionan y qué tendencias siguen, no constituyen en modo alguno una norma suprema del Universo material, ya que *el orden de la Naturaleza está en perfecta continuidad con el orden supremo de la Gracia, y en consecuencia las leyes de la Naturaleza no son absolutas, sino que están subordinadas en un plano trascendental a las leyes de la Gracia*. Las leyes de la Termodinámica nos ayudan a describir la estructura del mundo material, “hilosférico”, pero conforme la Evolución en el seno de la Creación ha permitido el surgimiento de especies cada vez más complejas, se ha mostrado con mayor claridad cómo el Universo se rige en su esencia por las leyes sobrenaturales. El tránsito de lo abiótico a lo biótico, todavía un enigma para la Ciencia, no puede ser explicado desde las meras leyes termodinámicas, que postulan un inmovible progreso entrópico que, en consonancia con las teorías de la muerte

térmica formuladas ya por Clausius, conduce indefectiblemente a la degradación de lo material. Y más aún, en el tránsito a la racionalidad se puede observar cómo la evolución material ha sido trascendida por las realidades sobrenaturales: paso al límite, superación de la infinita barrera entre ambos contrarios sólo explicable desde la tesis de la continuidad suprema entre Naturaleza y Gracia. El pecado original privó al hombre de la comunicación directa de la gracia, incapacitándole para su realización personal en el amor. La tendencia general hacia el equilibrio prima ciertamente en los sistemas físico-químicos, como muestra, por ejemplo, el principio de Le Chatelier, pero el equilibrio sobrenatural es una ley suprema del sistema general del ser: entre los distintos planos ontológicos existe una profunda continuidad, una tendencia similar a un mismo punto central y máximo, una disposición en torno a la supremacía del Ser Sumo, Principio y Fin de todas las cosas.

La cosmología marxista, por su parte, está regida por tres leyes: la unidad y lucha de los contrarios (unidad y lucha mecánica, física, química, biológica y social; unidad y lucha que, en palabras del teórico Afanasiev, pone al descubierto las fuentes y causas reales del eterno movimiento y desarrollo del mundo material: en todos los seres y sucesos de la Naturaleza existen fuerzas y tendencias opuestas entre sí y que, por parejas, luchan constantemente); la transición de la cantidad a la calidad, o el proceso contrario (el automovimiento de la materia impulsa el desarrollo de la misma y su diversificación y multiplicación) y la ley de la negación de la negación, que da a conocer el desarrollo general de los procesos naturales. En acuerdo con la primera ley, la lucha entre los contrarios determina el desarrollo de las entidades naturales y posibilita el surgimiento de nuevas estructuras materiales, surgimiento que se efectúa en consonancia con la segunda ley: cuando un ser alcanza la cumbre de sus perfecciones, mediante un salto o tránsito cualitativo o cuantitativo, asciende a una categoría ontológicamente superior. Así como la ley de los contrarios explica el inicio de la automoción del mundo material, la ley de la transformación explica el mecanismo que sigue dicha automoción. Sin embargo, los nuevos seres no son completamente nuevos, sino que llevan consigo parte del ser que los ha engendrado. Además, en consonancia con la teoría evolutiva de Darwin, dicha evolución supone el rechazo de aquellos elementos del ser antiguo que ya no son útiles para el nuevo (en el contexto de la selección natural). Los seres de la Naturaleza se multiplican mediante la sucesión de unos a otros, y el desarrollo evolutivo que rige el devenir eterno del mundo material permite, según el marxismo, que muchos seres lleguen a la cota de perfecciones y que por tanto sean capaces de efectuar un tránsito a una categoría superior. La ley de la negación de la negación explica de este modo la dirección que ha seguido el desarrollo que se inició por la lucha entre los contrarios y cuyos mecanismos estuvieron determinados por las sucesivas transformaciones de lo cuantitativo en lo cualitativo y viceversa. La tercera ley significa, así pues, el desplazamiento de un contrario por el otro.

A pesar de la monumentalidad de la construcción teórica marxista, y de los continuos intentos de los autores marxistas por probar sus leyes con argumentos traídos

de las ciencias experimentales, hemos de manifestar nuestro profundo desacuerdo con las mismas, señalando que las tres leyes de Marx no describen propiamente el devenir del mundo material. El mundo material no es eterno: no sólo da cuenta de la imposibilidad de mantener esta tesis la segunda ley de la Termodinámica, sino que resulta evidente que la materia se define por su carácter dimensional, y que la dimensionalidad, en cuanto tal, no es infinita *in actu*: la infinitud de la dimensionalidad sería matemáticamente intratable, cuantitativamente inviable, y puesto que lo cuantitativo constituye un elemento esencial en la determinación de la esencia de lo material, se deduce que la materia no puede albergar en sí misma un carácter absoluto, eterno, de completitud máxima, sino que es esencialmente limitada y dinámica. Es innegable que en la Naturaleza subsisten fuerzas y entidades antagónicas, pero generalizar este hecho a un constante conflicto entre los mismos que posibilita una “automoción” de la materia (algo inconcebible, porque la materia, en cuanto dimensionada, no puede tener su origen en sí misma, ya que el instante nulo o el tiempo nulo son igualmente anti-cuantitativos) es a todas luces incorrecto. De hecho, en la Naturaleza se produce una admirable síntesis y unificación de los contrarios: las cargas positivas y negativas subsisten en el interior del átomo, y el exceso de unas o la escasez de otras permite reacciones químicas: transferencia de electrones, de protones... La acción y la reacción, nociones fundamentales en la dinámica newtoniana, no representan dos elementos estrictamente antagónicos, sino complementarios: en virtud de la acción y de la reacción sobre cuerpos distintos se producen las operaciones dinámicas. El error del marxismo consiste en generalizar dicha contrariedad: los contrarios son contrarios dentro de una esfera muy parcial y limitada de la Naturaleza (ocurre así con las cargas eléctricas, o con la asimilación y desasimilación), pero la materia, en cuanto tal, constituye una unidad definida por su dimensionalidad y su dinamismo. Desde esta perspectiva, la importancia de las transformaciones cualitativas y cuantitativas adquiere una relevancia distinta: las causas de la Evolución (selección natural, variabilidad de la descendencia, mutaciones o alteraciones en las estructuras genéticas –que pueden ser genéticas, genómicas o cromosómicas, espontáneas o inducidas-) responden ciertamente a un devenir intrínseco de la materia, a un desarrollo progresivo en el contexto de su dimensionalidad, pero no proceden de la materia misma en cuanto entidad absoluta. Por otra parte, la Evolución biológica no puede explicar el tránsito del orden puramente biológico al orden antropológico, a la esfera del pensamiento, sin reconocer la subordinación de las leyes de la Naturaleza a las leyes sobrenaturales. En cuanto a la tercera ley, no es lícito, a nuestro juicio, considerar las tendencias evolutivas en términos de negaciones, sino de afirmaciones sintéticas: el surgimiento de nuevas especies manifiesta una capacidad sintetizadora de la Naturaleza, un orden de actuación y una cohesión en sus mecanismos. La desestimación de las características inútiles de las especies precedentes explicadas según la selección natural no supone una negación, sino una afirmación progresiva mediante la cual se reconoce la necesidad del tránsito de un estadio material a otro; lo anterior queda de esta manera asimilado en lo posterior. En conclusión, podemos afirmar que la dialéctica marxista no describe apropiadamente la Naturaleza: el progreso no es dialéctico, sino esencialmente sintético. Por otra parte, la cohesión existente en la Evolución misma es prueba de su finalidad: el orden conduce a

grados superiores de orden y de perfección ontológica, que, en virtud de su subordinación a las leyes sobrenaturales, conducen en último término al Ser Supremo, Fin de todo cuanto es. Teilhard de Chardin, maravillado ante la grandiosidad de la Evolución, fue capaz de discernir una finalidad intrínseca en el desarrollo mismo de lo material. Si bien resulta inadecuado interpretar la Evolución como algo estrictamente progresivo (resulta más apropiado hablar de “continuidad”, ya que la Evolución lleva implícita una diversificación que no siempre responde a un progreso lineal), es innegable que la emergencia misma de nuevas propiedades indica, en su sentido más trascendental (en cuanto la Naturaleza participa de las leyes del sistema general del ser), una extraordinaria direccionalidad hacia lo trascendental.

La materia puede definirse como *realidad dinámica dimensionada*: es realidad, en cuanto posee una independencia ontológica propia que no la subordina al ámbito de la mera posibilidad; es dinámica, pues los conceptos de fuerza y de energía, sus propiedades básicas y sus cambios y tránsitos señalan una esencial mutabilidad; y es dimensionada en cuanto es concebible mediante las estructuras espacio-temporales de las que participa y que constituyen un nexo con la esfera lógica. A la hora de concebir el Universo, en consecuencia, puede establecerse un esquema tripartito: el espacio, el tiempo y la dinamicidad misma de la materia como sujeto de su devenir. La materia es por tanto una síntesis. Esta disposición guarda grandes semejanzas con la estructura misma del discurso lingüístico: la cohesión de un texto revela la relación de los distintos elementos entre sí (o entre el texto y la realidad extralingüística). Entre los diversos mecanismos de referencia (gramaticales y léxicos), la deixis es de una importancia especial, ya que determina la relación del discurso con el contexto extralingüístico. De forma análoga, en la Naturaleza hay una deixis general entre las entidades mutables, los elementos que evolucionan y que se desarrollan, y su contexto “extranatural”, más allá del espacio y del tiempo, que determina la relación existente entre el orden de lo real y el orden de lo posible. Los deícticos son elementos que se interpretan por relación a los elementos de la enunciación: los interlocutores en el discurso (emisor y receptor), el espacio y el tiempo; poseyendo una significación gramatical dependiente del contexto extralingüístico. La deixis remite, por tanto, del texto a la situación: emisor y receptor constituyen realmente una unidad lingüística: el sujeto del acto lingüístico; espacio y tiempo son elementos extrínsecos a la subjetividad del acto lingüístico, determinando la objetividad de la misma. Así, en el mundo natural el cambio, el devenir es el sujeto mismo de lo material: la mutabilidad de la materia es esencial a la materia, pero no sería objetiva si se prescindiese de su contexto espacio-temporal. Surge la pregunta, en consecuencia, de cómo ambos aspectos se relacionan, o de cómo lo subjetivo y lo objetivo en el Cosmos pueden conformar una armonía lógica. La respuesta reside en afirmar que el Universo está determinado por una cohesión cósmica trascendental que podemos interpretar ayudándonos de la ciencia lingüística, ya que, en último término, lo empírico y lo lógico se hayan unificados en la esencia misma de lo material. De este modo se puede apreciar la viabilidad de integrar Lingüística y Filosofía de la Naturaleza.

La finalidad de toda deixis es clarificar una situación enunciativa concreta: interpretar la subjetividad del binomio emisor/receptor y la objetividad de las relaciones temporales y espaciales que se establecen entre hechos y objetos del entorno desde el punto de vista del sujeto comunicativo. Los elementos deícticos permiten la interpretación de un texto, que exige, necesariamente, la alusión a su contexto extralingüístico.

Lo léxico se asemeja a lo factible: lo léxico constituye el hecho lingüístico, mientras que lo gramatical representa el sustrato lógico del hecho lingüístico mismo. Los campos semánticos representan las relaciones entre los hechos lingüísticos (las entidades léxicas) y el sentido, la significación de los mismos. Pueden concebirse en términos de constantes y de unidades lógicas: todos los términos pertenecientes a un mismo campo semántico poseen una relación determinada con el sujeto de ese campo semántico, y la totalidad de los campos semánticos que integran una lengua poseen, en consecuencia, una relación mutua universal que permite establecer un discurso lingüístico como vehículo de expresión del pensamiento. Como las constantes de los distintos campos semánticos son en realidad constantes parciales en otros campos semánticos (ya que un mismo sujeto de un campo semántico puede formar parte de otro campo semántico), podemos considerar la suma de todas las constantes semánticas constante, y hablar así de una constante lingüística universal.

Análogamente, en la Naturaleza existe una relación mutua entre la pluralidad de entidades y su coherencia interna, la universalidad de las leyes que rigen sus fenómenos: su *cohesión cósmica*. Esta constante relaciona lo subjetivo de lo natural, con lo objetivo, lo limitativo, lo dimensional. Esta constante será, en consecuencia, no una entidad subsistente y real, o una mera posibilidad, sino que, relacionándolos a ambos, representará la razón entre los dos órdenes, el de la posibilidad y el de la realidad: se

trata de la superforma: $\aleph = \frac{\text{realidad}}{\text{posibilidad}}$.

La Ciencia moderna nos ha mostrado la ineludible importancia de lo estadístico y probabilístico en la descripción de la Naturaleza. Una definición amplia y genérica de la probabilidad es el cociente o la razón entre los casos favorables y los casos reales. Aplicándolo a un contexto cosmológico, podemos observar cómo la esencia de la probabilidad radica en su estatuto ontológicamente intermedio entre lo posible y lo real. La superforma aparece así como una relación no meramente lógica, sino como una entidad semisubstancial que actúa como nexo entre el ámbito de la posibilidad y el ámbito de la realidad, y que puede identificarse con la universalidad del sustrato de inteligibilidad subyacente en el Cosmos. Adquiriríamos así una visión “bidimensional” del sistema del ser: posibilidad y realidad podrían ser interpretados como dos estructuras antagónicas, tesis y antítesis, sintetizadas en la superforma. Las aplicaciones de la noción de superformalidad a la teoría del conocimiento son ciertamente interesantes, pues nos permiten analizar la divergencia entre realismo e idealismo desde

una perspectiva más amplia. Sin embargo, en la estructura del ser no prima la contrariedad: la superforma es simplemente una expresión de la universalidad del ser y de la cohesión interna y genérica de todas las manifestaciones del ser. Posibilidad y realidad constituyen lo que podríamos denominar *Naturaleza*, en cuanto no poseen un carácter absoluto, sino relativo. Ninguna posibilidad, en cuanto tal, es absoluta. El Ser Supremo, en cuanto que totalidad de la posibilidad, integración máxima y trascendental de todas las formas de posibilidad, sí es concebible como absoluto incluso desde el propio ámbito de la posibilidad, porque un paso al límite que anule las divergencias relativas entre los posibles trasciende la posibilidad misma y conduce a la esfera de la necesidad. Sucede de manera análoga con la realidad: sólo el Ser Supremo es la realidad absoluta, y no porque sea real, sino porque es la integración máxima, suma y perfecta de todas las realidades, y por tanto ha trascendido a una esfera superior: la necesidad. La esfera de la necesidad es, en términos teológicos, el dominio de la Gracia. De la bidimensionalidad inicial que habíamos aplicado al ser (posibilidad y realidad), pasamos ahora a una *concepción tridimensional del ser*. La superforma, que en un principio habíamos concebido como el nexo entre posibilidad y realidad, como la expresión universal de la cohesión misma del ser, torna ahora el *radio* de esta esfera: *la superforma es la expresión de la universalidad del ser*.

La armonía de todos los subsistemas del ser, en conclusión, se basa en la estructuración del mismo según la superforma, o según una razón universal que relaciona, de modo constante, los distintos ámbitos del sistema general del ser. El Cosmos es un todo cohesionado, en cuanto participa de la universalidad misma del orden del ser, expresada por medio de la superforma, o de la razón armónica entre las posibilidades a él asociadas y las realidades que lo constituyen *in actu*. La multiplicidad de entidades en el Cosmos se estructura según dicha cohesión: la probabilidad, el tratamiento estadístico sobre las tendencias generales de las entidades cósmicas, nos muestra una continuidad, una semejanza, una identidad de todo lo material. Como resultado de esta organización armoniosa entre las distintas esferas del ser, nos es posible aprehender la universalidad de las leyes que rigen el funcionamiento de la Naturaleza y de penetrar en el conocimiento de su esencia. En el sistema general del ser, *todo tiende a lo óptimo y conveniente*, en consonancia con la ley superformal anteriormente enunciada: la superforma expresa la universalidad del ser, consistiendo en una relación de constancia entre lo favorable y lo posible. No es atrevido afirmar que en el sistema general del ser prima la consecución de lo armónico, de lo continuo y ordenado, y que por lo tanto la visión de Leibniz de nuestro mundo como el mejor de los mundos posibles no es errada, sino incompleta: todo tiende a la perfección, en todos los procesos del ser se alcanza lo óptimo, si bien esta ley *es necesaria en el sistema general del ser*, y no en los subsistemas ontológicos. Nuestro mundo no es el mejor de los posibles en cuanto tal, sino que su existencia está en plena conformación con la cohesión universal del ser. Dios podría haber creado, en efecto, muchos otros mundos tanto o más perfectos que el presente, y de hacerlo, lo habría hecho, necesariamente (siendo Dios la Necesidad Suprema y obrando en el plano máximo de la Necesidad), según la conveniencia máxima en el sistema general del ser. Pero las relaciones entre

los propios subsistemas no se establecen en términos de necesidad, que sólo impera en el conjunto, en la totalidad del ser. Se ve de esta forma cómo la libertad es conciliable con la tesis de una necesidad en las leyes universales del sistema general del ser. Porque entre Naturaleza y Gracia prima la ley de la *libertad*: la Creación del mundo material a partir de ningún sustrato material previo (*ex nihilo*, esto es, no por emanación o surgimiento a partir de una materia preexistente o de una estructura ontológica pre-material, sino simplemente una generación de una nueva organización ontológica, la material, en virtud del soberano poder de Dios), por la libérrima y suprema voluntad de Dios. Pero esta misma libertad está subordinada al orden y a la continuidad supremas del sistema general del ser.

De entre las aplicaciones de esta cosmovisión, cabe destacar la que atañe al hombre como ser social. La ley natural aparece como una ley general del microcosmos humano, en consonancia con la armonía suprema del ser, mediante la cual los actos libres de los hombres se regulan para encaminarse a la consecución del bien y al rechazo del mal (entendiendo éste como un estado de negatividad ontológica, no de subsistencia). La libertad es en consecuencia una capacidad de los seres racionales para escapar de la necesidad parcial del subsistema de las entidades materiales. El hombre puede evadir dichas leyes, dicha necesidad natural, porque su libertad lo subordina a un orden superior.

La organización del hombre en comunidades y en estados como estructuras más complejas debe regirse en consonancia con la ley general de la superforma: el mantenimiento del orden y la consecución de la paz y de la armonía han de ser fines esenciales de toda entidad política. La convivencia humana no se basa en un mero acuerdo, algo radicalmente contrario a la ley general de la superforma, sino que responde a fines sobrenaturales, trascendentes al propio subsistema antropológico. El Papa Juan XXIII, en su Encíclica *Pacem in terris*, afirmó: “la convivencia humana (...) es y debe ser considerada, sobre todo, como una realidad espiritual” (36). El orden moral regula las relaciones humanas según la verdad, la justicia, la libertad y el amor: estas cuatro nociones constituyen la esencia de la relación entre el hombre y la universalidad del ser: el hombre ansía la verdad, y por tanto dispone sus acciones según lo recto, ordenado y armónico; es libre de seguir los designios de su voluntad, no estando sometido a las leyes del mundo material, porque, en cuanto hijo de Dios (por la gracia sobrenatural), trasciende los límites de lo natural; y el amor ha de ser siempre el fin último y verdadero de todas las acciones humanas: el deseo del bien, de la plenitud, de la realización de uno mismo y de los demás, de la glorificación de Dios como sumo creador de todo cuanto es. La tan ansiada paz entre las naciones no puede lograrse sin estas consideraciones, porque la paz es en esencia el orden, la convivencia armónica entre todos los seres humanos, según la cual las aspiraciones de unos no se contrarían con las de otros, sino que se complementan y responden a la sinteticidad misma del ser.

La multiplicidad de estados, a causa de la diferenciación histórica de la especie humana, que ha generado, en el espacio y en el tiempo, una diversidad tan admirable de culturas y de visiones del mundo, no es impedimento para que exista una unión factual entre todas las naciones. Las naciones, en cuanto que subsistemas del sistema antropológico más amplio, han de subordinarse a una entidad supranacional y universal que contribuya a la consecución de la paz en verdad, justicia, libertad y caridad. Sería conveniente que las relaciones máximas entre los distintos subsistemas fuesen reguladas por una *asamblea de sabios*: los espíritus más destacados (tanto por su erudición e inteligencia como por la bondad y laudabilidad de sus acciones, aunando en sí los comunes amagos del género humano) de Oriente y de Occidente en reunión constante y con poder real. Estaría constituida por miembros de las siguientes confesiones: católica, luterana, calvinista, ortodoxa, musulmana (chiíta y sunita), judía (en sus diversas tendencias), sij, hindú (en sus diversas tendencias), zoroastriana, bahá'í...: la totalidad de las religiones del mundo habrían de estar representadas en este organismo, así como los grandes pensadores, también los no religiosos (marxistas, positivistas, agnósticos...), en turno rotativo y sin discriminación por nación, raza o sexo, que serían elegidos de acuerdo con las propuestas de las jerarquías pertinentes de su propia confesión, o por aclamación general del mundo intelectual del momento. Su objetivo sería buscar la concordia entre los pueblos y el progreso ético y humano de la sociedad.

LA DOBLE APROXIMACIÓN EGIPCIA AL TIEMPO Y LA DIALÉCTICA CIRCULARIDAD-LINEALIDAD³

Desde la publicación del libro de Mircea Eliade *Le mythe de l'éternel retour* (1949), es un lugar común atribuir a las civilizaciones antiguas una concepción cíclica del tiempo y de la vida. Sin querer deslegitimar esta tesis, que aporta importantes y certeras luces sobre aspectos esenciales de la categorización de la realidad que llevaron a cabo estas culturas, es preciso afirmar que “en Egipto, la situación es aún algo más complicada”⁴.

La negación de la Historia como necesaria expresión del devenir humano en el tiempo y en el espacio no fue algo propio de las líneas generales de la civilización egipcia. En efecto, junto a un modelo de tiempo sacralizado, encontramos también una forma “profana” de lo temporal. Junto al *neheh*, a la eternidad cíclica que retorna a sí misma, inicio (*Anfang*) del *exitus* y culmen del *reditus* de la totalidad cósmica que integra lo divino y lo humano, hallamos también el *djet*, la permanencia, la estabilidad, la duración regia. De este modo, en una hermenéutica recursiva de la realidad se contempla también la manifestación del cambio, de la alternancia, vista como duración, como percepción de un orden subyacente a toda mutación. La mente egipcia, aun en el terreno de lo sacro, es capaz de vislumbrar un doble sentido de lo temporal: un vía universal y circular, de ascenso y de descenso, de salida y de retorno; y una vía unidimensional, que recoge la armonía y la estabilidad de todos los movimientos internos.

El tiempo “sacro” corría parejo al tiempo “profano”. Los numerosos textos de carácter narrativo que actualmente poseemos, las diversas y pormenorizadas crónicas, los minuciosos relatos de las hazañas de los monarcas y de los avatares nacionales e internacionales no son sino una muestra clara de que en el antiguo Egipto existió una conciencia, al menos sucinta, de la presencia de cambios y de formas *discursivas* en la realidad. La figura misma del monarca encarnaba la persistente dualidad, imponiendo un orden (reflejo del orden divino que en la génesis de todo cuanto es venció al caos, al *nun* primordial)⁵ sobre a la diversidad incontrolada de la Naturaleza: “*Tu ser es la plenitud del tiempo (nhh), tu imagen es la duración (dt), tu Ka es todo cuanto acontece*”⁶. El Ka contenía la afirmación más genuina del ser individual. *K3.k hprwt nbwt* constituye así una proclama del dominio regio sobre el tiempo: la identificación del ser del monarca con todos los acontecimientos, con todas las formas y manifestaciones

³ Este artículo fue publicado en 2004 en *Amigos de la Egiptología*.

⁴ Cf. J. Assmann, *Egipto a la luz de una teoría pluralista de la cultura*, Madrid, 1995, 8.

⁵ Cf. N. Grimal, *Historia del antiguo Egipto*, Madrid, 1996, 52-53; B.J. Kemp, *El antiguo Egipto: anatomía de una civilización*, Barcelona, 1996, 61-69.

⁶ Cf. J. Assman, *op. cit.*, 62.

del devenir. Es aquí donde se aprecia la valoración egipcia por el cambio y el devenir en la vida del hombre y en el desarrollo de la cultura: el rey impone también el orden⁷ sobre todos los avatares, y así, por inconexos que parezcan, todos ellos guardan una singular imbricación en la determinación de la realidad concreta y presente, siguiendo una estructuración divinal. El verbo *hpr* alude de hecho a la “llegada a la existencia”, al *werden* germano, siendo el monarca el señor de todo cuanto llega a existir y de toda llegada a la existencia: el señor de lo que es (*K3.f wnnt nbt*) y del proceso mismo de llegar a ser. La Historia es vista como manifestación de la voluntad divina del monarca. Estaríamos, por tanto, ante una de las formas más tempranas de teologización de la Historia: el monarca, síntesis de lo humano y de lo divino, es protector y rector del decurso histórico. Toda aparente novedad se supedita a un orden superior que, de alguna manera, “trasciende” el devenir: el orden divino, el orden teológico que guía y define la Historia⁸.

En Occidente, la teoría cíclica del tiempo (*der ewige Wiederkehr*) fue reintroducida por F. Nietzsche⁹, quien hablaba de un eterno retorno, de una constante nostalgia por lo antiguo, en contraposición a la noción judeo-cristiana de linealidad. Porque, en efecto, el Cristianismo propugna la novedad intrínseca de cada instante, el origen del tiempo en la acción creadora de Dios y su término. Lo unidimensional frente a lo bidimensional, líneas contra ciclos. Frente a esta aparente dicotomía conceptual, parece necesario proyectar nuestros pensamientos en una dimensión ulterior que la supere. El tiempo conecta dos realidades, dos planos: uno subjetivo y otro objetivo. El tiempo relaciona la conciencia del sujeto con el entorno, con el Universo, con aquello

⁷ En la estela nupcial de Ramsés II leemos: *wd.n.k pw hprwt nbwt*, “lo que tú has ordenado es todo cuanto acaece”, en K.A. Kitchen, *Ramesside Inscriptions*, Oxford, 1968, II, 249.10. La diversidad fenoménica del orden histórico es interpretada como un designio divino.

⁸ Aunque ciertamente desligada de la bibliografía actual por su temprana fecha de publicación, la obra de Henry Frankfort *Reyes y Dioses: Estudio de la religión del Oriente Próximo en la Antigüedad en tanto que integración de la sociedad y la naturaleza* (primera edición en Chicago, 1948), ofrece una rica y nutrida perspectiva sobre las diferentes concepciones de la realeza en Egipto y Mesopotamia, integradas en una visión sintética de la cultura donde el desarrollo institucional se interpreta en correlación con la dinámica cósmica de nacimientos y resurgimientos (el poder creador del Sol, el poder procreador del ganado y el poder resucitador de la tierra constituyen los tres criterios principales para agrupar a las distintas divinidades egipcias, que contempladas desde esta óptica no son expresión de un primitivo politeísmo, sino una admirable cosmovisión que remite a la unicidad de la absolutez divina). Escribe Frankfort en torno a la figura del monarca: “Amón era, por consiguiente, un dios universal, mientras que la divinidad del Faraón era de un orden distinto. No era más que el hijo y su poder procedía de su omnipotente padre” (edición de 1998, p. 183). El libro de Frankfort es también interesante para estudiar las influencias culturales predominantes en el sustrato de la civilización egipcia, tanto la tesis que otorga preeminencia a la línea africana (sahariana y nubia), así como la tesis que confiere un mayor protagonismo al Oriente Próximo como cultura fontal. Un estudio sistemático sobre los paralelismos entre la realeza divina africana y la realeza egipcia se encuentra en J. Cervelló, *Egipto y África: Origen de la civilización y la monarquía faraónicas en su contexto africano*, Barcelona, 1996, 141-161. Afirma este autor: “La función de los reyes divinos africanos, más allá del poder político que no detentan todos, consiste esencialmente en el mantenimiento del orden cósmico, entendido en su sentido natural pero también social, porque no existe hiato entre uno y otro aspecto en el universo imaginario africano, que es integrador” (*op. cit.* 141).

⁹ La exposición principal de esta doctrina se encuentra en sus conocidos libros *La gaia ciencia* y *Así habló Zaratustra*. Un estudio sobre esta concepción puede encontrarse en M. Heidegger, *Nietzsche*, Milán, 1994, 311ss; M. Castagnino, J.J. Sanguineti, *Tempo e Universo*, Roma 2000, 112-114.

que le es externo, pero a cuyo dominio también pertenece. Es el tiempo lo que nos da idea del devenir, de la progresión dinámica del ser, de la diferencia entre lo propio y lo ajeno. En el tiempo adquirimos conciencia de nuestro propio desarrollo, de nuestra propia personalidad. Se nos muestra el tiempo entonces no como una realidad sustancial, en sí, sino como un conector o nexo ontológico entre dos mundos, un puente que une la subjetividad con la objetividad del Cosmos; una fascinante e inescrutable dimensión de lo humano, que lo define en su inmanencia y en su trascendencia, con respecto a sí y con respecto a la Naturaleza en que efectúa sus acciones, en que lleva a cabo sus determinaciones. El tiempo nos hace partícipes del mundo, y une el mundo con nosotros. No es una mera línea que sigamos, sino que une momentos, nos hace recordar, nos retrotrae y nos proyecta: un tiempo que avanza asumiendo lo pasado y lo futuro, dejando en la mismidad del instante, en la inefabilidad de lo momentáneo, en el misterio de lo infinitésimo y total, esa puerta hacia el Absoluto. No ejerce por tanto un dominio tiránico, un dominio lineal o cíclico, sino que el tiempo nos eleva, nos muestra la sublime conjunción entre lo uno y lo dual, nos muestra el horizonte del tercer reino del espíritu¹⁰, del tercer reino del Universo, donde convergen lo subjetivo y lo objetivo. En el sujeto y en el objeto conviven ambas tendencias: la de la linealidad y la de los ciclos. Y, en efecto, advertimos que el hombre piensa cosas nuevas, que progresa, que avanza, pero que en definitiva vuelve siempre a las mismas cuestiones fundamentales, es agobiado por los mismos temores. La simbología de las estaciones y de las crecidas periódicas del río Nilo expresa de modo eminente esta continuidad, que tanto contribuyó a definir las estructuras fundamentales de la civilización egipcia. En la Naturaleza rigen admirables leyes evolutivas que han posibilitado el fascinante hecho del cambio, de la transformación en su seno. Sin embargo, advertimos también que en la Naturaleza hay ciclos, regeneraciones, vivencias y muertes, y que las leyes de la conservación no sólo adquieren relevancia extraordinaria en el ámbito teórico, sino que en la propia pragmática de la Naturaleza predomina un equilibrio, una preservación, que convive con el cambio y con la mutación. Se conserva la energía, pero en el contexto de esta conservación se producen cambios, avances, progresos. Naturaleza que preserva, que conserva, que vuelve a sí misma; Naturaleza que progresa, que innova¹¹... En el seno de la conciencia humana, ¿no tratamos de progresar mientras regresamos a las mismas cuestiones que aún atraen nuestra atención cual perennes voces en nuestro espíritu? Conviven lo cíclico y lo lineal en lo subjetivo y en lo objetivo, en lo intrínseco y en lo extrínseco. Y es el tiempo el conector, el nexo que vincula ambas tendencias, ambas opciones, que convergen en el devenir del hombre en el Universo, un devenir marcado por sus propias determinaciones y por las determinaciones que le son externas. Un devenir donde la libertad humana proyecta siempre horizontes infinitos aun en la finitud del mundo y de la Naturaleza, donde la acción subjetiva y la acción objetiva, aunque parezcan divergir, convergen en la consecución de ese constante devenir que asume lo pasado y lo integra, asume de alguna manera lo futuro, lo predice o lo retrotrae, respetando la unicidad, la irrepetibilidad de lo presente. No se aleja esta tesis

¹⁰ Expresión popularizada por H. Hesse en obras diversas como *El Juego de los Abalorios*.

¹¹ Pueden encontrarse reflexiones muy sugestivas a este respecto en I. Reguera, *Jacob Böhme*, Madrid, 2003, 122-158.

de algunas ideas genuinamente egipcias sobre los atributos divinos de Osiris y su poder regenerador¹².

Esta insoslayable dialéctica entre la aproximación cíclica y la aproximación lineal al análisis del tiempo, o conflicto entre las dimensiones sacra y profana del tiempo, encontró en la cultura egipcia un conato de solución en la persona del monarca. Idea que perduró durante casi tres milenios, y que aún hoy nos exhorta a reflexionar sobre la naturaleza del tiempo y de la Historia. Si bien no es posible después de Hegel y de los grandes desarrollos decimonónicos en las ciencias del espíritu aislar el estudio de las concepciones del mundo de las distintas culturas de su contexto histórico, social y político (teniendo en cuenta los enormes avances producidos en este sentido), no es menos cierto que se impone una perspectiva que, yendo más allá del ingente proceder analítico que en nuestros días llena las ciencias históricas y antropológicas, sepa aunar esta línea de investigación con una visión sintética capaz de percibir una determinada “trascendencia del contexto” en el caso de la civilización egipcia (y sin duda en otros), que permita contemplar las formas culturales egipcias desde una perspectiva más amplia que el contexto en que surgieron.

¹² Cf. H. Frankfort, *op. cit.*, 203-233.

DIÁLOGOS EN TORNO AL ARGUMENTO ONTOLÓGICOⁱⁱ

I.

Excelentísimo Teófiloⁱⁱⁱ:

Ha sido mi propósito relatar las vicisitudes de un intelecto inquieto en su búsqueda racional del ser supremo.

Una mañana del mes de diciembre desperté pensativo. Ciertamente es que no solía conciliar el sueño, pues sólo me acostaba cuando conseguía escaparme del mundo ideal que los libros habían creado en mi mente y que me sumergía en profundas fantasías intelectuales. Pero ese día la abstracción de mis sentidos se manifestaba con especial fuerza y virulencia. La realidad exhalaba una especie de vacío oscuro que rodeaba la burbuja de vidrio que mi mente había fabricado en torno a mi persona. Traté de concentrarme en lo que debía hacer, aunque sin éxito. Los muebles de mi dormitorio se asemejaban a lejanas estrellas que me observaban desde la infinitud del espacio. Recuerdo que los libros de las estanterías eran para mí como espías que se afanaban en desvelar mis intenciones, los cuales, conscientes de las graves preocupaciones que acosaban mi espíritu, pretendían comunicarme algo. Mas el mundo no existía para mí.

La cuestión cobraba tal importancia que nadie osaba perturbar los senderos que recorría mi intelecto. Y así fue. Esa mañana me había despertado convertido en mi propio mundo, cosa que nadie comprendió. Lo primero que hice fue encender la lámpara que se hallaba sobre mi mesilla de noche, ansioso de retomar la lectura que había interrumpido a altas horas de la madrugada. Sin embargo, no era capaz de ponerme en pie, pues me sentía profundamente mareado. La luz del sol me irritaba, por lo que pedir a alguien que se encargara de subir las persianas habría sido un grave error. Además, no quería que nadie viniese. Suficientemente abrupta era ya la falta de entendimiento entre los demás y yo como para que descubrieran el estado en que me encontraba. Como mínimo me considerarían un místico o un asceta, alejado del mundo real y recluido en su propio universo, si se mostraban tan clementes como para no tildarme de loco en su interior. Por ello, opté por permanecer en la cama, para evitar el frío deparado por el invierno que acababa de comenzar. Me arropé, y con los brazos alcancé a encender la luz de la lámpara y a coger el manuscrito. Al retomar la lectura, el dolor de cabeza se desvaneció milagrosamente, pero la sensación de frío no cesó. De hecho, tuve que erguirme, apoyándome en los muebles para no caer al suelo a causa del mareo, y buscar una manta en el armario. La extendí sobre la cama, y cuando me dispuse a tumbarme, me acordé de que no había mirado el reloj, algo extraño en mí,

dada la meticulosidad que siempre me había caracterizado. “Las seis y media” me dije a mí mismo; “será noche cerrada en el exterior, y nadie se habrá levantado aún en la casa”. Leí y releí el manuscrito, que no llegaría a las cinco mil palabras, y cuando dirigí de nuevo la vista al reloj para estimar cuánto tiempo había transcurrido, resultó que eran las nueve y media de la mañana.

La luz de una hermosa mañana de sábado se atisbaba por los orificios de las persianas, así que me decidí a subir las persianas. El ruido llamó la atención de mi ayudante.

—¿Cómo se ha despertado el señor esta mañana?— preguntó el mayordomo.

No tenía intención de responderle, pues siempre formulaba la misma pregunta protocolaria, y la respuesta obligada era “bien”. Sin embargo, le dije que me había levantado “con algo de extrañeza”.

—¿Qué desea el señor para desayunar?

—Nada. Hoy no desayunaré. He de marcharme de inmediato.

—¿Tan pronto? Acaba de volver de París.

—Lo sé, pero es urgente.

—Entonces, habré de cancelar las visitas planeadas para hoy.

—En efecto. Dígale a todo el mundo que me he visto obligado a marcharme nuevamente a París de forma urgente, y que no volveré hasta la próxima semana.

—Supongo que estará aquí en Nochebuena.

—No lo sé. Espero. Prepare el equipaje y el coche. Desayunaré en ruta.

—Se me olvidaba decirle que le han llamado de la Sociedad Lingüística de París.

—Doble motivo para ir a la ciudad de la luz.

—Al parecer, querían invitarle a un ciclo de conferencias que tendrán lugar sobre lenguaje y ciencia.

—Interesante. Intentaré ir. Cuide de que todo esté preparado para la cena de Nochebuena cuando vuelva, y encárguese de enviar las invitaciones.

—Así lo haré, señor. Que tenga un buen viaje y Feliz Navidad.

-Igualmente.

El viaje en tren no me resultó largo o tedioso. Como había finalizado el único libro que llevaba conmigo, sólo me quedó apreciar la vastedad del paisaje. “¿Tendrá razón ese manuscrito? ¿Será posible demostrar que la idea de Dios no encierra contradicción?” Conforme me afanaba en contemplar la belleza del horizonte, tantas eran las ideas que emergían de mi mente que hube de prometerme a mí mismo detener todo pensamiento.

Enseguida nos acercamos a los alrededores de París. La nevada había sido muy intensa, lo que sin duda otorgaba a la capital francesa un ambiente mucho más navideño, que a mí tanto me agradaba.

Al bajar del tren me crucé con un hombre que me miró de forma siniestra. Caminé tras él hasta la salida de la estación, pero su silueta se había desvanecido.

Un anciano hebreo de gran erudición y ademanes cálidos regentaba la librería a la que me dirigía. Miles de libros colmaban unos pocos metros cuadrados. Algunos de ellos representaban auténticas joyas de coleccionista, que él había obtenido en distintas subastas. En mi anterior visita había adquirido un manuscrito atribuido a Leibniz, *Quod ens Perfectissimum existit*, que se consideraba perdido, y que yo pagué sin rechistar en cuanto lo detecté en la sección de compras recientes. Según me confesó el comerciante judío, el manuscrito había sido encontrado entre los papeles que Leibniz dejó sin publicar en su mesa de trabajo de la Biblioteca de Hannover, de la que fue director. Ciertamente, yo había oído hablar sobre este opúsculo, y sabía que era uno de los pocos escritos que ese gran monumento a la inteligencia humana había dedicado a la demostración de la posibilidad de Dios. La compra fue excelente, y ni siquiera se la enseñé a mis colegas de la Sociedad Lingüística. Regresé al hotel con la mayor prontitud, y leí el manuscrito hasta altas horas de la noche.

Cuando me acosté, empecé a soñar. Se trataba de un fenómeno típico en mí, si bien rara era la ocasión en que podía presumir de recordar, al menos en sus fundamentos, los sueños que habían invadido el interior de mi espíritu en la intensa oscuridad de la noche. De repente, y sin saber cómo, atravesé un espacio tenebroso que parecía comprimirse ante mí, como un pasaje interestelar, de los que con anterioridad sólo había tenido noticia como meras elucubraciones o juegos matemáticos de nuestros astrónomos. Aparecí en una inmensa campiña verde que se prolongaba, casi sin fin, frente a mis sentidos. Enhiesta, erguida primorosamente ante mi expectación, se elevaba una bella catedral. El azul puro de los cielos me recordaba al sur de Inglaterra, a esa

claridad que en los días más especiales confiere a esta gran nación una solemnidad inusitada. Avancé hacia la entrada de lo que parecía ser un monasterio. El monje encargado de la portería, al verme, cayó preso del asombro, y me dijo que me esperaban desde hacía tiempo.

-¿Para qué me esperan?- dije yo.

-Su excelencia nos ha hablado mucho de vos. Desea hablar sobre un tema que él considera de suma importancia, y al que ha dedicado numerosos escritos.

-¿Y de quién se trata?

-Lo descubriréis vos mismo. Seguidme.

El monje me condujo a través de unas largas galerías interiores que desembocaban en el claustro. A derecha e izquierda abundaban las inscripciones en latín que contenían los nombres de quienes ocupaban las sepulturas. El claustro era de gran tamaño. Llegamos a un pasillo en uno de cuyos recodos se encontraba otro claustro de menores dimensiones. Contaba con una hermosa fuente, y la luz del sol resplandecía con todo su fulgor sobre los verdes céspedes del pequeño claustro. Al fondo divisaba una capilla, y a izquierda y derecha del claustro se ubicaban las estancias de los dignatarios eclesiásticos. Entré en una gran sala repleta de libros. Los techos debían de ser altísimos y el número de pergaminos, incalculable. En el centro se disponía una gran mesa de trabajo con decenas de manuscritos y plumas. Un hombre de aspecto venerable, poseedor de la dignidad episcopal, rellenaba un manuscrito. En cuanto advirtió mi presencia, alzó la vista hacia mí, y me dijo:

-Os esperaba con gran expectación. Tenéis una importante labor que realizar.

En ese momento comprendí que mi interlocutor era el mismísimo San Anselmo de Canterbury. Nacido en el valle de Aosta en 1033, había estudiado en la Abadía benedictina de Bece, en Normandía, y en 1093 sucedió a Lanfranc en la sede de Canterbury, donde fallecería en 1109. El erudito más importante de su tiempo, San Anselmo es célebre por haber propuesto, en su *Proslogion*, una prueba de la existencia de Dios que no parte de los entes creados, sino de la propia idea de Dios. La admiración que siempre había sentido por este gran santo, Doctor de la Iglesia desde 1720, no hacía suficiente justicia a su grandeza. Su figura era legendaria, firme y solemne. Su mirada parecía dirigirse constantemente a las alturas, como si quisiese maravillarse de la gloria de Dios en todo momento, y sus manos se disponían en actitud contemplativa. Cuando me acerqué a presentarle los honores pertinentes, percibí en él un halo de santidad tan grande e inefablemente bello que mi espíritu se turbó, al no creerse digno de hablar con

un personaje tan ilustre. San Anselmo poseía una inteligencia excelsa, ofrecida con fidelidad al servicio de la Iglesia y de su doctrina.

-Estoy releendo –dijo él- una réplica que escribí hace años al monje Gaunilo, cuya crítica a mi prueba de la existencia del ser supremo acabo de reencontrar entre los documentos de esta biblioteca.

-Sin duda, he oído hablar de ese Gaunilo, y sé de sus objeciones a la prueba que Su Excelencia concibió de forma tan magistral y genuina.

-Mientras yo viva, podré contestar a mis críticos y hacerles ver que esta prueba, como todos los argumentos esgrimidos sobre la existencia de Dios, sólo resulta válida para demostrar que Dios es realmente, y no para evidenciar la existencia de esa isla maravillosa de la que habla Gaunilo. Pero cuando muera y los demás filósofos se empeñen en seguir objetando puntos a mi prueba, que he intentado simplificar al máximo, quizás nadie sepa cómo responderles, por lo que la demostración perecería a causa de la ignorancia de los hombres. Tened en cuenta que la grandeza del argumento ontológico radica precisamente en este hecho: sólo es posible demostrar racionalmente la existencia de un único ser; la existencia de los demás seres la advertimos de forma contingente, pero si nada existiese, si sólo hubiese nada...

- Excelencia, os aseguro que si continuáis con vuestras reflexiones en este preciso instante alcanzaréis la pregunta más trascendental de la filosofía, que les corresponde a otros filósofos desarrollar. El ser, la nada, el todo, lo posible, lo real... Ved, Excelencia, que todo parece reducirse a lo mismo: el hombre como centro del cosmos; Dios como principio, centro y fin de todas las cosas.

-Tantos años de meditación y reflexión sobre los misterios divinos en los claustros de los monasterios de Europa y en las bibliotecas más insignes de nuestro tiempo, y os puedo asegurar que todo cuanto he descubierto es nimio, y que ignoro si he dado suficiente gloria a Dios como mi alma ansiaba, regocijado en el pensar y en el estudiar asuntos tan celestiales, afanado siempre por traer a la tierra sólo una primicia de las maravillas que hallará nuestro intelecto en el Reino de Dios. Y, sin embargo, qué poco he conseguido. Ni Platón ni el santo obispo de Hipona han podido calmar mis ansias de conocimiento. No han respondido a todas las preguntas que de mi mente surgían como indómitos corceles. ¿Existirá tal respuesta, o será mejor reservarle a la fe, al don del Altísimo, la última palabra sobre tan excelsos misterios? ¿Será acaso la soberbia el sentimiento que domine mi alma, incitándola a penetrar en la esencia de semejantes interrogantes que sólo Dios, y no la imperfección de los hombres, es capaz de entender?

-No habéis de ser tan pesimista, pues os aseguro que, en el futuro, la erudición de los hombres alcanzará tal magnitud que ningún tema permanecerá oculto o inadvertido a su atención, así que no debéis preocuparos, pues en mi tiempo sólo la verdad perdura. Y en este sentido, podéis convenceros de que vuestro argumento, una maravilla del intelecto

humano que habrá de sorprender a las mentes más privilegiadas de la historia, será recordado con admiración y con duda. También he de deciros que las cuestiones tan elevadas que os han preocupado no encontrarán una respuesta definitiva ni siquiera en mi tiempo, por lo que empiezo a creer que sólo la fe es capaz de brindarnos una respuesta definitiva a los misterios del universo. Pues por la razón, como vos habéis intentado probar, alcanzamos una realidad suprema, pero por la fe conocemos el misterio de la Encarnación del Verbo eterno y creador de todo cuanto es. Y os aseguro que ni las razones más gloriosas de la historia podrán sobrepasar en magnificencia estos conocimientos, que llenan mi espíritu de alegría y esperanza.

-Sin duda me tranquilizáis. ¿De veras mi argumento será recordado?

-Os lo aseguro, Excelencia. Vos permaneceréis en la memoria de los hombres como un intelecto sublime que trató de probar la existencia de Dios desde del concepto mismo de Dios, como el ser de quien no se puede pensar nada mayor. Aunque, como es evidente, habrá muchos grandes pensadores que no acepten su valor demostrativo, y en mi tiempo la polémica habrá llegado a un punto muerto, a una suspensión de juicio, donde poca gente se atreve a afirmar algo con rotundidad.

-¿Quiénes, por ejemplo?

-Un santo y Doctor de la Iglesia, de inteligencia y piedad admirables, de nombre Tomás, de la recientemente creada Orden de los Predicadores, cuya influencia en la filosofía posterior será inmensa, y su servicio a Dios y a la Iglesia digno del mayor reconocimiento. Utilizará las valiosísimas herramientas filosóficas que creó esa gran mente de Estagira para explicar la fe cristiana, y su síntesis será objeto de alabanza durante siglos.

-¿Y cómo una inteligencia tan privilegiada rechazará mi demostración?

-Alegará que no todos los que escuchan la palabra “Dios” entienden lo mismo que Vuestra Excelencia.

-“Bueno es escuchar para la gente”, y bueno es escuchar bien.

-De hecho, algunos sabios, como los estoicos, dijeron que Dios tenía cuerpo.

-Puede que empleasen ese término de manera metafórica. Yo sólo pretendía expresar el carácter supremo de Dios.

-Además, dirá santo Tomás, aunque todos entendiesen lo mismo por “Dios”, de ahí sólo podríamos inferir que Dios existe en nuestra mente, y no en la realidad; Dios como posible lógicamente, pero no como real ontológicamente.

-Eso es precisamente lo que pretendo demostrar. Si de Dios no se puede pensar nada mayor, sería contradictorio que sólo existiese como posible, pues entonces sí se podría pensar algo mayor que Él: un ser con su misma esencia que, en lugar de ser meramente

posible, fuese también real. Y como su idea no se contradice con nada, le compete existir.

-Éste es un punto muy debatido. Habrá un filósofo de inteligencia y sabiduría asombrosas, natural de Leipzig, en las tierras de los germanos, que intentará con todas sus energías demostrar que el concepto de Dios no es contradictorio, aspecto que, al fin y al cabo, no explicitasteis en vuestro argumento.

-Pues lo consideraré evidente. Y decidme, ¿conseguirá probarlo?

-Él estará convencido de que sí, pero no así los filósofos que habrán de sucederle. Permitidme deciros que el gran Tomás de Aquino, Doctor Angélico, objetará también que quienes niegan la existencia de Dios negarán el supuesto del que partís.

-Que haya algo como posible cuyo mayor no pueda pensarse...

-En efecto. Un filósofo de nombre Immanuel, nacido en Königsberg, en la Prusia Oriental, gran maestro del pensamiento germano, efectuará la crítica que tradicionalmente se considerará como la más decisiva a la argumentación de Vuestra Excelencia. Aducirá que la existencia no pertenece al ámbito lógico.

-Entiendo a lo que se refiere.

-Él emplea el ejemplo de Julio César.

-Tomémoslo pues. No es necesario que Julio César exista, pues juntando todos sus atributos y todas las circunstancias que conozco por la historia podría haber sido un mero posible, como si ahora concibiese la idea de un gran general que denominaré...

-Napoleón. Eso le sugiero, pues su genio y su fuerza cambiarán la historia.

-Nombre interesante, sin duda. En cualquier caso, sólo Dios es necesario.

-La existencia sí añade algo al concepto: el hecho de que sea real, o independiente de nuestro intelecto. La existencia afirma de forma absoluta el concepto que poseemos de algo. Dios es la totalidad de lo posible y, por tanto, lo absoluto de lo posible, el único al que incumbe existir por su propia naturaleza conceptual.

-Pero supongo que habrá importantes filósofos que acepten mi argumento.

-Destacaré a Alberto de Böllstadt, maestro de Tomás y uno de los científicos más ilustres de los siglos venideros, de colosal erudición, introductor de los estudios de Aristóteles en la cristiandad.

-Aristóteles, sí, bastante relegado y olvidado en la actualidad, quizás en él se encuentre la clave para una integración entre los órdenes de la razón y de la fe, así como para la elaboración de una ciencia y de una filosofía que puedan dar respuestas, por sí solas, a tantos interrogantes que asedian nuestra inteligencia.

-Costará años comprender que Aristóteles no es tan sólo un intelecto pagano hostil al cristianismo. Y os aseguro que este hombre, Tomás de Aquino, lo entenderá con una luz asombrosa, casi divina, que tanto contribuirá al avance de la filosofía y de la teología, ayudándonos a contemplar los excelsos misterios a los que aludíamos con mayor perfección. También aceptarán vuestro argumento Alejandro de Hales, Enrique de Gante, el sutil Duns Escoto, docente en Oxford, el sabio y santo Buenaventura y, sobre todo, el célebre René Descartes.

-¿Descartes?

-Sí. Nacerá en la Haya, en Touraine, Francia, y se educará en el mejor colegio de la época: el de La Flèche, de los padres jesuitas.

-¿Jesuitas decís?

-Sí. Esta orden religiosa, que será fundada por un español, Ignacio de Loyola, merece mis mayores alabanzas, pues no sólo serán soldados de Cristo al servicio de la Iglesia, sino que tendrán entre sus miembros a varios de los intelectos más privilegiados de la historia, y todo para mayor gloria de Dios.

-Me alegra saber que las mentes más grandes de la cristiandad habrán de servir a la Iglesia de manera tan loable.

-Estad seguro: los jesuitas serán ornamento, decoro y orgullo de la Iglesia. Pues bien, Descartes reformará la filosofía dudando de todo cuanto cree conocer. Alcanzará una verdad fundamental indubitable: que, por el hecho de pensar, yo existo. Él convertirá vuestra prueba en uno de los pilares de su metafísica.

-Permitidme deciros que esa frase me recuerda bastante a una sentencia de San Agustín en *De Civitate Dei*, “pues si me equivoco, existo”, a propósito de la Trinidad.

-Así es. Los precedentes pueden retrotraerse prácticamente *ab aeterno*. Pero Descartes hará de esta corta frase la pieza fundamental de su sistema, la única verdad que puede ser afirmada clara y distintamente. Desengañado con el principio de no-contradicción, que había sido el bastión de la filosofía de Aristóteles, el punto de unificación entre la lógica y la metafísica, Descartes buscará algo que sea auto-probado, indubitable: un principio que sacie el peligro constante de la duda y de la incertidumbre, sombras al acecho de la conciencia humana. El sujeto que piensa, Excelencia, el hombre libre frente al cosmos, la independencia de las ciencias y la comunicabilidad de los géneros, las ideas innatas... Podéis estar seguro de que este hombre, este ilustre francés, imprimirá una huella definitiva en la historia, casi comparable a la de Aristóteles y a la de todos los grandes colofones griegos del saber que dotaron la razón, el *logos*, de independencia frente al mito. Porque Descartes será el primer hombre moderno, el primer hombre que se plantee la necesidad de conocer con certeza, el pionero que se traslade a la esfera del sujeto y no a la del objeto como en la filosofía de Aristóteles. Un cambio de paradigma fascinante, Excelencia, que en mi tiempo somos capaces de analizar *a posteriori*, y que muestra el esplendor del genio humano, capaz de crear

cientos de interpretaciones del universo y de la historia, siempre maravillado ante lo que le rodea; él, con la facultad de dominar todo el universo en la infinitud de su inteligencia. Y Descartes modificará el contexto intelectual del mundo de manera tan profunda que mi tiempo, muchos siglos después, se definirá, en gran medida, por lo que él inició. Así pues, tras demostrar la existencia de sí mismo como “cosa que piensa”, Descartes tratará de probar la existencia de Dios con vuestro argumento. Afirma Descartes que, al igual que pertenece a la idea de triángulo el que la suma de sus ángulos sea igual a la de dos ángulos rectos, no es concebible que el ser perfecto no exista, pues es propio de su naturaleza el existir.

-Entonces coincide conmigo al considerar que la idea de Dios es universal.

-En efecto. Décadas más tarde, ese filósofo de Leipzig a quien he mencionado retomará el argumento, aunque éste, según él, precisa de una demostración previa más sólida: probar que Dios es posible, o que su concepto no implica contradicción.

-Pero eso no es difícil de hacer. Bien sabéis que concibo a Dios como el ente cuyo mayor no se puede pensar. Y esto no implica contradicción, porque lo mayor es algo absoluto e ilimitado, categórico; deducible lógicamente. Cuando afirmo que este libro es el mayor entre los de su género, sostengo que es el libro absoluto entre los de su género, y esto no es contradictorio, pues la grandeza de los demás libros se halla supeditada al carácter absoluto de éste. Entiendo que se puedan pensar cosas absurdas, como velocidad máxima o número máximo, cuando todos sabemos que los números son potencialmente infinitos, y que esta capacidad de extenderse sin límite rige el campo de las matemáticas. Pero si digo que Dios es el mayor de los entes, definiendo que es el ente absoluto, y no existe contradicción.

-Y por ende ilimitado e infinito, añadiré yo. Pero antes, a mi juicio, se deberá probar que no es concebible un no-ser que fuese tan absoluto como Dios, o, en otras palabras, que sólo hubiese habido nada, desprovista de ningún ser. En ese caso se podría probar que Dios es el ser necesario, y vuestro argumento se completaría. Pues ese mismo filósofo sostendrá que la pregunta fundamental de la filosofía primera es: “por qué hay entes en vez de nada”; interrogante que no puede considerarse un sin-sentido, soluble mediante una alusión al principio de no-contradicción, sino que exige un profundo y serio estudio que dé cuenta de un fenómeno que asolará mi tiempo: el del nihilismo, la filosofía del pesimismo y de la nada, de la soledad ante un universo grandioso.

-Evidentemente, la nada no puede “ser”.

-Pero podría no haber habido ser. Lógicamente, si existimos, es porque hay ser, y así se puede demostrar la existencia de Dios, como mínimo, *a posteriori*, a partir de sus efectos, lo que vendrá a llamarse “argumento cosmológico”. Sin embargo, prescindamos de todos estos fenómenos contingentes. De hecho, es por ello por lo que prefiero vuestra prueba a la demostración basada en la filosofía de Aristóteles, desde los entes creados, cuyo movimiento, cuya relatividad, exige un absoluto. Pues vos habéis advertido la imperfección de tal prueba, que sólo justifica la necesidad del ser desde la

propia contingencia, mientras que vos tratáis de descubrir tal necesidad desde la posibilidad, desde la esencia misma de aquello que el intelecto humano alcanza a concebir. Cabrá aún preguntarse si todo cuanto existe, en caso de no existir, habría encontrado un fundamento necesario en el ser: es decir, que el ser hubiese de ser de forma necesaria. El no existir nada no es un absurdo: el no-ser no-es, y este problema será constante entre los científicos y físicos de mi tiempo, que no llegarán a la conclusión, como vos, de la necesidad del ser supremo sin apelar a la existencia de los entes creados, y convertirán el azar en la causa principal del estado actual que exhibe el universo. Pero no es mi intención distraer a Vuestra Excelencia de sus ocupaciones con sutilezas metafísicas, pues soy consciente de la enorme cantidad de trabajo que tenéis.

-No sabéis cuánto os envidio, pues quisiera poder dedicarme a la contemplación del ser supremo y al cultivo de la inteligencia, en lugar de desempeñar estas labores administrativas que tanto tiempo me usurpan para estar con Dios y que tantos problemas ocasionan en mi espíritu. Quisiera volar a vuestro tiempo para apreciar las maravillas que el hombre ha forjado; debatir, aprender, pensar, conocer...

-Dios quiera que vuestras desavenencias con el rey no acaben con vuestra mente, Excelencia, como ocurrirá años más tarde con otro ilustre arzobispo de Canterbury, llamado Thomas Beckett.

-Os preguntaría muchas cosas, pero habéis de saber que el conocimiento de las cosas futuras es un privilegio que Dios os ha concedido, al haceros venir a este tiempo, pero para mí es una tentación.

-Dejadme que os diga que un gran filósofo apellidado Hegel, y otros más modernos, Malcolm y Plantinga, también aceptarán este argumento, que vuestro implacable crítico Immanuel Kant llamará “ontológico”.

-Como os decía al principio, os encomiendo la tarea de defender y exponer correctamente mi argumento a las generaciones venideras, para que sepan que sólo me movía el ánimo de alabar a Dios y de mostrar su grandeza.

-Habéis enseñado a los hombres, Excelencia, la prueba más fascinante de la existencia del ser supremo, principio y fin de todas las cosas, como se dice en el Libro del Apocalipsis. Pues sin remitirnos a la realidad, mediante la referencia al concepto mismo de Dios, podemos demostrar que Él es real. Y al ser esta prueba más simple que la vía cosmológica, que demuestra su existencia a partir de los entes que ha creado, es también más perfecta.

-Yo comencé mi demostración, como vos sabéis, aludiendo al insensato del que habla el Salmo: “*Dicit insipiens in corde suo: Deus non est*”.

-¿Quién es el insensato? ¿Quién puede negar la existencia de Dios? No es la razón, sino la voluntad, la causa del rechazo de Dios. Tengamos confianza en la capacidad de nuestra inteligencia para alcanzar al ser máximo, realidad suprema. Pues no hay nada más grande que esto: que nuestro entendimiento pueda demostrar que Dios es; en una

asistencia constante y recíproca entre fe y razón para llegar al conocimiento de Aquél que es (Ex. 3,14). Brilla aquí la gracia del Señor, “la luz que vino al mundo para iluminar a todos los hombres” (Juan 1,9): nuestro deseo de entendimiento, que nos lleva a maravillarnos por el orden y la magnificencia de la naturaleza. Preguntemos a Dios, quien es “el camino, la verdad y la vida” (Juan 14,6), para concedernos la luz inspiradora de su inteligencia.

-¿Qué entendemos por “Dios”? El Ser más alto, máximo y perfecto. Esto basta: decir que Dios es quien es, supremo y total. Sin importar qué palabra queramos emplear, estaremos de acuerdo en considerar a Dios el ser más grande y máximamente positivo. Esos son los términos en los que hemos de describir a Dios: totalidad, perfección, supremacía, máximo.

II.

Tras despedirme del arzobispo, que seguía recuperando viejos manuscritos de la biblioteca, una de las mejor dotadas de tan bella isla, el monje que me había conducido hasta esas mismas estancias me acompañó hasta una parte recóndita del claustro. Allí me mostró una escalera que llevaba hasta un oscuro sótano. Me dijo que siguiese el camino, pues sólo así alcanzaría mi siguiente destino. Descendí por la escalera. En cuanto la puerta se cerró, me percaté de que había olvidado coger una antorcha. Pero no hizo falta: de repente quedé inconsciente y me sumí en un profundo sueño.

Cuando desperté, aparecí en una gran ciudad. El frío era muy intenso, y poca gente transitaba por las calles. Se trataba de un escenario propio del barroco. No tardé en advertir que era Estocolmo, capital de Suecia. Como no sabía hacia dónde dirigirme, y la única referencia que poseía de tan distinguida urbe era la biblioteca central, me dispuse a buscarla. El portero, que misteriosamente sabía quién era yo, me dijo que alguien me esperaba y me pidió que le siguiese. De nuevo supuse que algo especial y grandioso iba a acontecer. Atravesamos bastantes calles y llegamos al palacio real, donde residía la célebre Cristina, en la cumbre de la potencia sueca del siglo XVII, quien no tardaría en convertirse a la fe católica. Las estancias del palacio exhibían un refinamiento único, y pude percibir las glorias culturales del “siglo de los genios”.

Cuál no sería mi sorpresa cuando fui presentado a uno de esos genios, magno nombre en la historia de las ciencias, de mente universal. Según me confesaron, acababa de concluir las clases filosóficas que impartía a la soberana sueca. Le noté bastante

enfermo, muy desmejorado con respecto a los retratos que estaba acostumbrado a ver. Entonces recordé que, si nos encontrábamos en el mes de diciembre de 1649, sólo le quedarían dos meses de vida, y que este gran filósofo moriría sin haber cumplido los cincuenta y cuatro años, aunque había creado un sistema filosófico original y novedoso y había realizado importantes aportaciones a la matemática. Una de las más destacadas es una rama que inauguró (sin olvidar a predecesores eminentes, como el medieval Nicolás de Oresme): la geometría analítica, una verdadera trasgresión de la incomunicabilidad de géneros que había postulado Aristóteles, de resultados excepcionales. La rigurosidad del clima, que yo mismo pude experimentar, consumiría sus ya de por sí debilitadas fuerzas, pues bien es sabido que el legendario Descartes, desde niño, había tenido una salud extremadamente frágil. Los generosos jesuitas con quienes estudiaba le concedieron permanecer hasta las once de la mañana en la cama, en meditación y estudio, con el fin de no exponerse al frío matutino. Ahora, la reina Cristina, que le había tentado con promesas de pertenecer a su corte, le obligaba a ofrecerle lecciones de filosofía a primera hora, lo que poco a poco minaría la delicada salud de este ilustre galo. Él, que había mantenido una exquisita correspondencia con la soberana sueca, no pudo sino acceder a sus cordiales peticiones de que se desplazase a su corte de Estocolmo.

Al abrir la puerta, percibí que su mirada no era tan penetrante como la de San Anselmo, aunque denotaba una gran inteligencia. Su aspecto demacrado, que tanto cansancio indicaba, no le impidió levantarse para recibirme. Simplemente de pensar que en esos precisos instantes tenía la oportunidad de conocer a uno de los grandes intelectos que han forjado el devenir de la historia humana, mi mente no podía sino deleitarse ante tanta grandeza, al conocer la personificación de uno de los fundamentos mismos del desarrollo sapiencial del hombre. Nos saludamos amistosamente, y aún hoy me sorprende que en esos momentos tratase a Descartes con tanta naturalidad, como si ignorara la fama imperecedera de que gozaría en los siglos venideros. Hoy, cuando admiro su retrato o leo sobre él, no ceso de maravillarme ante la sencillez y la naturalidad que manifestó, cosa que se cabía esperar, ciertamente, de un pensador tan claro y conciso como él.

Tomé asiento cerca de la chimenea de la biblioteca. Estábamos rodeados por cientos de libros, que abarcaban desde la historia hasta la física. Descartes no era un hombre dado a la lectura, pues prefería la acción, el “gran libro del mundo y de la naturaleza” que con tanta maestría interpretó Galileo. Desdeñaba la historia, que ni siquiera le parecía una ciencia, sino más bien una asistemática recopilación de hechos cuyas bases eran cuanto menos dudosas. Triste, ciertamente, que uno de los grandes pensadores no fuese capaz de advertir la primacía de tan hermosa disciplina, y no atisbara en ella un escenario privilegiado para examinar las creaciones ideales del hombre tal y como son efectuadas en la práctica del espacio y del tiempo. Según me dijo, en cuanto llegó a Estocolmo, lo primero que hizo fue examinar los contenidos de la

biblioteca, y se encontró con interesantes manuscritos. Poseían una magnífica edición de las *Disputationes metaphysicae* del ilustre sabio granadino Francisco Suárez.

-¿Qué os parece Suárez? –Me preguntó.

-Uno de los eruditos más grandes de España, y gran defensor de la fe católica, un orgullo para la Compañía. Su filosofía me parece seria y profunda, y su rigurosidad seguirá impresionando a los sabios dentro de siglos. Hemos de recordar que sus *Disputationes* constituyen el primer tratado exclusivo de metafísica, y que, en muchos aspectos, el padre Suárez es precursor de tesis o métodos racionalistas, por ejemplo en el tratamiento de la posibilidad o de los modos del ser.

-Sin duda, estoy muy orgulloso de haber estudiado con los jesuitas, aunque en ocasiones me he sentido traicionado por ellos.

-No penséis eso. Los padres de la Compañía tienen que velar por la ortodoxia de la fe, y los sistemas novedosos como el vuestro, que también encierran muchos problemas e incluso errores, han de ser examinados con meticulosidad, lo que exige tiempo.

-Por supuesto, y lo comprendo. De los jesuitas no sólo aprendí un excelente latín y un profundo conocimiento de los escolásticos y de la teología de la Iglesia, sino que me enseñaron a trabajar en todo para la mayor gloria de Dios, para conciliar razón y fe, así como a sentir aprecio por las disciplinas científicas. Les debo mucho. Pero no puedo comprender su obstinación en seguir una filosofía que yo he superado con creces, y en oponerse con tanta firmeza a las teorías de Copérnico y de Galileo, que ya en mi juventud me hicieron desistir de publicar mi tratado sobre el mundo, temeroso de los juicios de la Inquisición romana.

-Habéis de saber vos que, junto con un pensador francés que nacerá dentro de unos cuarenta y cinco años, y que se hará llamar Voltaire, seréis el alumno más aventajado de los jesuitas.

-¿Seguirán siendo los grandes maestros de almas?

-Por mucho tiempo. Aunque traten de disolver la Orden, ésta será restablecida, y servirá a la Iglesia con toda su fuerza.

-Si os he hecho llamar es para disertar sobre el argumento ontológico. Sé que habéis visitado a San Anselmo en su sede de Canterbury.

-Así es. Acabo de venir de allí. Lo cierto es que ignoro los mecanismos que me han traído hasta aquí.

-No son mecanismos, sino providencias que ningún hombre puede comprender, ni siquiera mis vórtices y mis matematismos.

-Me tranquiliza que un racionalista tan convencido como vos me lo confiese.

-Decidme, ¿se criticará mucho mi versión de la prueba *a priori* de la existencia de Dios?

-Siento decirlo que casi todo el mundo coincidirá en que es inválida, y volverán a remitirse al artífice de la prueba, que es San Anselmo, para examinar el argumento.

-¿De verdad?

-Sí. Habéis de saber que vuestro sistema contiene muchos puntos débiles. Nadie niega vuestra genialidad y vuestra gran originalidad como pensador, pero, por ejemplo, cuando decís que todo depende de la voluntad divina, cometéis un grave error.

-Yo no lo creo. La voluntad de Dios es reflejo de su omnipotente perfección.

-Pero esa perfección no implica que toda la realidad, incluso las verdades eternas, que yo concibo como atributos categóricos que conforman la esencia divina, dependan de su volición. De ser así, que Dios fuese necesario y existiese también dependería de su voluntad; en ese caso, si Dios, por cualquier recóndito supuesto, decidiese no querer ser omnipotente, podría modificar toda la realidad, incluso la esencia misma de todos los actos reales, lo que resulta muy poco verosímil.

-Pero no imposible.

-Pretendo demostraros que también es imposible. En efecto, si todo dependiese de la voluntad divina, Dios mismo dependería de sí mismo y todo se supeditaría a su voluntad. Así, Dios podría modificar la realidad si lo quisiese, aunque ello violase los principios de la lógica y de su misma naturaleza. Siempre se nos ha preguntado si Dios “puede crear una piedra que no pueda levantar”. Diré, sin miedo a equivocarme, que Dios no puede hacer nada que vaya contra la lógica y el orden de la realidad, pues Él mismo, si está subordinado a algo, es al ser, a la realidad. Él es, ante todo, el ser; si quisiese no-ser, no sería Dios, y dejaría de tener la voluntad y el poder necesarios para haber deseado semejante incongruencia.

-Pero entonces restringís la potestad divina.

-Eso es una acusación infundada. Yo no restrinjo nada, sólo delimito conceptos. Que Dios sea omnipotente no significa que incluso su omnipotencia se supedite a su propia voluntad. Del hecho de que vos y yo seamos como somos, se deduce que Dios ha querido, en algún momento, que lo contingente sea como es. Sería imposible que lo contingente llegase a ser necesario, pues incurriríamos en contradicción. Y si Dios deseara cambiar toda la realidad por una especie de capricho infantil, Dios no merecería nuestra alabanza, pues sería un acto irracional. Aquí coincido por completo con un gran filósofo que ya ha nacido en la ciudad alemana de Leipzig, y que realizará grandes aportaciones a la matemática mediante el descubrimiento del cálculo infinitesimal. Con este hallazgo será capaz de calcular la tangente a una curva dada, los máximos y mínimos de una función, la velocidad y aceleración instantáneas y medir el área encerrada bajo curvas.

-Asombroso. Estoy seguro de que Pascal, a quien envidié en su juventud por sus excepcionales prodigios, se halla también cerca de conseguirlo.

-Bastante cerca, sin duda, como en su día habrá de reconocer este hombre, llamado Godofredo Guillermo Leibniz, aunque fue quizás su excesivo apego a lo concreto lo que le impidió alcanzar resultados tan universales, que tantas luces han brindado al hombre sobre la naturaleza de lo finito y de lo infinito.

-¿Y qué otros puntos objetáis a mi sistema?

-No me parece del todo correcta vuestra distinción absoluta entre la cosa extensa y la cosa pensante. Ese dualismo tan marcado os lleva a hablar de la glándula pineal, idea que no puedo compartir, pese a que renombrados sabios se inclinen por una solución parecida a la vuestra, o que el sublime matemático helvético Leonhard Euler, en sus disquisiciones filosóficas, sostenga una posición dualista como la que vos establecisteis siguiendo la senda de Platón.

-Yo concebí esa glándula como un simple mecanismo de explicar la interacción entre cuerpo y alma.

-Algo completamente innecesario. La infinitud del espíritu no puede interactuar con la dimensionalidad de la materia a través de un órgano material. Es inconcebible. A este respecto, pienso que la doctrina aristotélica de la unión substancial entre cuerpo y alma es mucho más acertada...

-Comprended que, en mi tiempo, el escolasticismo se encontraba en franca decadencia, por lo que era necesario reformar la filosofía.

-Sin duda lo entiendo, pero lo bueno de cada filósofo tiene que ser apreciado e incluido en una síntesis universal de la filosofía. No deseo entreteneros con consideraciones generales sobre vuestro sistema, foco de mi más profunda admiración, pues supongo que estoy aquí para hablar sobre el argumento ontológico. Aunque sí os diré que en vuestro sistema universal de las ciencias debería haber prestado más atención a la historia y a la lingüística, y que emprender una duda sistemática y extrema sólo conduce a la afirmación de que el sujeto que duda existe, resultado insuficiente para establecer un sistema universal de filosofía. Al fin y al cabo, se regresa al principio de no-contradicción.

-Buscaba el principio indubitable sobre el que fundar todas las demás verdades.

-Pero habéis de comprender que el cognoscente forma parte de la misma realidad que el conocido. Lo que se predica del conocido puede también predicarse del cognoscente, pues el cognoscente es también objeto del conocimiento de una inteligencia mayor cuya existencia se demostrará; o simplemente de un individuo de su misma naturaleza.

-Entiendo. Pero los sentidos pueden engañarme. Yo, por ejemplo, al acostarme sueño cosas palmariamente falsas.

-¿Cómo lo sabéis?

-Porque no se adecuan a la realidad.

-Pero si dudáis de la propia realidad, no tenéis motivo alguno para dudar de la falsedad de vuestros sueños. Los sentidos, aunque en ocasiones puedan engañar, no muestran la falsedad del objeto, sino la falsedad o propensión al error de la capacidad intelectual del sujeto. Aun admitiendo que las impresiones recibidas fuesen falsas, el hecho de haber recibido esas impresiones falsas podría ser también falso, y se podría dudar de él, y así indefinidamente. Sólo cesaríamos de dudar cuando pretendiésemos, como ya advirtió la mente insigne de San Agustín, dudar de que dudamos, lo cual incurriría en contradicción, y sería por tanto imposible. Entre la infinitud de los posibles cabe imaginar engaños y falsedades, pero también suponer que esas falsedades y esos engaños sean, ellos mismos, falsos.

-¿Qué se puede hacer en ese caso?

-Sólo queda confiar en que la reciprocidad por mí postulada entre las categorías que estructuran la operación intelectual del sujeto y las que definen el objeto baste para proporcionarnos un conocimiento certero y claro.

-Volviendo a la prueba *a priori* de la existencia de Dios, ¿por qué criticáis mi versión?

-He de confesar que la primera vez que leí vuestra versión en el *Discurso del método* y en las *Meditaciones metafísicas*, así como en la réplica a las diferentes objeciones que vuestros contemporáneos os presentaron, me convenció casi instantáneamente. Al contemplar vuestro retrato, suscitasteis mi mayor admiración, por haber conseguido demostrar la existencia del ser divino desde del propio concepto de Dios, y no de la realidad, que en ocasiones, como vos mismo decíais en vuestros escritos, nos induce al engaño. Pero la demostración es imperfecta.

-Decidme pues.

-No probáis que la idea que tenéis de Dios se halle libre de contradicción y no constituya una simple ficción. Al igual que ocurre con vuestros predecesores, el procedimiento es correcto, pues si entendemos por Dios el ser cuyo mayor no se puede concebir, y este ser es posible, entonces existe necesariamente, sin tener que recurrir al concepto de perfección: tan sólo a la idea esencial de Dios, a la que cabe atribuir la perfección.

-Que pruebe la posibilidad lógica de la idea de Dios, decís.

-En eso insistirá Leibniz. Esta deficiencia también es objetable en el ilustre Doctor de la Iglesia cuya inteligencia concibió esta demostración.

-Nada puede impedir que exista un ser omniperfecto, pues es un atributo absoluto.

-Me gustaría saber qué diría mi admirado Leibniz al respecto.

-¿Por qué no se lo preguntáis personalmente?

-¿Es posible?

-Tan posible como la idea de Dios. Acompañadme.

Me guio a través de las galerías palaciegas y me mostró unos carruajes que se disponían a partir. El destino, Hannover.

-Seguramente querríais presentarme a Leibniz, pero en estos momentos debe rondar los tres años de edad.

-Dadle tiempo al tiempo.

III.

Me despedí de mi ilustre anfitrión, quien cerró las puertas del carruaje. De repente, todo se oscureció, y me creí atrapado en el coche de caballos. Nuevamente, la misma sensación de extrañeza, de imposibilidad, de ignorancia, de sumisión al tiempo. Sin embargo, minutos después se abrió la puerta, y me encontré no en las caballerizas del palacio real sueco, sino a las puertas de una gran biblioteca. Supuse al instante que se trataba de la Biblioteca de Hannover. La excitación que me invadía en ese momento es indescriptible, pues sabía que iba a conocer al que siempre he considerado el mayor genio de la historia: Gottfried Wilhelm Leibniz.

Un hombre, que al parecer era su secretario, muy versado en historia, me acompañó a las estancias privadas del filósofo. Quién iba a decir a ese hombre que sería el único en asistir al entierro del sabio tan distinguido a quien por entonces servía. Por lo que me confesó, Leibniz tenía sesenta y nueve años.

-Diciembre de 1715 –dije.

-Exactamente. El barón Leibniz le está esperando.

-Me halaga mucho saberlo.

La biblioteca era inmensa, y la ordenación de los libros obedecía a criterios muy originales ideados por la mente universal de Leibniz. Los decorados barrocos le otorgaban una solemnidad y exquisitez propias de la vieja Europa que tanto admiro. Mucha gente trabajaba allí y consultaba las obras. La estancia privada del director de la biblioteca era amplia y estaba repleta de libros. Sobre su mesa se agolpaban manuscritos inacabados, documentos innumerables y una montaña de cartas.

La correspondencia de Leibniz abarcaba todos los campos del saber e incluía a los eruditos más prestigiosos de su tiempo. Un deseo imbatible que dominó el espíritu poderosísimo de Leibniz toda su vida; una fuerza casi divina, le había llevado a conocer a los eruditos más destacados de su tiempo. Una trascendencia total sobre los esquemas de su siglo... Trabajó con varios sistemas filosóficos al mismo tiempo, se interesó por el pensamiento de los antiguos chinos, por el rescate de los tesoros ocultos entre los textos de los escolásticos, por las causas finales, por la lógica y la matemática que él supo combinar primorosamente, por la teología y la ciencia media, la medicina y la jurisprudencia, la historia de las naciones y la estructura pluralista de la humanidad... Su genio era demasiado vasto como para confinarlo a una única disciplina. ¡Qué poder!, me decía a mí mismo. ¡Qué fuerza!; la del espíritu, la energía de la mente. Lo universal, lo total... Leibniz es la inteligencia; Leibniz es el deseo universal de saber, de descubrirlo todo, de transmitir bondad y verdad, de hallar los principios, los fundamentos y las esencias. Sólo Aristóteles ocupa un lugar tan incomparable en la historia intelectual del hombre. Leibniz... Cada vez que pensaba en él, mi mente se deleitaba en la maravilla del universo y del conocimiento. Cada vez que reflexionaba sobre sus hitos y escritos, no podía sino regocijarme en el Señor, que forjó en él maravillas tan excelsas. Pensar en Leibniz comporta infabilidad; emergen unos deseos tan grandiosos de universalidad que escapan a todo intento de formalización a través de palabras. Las palabras flaquean ante Aristóteles y Leibniz. Sólo la imaginación y la voluntad pueden aprehender tanta sabiduría condensada en estos personajes.

Sin embargo, ahora, a su avanzada edad, Leibniz era ignorado por la mayoría de las sociedades científicas. ¡Si hubiesen apreciado la importancia de este gran alemán! Nadie es profeta en su propia tierra; nada más acertado que la sentencia de Nuestro Señor. Sólo el zar Pedro el Grande continuaba albergando gran admiración por él. Admiración recíproca, pues Leibniz veía en él a un soberano eminente, y esperaba que Rusia jugase un papel especial en el intercambio cultural que sólo su universal y cósmica mente pudo advertir, en el contacto entre Occidente y Oriente, prolegómeno de una integración de saberes y de un crisol de culturas. Leibniz se encontraba muy ocupado contestando a las tesis del británico Clarke sobre la naturaleza absoluta o relativa del espacio y del tiempo. El teólogo inglés actuaba, en realidad, como el portavoz de Sir Isaac Newton, defensor por tanto de una *actio in distans* que Leibniz no podía concebir. Se le veía fatigado por tanta actividad, y la polémica sobre la prioridad del descubrimiento del cálculo había sumido su espíritu en una profunda depresión. Su etapa de fecundidad intelectual llegaba al ocaso.

-Os esperaba. Gracias por venir.

-Me complace mucho conoceros, Excelencia. Siento infinita admiración por vos.

-Cuando alguien lee los trabajos de sabios como Arquímedes o Proclo, siente menos admiración por las humildes contribuciones que yo he realizado al saber humano. Queréis interrogarme sobre la prueba *a priori* de la existencia del ser supremo.

-En efecto. He estado dialogando con el arzobispo de Canterbury y con René Descartes.

-Mentes insignes, sin duda.

-Les he informado sobre vuestra opinión de que es necesario probar que Dios es posible.

-Os lo agradezco. En la extensa correspondencia que mantuve con Eckhart, él intentó probar que Dios es posible, pero sus argumentaciones no me convencieron, y concluimos tal y como empezamos.

-El problema es más grande de lo que se piensa, y me sorprende que dedicaseis gran atención a hacer notar a los filósofos la necesidad de probar que Dios es posible, aunque vos mismo no resolvieseis el problema adecuadamente. Vuestro escrito *Quod ens perfectissimum existit...*

-Que, por cierto, escribí en París. La capital francesa me inspiró en todos los ámbitos del saber humano.

-... y el párrafo 45 de *Monadología* parecen ser vuestros únicos escritos al respecto.

-Quería sintetizar la solución de esta manera: “nada puede impedir la posibilidad de lo que no supone ningún límite, ninguna negación y por lo tanto ninguna contradicción”.

-Supongo que queréis decir que, al no ser Dios negación alguna, sino la afirmación absoluta del ser, no cabe contradicción imaginable, porque lo contradictorio es aquello que se niega mutuamente con algo, y es por tanto imposible. Pero Dios es absolutamente positivo, o absolutamente perfecto, y en consecuencia el concepto de negación no es aplicable a Él. Así pues, si no hay nada que niegue, sino que todo afirma, no puede existir contradicción alguna: la afirmación infinita no se ve impedida.

-Sin embargo, debéis saber que la negación presenta numerosos problemas. Se puede decir que el bien es la negación del mal o que el mal es la negación del bien, y ambas son lógicamente correctas.

-Por ello, yo insisto en lo imperioso de probar que un no-ser absoluto es imposible. El no-ser no-es no-absoluto. Pero el no-ser sólo procede por negación, y de él nunca se puede afirmar el ser, por mucho que lo neguemos. Sin embargo, del ser se puede afirmar el no-ser mediante la negación del ser. Por ello, es más perfecto.

-¿Por qué hay Dios? Obviamente, porque hay efectos, y es por tanto necesario que exista un ser que posea la razón suficiente de su existencia. Pero supongamos, por un momento, que no hubiese efectos.

-Entonces, yo alegraría lo siguiente: ¿sería necesaria la existencia de Dios? Si lo es cuando hay efectos, también lo ha de ser aunque no los haya, porque la necesidad se predica de un mismo sujeto, y ese sujeto ha de ser independiente de los complementos circunstanciales que de él se prediquen. Mientras examinaba la posibilidad de demostrar la existencia de Dios *a priori*, me percaté de que no valía sólo con probar que la idea de Dios era posible o no-contradictoria, sino que también se había de analizar si es concebible un no-ser absoluto o, en otras palabras, si cabría imaginar que no hubiese habido “algo”, sino que, en vez de existir Dios (y por tanto sus efectos), sólo hubiese nada.

-Volvemos, así pues, al problema inicial de la metafísica, tratado por Heráclito y por Parménides.

-En efecto. Este último dijo que “el ser es, y el no-ser no es”, afirmación que Aristóteles completaría, décadas más tarde, esgrimiendo que el “ser es de diversos modos”. Pero la primera distinción metafísica alude al ser y al no-ser. Ser es aquello que posee una esencia. La nada no existe: la nada no es. El no-ser no-es no-absoluto. Sólo se puede proceder por negación. Pero si el no-ser no-es, entonces el ser es. El no-ser es el opuesto del ser. Si el no-ser no es, el ser es. Si hay algo que no es, debe haber algo que sea. El no-ser es más imperfecto que el ser, porque del no-ser nunca se puede deducir el ser (por mucho que lo negásemos, sería como tratar de encontrar la raíz cuadrada de un número negativo: es imposible, o solamente imaginario). Pero del ser, por negación, se puede llegar al no-ser. A partir de estas consideraciones, concluí que sí es posible demostrar la existencia de Dios mediante el argumento *a priori* de San Anselmo.

-Esta prueba es para mí la más sublime y elegante, la que manifiesta mayor grado de inteligencia.

-Con respecto al no-ser; me veo obligado a sostener que el no-ser no-es no-posible; no-es no-absoluto. Nada se puede afirmar de él. La negación constituye una limitación, pues el no-ser sólo puede llegar a ser en virtud de la acción de un ser. El no-ser no-es no-real: pero el ser puede dejar de existir; puede dejar de ser posible y convertirse en imposible. Lo no-posible no-es no-posible: lo imposible opera a través de la negación. Pero lo posible no es sólo la negación de lo imposible, porque lo imposible no-es no-posible. No importa cuántas veces intentemos negar el no-ser: no podremos afirmar el ser. Si queremos decir: no(no-ser no-es no-perfecto), luego no-no-ser no-no-es no-no-posible, hemos de negar esta negación: no-[no(no-ser no-es no-posible)]. Pues para negar una cierta negación, tenemos que negar esa negación de otra negación: negar una negación implica negar esa negación de la negación previa; de lo contrario, afirmaríamos el no-ser. El no-ser es la privación ontológica del ser; la realidad es la perfección de la posibilidad. El no-ser que no-es no-posible y no-real no es tan completo como sería si dijésemos que el no-ser no-es no-posible, dado que extiende su limitación

a la esfera de la no-realidad, no sólo a la de la no-posibilidad. Si Dios es el pensamiento máximo, es por tanto el posible más alto. Hay muchos juicios potenciativos que se derivan de juicios realitivos: son reales y posibles. Así pues, Dios es el más elevado de entre algunos posibles que también son reales. Dios es el máximo de entre esos reales. Hemos de concluir que Dios no sólo es real en nuestro intelecto (Él es posible), sino que también lo es en la realidad (Él es real), pues los grados de realidad dependen de los grados de perfección. En efecto: una perfección es un acto positivo. Entiendo por positivo lo que acerca el sujeto hacia la compleción de su ser. Lo negativo lo aleja de su compleción: disminuye su realidad. Lo positivo asciende, pues aumenta el grado de realidad de un cierto ser. Ahora bien, un ser más perfecto es más real que un ser menos perfecto. Como por Dios se entiende lo total, lo perfecto y máximo entre los posibles, se sigue que, al ser más alto que algunos reales y al ser el máximo entre los posibles, es el más alto entre los reales (tenemos que universalizar lo particular). Y esta elevación expresa su naturaleza: Dios es perfecto, pues posee el acto positivo más elevado. No es posible que el ser total, supremo y perfecto sólo exista como un pensamiento posible, en vez de hacerlo como una realidad.

-Entonces –dijo Leibniz- la respuesta será que el ser es mucho más perfecto, complejo y estable que el no-ser, y en la naturaleza todo tiende a la estabilidad. Todo es orden, armonía, el mejor de los mundos posibles...

-Sabed que entiendo perfectamente el carácter lógico y racional de vuestro afamado optimismo, que será contradicho por el pesimismo radical de Schopenhauer, o simplemente caricaturizado y convertido en objeto de impías e inclementes sátiras por el gran literato francés Voltaire, hombre de una inteligencia asombrosa, uno de los espíritus más destacados de Occidente, dominador de todo un siglo de pensamiento y de acción: una de las luces que ilustraron el espíritu europeo. En su novela *Cándido*, que yo tuve el placer de leer, deleitado con la exquisitez de su prosa, habla de un noble germano de Westfalia, docente de metafísica, cosmología o lo que él denomina “bobería”, que, pese a catástrofes tan implacables como el terremoto que devastará la ciudad de Lisboa en 1755, diserta sobre el carácter óptimo de nuestro mundo, valiéndose de abstrusos conceptos metafísicos ideados por vos, como el de “razón suficiente”.

-Triste, verdaderamente triste, que algo que me costó tantos años de trabajo y tantas energías intelectuales, teorías que concebí para contemplar la grandeza de Dios, quien siempre ha de ser alabado, termine por alimentar a insaciables e inmisericordes literatos. Me recuerda de algún modo a Pierre Bayle.

-Comparación acertada, os lo aseguro. Os interesará saber que en mi tiempo se ha descubierto que todo tiende a la estabilidad energética. Además, vuestra ley de la continuidad, *Natura non facit saltus*, influirá en autores tan prestigiosos como el mismísimo Charles Darwin, artífice principal de la teoría de la evolución biológica.

-¿Evolución biológica decís?

-En efecto: las especies no permanecen inalterables tal y como fueron creadas, sino que son fruto de una evolución continua de la naturaleza. ¡Concepto sobre el que podríamos realizar infinitas reflexiones! Estuvisteis tan cerca de él... El dinamismo que atribuisteis a la materia, a la fuerza viva, a los cambios y las modificaciones, a las mónadas... ¡Cómo no advertir que la noción clave era *evolvere*, ascender, tender hacia la perfección...!

-Vuestras ideas resultan interesantes, sin duda. Ver el futuro... Es lo único que mi espíritu, que tanto ha conocido, aprendido, leído, visto y pensado, podría aún desear. He disfrutado mucho con esta conversación, bálsamo para estos momentos tan desgraciados para mí.

-Comprendo que os sentáis ignorado. Sé que el elector de Hannover, Jorge, ha sucedido a la Reina Ana de Inglaterra como Jorge I, y que ni siquiera os ha invitado a la coronación.

-Me habría gustado mucho acudir a Westminster, especialmente si Su Majestad el Duque de Brunswick hubiese aceptado nombrarme Historiador Real de Inglaterra.

-¿Habéis concluido ya los *Annales Bruniacenses*?

-Esta obra ingente es para mí una piedra como la de Sísifo. Para mí, la Historia de la Casa Brunswick constituye una pesada carga.

-Que sin duda restringe vuestra mente universal. Desde que Nuestro Señor dijera que nadie es profeta en su propia tierra, me atrevo a decir que ningún genio auténtico ha sido reconocido cabalmente por sus contemporáneos. Sabed que vuestra fama será imperecedera, y que vuestra influencia será grande en lógica matemática, metafísica, matemáticas, derecho, historia, física y geología. Por no hablar de vuestro influjo en la historia intelectual del hombre, en el desarrollo del saber en cuanto tal.

-¿Y qué me decís de mis proyectos políticos?

-La conquista de Egipto que propusisteis a Luis XIV-aunque él nunca os recibiese-, para distraer su atención de Holanda y de la Europa central será emprendida por Napoleón I, de apellido Bonaparte, militar de importancia comparable a Alejandro y César, de genio descomunal, con gran resultado en el plano científico. Pues aunque Napoleón sólo logrará ocupar Egipto tres años, y las tropas francesas habrán de capitular ante las británicas en Alejandría, el valor científico de la expedición será inmenso. Se descubrirá la llave para leer la escritura jeroglífica y, por tanto, para descubrir las grandezas que nos esconde esa magna civilización.

-Pero yo creía que el venerable jesuita Athanasius Kircher, con quien yo mantuve intercambio epistolar cuando era joven, había conseguido descifrar esa extraña escritura.

-A decir verdad, Kircher sólo acertó al afirmar que la lengua copta procedía del idioma de los antiguos egipcios, pero sus lecturas de los signos jeroglíficos fueron

completamente erradas. Él no reconoció ningún valor fonético en los signos. Al olvidar esa dualidad ideográfica y fonética, cometió graves errores. Mucha gente ha aprovechado este hecho para efectuar críticas y sátiras incluso peores que las de Voltaire, pero ignoran que Kircher careció de una Piedra de Rosetta como la que examinó Jean François Champollion, y que este jesuita, inteligencia del todo universal, se basó en fuentes de tipo hermético y neoplatónico, como Horaplo y los escritores renacentistas, quienes defendían una aproximación simbólica a la escritura jeroglífica de los antiguos egipcios.

-¿Y qué me decís sobre la Unión de las Iglesias?

-Siento decir que no se habrá logrado, al menos en mi tiempo. Católicos y luteranos llegarán a un acuerdo sobre la doctrina de la justificación el mismo día del aniversario de la colocación de las noventa y cinco tesis en Wittemberg del año 1999, pero la unión total no se alcanzará, ni siquiera entre luteranos y calvinistas. Sin embargo, los progresos ecuménicos serán muy notables, y cada vez nos encontraremos más cerca de la unión definitiva entre católicos y ortodoxos, e incluso entre católicos y anglicanos. No lo descarto.

-Yo trabajé tanto por ella...

-Lo sé, y los sabios futuros serán conscientes de ello. Habremos de rezar mucho para que esa ansiada unión, también deseada por Cristo en la oración en el huerto de Getsemaní, se realice para la mayor gloria de Dios.

-Así lo espero.

-Un filósofo llamado Nietzsche afirmará sentirse dotado de tanta fuerza como para dividir la historia de la humanidad en dos: yo estoy convencido de que vos habéis sentido tanta fuerza como para integrarla.

-Ésa ha sido mi verdadera y única pretensión...

-Os agrada saber que la importancia que conferisteis al concepto de “fuerza viva” será muy útil en física. Vuestra fórmula para la energía cinética será más correcta que la propuesta por Descartes. Además, se demostrará que no plagiasteis el cálculo infinitesimal, sino que lo descubristeis independientemente, aunque algunos años más tarde que Newton. Os interesará también conocer que un inglés llamado Andrew Wiles será capaz de demostrar la validez del teorema de Fermat.

-¿Qué la suma de dos enteros elevados a un mismo exponente mayor que 2 no es nunca igual a un entero elevado al mismo exponente?

-En efecto. Sin embargo, siento decir que el hebreo no es la lengua más antigua...

-¿Cuál lo es entonces?

-Se ignora, y la Sociedad Lingüística de París, a la que tengo el honor de pertenecer, prohibirá en el siglo XIX que se publiquen más artículos sobre el asunto, ante las riadas de teorías y de artículos carentes de evidencias que llegaban a esta institución. También he de comentaros que vuestras teorías metafísicas no sólo serán atacadas, con poderosísimas municiones, por Immanuel Kant, sino que, como os dije anteriormente, vuestra idea de nuestro mundo como el mejor de los mundos posibles será insaciablemente criticada, aunque siempre observada y estudiada con interés.

-Argumenté del siguiente modo: si Dios es absolutamente racional, como por concepto se puede deducir, todo cuanto obre debe tener alguna razón suficiente que dé cuenta de su racionalidad y de su majestad; por tanto, de entre los muchos mundos posibles que podría haber escogido, si ha elegido uno en concreto, el ser supremo ha tenido que poseer alguna razón en especial que lo inclinase hacia tal propuesta. Una elección irracional o azarosa me resulta inaceptable.

-De la necesidad de Dios no podéis deducir la necesidad de sus acciones. Puede que Dios haya deseado elegir este mundo, incluso aunque subsistan mundos mejores. La necesidad es un concepto categórico que sólo puede aplicarse a Dios. Decir que éste es el mejor de los mundos posibles equivale a tentar a Dios y a hacerlo depender de unos razonamientos erróneos.

-De eso trata mi correspondencia con Clarke. Pero ahora me hallo inmerso en la redacción de la Historia de la Casa Brunswick. He buscado manuscritos en la biblioteca y los he catalogado meticulosamente. Me fascina la organización de libros. También atiendo la correspondencia con centenares de eruditos, a razón de varias cartas por día, y escribo algún documento o algún artículo para las *Acta Eruditorum* que yo mismo he contribuido a fundar.

-Las cuestiones matemáticas, por lo que he oído, las tratáis durante los viajes.

-Es la mejor manera de no perder el tiempo. Como no se puede escribir mientras uno se desplaza por estos viejos caminos, peores que las calzadas romanas, me dedico a cuestiones matemáticas. No tengo tiempo suficiente para escribir obras de gran magnitud, a excepción de la Historia de la Casa Brunswick, que me ha sido impuesta como una pesada losa.

-Y en la que, por cierto, habéis conseguido demostrar su parentesco con la Casa de Este.

-Así es. Disfruto especialmente escribiendo cartas. Se trata de la única forma posible de expresar las numerosas ideas que se me ocurren en casi todas las ramas del saber, y que por sí mismas no constituyen un libro. “No desprecio casi nada”, todo me gusta.

-Vuestro genio es universal, como el de Aristóteles, Leonardo da Vinci, Descartes o, en décadas venideras, Goethe. ¿Qué profesión os ilusionaría desempeñar si volviéseis a nacer?

-Biólogo. Conocí a Leewenhoek cuando viajé a Holanda, tras regresar de París, y el microscopio que él había confeccionado me impresionó notablemente.

-Habéis de saber que Robert Hooke, enemigo de Newton, pues dice haber encontrado la ley del inverso del cuadrado de la distancia antes que el autor de los *Principia*, ha descubierto unas estructuras elementales de los seres vivos. Por su aspecto las ha denominado “células”:

-¿Células?

-Sí.

-Decidme, ¿son correctas las teorías de Newton?

-Para los fenómenos macroscópicos funcionan a la perfección sus tres leyes del movimiento, pero en los fenómenos microscópicos, como en la física atómica, fallan.

-¿También la tercera ley?

-No. La tercera ley de Newton no ha podido ser desmentida por ningún experimento, al menos en mi tiempo. Sin embargo, sus ideas sobre el espacio y el tiempo absolutos serán revisadas por Ernst Mach, y un gran genio, de apellido Einstein, trasladará el absoluto al valor invariante de la velocidad de la luz: los marcos de referencia son incontables, pero en todos ellos prima una constante, una velocidad máxima que todos han de percibir con el mismo valor: la de la luz.

-Al fin y al cabo, lo que vemos, lo vemos por la luz.

-El universo conocido es el universo con luz. La luz reina en el cosmos. También os interesará saber que un monje de nombre Gregor y apellido Mendel descubrirá las leyes que rigen la herencia de los caracteres genéticos. Y sin ánimo de avasallaros con todas estas ideas innovadoras que tardarán siglos en asentarse en la mente, me sentiría incómodo si os ocultara que el hombre creará la lógica matemática y simbólica, cuya formulación no sólo opera con silogismos.

-¡Magnífico! ¡Cuánto y cuán bellamente avanzará la ciencia!

-Pero no todo serán dichas para el hombre: las guerras no terminarán, y advendrán matanzas horribles y conflictos de una crueldad inimaginable entre las razas y las civilizaciones. La ciencia será utilizada como instrumento del mal, y no sólo del bien. Y ante un mundo cada vez más homogéneo, muchos optarán por encerrarse sobre sí mismos, en lugar de trascender el contexto desde el contexto...

-Como hicieron nuestros clásicos. Aristóteles, Eurípides, Sófocles, Salustio, Tito Livio, César, Cervantes, Shakespeare... Fueron capaces de transmitir a las generaciones venideras ideales de universalidad. Plasmaron en sus escritos las cuestiones fundamentales que siempre maravillarán a la mente humana, sin verse obligados a abandonar el contexto, el espacio y el tiempo en que actuaron y pensaron. Más bien, fue

este contexto lo que les estimuló e inspiró a producir semejantes prodigios literarios e intelectuales, perennes sin duda, que siempre serán sugestivos para todo hombre, para toda criatura racional.

-Los clásicos, sí... Lo permanente, lo inmutable, las estructuras que no cambian, las esencias que Husserl, un filósofo de mi tiempo, se afanó en hallar mediante su método fenomenológico.

-No quiero abusar de vuestros conocimientos. No sería justo, y yo he dedicado mucho tiempo al tema de la justicia. Por eso creé la “teodicea”, o “justicia divina”.

-Prefiero no entrar en el tema de la presciencia divina y de la libertad humana, de los futuribles y de la omnisciencia de Dios. Sería demasiado extenso. Habría que contraponer las tesis de los molinistas, la *via media*, con la premoción física del dominico Domingo Báñez. Seréis recordado como uno de los lectores más eminentes de Suárez y los conimbricenses.

-Me complace mucho que se me considere discípulo ilustre de esos grandes sabios: Fonseca, mi contemporáneo Gabriel de Henao, Molina; Manuel de Goes, Cosme de Magallanes, Baltasar Álvares o Sebastián Couto.

-Vuestra defensa de los padres jesuitas destinados a China en la controversia de los ritos merece mi mayor alabanza, ante las injustas acusaciones lanzadas por los dominicos de la Universidad de Santo Tomás en Manila y por los franciscanos. El dictamen sancionado por el prelado Tournon causará una profunda ofensa al emperador K’anshi...

-Me vi en la obligación de hacerlo. Su labor misionera en China era y sigue siendo excepcional. Los conceptos de T’ien, Shang-Ti y Li me parecían tan magníficos y susceptibles de una integración con nuestra filosofía...

-Muchas gracias por todo, Excelencia. Ha sido una conversación memorable.

-Todavía no podéis volver a vuestro tiempo. Os queda un ilustre filósofo a quien visitar.

-Ignoro de quién se trata.

-Yo tampoco, pues supongo que aún no habrá nacido. Pero intuyo que será un auténtico coloso en la filosofía, comparable al Estagirita, y que realizará una revolución de muy alto alcance en esta disciplina.

-¿Semejante a Copérnico?

-Puede ser. Tendréis el honor de comprobarlo por vos mismo.

-Si su revolución es de grado semejante a la de Copérnico en física, su nombre será Immanuel, “Dios con nosotros”, como se dice en el Libro de Isaías, y su apellido, Kant. Será hijo de un guarnicionero. Nacerá en Königsberg.

-En la Prusia Oriental.

-Sí. Enseñará lógica y metafísica, y escribirá tres críticas que responderán a las tres preguntas fundamentales de la filosofía: ¿qué puedo saber?, ¿qué puedo hacer?, ¿qué puedo esperar?

-Tres preguntas que yo me he afanado en responder, pero que me parecen teñidas del hondo de los misterios...

-Por cierto, comparto vuestra admiración por Santa Teresa de Ávila, expresada en el *Discurso de Metafísica*.

-Hacéis bien. Su elevado espíritu la llevó a advertir que el alma debe pensar como si no hubiera más que Dios y ella en el mundo.

-¿Qué es lo más importante, Excelencia?

-El gozo de admirar al Hijo de Dios encarnado para reconciliarlo todo con el Padre en la plenitud de la historia, la alegría de ser consciente de que “tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo Unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3,16), nos induce a meditar sobre la grandeza del hombre. El amor de Dios por el hombre desborda todas las expectativas, pues es un amor total; es Dios mismo, que es amor, quien decide, por su suprema voluntad, compartir la naturaleza humana en todo menos en el pecado, como perfecto hombre y perfecto Dios.

-Y el mensaje que Dios manifiesta al propio hombre es tan sublime que nos descubre los secretos del Reino de los cielos, de la eterna bondad.

-Unos secretos que Dios ha mostrado a la gente sencilla, a los limpios de corazón, que son los únicos capaces de aceptarlo. La Encarnación del Hijo de Dios constituye el acto amoroso más noble que se podría concebir. La obediencia de Jesús al Padre es tan absoluta que nos invita a una absoluta dedicación al servicio de la verdad que Él nos ha revelado. Y ese servicio reside en el cumplimiento de la voluntad del Padre, porque “Dios quiere que todos los hombres sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad” (1Tm 2,4).

-La humillación del Hijo lo enaltece y lo glorifica, en virtud de su total entrega y sumisión a los inefables e inescrutables designios del Padre, que se justificó ante todos los hombres, ante todos sus sufrimientos y dolores, y sacrificó al cordero expiatorio en el Calvario, para que por los méritos de su Pasión fuésemos partícipes de su santidad y dignos de alcanzar la salvación eterna.

-Una salvación que nos libera de la imperfección del mal.

-¡Ahora comprendo por qué dijisteis en vuestras cartas que siempre que comenzabais como filósofo, acababais como teólogo! ¡Todo conduce a Dios! ¡Todo nos muestra su inmensa gloria, la manifestación de su esencia a las criaturas!

-Así lo pienso yo. Optimismo, esperanza, confianza en Dios.

IV.

Se levantó de la silla y se despidió. Era de estatura media y ancho de hombros. Poseía una mirada penetrante. De refinado comportamiento y elegante actitud, Leibniz superó todas mis expectativas. Él era un monumento a la razón humana. En la pared trasera de su biblioteca personal había una galería que conducía al exterior. Abrió la puerta y me deseó suerte. Al perderle de vista, me di cuenta de que uno de los sueños más grandes de mi vida se acababa de hacer realidad. Pero de nuevo se impusieron la oscuridad, la nesciencia y la incertidumbre, mas enseguida reapareció la luz. Tan pronto como pude abrir los ojos advertí que me encontraba en una ciudad diferente a Hannover. Era Königsberg, y por mí mismo comprobé que el desafío planteado por los ciudadanos de esta bella ciudad europea al gran genio helvético Leonhard Euler (quien, según cuenta la leyenda, pretendió demostrar la existencia de Dios con una fórmula matemática al enciclopedista Diderot en la Corte de Catalina la Grande de Rusia) era imposible: no cabe planear un viaje a través de los siete puentes sobre el río Pregel sin tener que atravesar cualquiera de los puentes más de una vez, pues hay cuatro masas de tierra y un número impar de puentes.

Me dirigí hacia la Universidad de Königsberg. En la recepción me reconocieron y me acompañaron cortésmente hasta el despacho del Profesor Kant. Aunque Kant ya se había jubilado por su avanzada edad, acudía puntualmente a su despacho para trabajar. Al entrar, me encontré con un retrato de Rousseau en la pared, el único que el filósofo albergaba en su lugar de trabajo. Un hombre menudo, con una cabeza de gran tamaño, nervioso e inquieto, se levantó a saludarme. Su meticulosidad se apreciaba en el orden reinante en sus papeles y libros, fenómeno que contrastaba con la anarquía predominante en las estancias de Leibniz, reflejo de la implacable universalidad de su mente.

-Las seis en punto. Llegáis a tiempo.

-Siento decirlo, profesor Kant, que mi reloj no marca en punto todavía, sino menos un minuto.

-¡Vaya! ¡No queráis ser más puntual que yo!

- En absoluto, vuestra puntualidad es legendaria.
- Deseáis hablar sobre...
- Sobre lo que habéis llamado “argumento ontológico”.
- Interesante. Espero que estéis dispuesto a oír mis críticas.
- Y vos a escuchar mis contra-rélicas. Para empezar, os diré que he podido hablar con el artífice del argumento, San Anselmo, y con los dos filósofos racionalistas más importantes.
- Descartes y Leibniz.
- En efecto. Vuestra crítica se basa más bien en las variantes del argumento de los siglos XVII y XVIII, pero deberíais haber acudido a la versión original de la prueba.
- No lo he considerado necesario. Mi crítica es igualmente válida.
- Un ilustre filósofo que ahora debe de frisar en los treinta y tres años, apellidado Hegel, alegará que vuestra crítica, pese a haberse considerado casi definitiva, no resta validez al argumento anselmiano. Para comenzar, critico todos los idealismos absolutos y teóricos, así como los realismos ingenuos.
- Decidme en qué consiste exactamente vuestra objeción.
- Al ser objeto, el ser humano es predicado según las categorías (huella ontológica); como cognoscente, aplica las categorías. Las categorías poseen esa dualidad entre sujeto y objeto, pues son los elementos esenciales de los actos intelectuales, que remiten a una sola realidad. El idealismo absoluto no es compatible con la objetividad científica, y su error se puede probar mediante fundamentos de carácter filosófico. Pues, en efecto, el cognoscente, que forma parte de la realidad, pretende conocer algo que es independiente de él. De lo contrario, no se habría esforzado siquiera en conocer ese algo, si no hubiese tenido la certeza de que, para llegar a conocer un cierto objeto, era necesario que su entendimiento aprehendiese una esencia antes ausente en su intelecto.
- Pero la realidad no es independiente de la mente del cognoscente. Conocemos el fenómeno, no el *nooúmenon*.
- Si la realidad no fuese independiente de la mente del cognoscente, podría pensarse en este recóndito supuesto, ciertamente extremo: que todo lo que fuese posible en su mente se convirtiera en real según su arbitrio.
- ¿Y qué proponéis vos?
- Existe un justo medio entre realismo e idealismo, que se podría denominar categorismo, o teoría de la reciprocidad cognoscitiva entre sujeto y objeto. Esta teoría conjuga la tesis que otorga supremacía a los juicios realitativos con la que se la concede a los juicios potenciales, a los posibles. Pues estoy convencido de que el realismo en

cuanto tal no hace justicia al sujeto, mientras que el idealismo, incluso el trascendental que vos habéis expuesto de manera tan magistral y loable, tampoco es capaz de conjugar la interacción entre el sujeto y el objeto. Hegel, cuya influencia, podéis estar seguro, marcará el desarrollo posterior de la historia de la filosofía occidental, se propondrá superar los opuestos, la tesis y la antítesis, en una síntesis. Esta estructura triádica domina su excelso sistema, un edificio asombroso, objeto de la admiración de sus contemporáneos, que sin embargo recibirá enormes críticas. Un pensador danés, Kierkegaard, afirmará que en ese palacio sublime y fabuloso construido por Hegel nadie podría habitar, pues es fruto de la imaginación y de la especulación, y no guarda ninguna conexión con la realidad. Mi deseo, profesor, es integrar, dialogar con las culturas orientales y occidentales, venerar la historia y alabar al hombre, conversar con las ancestrales tradiciones de los *Vedas* y de los *Upanisad*, con los textos de Confucio y de los demás sabios chinos, con sus conceptos de T'ien, Shang-Ti y Li que Leibniz comprendió con excepcional brillantez; analizar las teorías cosmológicas y científicas que maravillarán a mi mundo, ampliar y reformar la teología inspirándome en la gran síntesis que Santo Tomás de Aquino realizó hace siglos, y que parece clamar por cubrir las teorías filosóficas y científicas más actuales. Considero que todo pensamiento posee un valor intrínseco, y de haber vivido en mi tiempo, os habría sorprendido la extrema complejidad que el simple hecho de pensar lleva implícita. Y por ello creo que toda persona que haya meditado y se haya esforzado en comprender la grandeza del cosmos merece admiración y atención. Sus reflexiones son dignas de integrarse en un sistema trascendental que no sucumba al mero eclecticismo, sino que esboce una integración desde principios robustos. Y aquí aludo directamente a un concepto, el de “superforma”, que ciertamente habrá de constituir el centro teórico de este sistema y de una posible integración entre la teología, la ciencia moderna, la filosofía moderna y el pensamiento de las vastas tierras de India y China, como forma de contemplar la magnificencia del ser supremo. Un sistema que se asemeja a una esfera, donde el centro es el ser supremo y el radio es la superforma.

-Albergo serias dudas sobre vuestro sistema, aunque no puedo negar que posee un gran interés. Tened también en cuenta que yo me separé de la vieja metafísica por su incapacidad de proporcionar juicios sintéticos *a priori*, esto es, conocimientos auténticamente nuevos a partir de meros conceptos, como aparentaban haber conseguido esos dogmáticos filósofos de la escuela de Leibniz y Wolff. Pero si regresamos al tema del argumento ontológico, si negamos a la vez sujeto y predicado, no existe contradicción. El concepto de ser absolutamente necesario es puramente racional, una mera idea.

-Que no es contradictoria.

-Decir que Dios es algo cuyo no-ser es imposible no añade nada. La necesidad absoluta de los juicios no es una necesidad absoluta de las cosas.

-¿Acaso decís que no existe reciprocidad entre la idea como pensada y la idea como realizada?

-No necesariamente. Si en un juicio de identidad elimino al mismo tiempo sujeto y predicado, no puede haber contradicción. Si afirmo que la suma de los ángulos de un triángulo es igual a ciento ochenta grados...

-En geometría euclídea, añadiría yo-

-... y niego el predicado, a saber, que tiene tres ángulos, incurro en contradicción, pues al negar el predicado de un juicio analítico, niego el propio concepto que es sujeto de ese juicio analítico. Los juicios analíticos se caracterizan por ser explicativos o intensivos, de identidad; pero si los niego ambos, no existe tal contradicción.

-Entiendo. Pero San Anselmo no se perdió por esos derroteros lógicos. Para él, Dios es el único ser cuya existencia puede ser demostrada necesariamente. El argumento ontológico sólo es válido en el caso de Dios.

-Con esos artilugios no conseguís nada. Si se piensa en algo desde el punto de vista exclusivo de la posibilidad, y se introduce el concepto de existencia, decidme, ¿es sintética o analítica la proposición que afirma que algo existe?

-Sintética, porque afirma que la esencia posible es actual.

-Entonces, si suprimo el predicado “existe”, no incurro en contradicción.

-Excepto en Dios.

-¿Qué privilegio ostenta Dios?

-Que al existir como posible, y no poderse pensar nada mayor que Él, incurriríamos en contradicción si sostuviéramos que Dios sólo es posible, pues cabría pensar en algo mayor, por ejemplo en una entidad que fuese real y no sólo posible. Es la entraña del argumento anselmiano, no del cartesiano.

-Ser no es un predicado real, es “simplemente la posición de una cosa o de ciertas determinaciones de sí”, que relaciona sujeto y predicado, como digo en mi *Crítica de la razón pura*.

-Entiendo lo que decís: “lo real no contiene más que lo posible”. Pero, evidentemente, si yo tengo cien táleros reales, tengo algo más que cien táleros posibles. Pretenderéis hacerme caer en una contradicción porque antes he afirmado que la existencia es un predicado de orden sintético. Y lo reafirmo. Esta convicción otorga mayor validez a la prueba ontológica, pero según la formuló San Anselmo. Porque, en efecto, si la existencia comporta algo más que el propio análisis *a priori* del concepto, sostener que Dios existe no es lo mismo que decir “Dios” simplemente. Por lo tanto, si Dios es el ser cuyo mayor no se puede pensar, mas no existe, incurro en contradicción, porque podría concebir algo mayor.

-O no, porque en ese caso no sería concebible que Dios no existiese.

-Pero esta idea es absurda. Implicaría que Dios es inconcebible, lo que es falso. Además, la existencia, como acto de ser, es una perfección del ser; pues lo perfecto es lo real. La existencia representa la base de las perfecciones. Así, si niego la existencia de Dios, le privo de una perfección e incurro en una contradicción sonora. Vuestros cien táleros no prueban nada, porque esas monedas no son ni totales ni absolutas, y no es necesario que existan. De hecho, existen porque fueron concebidos por los creadores de esta moneda germana, al apreciar que eran posibles. Sin embargo, tuvieron que ser fabricados para que llegasen a ser reales. El paso de la posibilidad a la realidad es la aventura más fascinante que puede protagonizar nuestra inteligencia.

-Pero no respondéis a mi crítica: al negar la existencia, porque constituye un predicado sintético, no incurro en contradicción, pues consiste en algo que se deduce por la experiencia, y sobre Dios no cabe experiencia alguna. Por lo tanto, el argumento cartesiano es inválido.

-Reitero que la existencia es un predicado sintético en cuanto que concreción de la perfección suprema predicada de Dios, cuando de Él decimos que es el ser cuyo mayor no se puede pensar. Por tanto, sería contradictorio decir que el ser divino no es perfecto, pues la idea de perfección sí se deduce de su concepto. Es interesante notar que el lazo entre existencia como proposición sintética y perfección, totalidad o esencia divina como proposición analítica de la idea de Dios comparece en la necesidad: si Dios es por concepto total, ha de existir; de lo contrario, no comprendería todas las realidades positivas posibles, cuya base es la existencia. Algo que no existe no puede ser perfecto; sólo puede concebirse su perfección en el plano lógico, pero no en el plano de los reales, en la esfera ontológica.

-Entonces cabría argüir que la perfección de Dios es meramente ideal.

-Con la diferencia de que Dios es, por concepto, total, y si no abarcase los dos planos, no englobaría la totalidad del ser.

-Pero ser no es lo mismo que existir.

-En efecto: ser es existir como mero posible, pero existir es ser con independencia de la mente. Ambos se diferencian en los planos en que operan.

-Negar la existencia no es entonces contradictorio.

-Pero sí lo es negar la totalidad divina. Y esa totalidad implica la pertenencia a ambos planos.

-¿Entonces la existencia es un predicado analítico?

-En absoluto. Afirmar algo, afirmar una perfección por sí sola, no lo es, pero afirmarla supeditada a la totalidad de las perfecciones la hace depender del carácter analítico de esa proposición. Se trata de un privilegio divino, que Dios merece por ser el nexo entre los posibles y los reales, pues Él encarna al ser total. No os equivoquéis por la

contradicción o no contradicción de la negación de los predicados analíticos o sintéticos...

-Lo único que sé es que la versión cartesiana de la prueba *a priori* de la existencia de Dios no es...

-Completamente convincente. En primer lugar, no demuestra que Dios sea posible. Y además, como vos bien decís, atribuye a la existencia un carácter analítico que es erróneo. Pero esa crítica no es válida para la prueba anselmiana, porque San Anselmo no habla de la existencia como un predicado analítico, sino de la totalidad divina como un predicado analítico. Y esta afirmación sí nos aporta un conocimiento sintético: que Dios debe existir porque es total. Volveréis a alegar que la existencia es un predicado analítico, pues se deduce de otro predicado analítico, como lo es la totalidad divina. Pero, respondedme, ¿de quién se puede decir que es total?

-Exclusivamente de Dios.

-Entonces nos encontramos ante el caso de que sólo hay un ser al que cabe atribuir un cierto predicado analítico absoluto. Por lo tanto, sólo habrá un ser de quien se deduzca un predicado absoluto. Y, profesor Kant, para mí los predicados absolutos sólo son vuestras categorías positivas, como la realidad y la necesidad. Si sólo hay un sujeto al que corresponde un predicado analítico, ¿no habrá entonces un predicado sintético que incluya ese mismo predicado analítico pero afirmando su existencia? Al igual que a los cien táleros imaginarios les corresponden cien táleros reales, también sucederá así con la idea de Dios, que es la del ser necesario. Si la idea de Dios se halla libre de contradicción...

-Es decir, si es posible lógicamente

...entonces le podrá corresponder esa misma idea, pero como real.

-Le podrá, como sabiamente decís...

-Pero si a Dios corresponde poderlo todo, entonces también le corresponde poder existir. Os reitero que no pretendo defender la versión cartesiana, sino la anselmiana. Porque, en efecto, no lográis convencerme de que sea imposible demostrar que el ser cuyo mayor no puede pensarse, y que, en virtud de su carácter total, ha de abarcar la totalidad de los planos del ser, como lo absolutamente positivo, no haya de existir imperiosamente. Pero no os molestaré más, pues temo que la discusión alcance un punto muerto...

-Ha sido un placer hablar con vos.

-El placer ha sido mío, profesor Kant. Vuestra influencia en la inteligencia humana será inmensa, colosal, y seréis recordado por las generaciones venideras como uno de los grandes de la historia del pensamiento. Seréis legendario, el prototipo de sabio ilustrado. Y todos apreciarán la brillantez y fecundidad de vuestras contribuciones. Debo irme.

-Debéis volver a vuestro tiempo. Eso sí será un tránsito de la posibilidad a la realidad...

-¡Que sólo es privilegio de Dios!

De inmediato, mi mente quedó suspendida en la más absoluta oscuridad. Pero una nueva luz despuntó sobre esas tinieblas. Cuando desperté, todavía me encontraba recostado sobre la cama.

V.

Los anteriores relatos se refieren al sueño que experimenté durante mi primer viaje a París, después de haber adquirido y leído el manuscrito de Leibniz. Transcurridos unos meses, regresé a la ciudad de la luz, cuya belleza pocas urbes del mundo igualan. Volví a la librería del judío Helvetius, pero comprobé que lo único de interés que podía ofrecerme era un conjunto de cartas autógrafas de Champollion, unas gramáticas de samaritano, pahlavi, sánscrito y armenio que buscaba desde hacía tiempo, así como una magnífica edición de un palimpsesto hallado en Jerusalén en 1906, que contenía una carta de Arquímedes a Eratóstenes, el bibliotecario de Alejandría. También me enseñó unos manuscritos de Julio Verne, en los que figuraba una nueva historia de ciencia ficción sobre la máquina del tiempo, además de unos manuscritos cabalísticos medievales, algunos trabajos de alquimia del siglo XIV y un papiro original del Libro de los Muertos de los antiguos egipcios recientemente traído de Luxor. Tras conversar distendidamente con el librero me dirigí a la Sociedad Lingüística.

Mis colegas me recibieron en el *hall* de la *Société Linguistique de Paris*. Estaban interesados en mis investigaciones en torno al proto-sinaítico y al meroítico. No me creí capaz de contarles lo que había soñado. El motivo de mi visita a tan distinguida institución era asistir a una serie de conferencias sobre el Disco de Festos y las escrituras y lenguas de Creta, asunto al que había consagrado algunos trabajos. Eminentemente profesores de distintas universidades europeas, americanas y asiáticas acudieron a los actos. Tuve la oportunidad de charlar amistosamente con ellos sobre temas de lingüística general, sobre todo de lenguas africanas. Les informé de mis intentos de descifrar el Disco de Festos, pero todos coincidimos en la suma dificultad de la empresa.

Al terminar la jornada, y de camino al hotel, ubicado en las proximidades de las Tullerías, que tantos recuerdos de Napoleón evocaban en mí, me encontré con ese misterioso hombre con quien había topado meses antes en la estación de trenes. Se hospedaba en el mismo establecimiento. Por ello, me propuse saludarle. Cuando le pregunté sobre su profesión, me confesó que era “teodiceísta” o “teólogo natural”.

-Interesante. Os dedicáis, pues, a la teodicea.

-En particular al argumento ontológico.

En ese momento creí que debía informarle del sueño que había tenido y del manuscrito de Leibniz que había descubierto en la tienda del judío Helvetius.

-No es necesario que me lo digáis. Lo sé todo. Os he seguido desde que llegasteis a París –dijo él.

-Pero...

-Ahora es mi turno. Discutiremos sobre el argumento ontológico. Pero antes considero oportuno mencionar la prueba ontológica de Kurt Gödel, que, como bien sabéis fue criticada por Sobel, quien adujo que Gödel presupone la identidad de todos los mundos posibles.

-En efecto.

-Hay muchos mundos posibles. Los mundos posibles son aquéllos que no se contradicen lógicamente; como si yo afirmara que una función $f(x)$ es y no es función de otra $g(x)$ en el mismo instante de tiempo. Eso sería contradictorio, pues nada puede ser y no ser al mismo tiempo.

-Como sostiene el principio metafísico de no contradicción. Aunque la adición “al mismo tiempo” es, como demuestra Kant en la *Crítica de la razón pura*, innecesaria: Kant dice que tal síntesis es descuidada y fútil, porque la frase “es imposible que algo sea y no sea a la vez” es una transición improcedente al orden sintético. En su faceta meramente lógica, formulado en términos absolutos, el principio de no-contradicción no debe constreñirse a circunstancias temporales que tampoco tienen por qué restringir la metafísica.

-Porque el principio de no-contradicción integra y unifica lógica y metafísica.

-Así es. El principio de no-contradicción es interpretado por Kant como una proposición suprema de los juicios analíticos, no de los sintéticos; pero lo fascinante es que esa naturaleza analítica se aplica también a todo fenómeno u operación sintética, por lo que

el principio de no-contradicción es en realidad el criterio supremo del ser, que en el plano sintético incluye la alusión a la condición temporal. Mas permitidme que os pregunte: ¿no podríamos reducirlo todo a un único mundo posible? ¿Sería posible que sólo existiese un mundo posible? Pues si existe Dios, y por tanto es posible, sólo hay un mundo totalmente posible, donde todos los seres posibles constituyen un posible: aquél donde es posible el todo.

-Definís, pues, a Dios como la totalidad de la posibilidad.

-Así es. Si se alzarán dos mundos tal que uno no fuera igual al otro, deberíamos sostener que esos dos mundos posibles no agotarían la totalidad de lo posible, pues, al diferir, uno de ellos no abarcaría la parcela de totalidad de posibles cubierta por el otro. Por definición, sólo puede haber un mundo totalmente posible. Así, extraigo la idea de lo totalmente posible, que es, por concepto, posible. Diré que Dios es la totalidad de la posibilidad y defenderé que lo totalmente posible ha de ser posible también en lo que llamamos real, que es en sí parte del mundo posible cuya esencia engloba el ser. Por tanto, Dios es, al menos en esa parte del mundo posible que llamamos real. Recordemos que es posible fuera de nuestra mente, intelecto que contiene otras partes de ese mundo totalmente posible... De todo ello deduzco que Dios existe.

-Vuestra formulación y vuestro tratamiento de los posibles os acerca, sin duda, mucho más a Leibniz. Pero a mí me interesa conocer la formulación anselmiana, al menos según vuestra interpretación.

-Entonces procederé a exponer el argumento ontológico de forma global. La existencia de Dios se puede probar *a priori* de la siguiente forma:

1) Dios es en mi pensamiento.

-De acuerdo con que habléis en primera persona. Habréis de introducir un matiz, pues lo que es en vuestro pensamiento es la idea de Dios, no Dios.

-Bien. Lo acepto. Pero me concederéis que lo importante es resaltar que Dios es, en forma de idea, en mi intelecto.

-Así es.

- 2) La idea que tengo de Dios no se contradice lógicamente, pues condensa la de totalidad de lo posible, perfección absoluta, cuyo mayor no puede ser pensado.

-¿Con qué idea os quedáis? Sólo si precisáis adecuadamente la idea de Dios podréis demostrar que no es contradictoria.

-Si digo que Dios es la totalidad de la posibilidad, o que simplemente es total, advertiréis que me acerco mucho a San Anselmo, pues Aquél mayor de quien nada puede ser pensado es la totalidad de lo pensado, el pensamiento máximo.

-Como afirmara Aristóteles en un ataque de genialidad, el pensamiento que se piensa a sí mismo, *noeses noeseos*. Comprendo. Sigamos.

- 3) Por tanto, Dios existe como posible

-Debéis probarlo.

-Procedo de este modo: si defino a Dios como la ausencia de límite, no se prueba nada, pues equivaldría a afirmar que el dolor es la ausencia de placer, o el placer la ausencia de dolor. ¿Cuál elegir? Por ello, como expuse a Leibniz, se ha de demostrar que Dios no es la negación de nada, sino lo supremamente afirmativo, y que no es posible que exista una negación o no-ser que goce de carácter supremo. Cuando se pregunta “¿por qué hay entes en vez de nada?”, a mi juicio se busca una explicación de por qué podría no haber existido Dios.

-Por supuesto, si nosotros, efectos suyos, no existiésemos.

-Evidentemente, pero el argumento ontológico no se basa en los efectos, o pretende evitar semejante fundamento.

-De acuerdo con que digáis que Dios existe en la mente como posible...

- 4) Como Dios es total, ha de abarcar la totalidad de los planos del ser, o de lo contrario se podría pensar algo mayor, a saber, un ser idéntico a Él pero existente y no sólo posible.

-Me parece un principio bastante farragoso.

-Puedo simplificarlo diciendo que Dios, el ser posible, existe. De no ser así, podríamos pensar algo mayor: Aquél que no solamente es posible, sino que existe en realidad.

-Llegados a este punto, conviene citar a Santo Tomás de Aquino y a Immanuel Kant, quienes objetarían que habríais conseguido llegar a un ser necesario ideal, pero no real, pues no se puede saltar del plano lógico al ontológico.

-No parecéis haber entendido bien mi demostración, que es esencialmente la formulación de San Anselmo. El ser al que llego es un ser totalmente posible, cuyo mayor no puede ser pensado.

-Corresponde a la idea de vuestro ser perfectísimo poseer idealmente todas las perfecciones, por supuesto la de existir. Pero sólo de modo ideal...

-¿No sería una contradicción pensar que a algo corresponda necesariamente existir, es decir, ser con independencia de mi mente, pero sostener al unísono que sólo pueda existir en cuanto que idea? El salto del orden lógico al ontológico sólo es legítimo cuando estudiamos la idea de Dios, que es la totalidad de la posibilidad, pues algo es perfecto según el grado de realidad que abarca.

-Dios podría ser, simplemente, la idea perfecta.

-Esto es contradictorio, pues la perfección sólo puede predicarse, en grado absoluto, de un ser: sólo hay un ser perfecto. Ahora bien, si este ser se redujera a una idea, a un ente de razón que no existiese con independencia de mi imaginación, tendríamos que reconocer que esa idea cumple todas las perfecciones que corresponden al ser supremamente perfecto, una de las cuales consiste en ser independiente de cualquier realidad, en ser autosuficiente y necesario. Por tanto, queda excluida la posibilidad de que la perfección y la totalidad absolutas se prediquen de forma necesaria de una idea: han de atribuirse a un ser real, actual, porque la existencia es la base, el sustrato de las perfecciones. Responedme: ¿qué perfección real habría si algo no existiese?

-Todas las que quisiéramos, pues podríamos pensar en infinitas posibilidades aplicables a mi idea.

-Pero sólo serían perfecciones posibles, imaginarias o ficticias, nunca reales. Para que lo posible sea posible, y lo real sea real, Dios debe existir.

Él se mostraba dubitativo, y parecía meditar sobre la manera más eficaz de contradecir mis argumentos. Yo intervine para romper el tenso silencio:

-No puedo sino hacer referencia a un libro de Alvin Plantinga, titulado *God and other minds*. Como bien dice este autor, y en oposición a Kant, en el concepto de caballo no hay tantas propiedades como en el caballo real, pues, por ejemplo, no se procede a especificar la altura, aunque sea cierto que ha de tener una altura determinada.

-Interesante. En la idea posible de caballo no hay especificación alguna del grado de sus propiedades. No determina, exactamente, qué grado de posibilidad posee. En el caso de la idea de Dios, podemos afirmar que Dios, como posible, se halla completamente especificado, excepto en el caso del grado total de posibilidad, que sólo se corresponde con el grado total de realidad. Dios, por concepto, es la totalidad de la posibilidad, pero si no fuese real, permaneceríamos en una simple indeterminación, incapaz de confirmar el grado sumo de todos sus grados. Dios como mero posible es, a mi juicio, contradictorio.

-Sin embargo, no podemos negar que somos capaces de hablar sobre cosas inexistentes, como fantasmas o dragones, ejemplos utilizados por el propio Plantinga. Además, la objeción de Broad es irrelevante, pues se limita a afirmar que no se puede comparar categóricamente a existentes y no existentes. Plantinga le responde que tal sentencia es falsa: puedo comparar perfectamente a Hamlet con el auténtico Julio César, aun a sabiendas de que Hamlet es un personaje ficticio del que Shakespeare se valió para transmitirnos sublimes mensajes.

-Os pregunto: ¿es necesario que entre 50 y 55 haya algún número primo, como es el caso de 53?

-La respuesta es difícil. Nos internamos en la complicada cuestión de la necesidad y la contingencia en la matemática. Frege y Russell han defendido el carácter analítico de sus juicios. Otros, como Kant y Poincaré, piensan que los juicios matemáticos son sintéticos *a priori*. Pero creo poder decir que, con el conocimiento de una fórmula...

-Algo que, por el momento, no se ha conseguido. La fórmula de Wilson posee escaso valor práctico a la hora de localizar números primos...

...evidentemente podría asegurar que es necesario que entre 50 y 55 exista un número primo, pues se cumplen las condiciones lógicas que un número primo, para poseer semejante naturaleza, ha de presentar.

-La necesidad, por tanto, se basa en la necesidad de un método -ley, fórmula, sistema...- que la determina. Se rige, así pues, por principios.

-Lo necesario es que haya números. Si definimos un primo como el número para el que $(p-1)!$ es congruente con (-1) en módulo (p) , si en 53 se cumplen los requisitos lógicamente estipulados, podremos hablar de necesidad relativa a ese ámbito de posibilidad.

-Porque la necesidad absoluta sólo corresponde al ser supremo.

-En efecto. Plantinga vuelve a recoger la definición de Dios que ofrece San Anselmo: "*the being than which it is not possible that there be a greater*": "el ser cuyo mayor no es posible".

-Podríamos prolongar nuestra conversación indefinidamente, pero estoy seguro de que vos estaréis ya lo suficientemente ocupado como para dispensarme tanto tiempo...

-No os equivocáis. En cualquier caso, ha sido un inmenso placer disertar con vos sobre cuestiones tan elevadas.

-Eso sí, no cantéis victoria, pues son incontables las críticas y objeciones podría buscar para vuestros razonamientos...

-Pero debéis reconocer que, en el fondo, todas se reducirían a la misma pregunta: ¿es posible trascender del orden lógico al ontológico? Bien sabéis que mi respuesta es

afirmativa en un único caso: el de Dios. Os propongo que escribáis todas vuestras objeciones y que me las enviéis por carta; de este modo, ambos pensaremos mejor nuestros juicios y compondremos razonamientos más ordenados.

-Estoy completamente de acuerdo. Tentado me siento de proponeros discutir sobre otras muchas cuestiones filosóficas, como el alcance de la voluntad de Dios y si su arbitrio puede cambiar las verdades eternas, o la presciencia divina y la libertad humana. Pero las aplazaré...

-Así es, pues hemos abordado la pregunta fundamental de toda ciencia: si existe la verdad suprema, principio y fin de todo cuanto es, y si podemos probarlo mediante la razón, mediante una demostración apriorística, sin recurrir a lo creado.

-Confiemos en Dios: que su gracia camine con nosotros y nos ayude a cumplir la voluntad de Aquél que es camino de salvación, verdad esperanzadora y vida de amor.

VI.

Nos despedimos. Pensé que lo mejor sería pasear por las orillas del Sena para despejar mi mente de sutilezas metafísicas y reparar en lo concreto. Un hombre me preguntó la hora, y yo le respondí que el transfinito matemático ponía de manifiesto que esta ciencia era la disciplina de los posibles, si bien no podía compartir las tesis logicistas de Bertrand Russell, pues la matemática no se subordina a la lógica, sino que su grandeza radica precisamente en establecer un vínculo entre el orden lógico y el orden metafísico. El viandante, sorprendido, insistió, y yo advertí que no había entendido bien la pregunta: -“Las cinco en punto” –le dije, todavía ensimismado.

Decidí entrar en el Museo del Louvre. Quería deleitarme con las maravillas que este hermoso lugar alberga en sus estancias y que ya desde mi infancia me habían sorprendido gratamente: las muestras más exquisitas de la cultura de los antiguos, el refinamiento artístico de los modernos, las joyas de la pintura. Caminar por sus galerías me hacía retroceder a lo clásico, deleitarme con el arte y la cultura, regocijarse mi espíritu en las creaciones del genio humano que a veces pasan inadvertidas. El saber, la cultura, el arte como representación subjetiva de las maravillas del mundo real, con la mayor fidelidad posible que nuestro espíritu siempre está dispuesto a discernir.

Parecía que la Gioconda me sonreía de forma especial, como si manifestase su aprobación. Yo también la miré fijamente, y le dije: “la belleza que te otorgó el genio es una simple muestra de la hermosura que todas las criaturas poseen. Sonríele a la vida, sonríele a la realidad, pues todos te admirarán por tu exquisitez; yo, sin embargo, te

recordaré que tu hermosura se la debes a quien te pintó. ¿Era necesario que existieses? Quizás sí, porque el genio de Leonardo exigía realizarte, plasmar en ti su sentido de lo sublime. Pero ni el mayor de los genios, que es Dios, tiene necesidad de crear. Y ¿no habremos de adorar a Dios, quien, como el mayor de los seres, en un inefable acto de amor, nos ha creado y constituido como hijos suyos, y nos ha entregado a su Unigénito para nuestra salvación? ¡Cuánto me sugieres, Gioconda! Pero no tú, sino aquél que te creó, de nombre Leonardo, cima de las artes humanas”. Afortunadamente la sala no estaba demasiado concurrida, lo que me permitió sentarme delante de esta obra universal y reflexionar sobre su belleza durante casi dos horas. Sólo me quedó tiempo para visitar las estancias de Napoleón III y la sala que acoge el Código de Hammurabi, algunas de cuyas líneas intenté traducir sobre la marcha. La sala de antigüedades egipcias fue mi preferida, pues ninguna civilización me inspira tanto como la egipcia, maestra de las artes. La sala de asiriología me impresionó profundamente. En ella pude poner en práctica mis rudimentarios conocimientos de acadio. Además, guardaba bastantes semejanzas con la del Museo Británico de Londres.

Al dejar el Louvre, caminé hacia el Arco del Triunfo. Desde él disfruté de una excelente vista de la ciudad. Merendé en un elegante café y visité alguna que otra librería (la del *Musée de l'Homme*, por ejemplo, para adquirir algunas obras sobre antropología). París estimulaba mi pensamiento de modo insondable. Pasear por sus calles, observar el río Sena desde los puentes, visitar los museos y las exposiciones en el *Grand Palais*, subir a la Torre Eiffel y contemplar esta maravilla de la ingeniería, pensar que en ella habían residido algunas de las mentes más eximias de la historia...

Se acercaba el crepúsculo cuando regresé al hotel. La cena fue exquisita, y poco después me acosté. Me limité a esperar lo que mis sueños pudieran ofrecerme.

Desperté más bien temprano, y tras leer algunas de las ponencias del congreso de Lingüística, me dirigí a la Embajada Británica, donde había sido invitado a almorzar. La mayoría de los miembros de la Sociedad habían acudido también. Pude, por tanto, intercambiar impresiones con eruditos de distintos países, cosa que siempre me ha complacido. Al terminar, el embajador me enseñó la exquisita biblioteca de tan insigne institución. Albergaba auténticas joyas, como una edición original de la *Description de l'Égypte* elaborada por los sabios de Bonaparte. Mientras admiraba esos tesoros de la inteligencia, recordé que David Hume, el célebre empirista escocés del siglo XVIII, había desempeñado el cargo de secretario de esa misma embajada con el conde de Hertford. Su estancia en París le permitió introducirse en los círculos ilustrados de la capital francesa, donde entabló gran amistad con el mítico Rousseau.

El embajador me acompañó a visitar el despacho donde trabajaba Hume, que aún conservaba parte de su aspecto dieciochesco. Mientras examinaba los libros allí presentes, el embajador se vio obligado a abandonarme, pues se requería de su presencia para despedir a unos invitados. Me quedé, por tanto, solo en el despacho. Recuerdo que me desmayé. De nuevo, me invadió la misma sensación que cuando conversé con San Anselmo, Descartes, Leibniz y Kant. Al despertarme, aparecí en el mismo despacho, sentado frente a un hombre cuyo rostro se asemejaba notablemente al de una figura que me resultaba familiar, dado que su retrato aparecía en los libros de historia de la filosofía: el de David Hume. Estaba absorto en sus escritos, y tardó algunos segundos en advertir mi presencia. Entonces dijo:

-Es para mí un gran honor veros. Ansiaba este encuentro.

-El honor es mío, como vos comprenderéis, pues tendré la oportunidad de conversar con uno de los grandes filósofos occidentales.

-El tema será, me permito suponer, el mal llamado argumento ontológico de la existencia de Dios.

-¿Por qué decís “mal llamado”?

-Porque, en rigor, debería llamarse “argumento lógico”, pues parte de la idea de Dios para demostrar su existencia.

-La denominación “argumento ontológico” se remonta, o en este caso se adelanta, a Immanuel Kant, quien lo llamará así para distinguirlo de las pruebas cosmológicas o *a posteriori*.

-No os preocupéis: no hay otro tema de conversación entre los filósofos que los diálogos que habéis mantenido con San Anselmo, Descartes, Leibniz, Kant y ese enigmático personaje en las cercanías de vuestro hotel. A decir verdad, todos los filósofos están muy interesados en los resultados que puedan obtenerse de vuestras conversaciones. Como entenderéis, lo que se echa en falta en la historia de la filosofía es la discusión cara a cara, autor a autor.

-Me sorprende que supieseis de mis “visitas” a los grandes filósofos...

-Vos dormido, yo despierto, os acompañaba en vuestras visitas a ilustres personajes. Y he podido admirar, o más bien condenar, la vana palabrería a la que todos sucumbís... ¡Cómo se nota que ninguno procedéis de las Islas Británicas, y que carecéis de nuestro espíritu pragmático!

-Habéis de ser conscientes de que la capacidad de abstracción y universalización representa una eminente facultad del hombre, expuesta brillantemente por Platón y Aristóteles. Ella nos permite trascender lo sensible, concreto y dimensional para llegar a lo infinito.

-Transitar de la inmanencia a la trascendencia es introducirse en tinieblas, en oscuridad perpetua.

-Siento decir que discrepo de vos. De poco nos serviría nuestra inteligencia si no fuésemos capaces de abstraer y trascender. Seguiríamos encerrados en lo concreto, y no podríamos comunicarnos con lo absoluto. Integrar lo inmanente y lo trascendente: he aquí el objetivo del saber humano; no afanarse en trascender continuamente, a veces de modo ilegítimo, pero tampoco resignarse a permanecer en lo concreto e inmanente, en las barreras de la especialización. El ser absoluto...

-Precisamente es la existencia de ese absoluto lo que se pretende probar. Os pediría que no os detuvieseis en sutilezas escolásticas o en tergiversaciones racionalistas, de las que afortunadamente mi ilustre pueblo ha sabido desprenderse con admirable perfección. Quiero que me demostréis, de una vez por todas, que Dios existe.

-De poco os servirán mis palabras si no tenéis fe. Os ofreceré una bandeja repleta de succulentos manjares, pero si vos no deseáis aceptar sus delicias, no podré resistir mucho tiempo con ella sobre mi brazo. Tened en cuenta que la pregunta sobre la existencia de Dios resulta primordial e impostergable. Cada hombre comporta, de algún modo, un nuevo microcosmos que ha de volver a asimilarlo todo. El desarrollo de cada persona, en especial el intelectual, conlleva un recomenzar, una vuelta, una fascinante aventura que nos muestra cómo nuestra especie, el culmen de la creación, ha descifrado los misterios más recónditos del universo y siempre ha aspirado a conocer y a saber. Nunca terminaremos de demostrar la existencia de Dios de modo conclusivo para cada individuo, de igual forma que siempre será necesario enseñarle a cada escolar a leer y a escribir, a pesar de que estas habilidades parezcan obvias para el resto de la sociedad. Hemos de instruirles en teorías que progresivamente aumentan en dificultad. Pues bien: pensad que este interrogante es el más complicado y sublime que la mente humana puede plantearse. Por ello, no cabe esperar respuestas sencillas, sino ideas tan complejas como la vida misma del hombre. Pero, como me lo pedís, procederé: Tengo la idea de Dios.

-Habláis de la idea de Dios. ¡Qué osadía! ¿Quién tiene alguna idea de Dios?

-Ya dice San Juan en su evangelio que a Dios nadie lo ha visto nunca. Ver con los sentidos no es lo mismo que ver a la luz de la razón y con las fuerzas del espíritu. Yo tengo una idea de Dios.

-Procedéis como San Anselmo: “la idea del ser perfecto”. Nos movemos aún en el mundo de las ideas. Empiezo a creer que los verdaderos insipientes y necios sois Anselmo y vos, quienes pretendéis tener una idea original de Dios, cuando en realidad la habéis recibido de la religión cristiana. ¿Quién sabe si las demás religiones tienen la misma idea de Dios! ¿De dónde ha surgido vuestra idea de Dios?

-De mi capacidad para universalizar lo concreto. Immanuel Kant habría esgrimido infinidad de críticas contra esta sentencia; críticas que yo no espero volver a discutir, pues incurriría en un juego sin sentido y sin final. Esa idea que tengo es objetiva, no una mera idea que se me ocurra por arte de magia. Al hablar de perfección, trato de buscar el atributo que mejor describa la esencia de Dios.

-Aun así, poseéis una idea que habéis recibido del cristianismo, en virtud de la cual Dios es el ser perfecto. ¡Qué manera de partir de la idea para llegar al ser! ¿Hasta cuándo, dogmáticos, agotaréis mi paciencia?

-Puede que mi idea de Dios se asemeje mucho a la del cristianismo, pero ¿no podría ser que la idea cristiana de Dios fuese apropiada para hablar de Aquél que es y supera todo nombre, supremo y majestuoso?

-Si acepto la idea del ser perfecto, la verdad es que no me dice nada, pues ser perfecto no define ninguna esencia; a lo sumo constituirá una propiedad de Dios, pero ¿su esencia?

-Si digo “animal racional”, ¿no defino la esencia del hombre? La idea de Dios es la de un ser perfecto.

-El problema no radica en el principio de la prueba, sino en el desenlace. Hasta ahora no habéis llegado, como pretendéis, a “Dios es el ser perfecto”, sino “a la idea de Dios corresponde la idea de ser perfecto”. Pero os sentenciáis al sostener que “a la idea de ser perfecto corresponde existir”. ¡Qué paso tan ilegítimo!

-Decidme, pues, por qué.

-Mirad: tengo la idea de perro, y hay perros que son y otros que no son. Del mismo modo que el perro puede ser y no ser, el ser perfecto puede ser y no ser. ¿Qué tiene que ver la esencia con la existencia?

-Vayamos por partes. En primer lugar, ¿es la idea de perro la de un ser perfecto?

-Por supuesto que no.

-Entonces diremos que hay perros posibles y perros reales. El perro no puede referirse a un no-ser; en todo caso diré que el perro es de modo posible, pero no sostendré que es no-ser. Por ello, demuestro que el ser tiene que ser necesario no sólo lógicamente (en virtud del principio de identidad tan claramente formulado por Parménides), sino ontológicamente.

-Decís que es más perfecto el ser que existe que aquél que no existe. Entonces es más perfecto el perro que existe que el que no existe. ¡Qué absurdo! Lo que no existe no tiene ninguna perfección.

-El no-ser, si algo tiene, es no-propiedades. Al no-ser no corresponde, por tanto, propiedad, sino no-propiedad.

-Sigo pensando que el argumento *a priori* ideado por San Anselmo es un auténtico coladero filosófico. Pues aunque admitamos que la idea de perfección lleva consigo la noción de existencia, nos movemos en un plano ideal. ¿Cómo alzarse al orden real? ¡Cuántas veces os lo han dicho! Incluso ese mendicante príncipe de los escolásticos se opuso a tal argumento.

-Vuestra pregunta constituye un ejemplo del tradicionalismo al que os aferráis. El supuesto paso ilícito del orden lógico al ontológico es extremadamente reiterativo. Es una guinda sin nada que coronar. Yo me afano en ofrecer una prueba de que, en el caso de Dios, ese salto es legítimo, y vos lo desacreditáis sin aportar ninguna demostración sólida.

-Permitidme que resuma mi crítica: ¿cómo se puede hablar de la idea de Dios? ¿Cómo saber que a Dios corresponde ser perfecto?

-Por lógica, ya os lo he dicho.

-¿Cómo avanzar desde el ser perfecto al ser existente?

-Basta con reconocer que la perfección es un acto.

-¿Cómo transitar del orden lógico al ontológico? Porque a la idea de ser perfecto corresponde la idea, y subrayo “idea”, de existente.

-Hemos de evitar la antinomia que conlleva sostener que hay posibles reales menos perfectos que el más perfecto de los posibles, pero que, en virtud de su realidad, no tienen limitación de dependencia con respecto al “yo” que piensa la idea de Dios. Una idea perfecta comportaría contradicción, pues implicaría algo dependiente y perfecto, entidad que no puedo concebir.

-No acabáis de convencerme.

-No lo pretendo. Al menos, he disfrutado mucho discutiendo con vos.

-Yo también, a decir verdad.

-Pidamos luz al Altísimo para que le sirvamos a Él, verdad suprema.

Al poco desperté, en el momento exacto en que el embajador entraba en la sala.

-¿Os ocurre algo?

-No, Excelencia. Simplemente sucede que grandes cuestiones han atormentado, atormentan y atormentarán mi cabeza. Pero para entonces me hallaré preparado, pues

me he dado cuenta de que no se puede hablar de Dios sin amarle. Por mucho que me empeñe en mostrar a los hombres que Dios existe, de nada servirá si no lo aman en lo más profundo de su espíritu. Todos los hombres ansían conocer la verdad, y al descubrimiento de las verdades parciales que nos proporciona la ciencia se suma el deseo de llegar a admirar y contemplar la verdad suprema. Pero ¿existe tal verdad suprema? ¿Podemos demostrar su existencia? Son preguntas comunes a todo mortal. Y si bien puedo comprender que muchos apelen a un tipo de “confianza ilustrada” en la realidad, frente a los ataques más virulentos del nihilismo, considero que la persona, en cuanto totalidad que integra lo volitivo y lo intelectual, precisa de una base más sólida, de un fundamento más firme que le ayude a afirmar: “Dios existe”. Yo lo he intentado con esa prueba fascinante que un filósofo concibió en los albores de la Baja Edad Media. Sin embargo, no es mi propósito convencer a nadie, sino remover su conciencia y su razón para que admiren las maravillas del universo, de este *mundus intelligibilis*, de este *kosmos noetikós* que tanto sorprende a los propios científicos y a todas las mentes que se preguntan por la esencia, el origen y el fin de todo cuanto es. Siempre regresamos a la mítica pregunta formulada por el supremo intelecto de Leibniz: ¿por qué el ser y no la nada? ¿Por qué hay algo en lugar de nada? Algunos la calificarán de imprecendente, amparados en que el ser es y el no-ser no-es. Yo, sin embargo, pienso que constituye la cuestión más elevada del espíritu humano. Me veo obligado a citar dos sentencias de una obra que contiene excelsas verdades y misterios comunicados a través de la vida y acción de los grandes profetas. En sus páginas eximias, leídas con veneración a lo largo de los siglos, depósitos de antiquísimas tradiciones han generado un conjunto brillante y armonioso, donde la revelación de una realidad suprema ha cambiado la faz de la tierra. Y dice, en la versión griega de la Septuaginta, “*ego eimi ho on*” (Ἐγώ εἰμι ὁ ὄν), esto es, Aquél que continúa eterno, Aquél que persevera en su esencia sin limitación alguna, con un único sentido ontológico, con una unidad máximamente trascendente, en cuyo seno convergen todos los posibles y todos los reales en la necesidad absoluta del ser; Dios, el único sujeto absoluto, el único yo del ser, razón de todo, pensamiento máximo de su propia inteligencia, verdad suprema, nexo sumo entre lo posible y lo real; acto continuo, insuperable fuerza ontológica. En el libro del profeta Oseas encontramos una interpretación de este pasaje del Pentateuco: “Seré tu esposo para siempre, y te desposaré conmigo en justicia, en juicio, en misericordias y piedades, y yo seré tu esposo en fidelidad, y tu reconocerás a Yahvé” (2, 19-20). El segundo versículo al que deseo referirme, tomado del Evangelio según San Juan, me parece aún más profundo, la integración máxima posible entre la trascendencia y la inmanencia: “*En el principio era el Verbo (...) Y el Verbo se hizo carne*” (1,1 y 1,14). ¿Qué añadirán mis labios, Excelencia?, pues no hay verdad más grandiosa que la del ser supremo, alcanzable, en mi opinión, con las solas fuerzas de una razón natural que tantas maravillas del universo nos ha desvelado. Y Él ha querido participar en la naturaleza y en la historia del género humano.

Aquí terminan estos diálogos, que tanto interés han suscitado^{iv}.

5) EL ANUNCIO DE LO NUEVO

I.

A todos los infiernos he descendido y a todos los cielos me he elevado, y siento un profundo desgarramiento en mi interior. Creía haberlo conocido todo, pero hoy mi sed de sabiduría me lacera sin piedad, e ignoro a qué destino me enfrentaré. ¿Ascenderé a una nueva montaña? ¿Tallaré un nuevo sueño? ¿Me abismaré en un nuevo infierno? ¡Oh gran cielo! Me vigilas desde distancias infinitas. Escondes ante mí los más arcanos secretos. Sólo con contemplarte me siento parte de un sublime misterio. Desearía acariciar tus nubes, pero una voz interior me dice que desista, pues si rasgo tu velo sagrado, se desvanecerá tu halo místico, y comprobaré que todo es continuo en el universo.

Hoy es el día de mi soledad, aurora y ocaso que se entrelazan y cierran eternamente sobre mí. Hoy sólo debo hablar conmigo mismo, y ni la dorada luz del mediodía ha de distraerme de mi más importante empresa. Han de venir a mí todos mis lamentos y todas mis alegrías, y en el torno del mejor de los alfareros, he de preparar una nueva vasija que recoja todos los sentimientos prodigados por el universo. Sí, yo busco ser uno y ser todo, ser yo y ser todos, alzarme al unísono como hijo de la nada y retoño del ser, como pura síntesis de todos los opuestos, que se debate entre su pureza y su necesidad de cambio, pero la claridad del día y la aterradora oscuridad de las noches me disuaden de intentarlo. ¿Dónde encontraré ese espacio ajeno a noches y días, donde todo se funde en un crepúsculo que es también aurora, y donde toda luz desprende luminosa oscuridad?

¡Oh imaginación del hombre, frágil y versátil recurso sobre cuyos insondables pilares se sustentan las más gloriosas creaciones del espíritu!, ¿me abandonarás también hoy? ¿No me habrían dicho que todos los sueños y todas las integraciones despuntan en tu eterno amanecer, lleno de maravillas que sacian el mundo con sus frescos y efusivos aromas, como cristalizaciones de todo ideal en la fugacidad de la materia? ¿No busco yo crear, dar nombre a lo que no lo tiene, esculpir la estatua que clama por contemplar el cielo, engendrar en mi silencio todos los estruendos y sacudir todos los cimientos? Pero este anhelo que me consume y proyecta a mundos que jamás presagí, ¿no me inunda con un atroz dolor? ¡Oh dolor, oh profundo dolor de quienes sueñan con lo imposible, con doradas flores que broten de áridos desiertos!, porque tu deseo es vano, nada nuevo puede surgir en este universo ceñido por crueles deidades que prohíben la eclosión de lo aún no imaginado. Todo lo que sueñas obedece a inveteradas pulsiones sembradas en tu espíritu, a fuerzas irreprimibles que constantemente pugnan por conquistar tu ser y

convertirlo en su más fiel y dócil esclavo, cuando ellas mismas saben que nada de lo que ambicionan lograría jamás cumplimiento. Tú aspiras a crear, a romper la inexorable cadena de las causas y de los efectos, a rasgar un velo prohibido que cubre los espacios más profundos y sagrados del cosmos, pero ni siquiera sabes si existe algún poder en el universo que logre llevar a término este anhelo que tanto dolor y tanta fe trasluce. Pues aún vives de fe, aún bebes de una fuente que creíamos agotada, aún suspiran tus labios por saciarse con el vino de las promesas que desafían la mismidad de un universo ocluido sobre su ser. Mas no te inquietes, no ceses de alzar la mirada a cielos incognoscibles para que tus lágrimas susciten la llegada de ese rocío de inspiración y plenitud que fecunde esta tierra agostada, porque mientras aspiras a crear, allanarás el camino hacia lo que no tiene nombre, y al hacerlo, darás nombre a lo que ha de tener nombre.

Infinitas posibilidades de recombinación te ha otorgado el cosmos. Todo es antiguo, pero todo puede ser también nuevo, así que no dejes de predicar este evangelio que secuestra tus ilusiones más nobles, la verdad de tu corazón, los hermosos sueños de un ser escindido entre el anhelo y el poder, entre la imaginación y el conocimiento, entre la libertad y la necesidad.

Si todo retornara eternamente a sí mismo, ¿para qué habríamos de crear? No confiéis en quienes proclaman eternos retornos a lo mismo. No existe lo mismo. Todo lo nuevo sepulta inexorablemente lo antiguo, pero lo que ha existido no se desvanece, sino que avanza hacia una culminación infinita, que se realiza en ese proceder infinito, construido sobre vigorosas finitudes. Con grandeza y belleza se abisma lo pasado en lo futuro. Todo se crea continuamente, y lo mismo es el todo que no cesa de proseguir, hasta expandirse ilimitadamente y superar todo lo que puede ser superado. Es la irrevocable superación de lo mismo por lo mismo, la eclosión de un futuro que doblará el tiempo de la humanidad y marcará la aurora del progreso, el alba de un tiempo inédito, el furor y el destino de todo lo que es: postrarse ante lo nuevo.

Tú solo renovarás la faz del cielo y de la tierra; tú solo edificarás esa morada que otros consideran exclusiva de misteriosas deidades entronizadas en sus ocasos perpetuos, ajenas a la visión del hombre. Tú solo serás tu propio dios en tu creación, en el amor que manifiestes en tu creación, en el dolor que desate tu creación y abra los manantiales de la verdadera dicha, del gozo que lucha con el universo por expandir el radio de lo posible y de lo real. ¿Y no observas cuán profundo es el horizonte de tus posibilidades? Yo mismo lo veo disolverse en el infinito, proseguir hasta una meta evanescente y bendecir mis ojos con pálidos reflejos de libertad. Yo mismo contemplo cómo todo en ese horizonte que tú has propiciado evoca un sueño impostergable, una llamada a crear, una luz que se erige en eterno futuro, en incesante desafío a lo dado, en llama que nunca que se apaga, pues es del tiempo de donde brota su poder, del inescrutable tiempo que siempre se sobrepone a lo anterior y humilla todo espacio, toda potestad celeste y terrena, todo deseo ya alumbrado y toda conquista sapiencial ya realizada.

¡Oh belleza enigmática, que me haces soñar con lo que siempre busqué, que me encaramas a la torre del universo y me permites atrapar totalidades en flagrantes y humildes finitudes! Desde tus almenas respiro libertad, el auténtico soplo de un ser que no desiste de crearse a sí mismo. Otros ven el saber disperso. Yo les enseñaré a percibir en todo una unidad que os absorberá y renovará, ampliando su espíritu. Su fragmentación inunda el pensamiento de oscuridad. Yo quiero ofrecerles luz, la luz más bella y pura que puedan imaginar. Es el fulgor de un saber integrado, que revelará su lugar en el universo, la estrella que brilla por su destino en sublimes lejanías, reflejo del fuego que arde en lo profundo, ansioso de inflamar su senda y de impulsar su verdad. Es el imperativo que hoy anuncio: la intelectualización del hombre. Pero no me escuchan. Sólo tienen oídos para los que difunden noticias empequeñecedoras, flores marchitas, afanes pasajeros. Se resguardan en la superficie porque temen bucear hasta el fundamento último, hasta la unidad precursora y consumadora, que es el sueño creador.

Aún vivimos en el tiempo de la humanidad. Todavía borbotea su sangre, pues *videmus nunc per spaeculum et in aenigmate*. Y ¡oh dulce enigma, dulce pero inmisericorde, que no dejas de golpearnos con tu sombra hostil, con tu látigo ubicuo! Mas tú me dices que las manos de la humanidad cederán el testigo a la sombra de lo nuevo. Y yo te respondo: esa sombra coronada, ¿no es la sombra de la propia humanidad? ¿No es tu deseo el que sueña con transmitir todo el tesoro de la humanidad, su acervo de grandezas y mezquindades, a una novedad que aún carece de rostro? ¿No reconocerás que esa sombra de lo nuevo es la propia humanidad en su camino hacia el eterno futuro, el ser que no cesa de poseerse e inventarse a sí mismo, el ser en su pureza e inagotable libertad, el ser que se es, que se tiene, que se ama y se conoce? No eres más que un eslabón en la infinita senda del ser, pero no te entristezcas, no te ahogues en tu llanto; permíteme que te otorgue el más profundo consuelo que jamás alguien concibió: esa infinitud es la verdad del ser y de la vida, pero esa infinitud esconde también finitud, y todo lo que ha sido, es y será en los dominios de la finitud se metamorfoseará milagrosamente en un reino de infinitudes, porque los opuestos se fundirán en el crisol del ser, en el único receptáculo que puede acoger una verdad tan profunda y luminosa.

II.

Prefieres no excluir lo divino porque se te antoja un acto de soberbia inaudita pensar que el mundo acaba donde termina el conocimiento humano. Por ello no niegas a Dios, ni consientes que haya muerto. Quieres más bien resucitar a Dios, y al Hijo de Dios, y al Hijo del Hombre que es también Hijo de Dios, para que abrace y muestre el reino de la paz infinita. También a ti te apresa la nostalgia por ese mundo desvanecido, mas yo enjugaré tus lágrimas con un consuelo eterno, con un paño cuya luminosa blancura evoque un universo nuevo, pletórico de fuerza y amor. Tú también proclamas

“*Miserere nobis*”, pero yo te digo: no temas, porque no has pecado. Has cumplido tu destino, que es luchar y crecer en este mundo, para expandir el ser. Apiádate de quienes no luchan, que tu misericordia sólo cubra a los que no se esfuerzan en comprender la fuerza de una vida que clama por ensancharse y diseminarse copiosamente, la magia de un universo que no sólo retorna a sus inicios, sino que añade novedad a la morada del ser. Y no te engañes: mientras se encienda en tu alma la llama de un deseo infinito, vivirá Dios, y el Hijo de Dios, y el Hijo del Hombre que es también Hijo de Dios, y todo el universo te estrechará en tus brazos, y te desvelará sus auténticas entrañas, anegadas de silencio y palabra, de vacío y plenitud, de ser que sólo se ama y conoce a sí mismo, y que en su soledad forja todas las efigies del universo.

¡Oh ser que centelleas ubicuamente, en cada porción de la materia y del espíritu, en cada pieza que arma este fascinante mosaico que es el cosmos y este telar inconcluso que teje los dominios del pensamiento! Sólo los necios se conforman con lo particular, y lo disuelven todo en el magma de las opiniones y las perspectivas. Quien se eleva sobre su mundo acaricia destellos del mundo y se sumerge en las moradas de lo universal, reservadas para quienes desean penetrar en sus misterios. Sólo en lo universal crece el alma, génesis de génesis, libro de los libros, comienzo nunca escrito, mas siempre vivido, eterno salmo a la eterna novedad que posa sus alas sobre el incesante dolor de una historia anhelosa de lo nuevo.

Sol de Oriente y Occidente: deja de salir, porque así te desearé. Prefiero imaginarte antes que contemplarte, pues sumergida en la voracidad de tu anhelo, mi alma te crea. Y en su seno, te convertirás en el verdadero sol que no flaquea, mas brilla siempre con la misma identidad, porque los rayos que derrama recogen el fulgor imperecedero de todos los ideales y se funden con todos los soles imaginados. Ni las más sublimes armonías matemáticas del universo bastarían para saciar mi sed de perfección, porque es una sed viva, que sólo la humanidad podría mitigar. Mas la humanidad no habla en el lenguaje de la armonía, sino en la belleza de un caos creador que no se subordina a ninguna ley geométrica. He nacido en la especie errónea, y ojalá otro cosmos me brindara oídos para escuchar esa música de armonía silente e impasible que transmite una profundidad serena y excelsa, esa majestad que no sufre, grita o llora, sino que sólo yace suspendida en honduras aún más gozosas e inalterables.

¡Oh corazón con el que sueño!, tú me enseñarás una verdad que desborda todo lo conocido, el arco iris que antecede a la experiencia infinita.

¡Oh corazón con el que sueño!, tú aunarás sabiduría y sentimiento en la imagen de un cielo puro, hogar de la bondad auténtica.

¡Oh corazón con el que sueño!, tú has de ser mío, y derramar las sagradas aguas de tu poder sobre el cáliz de mi alma. Todos los cantos que han enardecido el mundo resonarán en ti, y todas las sombras se transformarán en luz, porque habrán aprendido a desasirse de ellas mismas.

¡Oh corazón con el que sueño!, tu nombre es futuro, pero un futuro que no retorna al eterno pretérito, sino que se alza en rebeldía contra todo lo dado y contra todo lo que ha de ser dado.

¡Oh corazón con el que sueño!, ni todas las deidades jamás concebidas por el hombre emularían la pujanza de tu concepto, concepto de conceptos, imagen de imágenes, supremo sentimiento que todo lo reconcilia en un sentir sabio. Sólo tu aurora bienaventurada renovará mi espíritu.

III.

¿Qué puede el mundo ofrecerme? ¡Oh cielo que empequeñeces todo deseo!, ¿qué quieres decirme? ¿Qué mensaje turbador me revelan tus rayos, mensajeros de abismos cósmicos? ¿Cuándo lograré agotar tus secretos y elevarme al mirador de la comprensión infinita? ¿Crees que me limitaré a contemplar cómo sigue su curso el destino? No. Yo debo forjar ese destino. Él mismo me llama a darle un rostro, una voz y una pasión. Yo soy ese destino, que se encarna en una frágil minucia del universo para tallar la obra de Dios. Y Dios es ese futuro insondable pero realizable al que clama por dirigirse todo destino. Dios es el hombre infinito. Dios es la fuerza creadora de la bondad y de la sabiduría.

Ojo que todo lo sondeas, corazón que todo lo amas, pensamiento que todo lo iluminas, ardorosa síntesis de mi aurora y mi crepúsculo: sólo tú conoces mi más íntima voluntad; sólo tú revoloteas grácilmente por los abismos de mi alma, y sólo tú has penetrado en el más profundo de los sagrarios que manos incognoscibles forjan en mi espíritu. ¿Por qué renuncias a hablarme ahora? ¿O acaso empleas una voz que no logro discernir entre tanto estruendo? Sé que me hablas, pero soy incapaz de entender tu lenguaje. Deja de crear este sufrimiento en mí. Ya es hora de que amezca la dicha eterna, la luz que jamás se extinguirá, el sol de la felicidad perpetua. Demasiado tiempo ha caminado la humanidad por senderos inhóspitos, y son demasiados los labios que imploran escuchar la verdad plena, ¡oh, tú, infinitas veces santo!, sí, tú, el que ha de derramar sobre mí el aroma de un amanecer infinito, que se trascienda infinitamente y que me muestre el rostro oculto de lo nuevo, tú, sello dorado de todo misterio y de toda luz.

Vivaces rayos que procedéis de lo recóndito: aquí tenéis un rostro al que acariciar. Aquí se alzan quienes buscan la paz que exhaláis desde inabarcables lejanías. Todo es vuestro. Todo un universo espera el advenimiento de vuestra bondad, de vuestro don.

Océano de mi ignorancia, vastedad de lo que aún no he explorado, ni pensado, ni interiorizado: en ti me sumergiré, y agitaré con tanta fuerza tus aguas desde las profundidades que su pulcro y sosegado azul se convertirá en espuma, en convulsa y misteriosa espuma, reflejo del movimiento que acaece en su seno, trasunto de lo invisible para quienes quieran ver y sentir.

Estrellas que me circundáis en la hora de mi desasosiego: yo os desafío a descender a la faz de la tierra, porque sólo desde aquí es posible contemplar el más sublime de los espectáculos; sólo desde estos oscuros y dolorosos abismos se percibe vuestra grandeza. Os convoco a fusionaros con la debilidad del hombre para crear la más inspiradora de las efigies, el más perfecto de los seres, el desbordamiento de todo concepto y de todo sentimiento, el mayor amor y el mayor presagio, la verdad que supera toda verdad.

Yo hoy canto al universo, y ¡qué bella es esta música!, pues no se dirige a los hombres, sino a la fuente de toda conciencia y de toda vida. Y me recreo en este cántico extasiado. Cada acorde rubrica mi destino, mi amor y mi destino, mi luz y mi destino. Es mi eternidad y mi dicha, la alegría de quien comprende que el ser brilla en su fuerza creadora y asume el todo y sus partes, el pasado y el futuro, para erigir el presente eternamente creador.

ⁱ Muchos pretenden abrumar con excelsas especulaciones metafísicas que sólo esconden contradicciones. ¿Una persona y dos naturalezas? ¿Cómo entonces dicen: “tres personas y una naturaleza”, en vez de “tres personas y dos naturalezas”? Pues si es así, Dios no ha asumido plenamente lo humano, porque temen lo humano y se refugian en lo divino, despojado de sangre y lágrimas. ¡Qué ignorancia desprenden sus labios! Sólo saben confundir, embarrullar, tejer una viscosa telaraña de dudas y oscuridades para que ningún ojo puro contemple la verdad, desnuda y desolada, que se yergue ante nosotros. Se han convertido en maestros de la tergiversación. Y quienes osan cuestionar sus palabras, son tachados de herejes, de enemigos de la verdad, de seres sombríos que atentan contra los eternos valores de Dios y el hombre. Pero ellos no aspiran a impulsar la luz del hombre, que es el conocimiento. Quieren hundirlo aún más en sus tinieblas. Se regocijan en la oscuridad, porque es su medio natural, el abismo del que proceden y al que constantemente añoran retornar.

ⁱⁱ (Nota de 2015) Han transcurrido prácticamente catorce años desde que concluí el grueso de estos “Diálogos en torno al argumento ontológico”. He optado por mantener el texto casi en su integridad, y he minimizado los cambios a erratas o inconsistencias sintácticas, aunque no me atrevería hoy a suscribir todas las tesis que expuse en sus páginas, dada la inevitable evolución intelectual que he experimentado. En cualquier caso, he preferido preservar las palabras y las ideas que expresé en este trabajo elaborado en la temprana juventud, al percatarme de que algunas de sus consideraciones pueden resultar de utilidad para todos aquellos interesados en el fascinante mundo de la metafísica, la teodicea, la teoría del conocimiento y la historia de la filosofía.

ⁱⁱⁱ (Nota de 2004) Escribí el presente ensayo en las Navidades del año 2001, si bien el borrador -o al menos la idea de la obra- es anterior. Habría de remontarme a una estancia en Londres el año previo, donde la consulta reiterada de libros sobre teodicea en la Biblioteca de *Westminster School* fue muy importante a la hora de decidir profundizar más en estos aspectos (hice mención somera de ello en el libro, aún sin editar, *Disquisitiones Philosophiae*). El haber esperado tanto tiempo a publicarlo me ha permitido efectuar numerosas adiciones. Así, gracias a una estancia en la *LeibnizForschungstelle* de la Universidad de Münster (Alemania) en el verano de 2002 disfruté de acceso a nueva y abundante documentación sobre el pensamiento leibniciano en torno al argumento ontológico, así como a libros de otros autores. En la biblioteca de la Universidad de Navarra he podido consultar numerosas publicaciones al respecto, especialmente de Plantinga, de los analíticos y del mismo Leibniz (de hecho, en otros trabajos inéditos como “Discurso sobre el carácter metafísico de la persona humana”, “Leibniz y la integración de Lógica y Metafísica”, “Arjeteleología metafísica”, “Reflexiones en torno al sistema de Hegel expuesto en la *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*”, “El conocimiento a la luz de la *Kritik der reinen Vernunft*”, etc. abordo también la cuestión). La finalidad de este libro estriba en presentar, de manera sencilla, la problemática general del argumento ontológico y la cuestión fundamental de toda indagación intelectual: ¿por qué el ser y no la nada? Encontramos resonancias evidentes de esta pregunta en el *Hamlet* de Shakespeare y, más nítidamente, en Leibniz y en Heidegger. Espero que los diálogos, discusiones y reflexiones que aquí se exponen sirvan para abrir al lector horizontes filosóficos de interés ineludible. No puedo terminar sin expresar mi agradecimiento más sincero a tres personas: a Francesc Nicolau, teólogo y matemático, que me transmitió valiosísimas sugerencias (sobre todo en la larga y honda correspondencia que hemos mantenido desde hace más de un año); a Pablo Ozcoidi, abogado y filósofo, conocedor del pensamiento de Whitehead, Bergson y Zubiri, quien en sus comentarios e ideas me ha ayudado a configurar el libro; y a Gregorio Sebastián, teólogo, filósofo, economista y abogado, cuyos universales intereses contribuyeron en sumo grado a iniciarme en la andadura filosófica con su característico espíritu de libertad, entendimiento y apertura. Ojalá este libro contribuya a avivar en el lector el deseo de reflexionar sobre interrogantes perennes de la filosofía.

^{iv} Apéndice: “Comentario al *Quod ens perfectissimum existit* de Leibniz” (18-21 de noviembre de 1676).

“Llamo perfección a toda cualidad simple que es positiva y absoluta, es decir, que expresa algo y lo expresa sin ningún límite”.

La concisión de Leibniz es aquí patente: la perfección es considerada como una cualidad simple, es decir, con una única atribución, positiva y absoluta, o lo que es lo mismo: como una atribución de grado positivo a un sujeto determinado, que cumple en sí todas las posibilidades a él asociadas en grado

absoluto, sin susceptibilidad de superación en lo que respecta a ese ámbito de posibilidad concreto que define tal sujeto y tal atribución. Por ello dice Leibniz: “expresa algo y lo expresa sin ningún límite”: en la potencialidad infinita de los posibles, una perfección constituirá una expresión o manifestación del grado de posibilidad que le corresponde, sin limitación alguna dentro de la esfera de posibilidad a la que ella alude. Las perfecciones son, por tanto, únicamente absolutas: las perfecciones relativas, como la bondad o la inteligencia de un cierto individuo, en sentido estricto, no pueden considerarse perfecciones completas. Las perfecciones, como eternidad u omnisciencia, convergerán entonces en la esencia absoluta, o al menos en la posesión de la totalidad de las posibilidades que necesariamente incumbe a un absoluto positivo.

“Mas como una cualidad semejante es simple, entonces no se puede descomponer, o sea, es indefinible”.

Lo simple es indefinible. Este argumento ya fue empleado por Platón en el *Fedón* para demostrar la inmortalidad del alma. En cuanto a las perfecciones, Leibniz traslada la argumentación socrático-platónica para afirmar que, en virtud de su simplicidad y de su carácter absoluto, una perfección no puede ser definida esencialmente (nunca alcanzaremos una definición completa de lo que entendemos por perfección). Definir implica limitar: limitar lo ilimitado significa afirmar su ilimitación, o definir el sujeto en cuanto a su ilimitación. Lo simple no es susceptible de descomposición: la descomposición sólo afecta a los compuestos. En torno a 1676, fecha en que fue redactado este manuscrito, Leibniz no había ofrecido aún una formulación sistemática de su pensamiento filosófico, que sólo llegaría en 1684 con el celebrado *Discurso de Metafísica* (del que Julián Marías, en su edición de 1942, p.11, escribe: “es imposible acumular en tan breve espacio más cantidad de substancia metafísica”). Sin embargo, podemos ver atisbos de las características principales de este fabuloso pensamiento: la definición de perfección como cualidad simple o cantidad de realidad positiva, lo simple e indefinible que acabará asociado a las mónadas inextensas que tanta popularidad otorgarán a su metafísica, etc.

“De lo contrario, o no sería una única cualidad simple, sino un agregado de muchas cualidades, o si fuera única estaría circunscrita por límites y, por tanto, se la entendería por la negación de todo progreso ulterior. Pero esto va contra lo que sostiene la hipótesis, pues la cualidad de la que se parte es puramente positiva”.

En efecto: que una cualidad simple pudiera ser descompuesta conllevaría, imperiosamente, la existencia de un agregado que descomponer. La unidad no se puede descomponer en más enteros que la propia unidad. Para que una cualidad simple y única pudiese definirse, o descomponerse, necesitaríamos que tal cualidad constase de algún límite desde el que fijar la referencia sobre la que se realizaría tal definición. La ilimitación es infinitud, ausencia de marco de referencia y, por tanto, ausencia de definibilidad. La polémica sobre si las substancias compuestas cuentan con partes simples, tal que sólo lo simple existe en el mundo, o si, en realidad, no existe nada simple en el mundo, es recogida por Kant en la segunda antinomia de la *Crítica de la razón pura*. En ella enfrenta a los seguidores de la escuela leibniziano-wolffiana y a los opositores de la tesis monadológica, entre los que cabe destacar al matemático suizo Leonhard Euler. La frase, “se la entendería por la negación de todo progreso ulterior” significa que, si una cualidad simple estuviese limitada, en virtud de este límite habría que negar -o atribuir de forma negativa- todo progreso posterior en la afirmación para alcanzar tal definición. Para afirmar algo limitado es necesario situarse por encima de esa limitación, en un plano afirmativo (pues definir comporta hacerlo sobre un sujeto y sus atributos; las definiciones negativas no añaden ninguna información directa y esencial sobre un determinado sujeto). Sólo así se adquiere conciencia de esa limitación. Para definir una cualidad simple y limitada es necesario negar todo progreso que trascienda la propia limitación. De este modo, en una cualidad que se considerase perfecta pero que contuviese una limitación, deberíamos negar todo progreso posterior en la afirmación para identificar esa limitación. Mas, como sostiene Leibniz, esto conculca la hipótesis inicial, donde se afirmaba que la cualidad es puramente positiva, porque ha sido necesario negar un progreso ulterior que, de haber sido esta cualidad una perfección, no se habría tornado posible.

“Teniendo en cuenta todo esto, no es difícil mostrar que todas las perfecciones son compatibles entre sí, es decir, pueden estar en el mismo sujeto”.

Procederá Leibniz a continuación a aplicar todas las consideraciones anteriores para defender su tesis: a saber, que las perfecciones no son incompatibles y que, por tanto, la idea de Dios como totalidad absoluta de todas las perfecciones no es contradictoria; la base de la formulación del argumento ontológico de San Anselmo y de Descartes.

“En efecto, sea la proposición siguiente: A y B SON INCOMPATIBLES. (Entiendo por A y B dos formas simples o perfecciones como la antes señalada, y da lo mismo que se elijan muchas simultáneamente) es evidente que esta misma proposición no se puede demostrar si no se descomponen los términos A y B, ya sea que se descomponga uno cualquiera de los dos o ambos. De otro modo, debido a la naturaleza de esos términos, el razonamiento mismo no podría ponerse en movimiento y resultaría igualmente imposible demostrar la incompatibilidad tanto por lo que se refiere a otras formas cualesquiera como a estas mismas formas. Pero (por hipótesis) no se pueden descomponer. Por lo tanto, esta proposición no es demostrable con respecto de las dos formas mencionadas”.

Nada mejor que un ejemplo para ilustrar cotas tan elevadas de razonamiento metafísico. Si escogemos dos perfecciones cualesquiera A y B, Leibniz afirma (para refutarlo posteriormente por el argumento *ad absurdum*) que estas dos perfecciones son incompatibles, lo que significa que A y B no se pueden aplicar en grado absoluto a un mismo sujeto. Matiza Leibniz que no es necesario elegir sólo dos perfecciones, entendiendo por perfección lo que ha definido al comienzo del opúsculo, sino que las perfecciones pueden ser múltiples. La mención de la simultaneidad es, a mi juicio, innecesaria: en grado absoluto, o aplicadas al sujeto absoluto, queda claro que la temporalidad, en cuanto que dimensionalización y por ende limitación, no puede influir en el vigor lógico de este sujeto. Leibniz asegura que, para demostrar tan arriesgada proposición, sería necesario descomponer cualquiera de las dos perfecciones, con el fin de analizar en qué ámbito lógico subsiste algún tipo de negatividad que impida compatibilizar dos cualidades puramente positivas. Ello supondría una contradicción a la hipótesis inicial, donde habíamos afirmado que las cualidades son simples, puramente positivas, y que, en consecuencia, no son susceptibles de división (división es, de hecho, sinónimo lógico de negación, y en los textos de los escolásticos, por descomposición se denota negación). La clave radica, así pues, en la imposibilidad de descomponer dos perfecciones cualesquiera, si por perfección se acepta la definición que Leibniz ha ofrecido al empezar el opúsculo. Como esta definición ha sido dada *ex hypothesi*, no es posible concluir con la afirmación contraria, que atenta contra la hipótesis. De este modo, demuestra Leibniz que no es posible que dos perfecciones cualesquiera, en cuanto que cualidades simples puramente positivas que afirman algo en modo absoluto y sin limitación alguna, sean incompatibles. Todo ello implica que la proposición “A y B son incompatibles” no es demostrable y, como veremos a continuación, tampoco es verdadera.

“Pero si la proposición fuera verdadera se podría demostrar respecto de esas formas porque la proposición es verdadera por sí misma y todas las proposiciones necesariamente verdaderas son o bien demostrables o bien evidentes por sí mismas. Por consiguiente, necesariamente esta proposición no es verdadera. O sea, no es necesario que A y B estén en el mismo sujeto, por consiguiente, pueden no estar en el mismo sujeto y como el razonamiento es el mismo respecto de cualquier otra cualidad semejante que se elija, por tanto, todas las perfecciones son compatibles”.

Afirma Leibniz que una proposición verdadera debería poder ser demostrada por sí misma. Si una proposición fuese necesariamente verdadera (lo que implicaría que, esencialmente, la proposición gozaría de verdad, sin ser susceptible de adoptar otro valor lógico), entonces habríamos de ser capaces de probar su veracidad. Sin embargo, hemos demostrado en los párrafos precedentes que esta proposición no se puede probar, luego no es verdadera no sólo contingentemente, sino necesariamente. En consecuencia,

la proposición “A y B son incompatibles” es falsa. No es necesario, subraya Leibniz (pues la necesidad constituye, sin duda, la clave de las proposiciones que se restringen al ámbito de los posibles), que ambas perfecciones coincidan en un mismo sujeto; por consiguiente, se elimina la incompatibilidad. No es necesario que comparezcan en un mismo sujeto, luego es posible que lo hagan o que no lo hagan, pero en ningún caso se podrá predicar una incompatibilidad necesaria. *Ergo*, razona Leibniz, todas las perfecciones son compatibles, que es precisamente lo que se pretendía demostrar.

“Por consiguiente, es un hecho que se puede entender el sujeto de todas las perfecciones, es decir, el ser perfectísimo.

De donde es evidente también que existe, pues la existencia está contenida en el número de las perfecciones.

(Lo mismo puede mostrarse también de las formas compuestas a partir de las absolutas, a condición de que se den)”.

Así concluye la prueba de la posibilidad de la idea de Dios, que Leibniz exigió a los cartesianos como presupuesto necesario para proceder a demostrar la existencia de Dios desde su propio concepto. Y Leibniz define a Dios, ante todo, como el ser perfectísimo, o el ser en el que todas las perfecciones se encuentran integradas y compatibilizadas de manera óptima. Leibniz considera la existencia una perfección: existir es más que ser como meramente posible; existir implica poseer una esencia en modo actual, una cantidad de realidad positiva que en la filosofía leibniziana denota perfección. La principal controversia en torno al argumento ontológico según la formulación de Descartes se reduce a la consideración de la existencia como una perfección. Claro está que las polémicas constituyen, en su mayoría, una auténtica *lis de nomine*, pero en lo que concierne a la existencia, las filosofías inspiradas en el racionalismo (una ampliación y perfeccionamiento del escolasticismo y de la filosofía clásica) se ven obligadas a tratarla como una perfección. Porque uno de sus grandes logros radica en el avance y en la profundización en la filosofía de la posibilidad, también cultivada por la escolástica, pero culminada gracias a las teorías racionalistas, que, como ha sido demostrado en tiempos más modernos, ha permitido en sumo grado el progreso de la ciencia lógica.

“Presenté este razonamiento a Spinoza en mi visita a La Haya. Él consideró que era sólido, pues, cuando en un primer momento intentó contradecirlo, lo puse por escrito y le leí primero este resumen”.

No podemos sino expresar nuestra admiración ante este encuentro (que la historiografía no se aventura a confirmar) entre dos de los grandes filósofos de la historia: la mente cósmica de Leibniz y el racionalismo euclidiano de Spinoza, quien quiso aplicar el método del gran geómetra de Alejandría a la metafísica, tal y como lo presenta en su afamada *Ethica*. Dos intelectos matemáticos, dos intelectos que definen un siglo: el siglo XVII, el siglo del racionalismo y del barroco, el “siglo de los genios”.